

WANTED

JEFF ABBOTT

Si pudieras
olvidar el peor
momento de tu
vida, ¿lo harías?

Lectulandia

Cuando la psiquiatra de Miles le ofrece la posibilidad de entrar en un programa experimental que lo ayudaría a atenuar los insoportables recuerdos de la muerte de su mejor amigo, este testigo protegido de los federales ve el cielo abierto. La presencia constante de Andy en su mente no lo deja vivir, y haría cualquier cosa por librarse de ese fantasma que lo tortura día y noche.

Dennis Groote es un exagente del FBI reconvertido en asesino a sueldo, obsesionado con encontrar una cura para su hija, que sufre la nueva lacra del siglo XXI: el síndrome de estrés posttraumático. Una corporación farmacéutica parece haber desarrollado una cura experimental, pero la fórmula desaparece misteriosamente...

Lectulandia

Jeff Abbott

Miedo

ePub r1.1

Titivillus 05.01.15

Título original: *Fear*
Jeff Abbott, 2006
Traducción: David Luque Cantos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Pues cúrala. ¿No puedes
tratar un alma enferma, arrancar
de la memoria un dolor arraigado,
borrar una angustia grabada en la mente
y, con un dulce antídoto que haga olvidar,
extraer lo que ahoga su pecho y le oprime el corazón?»

—William Shakespeare, *Macbeth*, acto V, escena III

«Dime, si puedes, qué es la fortaleza.»

—Platón

1

«Maté a mi mejor amigo.»

Miles se quedó mirando embozado los caracteres negros sobre las rectas líneas del papel de color blanco. Era la primera vez que escribía la verdad. Soltó el bolígrafo encima del cuaderno.

«No quería matarlo, no era mi intención hacerlo. Pero lo hice.»

—Desnudar tu alma no solucionará nada. —Andy estaba sentado en el borde de la mesa de la cocina observándolo mientras escribía—. Te odiará sin más.

—No, no me odiará —replicó Miles.

Andy se encendió un cigarrillo y exhaló una nube de humo gris que sobrevoló la confesión. Miles siguió escribiendo.

—Le has mentado a Allison durante semanas...

—Mentir es una palabra un poco fuerte.

—No tan fuerte como asesinato. Contarle lo que hiciste no te hará mejor persona.

Contempló la danza del humo que salía de la punta del cigarrillo.

—Cállate. —Miles terminó de escribir su confesión. Andy deambuló por la cocina hasta pararse en el frigorífico, husmear un poco entre su contenido y sacar una tempranera cerveza.

—Los curas dicen que la confesión es buena para el alma, pero esta idea me parece excepcionalmente mala. Incluso para tu alma. Teníamos un trato, Miles.

—Esto no te concierne. —Miles firmó al final de la página con su nombre, el real, Miles Kendrick. Allison desconocía su verdadera identidad.

—Me afecta si le dices lo que pasó, y mucho. —Andy dio un golpe en la mesa con la palma de la mano—. Déjame leer lo que has escrito. —Miles le deslizó el papel por la mesa. Acto seguido se sirvió una taza de café solo de la cafetera que descansaba en la encimera de la cocina. Normalmente se tomaba una taza nada más levantarse, pero esta mañana prefirió escribir la confesión antes de perder la calma.

Fue entonces al baño para echarse agua fresca en la cara. Se miró en el espejo.

Yo antes era alguien, pensó, antes era yo, un tipo normal, un americano cualquiera con su casa, su negocio y su vida; ahora ya no sé quién soy. Mi viejo yo murió, el nuevo no quiere nacer.

—¡Mentiras! —gritó Andy desde la cocina.

Miles se secó la cara y regresó a la cocina.

—Es la verdad.

Andy le dio un manotazo al papel donde estaba escrita la confesión.

—Es la verdad según lo que recuerdas, no lo que realmente sucedió.

—Eso es todo lo que recuerdo.

—No salvaste a los policías.

—Sabes que sí.

—Y tengo bien presente el alto precio que pagué por que lo hicieras, Miles.

Miles se acercó a Andy por detrás, cogió el papel, lo dobló y lo metió en un sobre.

—Tengo que ser honesto con ella.

—Estás rompiendo nuestro trato.

—El único trato que tenemos está en tu cabeza. He de irme. No quiero encontrarte aquí cuando vuelva.

—No quiero ponerme de malas, Miles —dijo Andy—, pero si le das esa confesión, te mato.

Miles se detuvo junto a la puerta del apartamento. Se enfundó la chaqueta en un solo movimiento y se guardó el papel en uno de los bolsillos.

—Lo haré, Miles. —La voz de Andy era baja y le hizo cosquillas a Miles en la piel, como si un cubito de hielo le hubiera rozado las costillas—. Te meteré una pistola en la boca, apretaré el gatillo, saldaré las cuentas. —Andy se paseaba dando cortas zancadas sobre el suelo de la cocina, con los brazos cruzados, mirándolo amenazante.

—Adelante, inténtalo.

Miles cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra ella antes de bajar apresuradamente los escalones, dejando atrás el reconfortante aroma a canela de la panadería situada en la planta baja de su edificio. Se detuvo justo en la puerta principal del bloque de viviendas, sacó la cabeza y miró a izquierda y derecha, atento a cada coche y peatón que cruzara por la estrecha calle.

Nadie lo esperaba para matarlo. No había ningún coche lleno de asesinos que lo abatirían en cuanto diera cinco pasos por la acera. Empezó la marcha camino del despacho de Allison. Ya no conducía, por miedo a que los Barrada lo encontraran y le pusieran una bomba lapa debajo del coche. Habían hecho estallar por los aires a las dos últimas personas que testificaron contra ellos; piezas de motor, cristales y carne esparcida por una carretera de Hialeah y en los aparcamientos de unas oficinas cerca de Miami. El centro de Santa Fe, donde ahora trabajaba y vivía, era una zona fácil de recorrer a pie. Se trataba de una ciudad mucho más pequeña y tranquila que Miami, con su constante sonsonete de bocinas y motores. Cruzó la plaza en el corazón de la ciudad vieja, donde los nativos americanos despleaban sus mantas negras en el suelo, ostentando turquesas y joyas de plata. Se dirigió a la avenida Palace y se cruzó con una joven y preciosa madre que empujaba un carrito con dos bebés gemelas, tapadas con sendas mantas rosas; con los turistas, que hacían la ruta arquitectónica; y con los corredores, que exhalaban vapor gris a la fresca mañana. *Salir a correr*, pensó Miles, *debería salir a correr*. Un poco de ejercicio podría curar la putrefacción de su interior.

Miró un par de veces atrás para ver si Andy lo estaba siguiendo. No había rastro de él, aunque no tardaría mucho en alcanzarlo si se decidía a hacerlo.

La confesión en su bolsillo crujía débilmente cuando andaba, así que se introdujo la mano en la chaqueta para alisar el folio.

Ese papel cambiaría toda su vida. Otra vez.

Pasó junto a la majestuosidad pétrea de la iglesia episcopal de Holy Faith y un elegante hotel y spa llamado Posada. La mayoría de los hogares de la avenida Palace habían sido convertidos en oficinas. Allison Vance tenía su consulta en una vieja casa victoriana de ladrillos que destacaba entre el resto de edificaciones de adobe. El jardín estaba plagado de cuidados pinos y álamos. Se oía el siseo de una sierra desde una ventana abierta en el piso de arriba. El propietario estaba remodelando las dos plantas superiores, mientras unos pisos más abajo Allison remodelaba las cabezas de la gente.

Miles se acercó a la casa. Al echar la vista de nuevo por encima del hombro vio a Andy de pie en la acera, encogido por el frío. La camisa tropical y los pantalones caquis estaban fuera de lugar en el frescor matutino de la primavera de Santa Fe.

Vete, le dijo Miles a Andy sin emitir sonido alguno.

—Si le das esa confesión —le respondió Andy—, no va a cambiar nada. El daño no me lo haces a mí, te lo haces a ti mismo. ¿Lo pillas, Miles?

Miles le hizo un gesto con la mano para que se fuera.

—Esto no acaba aquí. —Andy tiró el cigarrillo al suelo y se dio la vuelta en dirección a la plaza.

Miles recuperó el aliento y entró. En la puerta a su derecha un letrero decía «Doctora Allison Vance, psiquiatra». La abrió, entró y apoyó la cabeza en ella al tiempo que la cerraba.

—Buenos días, Michael —saludó Allison a su espalda—. Me alegro de que hayas venido.

—Temprano además —contestó. Algunos días no podía enfrentarse a estas citas, a la idea de vagar por las tenebrosas arenas de sus recuerdos, al temor a lo que podría desenterrar—. ¿Qué sucede? —le preguntó.

—Absolutamente nada —dijo Allison, y la expresión tensa en su rostro se esfumó—. ¿Te apetece una taza de té verde?

Odiaba el té verde.

—Fantástico, gracias. —Se quitó la chaqueta con la confesión aún en el bolsillo, la colgó en el perchero y se sentó en una gran silla de cuero gastado situada enfrente de la de ella.

La doctora vertió té humeante en una taza y se la tendió.

—Gracias.

—Pareces cansado, Michael. —Ese era el nombre de su nueva vida, uno inventado por la agencia de protección de testigos.

—No tengo buen despertar. —Le dio un sorbo a su té.

—Cuando eras investigador trabajarías mucho de noche. —Primer intento para hacerle hablar. El hecho de que en su día fue un investigador privado era una de las tres migajas a las que se reducía el conocimiento que ella tenía de su vida anterior.

—Las noches son lo mejor —contestó—. Los esposos infieles a menudo se

cobijan en la noche.

—¿A eso le disparaste? ¿A un esposo infiel?

Segundo intento basado en la segunda migaja. El juego siempre era el mismo. Ella trataba de soltarle la lengua acerca del terrible instante en el que acabó su antigua vida, de sacarle detalles que era incapaz de recordar, y él esquivaba todo eso y huía escondiéndose tras un muro de bromas y cháchara.

—No, nunca llevé pistola. —Las palabras salieron de su boca como melaza resbalándole por los labios. *Levántate y dale la confesión*, se dijo a sí mismo.

Andy estaba de pie detrás de Allison.

—¿Qué pasa, Miles? ¿Has perdido los nervios? Adelante, dile a la bella señorita lo mismo que me dijiste a mí.

Miles se quedó paralizado. Se sentía como si estuviera metido en una bañera llena de hielo. Andy nunca había puesto un pie en la consulta de Allison. Miles miró con el rabillo del ojo en dirección a su chaqueta, donde aguardaba su confesión. Volvió la vista hacia Andy, que sonrió y meneó la cabeza.

—¿Michael? ¿Sucede algo? —Allison se incorporó hacia delante con el ceño fruncido.

Miles se escondió tras la taza de té, de la que pegó un gran sorbo. Se calmó la respiración poniendo la boca contra el borde de la taza. Levantó de nuevo la vista. Andy simuló una pistola con las manos y le disparó.

—Michael, cada vez que te menciono el tiroteo te quedas petrificado.

—Lo sé. —Soltó la taza de té—. Ya no quiero... no recordar lo que pasó. —Las palabras eran como grumos en su garganta—. Necesito que me ayudes.

Allison se sentó de nuevo.

—Por supuesto, Michael. Este es un gran paso. Querer curarte es un elemento crítico que ha faltado en nuestro trabajo.

—No quiero que me odies —le dijo.

—No podría. Nunca. —Le sonrió débilmente—. Creo que te entiendo mejor de lo que crees.

—Espera a saber lo que hice —replicó—. Ni siquiera recuerdo todos los detalles, no puedo.

—La voluntad de hablar sobre tu trauma es lo verdaderamente importante, Michael.

—Sé que no he cooperado contigo, pero quiero estar seguro... quiero seguir siendo tu paciente. Eres la única que puede ayudarme.

—Lo tomo agradecida como un cumplido, gracias, pero...

Miles alzó una mano.

—No me venga con el rollo ese que dicen los loqueros, eso de que todos los terapeutas son buenos. No quiero que me mande a un hospital. No puedo ir a uno de esos sitios, no voy a ir allí, no es una opción que se pueda contemplar.

Una expresión de sorpresa, o quizás de decepción, no sabría identificarla, se

dibujó en el rostro de ella. Desapareció en cuanto asintió.

—Nada de hospitales. Me agrada el cambio de actitud respecto a la terapia. ¿Por dónde te gustaría empezar?

Decidió prepararla para la confesión.

—Veo continuamente a la persona a la que disparé. No puedo vivir así, no puedo tenerlo colgado de mí todo el tiempo, así que o bien me arreglo o me vuelvo más loco.

Su expresión era inquebrantable.

—¿Está aquí ahora?

—Sí, es como una fiebre que no se me baja. Esta mañana me dijo que quería matarme.

—¿Cómo se llama?

—Andy.

Andy se cruzó de brazos tras ella.

—No me gusta nada que esta bienintencionada zorra se interponga entre tú y yo, Miles.

—Hablemos del tiroteo —propuso Allison.

—Ya te lo he dicho. No recuerdo todos los detalles.

—Iremos poco a poco. Empecemos por el lugar donde se produjeron los disparos. La palabra se le atascaba en la garganta, tosió para que saliera al exterior.

—Miami.

—¿Era tu ciudad?

—Crecí allí, igual que Andy.

—¿En que parte de Miami tuvo lugar el tiroteo?

—En un almacén. No había nadie allí salvo yo y... —Se calló. No podía mirarla. Darle la confesión parecía ahora una misión imposible. Calmó el ritmo de su respiración. La quemazón del pánico le recorrió los huesos.

—Yo, dos policías y Andy...

—El cuchillo del cajón de la cocina —intervino Andy—. Está muy afilado. Lo pondré en tus manos, te ayudaré a prepararte un baño caliente y entonces te cortarás las muñecas, así nos reconciliaremos.

Miles se detuvo.

—Quiero estar sano de nuevo, quiero recuperar mi vida... —Se puso en pie y dio vueltas por el despacho con las manos en la cara.

—Déjame ayudarte. Volvamos a la historia.

—No lo recuerdo, no puedo, ¿cómo vas a ayudarme si no recuerdo lo que pasó?

—Dando pasos pequeños. ¿Le disparaste a ese Andy?

—Sí, sí.

—¿Por qué?

Las imágenes invadían su mente como un revoltijo de fotogramas esparcidos en una mesa, y él era incapaz de ordenarlos.

—Estábamos riéndonos. De repente, Andy perdió la cabeza. Se sacó una pistola. La apuntó a la cabeza de uno de los policías.

—Y le disparaste.

Miles se hundió en la silla.

—Sí, pero no lo recuerdo.

—¿No se merece esta bella dama la verdad en vez de una carta llena de mentiras? —susurró Andy.

—No intentemos recordar —propuso Allison—. Hablemos de lo que visualizas si piensas en el tiroteo. Es diferente al recuerdo mismo.

Dio un sorbo al té verde deseando que en la taza hubiera bourbon.

—Recuerdo las risas. Entonces las risas paran y levanto la pistola. Veo a Andy empezar a hablar, pero no oigo lo que dice. Aprieto el gatillo. Él me dispara.

—¿Él te dispara?

—Sí. En el hombro. Lo veo caer. Yo... —La herida en el hombro comenzó a dolerle, a latirle al ritmo de su corazón. Las manos se le cubrieron de sudor, se le echó encima el aire cerrado del edificio, el olor a pintura, el eco amortiguado de los martillazos dos pisos por encima... y de repente el despacho desapareció, el frío de Nuevo México se vio reemplazado por el manto de humedad de Miami, el ruido de los disparos en el cavernoso almacén resonaba sin cesar en sus oídos, ahogando el grito de Andy, su propia voz horrorizada y sorprendida, el sonido de la bala penetrando en la carne de Miles, el estallido de dolor.

—¿Michael?

—Oh, por favor, Dios mío. —Miles se pasó la mano por la frente. Se sentía enfermo, febril. Calmó el temblor de sus manos presionándolas contra el suave cuero de la silla. Estaba aquí, no allí. No podía volver a aquel lugar. Jamás.

—Michael. ¡Michael!

Su nombre no era Michael, no quería responder a él. Entonces recordó, sí, era Michael, a partir de ahora y para siempre. Si es que quería seguir viviendo.

—¿Sí? —dijo.

—Estabas teniendo un recuerdo. Estás a salvo. Nadie va a hacerte daño.

—Estoy a salvo —repitió—. No voy a hacer daño a nadie.

Miles parpadeó. La doctora se aclaró la garganta.

—Háblame de Andy.

Sus manos querían coger la confesión, dársela y acabar con esto. Sin embargo, no quería que le temblaran cuando le tendiera el sobre.

—Quiero... ¿Michael, me oyes?

Clavó los ojos en ella.

—Sí, Allison, pero no quiero recordar más. Lo siento. No puedo.

Acaba con esto, pensó. Haz pedazos la confesión, vete de aquí. No vuelvas. Ten a Andy de compañero de piso hasta que te mueras.

—Hoy has dado un salto adelante. Dices que quieres recuperar tu salud, tu vida.

Lucha por ello, Michael.

—Es demasiado difícil. —Recuperó el ritmo normal de la respiración—. Hablemos de mi madre y de mi padre. ¿Te conté que mi padre apostaba mucho?

—No creo que podamos evitar afrontar el asunto de Andy. Quiero introducir un nuevo elemento en nuestra terapia.

Oyó la puerta de la consulta abrirse a su espalda.

Miles se levantó de la silla, dio cinco pasos hasta la puerta, agarró al hombre del cuello y lo empujó con dureza contra la pared. El intruso era de la misma altura que Miles y se asía con fuerza a la mano que se aferraba a su cuello.

—¡Michael! ¡Para! —gritó Allison—. ¡Suéltalo!

Miles aflojó su agarre. Era un hombre rubio, de ojos azules y complexión musculosa bajo el traje hecho a medida. Escrutaba a Miles con frialdad.

—No me gusta que se me acerquen por detrás —dijo Miles.

—Ha quedado claro —dijo el hombre.

—Miles. Este es el doctor James Sorenson. Lo conozco desde hace muchos años. Ha realizado un trabajo increíble con personas que sufren desórdenes postraumáticos severos.

—Entonces debería haber aprendido a no acercarse a gente como nosotros sin avisar —apuntó Miles—. Lo siento.

—Le pido disculpas si lo he asustado —se excusó Sorenson. Para ser un hombre tan grande, su voz era baja, rasposa, como si a las palabras les costará traspasar sus labios. Se alisó la solapa del traje.

Miles no le quiso dar importancia al modo en el que le había hablado Sorenson, al ligero tono de superioridad con el que dijo la palabra «asustado». Regresó a su asiento frente a Allison.

—No quiero otro médico —sentenció Miles. Una intensa rabia le subió por el pecho. Este no era el comportamiento de una doctora tan cuidadosa como Allison, imponerle otro doctor no estaba bien. No era propio de ella.

—Lo sé. El doctor Sorenson está desarrollando un nuevo programa que creo puede ayudarte. Podría devolverte tu antigua vida.

La confesión. Eso pararía todo esto, este médico nuevo no haría falta. *Entonces, levántate de la silla y dale la confesión y deja de estar tan cagado por lo que pueda pensar ella de ti.*

—No se trata de lo que ella piense de ti, sino de saber exactamente qué pasó el día de mi muerte. Eso es lo que no quieres recordar, cómo me mataste. La espantosa verdad de por qué me mataste.

—Mi antigua vida... —Miles negó con la cabeza, primero mirando a Allison y luego a Sorenson—. No quiero que mi caso se discuta con nadie más.

—No debe preocuparse por la confidencialidad, Michael —intervino Sorenson—. Sus secretos están a salvo conmigo. Solo quiero ayudarle.

Miles sabía que podía levantarse e irse. No quería darle la confesión a Allison con

Sorenson presente. Este hombre desconocido leería lo que había escrito. *No, ahora no es el momento.*

Sorenson parecía estar estudiando la indecisión en el rostro de Miles.

—Quiero ayudar. Sus recuerdos, sean cuales sean, deben de ser terribles para usted.

—La muerte es más terrible. —No podía decir lo que pensaba realmente. *Andy murió y yo lo quería como a un hermano. Era mi mejor amigo desde que teníamos tres años. Murió y yo lo maté. Dios me ayude, Dios me perdone. No pretendía matarlo, no quería matarlo. Estaba intentando salvarlo.*

Sorenson se incorporó hacia delante y Miles vio cómo se tensaban los músculos en sus anchos hombros. Su expresión era dura, fría.

—Existe una teoría respecto a los recuerdos traumáticos. Nuestros peores recuerdos tienen una raíz muy profunda, no son como los recuerdos normales. Tras un trauma, los pacientes desentierran los resultados de sus peores experiencias vitales. Nosotros las examinamos, las diseccionamos. Qué podría haber hecho de otra forma, qué decisión podría haber tomado para evitar la tragedia. Si hubiera salido dos minutos antes camino de la escuela, mi coche no se hubiera chocado contra un camión matando a mi hijo. Si hubiera tenido más cuidado, no le hubieran disparado a mi amigo en una batalla. —Miles escuchaba sin decir nada—. El recuerdo traumático es emparedado por los recuerdos normales tal como es, y no se integra con el resto. No se procesa del mismo modo que un recuerdo no amenazante, esos que se archivan y digamos que se dan de lado, si usamos una metáfora de oficina. Por lo tanto, el recuerdo se afianza a mayor profundidad, al igual que el trauma asociado a él. Las pesadillas, el miedo paralizador, la paranoia de que el destino nos tiene guardado otro golpe fatal. Incluso aunque no se recuerden detalles específicos, el recuerdo está ahí, es un motor para el trauma. Es un círculo vicioso.

Miles embutió las manos entre los brazos de la silla y el asiento, por si los temblores regresaban.

—Si pudiera olvidar el peor recuerdo de su vida, ¿lo haría? —preguntó Sorenson.

—Nadie es capaz de olvidar.

—Pero si pudiera, ¿lo haría? Olvidar todo ese trauma asociado a haber matado a ese tal Andy.

—Sí —reconoció Miles—. Sí, claro que lo haría.

—No va a ocurrir tal cosa —interrumpió Andy, sentado en el brazo del sillón, echado hacia delante para escrutar a Sorenson—. Somos inseparables.

—Bueno, no puedo borrarle el cerebro, pero puedo disminuir el trauma del recuerdo. —Ahora Sorenson sonreía—. Piense en ello como un chute de bótox mental para alisar las arrugas que le causan el dolor de sus recuerdos.

Ver la muerte de Andy sin culpa, sin dolor, sin miedo, sin horror. Sin culpa. Miles miró a Allison.

—¿Todo esto es verdad?

—Quiero incorporarlo a un programa especial para víctimas de traumas. Allison cree que puede serle de ayuda.

Allison no levantó la vista de las manos que descansaban en su regazo.

—¿Es este programa lo que crees que me hace falta? —le preguntó Miles.

Allison asintió sin articular palabra. Miró a Sorenson y Miles se dio cuenta de que esa era la razón por la que ella estaba tensa cuando llegó, por ese otro médico escondido en su oficina. Esperándolo.

Todo esto era un poco extraño.

—¿Va a dejarme que le ayude, Miles? Allison me ha recomendado a otros dos pacientes suyos para el programa. Tendremos una reunión aquí mismo a las ocho para discutirlo todo. Espero que se una a nosotros. Su caso me fascina.

—Gracias por la oferta. La consideraré seriamente. —Miles se puso en pie. La sesión había terminado, aunque según el reloj quedaran veinte minutos.

—Has hecho muchos progresos hoy —le dijo Allison—. Te agradezco que hayas escuchado y hablado con el doctor Sorenson. Gracias por... comprender.

—Les haré saber mi decisión en cuanto la tome.

—La decisión está tomada, gilipollas —le dijo Andy a Sorenson—. No va a acercarse a ti.

Sorenson estrechó la mano de Miles con una fuerza hercúlea.

—Espero que podamos, juntos, acabar con su dolor.

—Por cierto —dijo Allison—, aquí tienes, Michael. —Le puso en la mano un frasco blanco de plástico lleno de pastillas.

—¿Qué es esto?

—Un sedante muy suave que te ayudará en el caso de que te sobrevenga otro recuerdo.

—No es necesario.

No le gustaban las pastillas, odiaba tener que tomar los antidepresivos que le había prescrito Allison. Al tragar cada una de esas pastillas recordaba que era incapaz de ser fuerte.

—Las dosis vienen detalladas dentro —dijo Allison—. Llámame si tienes alguna pregunta. Deseo fervientemente verte aquí a las ocho.

Miles se guardó las pastillas en el bolsillo de la chaqueta. Oyó el crujido de la confesión contra el frasco. Se fue, cerrando la puerta de la consulta a su espalda. El sudor le empapaba las palmas de las manos, le corría por las costillas.

Andy lo alcanzó en la entrada del edificio.

—Sabía que no podrías. Rompe la confesión y vámonos a casa.

—Voy a buscar el modo de olvidarme de ti. —Dicho esto, salió al exterior, donde el aire frío le azotó el rostro.

—Que Sorenson —insistió Andy— diga que tu caso es interesante me ha puesto los pelos como escarpas. Soy algo más que un caso.

—Tienes razón —dijo Miles—. A mí tampoco me gusta. —Habló en voz baja,

con la mano ahuecada en la boca como si quisiera calentársela con su aliento.

—Bien, entonces no necesitas ese estúpido programa. —Andy le pasó un brazo por los hombros—. Mi parte favorita de la confesión es cuando dices que estabas intentando salvarme. Esa sí que es buena. Si no me salvas tampoco te puedes salvar tú, es lo justo, Miles.

Miles se detuvo. Cerró los ojos, echó los hombros hacia delante y contó hasta cien con el ruido de fondo de los coches surcando el gélido paseo de Peralta. Abrió los ojos. Andy se había ido.

¿Olvidarías el peor momento de tu vida?

No puedo seguir por este camino, pensó. No puedo. Iba a unirse al maldito programa, permitiría que Sorenson le desmenuzara el cerebro si eso iba a causar la desaparición de Andy. Si Allison creía que encomendarse a Sorenson lo curaría, adelante.

Tocó el papel de su bolsillo, la confesión, advirtiéndole de repente que lo frotaba como un hombre devoto haría con su rosario. Esta noche a las ocho. Esta noche se la daría a Allison como una muestra de fe, escucharía con la mente abierta, aunque rechazaba la opción que le ofrecía Sorenson para arreglarle la cabeza.

—Sin embargo, podría matarte antes de esta noche —dijo Andy con la cara pegada a la suya, ya de vuelta—. Hacerte saltar delante de un coche a toda velocidad. Ponerte una pistola en la boca. Subirte a un edificio alto para hacerte luego bajar...

Miles echó a correr.

2

Dennis Groote llegaba tarde al día de visita de su hija porque tenía que matar al último de los Duarte.

El lunes por la noche había seguido al tipo (un contable que se las había arreglado para esconderse, tras la caída de la banda de los Duarte, con la ayuda de la policía) hasta una reunión en un hotel de lujo cerca de las playas de San Diego. Groote se había pasado la noche montando guardia cerca de su objetivo, en una habitación desocupada en la que se había colado usando una tarjeta ilegal. Si un huésped rezagado aparecía para reclamar la habitación, lo mandaría de vuelta al mostrador con la excusa de que existía algún tipo de error y se marcharía antes de que volviera. El trabajo podría esperar para otro día. La paciencia equivale al éxito, la paciencia es vida.

El contable llegó poco después de las nueve y media de ese lunes, pero no estaba solo, iba acompañado por una mujer. Hablaban en un tono extraño. El contable se echó a reír con ganas para hacerse el macho. A eso siguió el inconfundible sonido de besos, de ropa cayendo al suelo, de los muelles del colchón.

Groote jugó al solitario con su PDA durante el polvo, esperando entre bostezos a que acabaran. Podría forzar la cerradura de la habitación contigua, entrar, dispararles a los dos y no perderse las horas de visita con Amanda. No obstante, no veía motivos para matar a una mujer cuyo único delito era haber elegido mal a su compañero de cama de aquella noche. Odiaba la idea de matar a una persona inocente sin necesidad. Aguardó, con la esperanza de que la amiguita del objetivo no pasara allí la noche.

No tuvo suerte. Groote escuchó cómo seguían con las intimidades hasta la medianoche, cuando se durmieron al fin. Les dio otra hora, por si la mujer se levantaba tras la cabezadita postcoital. Solo oyó silencio, aparte de los ligeros ronquidos del contable y la mujer. Entonces el propio Groote se quedó dormido. Despertó cuando el martes ya empezaba a clarear.

Escuchó tras la puerta. Un seseante y continuo ronquido. Oyó unos pasos suaves, el agua de la ducha corriendo.

Ahora. Podría acabar e irse antes de que la mujer se duchara sin enterarse de nada. Groote forzó la cerradura de la puerta entre las dos habitaciones, se abrió con facilidad. El contable tenía cuarenta y tantos años, era alto y de barriga prominente. Parecía más un obrero que otra cosa, con su rostro rudo y la mandíbula cuadrada.

—Hola —dijo Groote.

Los ojos del hombre se abrieron, confundidos.

—Oh, hola.

—Ayudaste a destruir a mi familia. Esto es para recordártelo. —Groote le disparó dos voces entre los ojos con una pistola equipada con silenciador.

Oyó un grito a su espalda, sobre el chapoteo del agua. Maldita sea, había puesto el agua a correr, pero no se había metido bajo el chorro aún. Agarró a la mujer, la

arrojó con fuerza contra la pared y le cubrió la boca con una mano. Era mayor que el contable, rondaría los cincuenta. Groote la reconoció, igual que hubiera reconocido a cualquiera de los presentes en el vestíbulo del hotel la noche anterior, cuando realizó una inspección del lugar. Era una conserje del hotel. Cuando la vio detrás del mostrador ella levantó la vista del ordenador y le dedicó una sonrisa de bienvenida, a la que él respondió con un movimiento de cabeza.

Ahora Groote presionaba su arma contra la garganta de la mujer.

—Respóndame y la dejaré vivir. —La conserje cerró los ojos, temblando bajo su tacto—. ¿Entiende? —Asintió—. ¿Por qué está aquí? —Groote apartó la mano un centímetro de su boca para dejarla hablar.

—¿Aquí? —farfulló la conserje nerviosa—. Oh, Dios mío, oh, Dios mío...

—Sí, aquí, con él. —*En el lugar equivocado en el momento equivocado*, pensó Groote, pero odiaba esa expresión. Recordó las últimas palabras de Cathy: «Voy a coger tu coche, tiene mayor capacidad en el maletero».

—Él me invitó. Por favor, no me mate. Por favor. —La conserje trató de apartar la garganta del cañón de la pistola, pero Groote la agarraba del pelo con fuerza.

—¿Se hospeda a menudo en este hotel?

Ella asintió.

—¿Lo conocía antes de esta noche?

—Sí.

Una elección predeterminada, no un polvo arbitrario de una noche.

—¿Sabe qué clase de hombre es?

Tembló de miedo.

—Es... es solo el contable de una compañía de barcos.

—Antes tenía otro trabajo. Sus acciones ayudaron a precipitar la muerte de mi esposa, dejaron lisiada a mi hija. Pagó el dinero con el que se que compraron las armas que destruyeron a mi familia.

La mujer se estremeció en sus manos.

—Compañía... de barcos...

—Debería tener más cuidado con sus amistades, señorita —le aconsejó amablemente a la conserje.

—Sí, de acuerdo, lo haré, lo prometo...

—Siento mucho las molestias.

Y la disparó una sola vez entre los ojos.

Tomó la carretera I-5 dirección norte, hacia el condado de Orange. Llegaba tarde a su mañana con Amanda por quedarse toda la noche en planta, darle a la conserje una generosa oportunidad de vivir, tomarse su tiempo para registrar el portátil del contable en busca de archivos que contuvieran alguna pista de algún miembro del círculo criminal de los Duarte a quien fuera necesario eliminar, preparar el escenario

del crimen de tal modo que pareciera un robo y encima tener que pelearse con el tráfico matutino. Al menos sabía que no había sido injusto.

Amanda y Cathy no tuvieron ninguna oportunidad.

A las diez (casi una hora tarde) se adentró en el corazón del condado de Orange, pasando junto al restaurado Orange Circle, con sus encantadoras tiendas y los nuevos y relucientes edificios de la Universidad de Chapman. Orange era una bonita ciudad, debería mudarse aquí para estar más cerca de Amanda. Un asesino a sueldo en los suburbios... la idea casi le daba risa. Condujo unas cuantas manzanas hasta llegar a un conglomerado de edificios de ladrillo que inspiraban el ambiente tranquilo de una escuela preparatoria moderna. Salvo por las rejas en las ventanas. Le dio su nombre al guardia que vigilaba la puerta del hospital Pleasant Point. Avanzó hasta el edificio principal, aparcó el Mercedes y echó a correr por el aparcamiento. Sabía que necesitaba una ducha y un afeitado, pero no había querido perder más tiempo. Un grupo de niños jugaba fuera bajo el sol de la mañana, otros pocos miraban fijamente al cielo o al suelo o a sus propias manos. No vio a Amanda entre ellos.

Se apresuró a entrar al edificio para informar de su entrada en el mostrador. La enfermera de hoy era Mariana, su favorita.

—Llego tarde —se disculpó Groote—. El tráfico era terrible.

—Amanda está en su habitación —le comunicó Mariana.

—Gracias. —Groote firmó la entrada y bajó por el pasillo a buen paso. Oyó las notas lastimeras antes de llegar a la puerta de la habitación de Amanda. Entró lentamente para no asustarla, meses después de aquel horror seguía saltando a la mínima.

Amanda yacía en la cama en una posición extraña, toda torcida, con las rodillas pegadas al pecho y la mejilla derecha sobre la almohada. Patsy Cline, la cantante favorita de su madre, sonaba suave en los altavoces. *Walking after midnight*. Una canción muy triste para una mañana tan soleada, una canción muy triste para una chica de dieciséis años. Debería estar escuchando temas de esas bandas de chicos guapos, chasqueando los dedos al ritmo de sus canciones intrascendentes, cantando con un cepillo del pelo a modo de micrófono, bailando delante del espejo del baño. En casa, con él, donde debía estar.

—¿Amanda? —Se acercó al reproductor de cedés para bajar un poco el volumen—. Amanda, soy papá.

Abrió sus ojos marrones y lo miró sin verlo.

—Eh, Amanda Banana. —Arrastró una silla junto a la cama—. ¿Cómo estás? —Su voz era tranquila, balsámica.

Amanda no respondió. La boca torcida y el modo en el que le miraba sin verlo, como si escudriñara a través de una neblina, eran síntomas inequívocos de que tenía un mal día. Y por consiguiente, él también.

Cogió su mano.

—¿Quieres levantarte y salir afuera un rato?

Apenas le apretó la mano. Una de las cicatrices de su rostro tembló (la pequeña con forma de estrella, cerca de la comisura de los labios), y pensó que ella iba a darle los buenos días. Se quedó quieta.

—Siento llegar tarde, cielo. Tenía un trabajo que terminar esta mañana.

Sus ojos se centraron en el rostro de su padre.

—Mamá vino a verme —dijo lentamente, con cautela.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué te dijo mamá?

—Quería que me hiciera daño.

—Oh, no, nena, ella no quiere eso. No quiere eso. —Groote trató de cogerle una de las manos para ponerla entre las suyas, pero las tenía torcidas como garras, pegadas al pecho.

—Me dijo que debería cortarme la cara —susurró Amanda.

—No, nena —dijo Groote. *Ni las drogas ni las jodidas terapias están funcionando, ni siquiera recuerda que Cathy está muerta*—. Tu madre no ha estado aquí.

—Estuvo. Viene casi todos los días —replicó Amanda, fría como el acero.

—Nena, está todo en tu cabeza.

—¡Estuvo aquí!

Cejó en su empeño de discutir con ella. Quería que estuviera calmada y dialogante, no aullando y gritando, eso acortaría la visita. Ella era su reducto de belleza ante tanta fealdad innecesaria como había en el mundo. Tocó la cicatriz que tenía en el lado de la boca, luego la otra que le partía una ceja en dos y finalmente la piel arrugada tras la oreja. Eran los regalos que habían dejado las balas que rompieron el cristal, el coche que volcó en el rocoso cañón. Besó todas sus cicatrices.

—Mamá nunca te diría que te hicieras daño —le susurró al oído.

Olió algo crudo, metálico. Le era familiar. Era el olor de la sangre. Se apartó de ella para mirarle la cara al tiempo que palpaba la cama con las manos.

—¡Amanda!

Le quitó la colcha de encima. Llevaba puestos unos pantalones finos y una camiseta. Buscó heridas en su torso y extremidades. Nada. Le levantó la cara de la almohada, su delicada piel estaba intacta. Los dedos se le pusieron pegajosos cuando le tocó la nuca nerviosamente.

Ella comenzó a gritar, a empujarlo, a pedirle que por favor le arrancara la cara.

—No lo entiendo —se lamentó Groote—. ¿Por qué se hace daño?

—Hay muchas razones. —El doctor Warner era un hombre corpulento con el rostro rojizo bajo los cabellos color zanahoria, que ya empezaban a tornarse grises—. Se culpa del accidente.

—No debería hacerlo. No tuvo nada que ver, ni remotamente.

—Aún se culpa.

—Bien, entonces lo culpo a usted de su estado mental —dijo Groote en un tono glacial pero calmado—. Mi hija se está cortando la cabellera, por el amor de Dios. Sus empleados le permitieron quedarse con una horquilla. —Amanda le explicó entre agudos chillidos que era más fácil quitarse la cara desde atrás.

—No volverá a suceder.

—Quiero que la ayude —dijo Groote, manteniendo el control pero hablando con los dientes apretados, siseando como una serpiente.

—Hemos intentado terapia artística, medicación, terapia de grupo... Todos los tratamientos estándar para procesar los recuerdos traumáticos no integrados. Amanda simplemente no mejora. —Warner se puso la mano en el mentón—. Los daños mentales que sufrió al estar atrapada tanto tiempo junto a su madre muerta puede que sean irreparables.

—Si está rota, se la puede arreglar —dijo Groote.

—Amanda no es un plato que se pueda pegar —dijo Warner.

Paciencia, se aconsejó a sí mismo. Respiración profunda.

—Cuando digo arreglar, me refiero a que tenga salud suficiente para recuperar su vida. Para querer vivir de nuevo. —*Averiguaré si tiene familia, doctor, porque si no ayuda a mi hija, no va a poder ayudar a la suya. Se va a enterar de lo que de verdad es el dolor.*

—Amanda ya tenía problemas antes del accidente. Su padre biológico abusaba de ella.

—Sí. —Groote no necesitaba que le recordara ese triste detalle, era como si Warner le estuviera diciendo «Lo siento, tío, tu hija ya era un juguete roto antes de que la trajeras aquí». No obstante, Groote ya se había ocupado del desgraciado del padre como un favor secreto para su esposa y su hija. Nunca sentía odio cuando mataba, excepto entonces, cuando estaba metiendo diez balas en el cuerpo a esa basura. Y todo porque no sabía que podía querer tanto a Cathy y Amanda. El amor había sido para él como un rumor, un concepto irreal. Hasta que lo encontró.

Y ahora Cathy no estaba, Amanda lo necesitaba. Solo lo tenía a él para protegerla.

—Es obvio que la pérdida de su madre fue algo devastador. Sin embargo, las condiciones en las que se produjo son mucho más dañinas que si la hubiera visto morir de cáncer en una cama de hospital o si hubiera muerto instantáneamente en un accidente. En cierta forma, Amanda experimentó su propia muerte al tiempo que la de su madre. Piense en ello como una fractura compuesta en su salud mental. La llevó directamente a un complejo desorden de estrés postraumático.

—No la está ayudando —dijo Groote en voz baja—. Está intentando arrancarse la cara. Si vuelve a autolesionarse, lo haré a usted completamente responsable y aprenderá un nuevo significado de la palabra consecuencia.

Warner sonrió. *Eres un hombre inteligente, pero sabes muy poco*, pensó Groote.

—Amenazarme no ayudará a su hija, señor Groote.

—Lo siento. Necesito que la cure. Por favor. Por favor.

Entonces llegó la salvación en forma de tono de llamada de móvil. Solo el hospital y sus clientes tenían su número. Destapó el teléfono, no usaba el contestador, era demasiado arriesgado.

—Le llamaré luego —dijo a modo de saludo.

—Por favor, hágalo —respondió una voz mansa—. Soy Quantrill. Tengo el trabajo perfecto para usted. Podría incluso ayudar a su hija.

Groote condujo hasta Santa Mónica sobrepasando por mucho el límite de velocidad. La casa de Oliver Quantrill era una construcción de acero y cristal situada en un barrio opulento. Quantrill estaba sentado en su enorme terraza bebiendo agua mineral y aporreando su portátil. Era un hombre alto de unos cuarenta y tantos años y complexión fuerte, conseguida a base de una dieta alta en proteínas y varias horas diarias de gimnasio.

—¿Cómo ha averiguado lo de mi hija? —Groote trató de apaciguar la rabia que sentía para disminuirla hasta niveles normales. Siendo honestos, se dijo, no era rabia, era miedo.

—Tranquilo, Dennis. Hice que lo investigaran la primera vez que lo contraté. Hubiera sido estúpido no hacerlo, teniendo en cuenta su pasado. No quiero hacerle daño a Amanda.

—Hable. ¿Qué trabajo puedo hacer que ayude a mi hija?

—¿Sabe a qué me dedico exactamente, Dennis?

—Vende información. No conozco los detalles.

—Aquí tiene un detalle. Estoy supervisando una investigación médica pensada para ayudar a personas que sufren de estrés postraumático. A personas como Amanda.

A Groote se le aflojaron las piernas. Se sentó.

—Investigación.

—Una investigación anteriormente descartada. No funcionó la primera vez. Mi equipo la ha mejorado. Ahora sí funciona.

—¿Cómo funciona?

—Es un fármaco que convierte el desorden en una dolencia controlable. Posiblemente curable. —Quantrill le dio un sorbo al zumo de naranja—. ¿Le gustaría recuperar a su hija, Dennis? ¿Cuánto valdría eso para usted? —Groote abrió la boca, luego la volvió a cerrar—. Todo, ¿verdad?

—Claro —dijo Groote—. Quiero ese fármaco para mi hija.

—Usted y mucha, mucha gente. Los expertos estiman que más del diez por ciento de la población americana y el diez por ciento de la población europea sufren de algún tipo de estrés postraumático. Y además tenemos a todos los soldados que

regresan de la guerra en Oriente Medio, el cuarenta por ciento afectados por este desorden. Cuento además a la población civil en las zonas de guerra. Añádale a eso los horrores vitales que pueden afectarnos: huracanes, asaltos, violaciones, accidentes de coche, ataques terroristas... bueno, verá que la lucha contra esos traumas es un mercado en alza. —Quantrill dio otro sorbo al zumo, llenó un vaso y se lo tendió a Groote.

—No he oído hablar de ninguna investigación farmacológica en ese campo, a pesar de que estoy pendiente de todo lo que pueda ayudar a mi hija.

—La investigación y las pruebas se han hecho, digamos, bajo cuerda. De este modo, me será posible venderle los resultados a una empresa farmacéutica para que puedan decir que es un producto desarrollado por sus propios laboratorios. Yo me llevo un porcentaje. Mientras antes se haga la operación, antes recibirá ayuda Amanda y todos los que necesiten la medicina.

A Groote se le secó la boca.

—¿Por qué tiene que ser la investigación secreta?

—Eso no le incumbe. Necesito que se encargue de una mujer de Santa Fe, la doctora Allison Vance. Ha estado trabajando con los pacientes que han probado el fármaco en un hospital psiquiátrico que tengo allí. El director de mi investigación teme que pueda delatarme a Sanidad. Si lo hace, no habrá fármaco milagroso para nadie. Incluyendo a Amanda.

—Acaba de conseguir que odie con todas mis fuerzas a la doctora Vance —dijo Groote—. Estoy seguro de que es un ser humano horrible.

Quantrill sonrió.

—Sabía que era la persona adecuada para este trabajo. Coja el próximo vuelo a Nuevo México. Tráigame los materiales de la investigación. Sé que estarán a salvo con usted. Y si la doctora Vance se convierte en un problema, se hará indispensable que sufra un accidente muy grave.

Recupérate, se dijo Miles. Andy dejó de seguirlo. Iba a la carrera por el paseo de Peralta y dobló la esquina con Canyon Road. *Está batallando porque teme que de verdad lo expulse de mi vida.*

Miles dejó de correr, se metió una mano en el bolsillo y se aferró a las pastillas que le había dado Allison. No, no se tomaría ninguna todavía, quería tener la mente despierta para trabajar. Tanto como le fuera posible. Si Andy reaparecía... entonces engulliría al menos una. A Andy parecía no agradarle aquella galería, Miles caminaba con paso seguro entre sus muros.

El ejercicio lo había calmado, pero no podía desembarazarse de Sorenson, sus pensamientos no paraban de girar en torno a él. El hombre parecía presto a darle un puñetazo, no tenía aspecto de un psiquiatra que pretendiera ayudar a un paciente ni calmarlo. Miles reprodujo en su cabeza la extraña sesión de aquella mañana. Traer a otro terapeuta había sido un error, un error fatal, no era propio de Allison. Un terapeuta no podía hacer cosas así de inesperadas. La vida ya se encargaba por sí sola de agitar su jaula casi todos los días.

La galería era ahora mismo su mejor refugio.

Miles solo había ido a dos entrevistas de trabajo en su vida. Siempre había trabajado para su padre en la empresa familiar, Servicios de Investigación Kendrick. La oficina se encontraba en un pequeño centro comercial de barrio, en Miami, entre una tienda de empeños y una de ropa usada. Su primera entrevista de trabajo fue unilateral, cuando Andy lo llevó a una reunión con los Barrada dos días después del entierro de su padre.

—Tu padre nos debía trescientos mil dólares en apuestas de carreras de caballos y galgos, Miles. Puso la agencia de investigación como aval. Podríamos quedarnos el negocio ahora mismo, pero gracias a tu colega Andy te vamos a ofrecer un trato. Necesitamos a un hombre que sea nuestro espía personal, Miles. Necesitamos que nos robes información. Consigue pruebas que los incriminen de otros círculos, averigua quiénes son sus proveedores, sus traficantes, dónde guardan y limpian el dinero. Con esos datos podremos acabar con ellos, quedarnos con sus negocios. Puedes nivelarnos con el resto, darnos una ventaja competitiva.

El señor Barrada disfrutaba leyendo los últimos *best sellers* de negocios y adaptándolos a la vida de la mafia.

—Si haces eso por nosotros cuando te lo pidamos, nuestra deuda quedará saldada en los dos próximos años.

Con el miedo calándole los huesos, no tuvo opción a dar una respuesta afirmativa.

La entrevista con Joy Garrison fue igual de difícil. Mientras su agente de protección de testigos contemplaba las pinturas y las etiquetas con sus altos precios, Miles cruzó la galería para seguir a Joy a su despacho en el piso de arriba. Era una mujer pequeña, de cincuenta y tantos años, atractiva, y al principio, al ver sus

pantalones anchos y la bisutería de plata y turquesas, pensó que era la típica jipi chiflada de Santa Fe. Sin embargo, en cuanto se sentó frente a ella reconoció en sus ojos una dureza que rivalizaba con la del propio señor Barrada.

Lo estudió durante un largo, agonizante momento. Se obligó a no agitarse en su silla.

—Quieres este trabajo.

—Sí, señora.

—Pero no sabes una mierda de arte, ¿verdad, cariño?

—No mucho, señora. Pero yo... —se interrumpió porque Andy estaba en un rincón con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa? ¿Pero tú qué?

—Quise ir a la escuela de arte a aprender fotografía. No tuve ocasión.

—¿Tus padres no lo aprobaban?

—Exactamente, señora. Decían que no malgastarían en eso el dinero.

—Los míos dijeron lo mismo. Tenían razón, no sabía dibujar ni una línea recta. Ser un artista y vender arte son dos disciplinas completamente distintas. —Se echó a reír—. Ahora esta galería gana el dinero que costea el lujoso asilo de mamá y papá.

—Trabajo duro, señora. Puedo mover las obras, muchas de estas pinturas y esculturas parecen muy pesadas.

—Necesito más sesos que músculo. La agencia de protección de testigos dice que te llevas bien con los ordenadores. Vendo a coleccionistas de todo el país, pero mi página web es una mierda. Necesito una mucho mejor. También necesito ayuda para mejorar el seguimiento de la mercancía.

—Sí, señora, puedo elaborarle una base de datos, crear o gestionar una página web, usar y arreglar sus ordenadores, asegurar los sistemas o lo que necesite. —No quería ver a Andy, así que no levanto la vista de su regazo—. Usted me dice cómo vender arte y yo le venderé arte. Haré lo que necesite.

—Cariño, mírame cuando me hablas.

Levantó la vista.

—Dejaremos lo de las ventas para cuando puedas mirar a la gente a la cara cuando la tengas delante.

Tragó saliva.

—Me parece una buena idea.

—No eres el primer testigo protegido que contrato. Me trajeron a un malversador hace dos años. Lo hizo bien hasta que a los dos meses le robó cinco mil dólares a mi exmarido. —Joy se encogió de hombros—. Mejor a él que a mí.

—Yo no robaré nada.

—Comprendes que soy la única aquí que sabe que eres un testigo. Protección de testigos no me revela tu verdadero nombre o de dónde vienes. Solo tu nuevo nombre y tus antecedentes.

—No tengo antecedentes, señora.

—Por eso te doy el trabajo, cariño.

Respiró por fin.

—Gracias. No se arrepentirá.

La mujer se incorporó hacia delante.

—Imagino que has pasado por un mal trago al tener que renunciar a tu vida. Quiero que sepas, Michael, que puedes confiar en mí. Nadie de esta galería sabrá que estás en el programa de protección de testigos. Nunca traicionaré tu confianza, jamás.

—Gracias. Espero ganarme la suya, señora Garrison.

—Llámame Joy. Empiezas mañana.

Se puso en pie cuando ella lo hizo y estrechó su mano. Los dos meses siguientes disfrutó mucho de su trabajo.

La puerta de la Galería Joy Garrison tintineó cuando la abrió y la cerró. La galería representaba a catorce artistas de reputación creciente entre los coleccionistas. La mayoría de las pinturas y esculturas costaban dos mil dólares o más; Miles deseó haberse podido ganar la vida reflejando calma y belleza en un lienzo. Miles saludó con la cabeza a Joy y a su hijo Cinco al entrar en el despacho trasero donde trabajaban él y el resto de empleados. Su jefa estaba sentada en un mostrador de representante comercial escribiendo algo en un papel adhesivo. Alzó una ceja. Cinco estaba al teléfono con un coleccionista de Nueva York, al que le hablaba de las bondades de una nueva pintura que consideraba que era imprescindible.

—Hoy no te toca trabajar, cariño —dijo Joy.

—No, señora, no me toca. He querido pasarme un par de horas para adelantar trabajo. No tiene que pagarme. —Consiguió mantener una cierta calma en la voz, no le temblaron las manos.

—¿Estás bien, cariño?

—Quiero estar ocupado.

—Bueno, si tienes tantas ganas de ser útil, llama y pregunta cuándo llegará el nuevo ordenador. Ya ves cómo estoy sustituyendo hoy los correos electrónicos. —Le mostró una libreta de papeles adhesivos—. Necesito también un puñado de fotos de las nuevas esculturas de Krause para colgarlas en la web. Luego tendrás que actualizar la página con los nuevos precios.

—No hay problema.

—Me haces parecer vago, Michael —intervino Cinco al colgar el teléfono—. ¿No necesitas días de descanso?

—Me aburro con facilidad.

Dos mujeres amigas de Joy aguardaban en la puerta, cargadas de cafés y cotilleos. Joy se echó a reír y las llamó para que entraran y subieran a su despacho en la parte trasera de la galería. Miles les llevó un cuadro pequeño que Joy quería enseñarles.

Luego bajó al piso inferior, donde dos turistas hojeaban el catálogo. Cinco respondió a sus preguntas sobre una escultura de un carnero saltando. Miles se sirvió más café y decidió llamar a su agente de protección de testigos para pedir que

investigaran a Sorenson antes de unirse al programa de tratamiento que le ofrecía. Al entrar en el despacho trasero se encontró a Blaine el Plasta sentado junto a la mesa, aporreándola con los dedos. Desde la puerta del despacho, Miles miró a Cinco con una patente desesperación reflejada en su rostro. Cinco respondió con una sonrisa que venía a decirle que él estaba con otro cliente, así que hoy le tocaba fastidiarse.

—Hola, señor Blaine.

—No me vengas con holas, Michael. ¿Estáis rotando hoy las pinturas?

—Mañana, señor.

—¿Vais a poner *Emilia de pie al sol* en una esquina perdida? —Su trabajo más reciente, un precioso retrato sombreado de una joven latina, rodeada de altas hierbas, llevaba cuatro meses de un lado a otro de la galería, sin que nadie lo hubiera comprado.

—No, señor, no lo creo.

—Porque si *Emilia* no consigue un puesto de honor en la pared, bueno... —Preparó entonces su amenaza favorita—. Tendré que mostrarlo en otra galería. Tengo ofertas constantemente.

—Si lo hace, nos romperá el corazón, señor Blaine. Le prometo que estamos haciendo todo lo posible para encontrarle el comprador adecuado.

—Solo quiero que se venda, *Emilia* necesita un buen hogar. —Se adivinaba un rastro de desesperación en el tono de su voz.

—No permitiremos que sea una huérfana.

—Bien. Hoy tengo que ir a Marfa. —Marfa era una ciudad en mitad del desierto, en la zona occidental de Texas, renacida gracias a haber sido el lugar donde se rodó la película *Gigante*. Era una especie de hermana pequeña de Santa Fe, una pujante colonia de artistas donde el coste de la vida era menor—. Puede que me mude allí, voy a probar un par de días. Quería asegurarme de que no escondíais a *Emilia* en la parte trasera. ¿Me llamarás si se vende? —Garabateó un número en una nota y se la tendió a Michael.

—Sí, señor.

Blaine el Plasta se marchó. Miles cerró la puerta del despacho y marcó el número del busca de DeShawn Pitts. Introdujo su código de identificación y colgó. Menos de un minuto después sonó el teléfono.

—Galería Joy Garrison —contestó Miles—, Michael Raymond al habla.

—Soy Pitts, ¿qué pasa? —La voz era joven, pero profunda, ligeramente distraída. Miles oyó el reconocible ruido de muchos papeles colocándose sobre un escritorio.

—Por teléfono no, mejor un almuerzo. ¿Puedes conducir hasta aquí? —DeShawn vivía en Albuquerque, era el agente encargado de los testigos protegidos que vivían en el norte de Nuevo México. Su responsabilidad era ayudar a Miles a proteger su propia identidad, encontrarle un trabajo y asentarlo en su nueva vida sin que dejara de estar a salvo.

—Dame una pista, hombre.

—Mi loquera quiere que otro médico trabaje en mi caso. Tengo mis dudas sobre él.

—Estoy seguro de que la doctora Vance no recomendaría a un matasanos. ¿Cómo se llama?

—James Sorenson.

—¿Por qué necesita la ayuda de otro médico?

—Sorenson lleva un nuevo proyecto para pacientes con estrés postraumático.

—¿Le has contado alguna vez a la doctora Vance que eres un testigo?

En el programa de protección de testigos le dijeron que estaba permitido contarle a su psiquiatra que era tal. De hecho se consideraba crucial para una terapia exitosa, dado el enorme caos mental que causaba en un testigo su recolocación. No obstante, nunca se lo había dicho. Ella solo sabía que se había visto envuelto en un tiroteo y que las autoridades le exculparon de cualquier cargo. Le dijeron también que no revelara su verdadero nombre o su procedencia a no ser que fuera vital para el desarrollo de su terapia. Todos esos detalles se encontraban en la confesión que no se atrevió a darle.

—No, no le he dicho nunca que soy un testigo protegido.

—La terapia de grupo no te conviene, tío, tienes que ser circunspecto. Podemos hablar de ello en el almuerzo. Nos vemos en Luisa a las doce y media —dijo DeShawn antes de colgar.

Joy volvió a entrar a toda prisa para coger un archivo del escritorio de Cinco, dejando un rico aroma a expreso procedente de la taza que tenía en la mano. Regresó enseguida a la sala de ventas con sus visitas. El aroma del café sacudió todo su fuero interno. Café cubano, rico, denso. La aguda risa de una de las amigas de Joy. El olor y la risa penetraron en su cerebro. La galería se convirtió en un almacén vacío, focos de luz aislados sesgaban la oscuridad, los cuatro hombres bebían de ese café. Miles trató de esconder el temblor de sus manos. Los dos agentes encubiertos del FBI junto a Miles y Andy, hablando en una mesa. Andy a punto de recibir la mejor noticia de su vida. Miles dijo algo, solo unas pocas palabras, y justo después trató de soltar una carcajada.

No recordaba lo que dijo.

Andy se lo quedó mirando, de pie detrás de los dos agentes sentados en la mesa, que en ese momento llenaban de nuevo sus tazas de café. Y entonces todo se torció cuando Andy echó mano a su pistola, Miles hizo lo propio, horrorizado, diciéndole a Andy que no hiciera eso.

Oyó el triple eco de los disparos. Abrió los ojos. De vuelta a la galería, el suelo sanguinolento del almacén había desaparecido. Se desmoronó cerca de la fotocopidora. Utilizó la máquina para incorporarse, tenía el dedo encogido de imitar el gesto de apretar un gatillo invisible.

Se sumió en un terrible silencio, en la oscuridad, como si el mundo lo hubiera engullido de un bocado.

—No hay alternativa —le dijo Andy, arrodillado a su lado—. Así es ahora tu vida. Tú y yo no vamos a separarnos nunca. Deja de intentar cambiar eso. —Miles negó con la cabeza—. Morirás intentándolo —susurró Andy.

Entonces Miles oyó risas. La carcajada cálida y franca de Joy. Se dejó envolver por la maravillosa quietud de la galería. Se obligó a regresar a la silla de su escritorio. Respiró profundamente para tratar de espantar el dolor y el miedo.

No podía vivir así.

—Pues no lo hagas. Acaba con esto. Yo te ayudo —se ofreció Andy.

Miles fue consciente de la presencia de las pastillas en su bolsillo. Las pastillas de Allison. Le había dicho que eran un sedante muy suave para ayudarle si tenía un recuerdo.

Sacó el frasco del bolsillo. Era de plástico, no tenía etiqueta. Lo abrió. Las pastillas eran blancas, en forma de cápsulas.

Había una nota doblada entre ellas.

La sacó y la alisó sobre el escritorio.

«Querido Michael: Necesito tu ayuda. Necesito de tus servicios como investigador privado. Tengo un problema grave. Ven a mi consulta esta noche a las siete y te lo explicaré en detalle. No se lo digas a nadie. Confío en ti, te veo a las siete. Allison.»

Miles hacía cola en el autoservicio de Luisa con un Mercedes delante de él, un vagabundo que olía a vino de un dólar a su lado y una camioneta cargada de chicos de instituto forzando el motor a su espalda.

Cuando llegó a Santa Fe, Miles ideó una serie de medidas preventivas para que la gente no se diera cuenta de que tenía problemas, como por ejemplo no responder a Andy en público, resistirse a dar respingos ante cualquier ruido repentino o cerrar los ojos y quedarse quieto cuando le sobrevinía un ataque. No quería llamar la atención, sin embargo, si le veían gritando a fantasmas invisibles por las calles de la ciudad sería inevitable. Si actuabas como un loco, acababas en el manicomio.

Hoy, el éxito de sus medidas cautelares era escaso.

El autoservicio de Luisa era un nombre muy apropiado para el simple establecimiento con tejado de plomo situado en una curva del concurrido paseo Peralta. No tenía mostrador, los clientes disponían únicamente del autoservicio, así que las personas que iban andando a todas partes porque no contaban con vehículo propio hacían cola de igual a igual con los coches. De camino al local, Miles se topó con un sombrío vagabundo al que conocía. Se llamaba Joe, era un hombre de cincuenta y tantos años ajado por el alcohol.

—Le invito a almorzar en Luisa, si quiere —le dijo al pasar junto a él.

Se figuró que Joe no recibía muchas invitaciones a almorzar. Lo siguió sin decir palabra.

Ahora, el testigo federal y el vagabundo borracho aguardaban de pie entre los dos coches. Tras haber hecho el pedido al micrófono esperaban pacientemente en la cola a que se abriera la ventanilla de recogida.

Tras ellos, el motor de la camioneta mostró la hombría de su conductor rugiendo con fuerza. Miles oyó las risas crueles y huecas de los estúpidos críos.

—¡Eh, pringaos! —gritó una chica. Miles miró por encima del hombro. La chica estaba sentada cerca del conductor, un chico de cuello grueso y con la cabeza casi completamente afeitada. Miles supo que la chica era el seso y el chico el músculo. Ella era la típica reina del baile, una belleza desfigurada por la risa maliciosa que le cruzaba el rostro. Otros tres chicos se apelonaban en la cabina del vehículo.

—¡Eh, pringaos! —repitió la reina del baile, con una altivez y confianza en sí misma producto de lo adorable de su presencia y del profundo conocimiento de cómo usarla.

—Pillaos un coche, ¿no?

La camioneta se acercó un centímetro más a su pierna. La ignoró.

—Le dejarían en paz si no estuviese yo aquí —dijo Joe en voz baja, casi susurrando.

—No, ella no —opinó Miles—. Los imbéciles son así.

La chica se echó a reír, salvaguardada por la presencia de su gorila.

—Es un autoservicio, no un pateoservicio, ¿qué pasa contigo?

Miles pensaba que su aspecto era normal, no parecía un loco. Sin embargo, a veces se preguntaba si las ocasionales miradas de soslayo que recibía se debían a algo que lo caracterizara, a una cruz en la frente que atraía esa clase de miradas, que le señalaba como mercancía deteriorada para cualquiera que buscara una víctima o una marca. Joe se retiró lentamente hacia el otro lado del aparcamiento con la vista clavada en el suelo. La camioneta volvió a acercarse, casi rozando la parte anterior de su rodilla. Miles no se movió.

El Mercedes de delante se apartó de la ventanilla de pedidos para incorporarse al tráfico en la rotonda del paseo de Peralta. Miles no se acercó a recoger su comida.

El claxon de la camioneta retumbó en todo el aparcamiento.

—¡Eh, muévete!

Miles permaneció quieto.

—¿Cuál es tu jodido problema? —dijo Andy a su lado.

—¡Retrasado! ¡Tira para delante! —Otro largo zumbido del claxon. El guardabarros le tocó de nuevo la pierna, esta vez forzándolo a dar un paso. Risas.

Miles se acercó lentamente a la ventanilla de recogida. Luisa, la propietaria, lo atendió e introdujo su pedido en una bolsa de plástico. Tacos de ternera y pollo recubiertos por una fina masa, un frasquito de alubias y otro de arroz.

—¿Qué tal? —dijo la mujer—. ¿Cómo están? ¿Qué es todo ese ruido?

—Cosas de chicos —respondió Miles.

—¡Gilipollas! —dijo la reina del baile apoyada contra el claxon. Miles miró a los jóvenes. El jugador de fútbol sonrió.

—Moveos, desgraciados —gritó el chico.

Miles le dio a Luisa el dinero exacto. Advirtió que las servilletas, la sal y los paquetitos de salsa casera y de azúcar estaban en un estante junto a ella.

—Un segundo, Luisa, ahora vuelvo —dijo al tiempo que cogía varios sobres de azúcar y una pajita. Se acercó a la camioneta agitando los sobres de azúcar para que los vieran la reina del baile y el jugador de fútbol.

Abrió el depósito de la gasolina, rompió la parte superior del sobre de azúcar y lo colocó en el borde, dispuesto a verter su contenido dentro. En ese momento, las células cerebrales del conductor se unieron para la causa y abrió la puerta. El chico miró a Miles sorprendido.

—¡Te voy a hacer pedazos!

—Ni un paso más —dijo Miles— o vas a dar un dulce paseo.

El jugador de fútbol se detuvo.

—¡No, tío!

—Entonces pisa a fondo y vete —dijo Miles—. ¿Por qué tienes que ser tan gilipollas?

—¿Qué pasa? —dijo la reina del baile empujando la ancha espalda del chico—. Ve y machácalo.

—Si cae azúcar en el depósito, se carga el coche —le respondió en voz baja y tensa.

Miles sospechaba que no había cantidad suficiente para causar daños, pero el jugador de fútbol no sabía eso.

—Lección de etiqueta de hoy: trata bien a la gente que no tenga coche. Al fin y al cabo, si echo el azúcar, te unirás a mi grupo de personas no motorizadas.

—¡Rómpele el culo, Tyler! —gritó la reina del baile.

—Sí, Tyler, trata de romperme el culo. Quizás ganes, o puede que te enseñe a respetar a tus mayores. Si das un paso te quedas sin camioneta, eso es inevitable.

Tyler estaba paralizado por la indecisión, atrapado entre la entusiasta petición de violencia de la reina del baile y la seguridad de que Miles envenenaría el depósito de gasolina antes de que pudiera llegar hasta él.

—Tyler. ¡Patéale el culo! —repitió la reina del baile.

—Tyler, piensa con la cabeza. —Miles comenzó a tararear *Sugar, sugar*. Vio entonces el sedán de DeShawn entrando en el aparcamiento a cierta velocidad y ocupar un hueco libre.

Tras una pausa de cinco segundos reinó el sentido común. Tyler regresó a la camioneta y huyó. Miles solo pudo adivinar los gritos y gesticulaciones que tendría que soportar el chico por parte de la reina del baile por hacer tal cosa.

Miles regresó a la ventanilla de Luisa para poner los sobres de azúcar y la pajita sin abrir en el mostrador.

—Le he costado el dinero del almuerzo de los chicos —dijo al tiempo que le daba un billete de veinte adicional—. Por favor, acepte mis disculpas y esto como pago. Deme también tres Coca-Colas, por favor. Gracias, Luisa.

La mujer le dio la comida y las bebidas sin soltar palabra.

Miles le tendió una bolsa de tacos a Joe, que tenía la cabeza gacha y el rostro avergonzado.

—Aquí tiene —dijo Miles.

—Gracias —dijo Joe—. Siento haberle dejado solo. Esos chicos... no puedo soportar esa crueldad.

—No hay de qué preocuparse. Se han ido ya. Vaya a verme a la galería si le molestan.

—Si pongo un pie en Canyon Road, esos pijos idiotas llaman a la poli.

—Si va a visitarme a mí, no lo harán, ¿de acuerdo?

—Gracias. —Joe cogió la bolsa de comida y la Coca-Cola, hizo un educado gesto con la cabeza y se marchó.

Miles se montó en el coche oficial de la marca Ford y le dio a DeShawn la bolsa con el taco. Pitts era un hombre corpulento con la cabeza rapada, un antiguo jugador de fútbol universitario. El sedán le quedaba como un traje demasiado ajustado. Lamentó haber leído la nota de Allison después de haberle llamado, en ese caso no le hubiera pedido que almorzara con él.

Quiere tu ayuda. No la de otro. Mantén la boca cerrada. No metas a DeShawn en esto. Puedes volver a ser el hombre que eras. Ayúdala por tus propios medios.

—Gracias, tío. ¿Alimentando vagabundos y peleándote con chicos? —dijo DeShawn—. Ya sabes, colega, lo ideal es que no llames la atención.

—Yo también me alegro de verte.

DeShawn le ofreció un taco de pollo y cogió uno de ternera para él. Comieron. DeShawn devoró el primer taco y se limpió la boca.

—Lo primero es lo primero, Miles. Hice una comprobación rápida. No hay ningún psiquiatra, médico o psicólogo con licencia en Nuevo México llamado James Sorenson.

Miles bebió un sorbo de su Coca-Cola.

—No lo entiendo.

—Quizás no te enteraste bien del nombre.

—Eso debe de haber sido. Últimamente no duermo bien, debí de oírlo mal —dijo incapaz de inventar otra cosa—. Traté de llamar a Allison esta mañana para averiguar más sobre el programa, pero no me responde al teléfono. —Esa parte era verdad, había tratado de llamarla repetidas veces tras leer la nota. Solo oyó su voz en el contestador automático, así que le pidió que lo llamara. Si Sorenson no era médico, ¿por qué se lo presentó como tal?

¿Por qué le mintió? ¿Por qué dejó que Sorenson le mintiera?

Porque Sorenson la obligó a hacerlo.

«Tengo un problema grave.»

Pitts masticó las alubias y sorbió de la Coca-Cola.

—La terapia no debe de ir muy bien si busca la ayuda de otro loquero.

Miles quería encontrarse con Allison cuanto antes. Guardó su almuerzo inacabado en la bolsa.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó DeShawn.

—No tengo prisa, no tienes nada por lo que preocuparte. Estaré listo para testificar, DeShawn.

—Tío, el primer intento en el juzgado no fue precisamente un éxito, pero eres el as en la manga para el juicio contra el pez gordo de los Barrada. Tengo fe en ti.

—No me digas eso si no es verdad —dijo Miles de repente. Se había derrumbado dos veces en el estrado cuando lo interrogaron sobre el tiroteo y el trato que hicieron con él para que testificara. El defendido (un miembro joven de los Barrada al que los federales eligieron con la esperanza de hacer un trato de cooperación, que el tipo rechazó) consiguió una condena reducida porque Miles no le pareció al jurado un testigo totalmente fiable—. Necesito que la gente tenga fe en mí.

«Necesito tu ayuda... Tengo un problema grave.»

—Miles, tío, tengo fe total en ti. Ya no ves a tipos que no están ahí ni oyes voces, ¿verdad?

—Verdad —mintió Miles—. Solo en sueños, todo el mundo tiene derecho a tener

sueños raros, ¿no crees? Te conseguiré el nombre correcto de ese médico.

—De acuerdo. Quiero saber detalles del programa antes de que te prestes a nada, Miles.

—Claro —dijo Miles—. Esta tarde no trabajo. ¿Te importaría dejarme en mi apartamento?

Miles entró a toda prisa en su apartamento, despidiendo antes con la mano a DeShawn. Corrió escaleras arriba para coger una herramienta que creía necesaria y enseguida bajó de nuevo, pensando que si daba este paso ya no había vuelta atrás. Se dirigió entonces a la consulta de Allison.

—No voy a salir en el programa de Oprah. —Celeste Brent puso la pequeña cuchilla en el lugar donde la guardaba, bajo la alfombrilla del ratón del ordenador. No necesitaba sentir la presión de la hoja sobre la piel en ese momento—. No puedo soportarlo... estar de nuevo en la televisión.

La voz de Víctor Gamby retumbó en el altavoz.

—Entiendo tus dudas. Pero piensa en la gente a la que podríamos ayudar al compartir nuestras historias con millones de personas.

—Pareces un anuncio.

—Vendo una idea, Celeste. Volver a la televisión podría hacerte superar tus miedos.

—No voy a salir de mi casa. Y no voy a dejar entrar un circo mediático en ella.

—Hazme un favor. Abre la puerta y quédate en el umbral. No tienes que traspasarlo. Inténtalo.

—No.

—Podría pedirles que enlazaran con tu casa vía satélite cuando entre en el programa. De esa forma saldríamos juntos. Celeste, podríamos hacer que las amas de casa americanas hablen del estrés postraumático, hacer de ello un tema de salud pública, animar a la gente a discutir sobre ello igual que hacen con la depresión o el cáncer. Por favor.

—Ve tú, Víctor. Tú sí que eres un auténtico héroe.

—Oh, por favor.

—Yo soy solo alguien que tuvo unos horribles quince minutos de fama. —Se acercó a la enorme pantalla de ordenador para leer las palabras que escribió una joven del otro lado del país en una discusión *online* coordinada por Víctor: «La mayoría de los días estoy triste, más triste de lo que nadie debiera estar y solo quiero acurrucarme y llorar para siempre, y el bocado de la hoja en mi piel es lo único que puedo sentir. ¿Me entiende alguien?». —

—Celeste. Reconsidéralo. Millones de personas te vieron en *Supervivientes*. Te conocen, apostaron por ti —dijo Víctor—. ¡Oprah!, por el amor de Dios, no puedes negarte.

—No. —Celeste releyó las palabras de la chica en la pantalla del ordenador y pensó: *Te entiendo, cielo, de verdad*. Hizo clic en el siguiente mensaje del foro. Jared T. tenía sueños desoladores sobre la batalla de Fallujah. Deseó poder darle un abrazo a Jared T., ojalá no le costara tanto tocar a la gente. Rodó con su silla lejos de la pantalla—. ¿Te dije que tuve una oferta de otro *reality show*?

—Celeste, eso es maravilloso.

—Agárrate e imagina las posibilidades: era de *Terapia de grupo*.

—Por favor, que sea broma.

—No me inventaría tal cosa. Me quieren, y a Denise Michaels, la estrella infantil

de *Too Cool Kimmy*, le dio un ataque nervioso este año. También a ese jugador de baloncesto universitario que se supone que es bipolar y a otro par de celebridades que tuvieron enfermedades mentales. Todos viviríamos juntos en una casa con el doctor Frank, el presentador, y sí, es mejor aún; cada semana uno de los concursantes es expulsado.

—*Supervivientes* para locos —dijo Víctor.

—Oh, nadie llegó a decir tal cosa —comentó Celeste—. Solo lo piensan.

—Pero eso es por lo que luchamos a diario, por esa percepción de que la gente con traumas no está realmente enferma, que solo necesitan calmarse y superarlo. No harían un programa parecido para gente con cáncer, ¿no crees?

—No.

—Así que deja de actuar como una persona con estrés postraumático y compórtate como una celebridad con estrés postraumático. Haz que algo bueno salga de tu fama. Ayúdame, Celeste.

El sensor que alertaba a Celeste cada vez que alguien se acercaba a la puerta principal silbó y una ventana de vídeo se abrió en el monitor del ordenador. Allison Vance caminaba a toda prisa por el sendero empedrado. Era extraño. No tenía una cita prevista con ella.

—Víctor, debo irme. No puedo hacer ese programa de la tele contigo, pero estoy segura de que harás un gran trabajo.

—Celeste...

—Te llamaré pronto, Víctor, cuídate —dijo Celeste, y colgó. La tele otra vez. ¿Salir de casa? ¿Dejar que una panda de extraños le gritara en la cara o alguien quisiera hacerle daño de nuevo? No, nunca. Sonó el timbre de la puerta. Tiró de la gomilla de su muñeca y dejó que le apretara la piel. Una vez, dos veces. La gomilla le provocó un dolor breve y agudo que le calmó los nervios.

Fue a responder a la puerta. Descorrió los cerrojos, abrió el pestillo.

—Está abierto —le dijo a la puerta de madera. Dio cinco pasos atrás, de tal modo que Allison no pudiera tirar de ella hacia el exterior de la casa, al cielo abierto. No es que fuera a hacerlo, pero Celeste nunca se arriesgaba. Allison entró con un maletín pegado a sus caderas.

—Hola, ¿he olvidado alguna cita? —preguntó Celeste.

—No, nada de eso, Celeste, pero tengo que pedirte un favor, si no supone mucha molestia. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Extraordinariamente idiota. Acabo de rechazar una oferta para salir en el programa de Oprah —dijo indignada consigo misma.

—Estoy segura de que hubiera sido algo excitante, pero te hubiera supuesto también estar sometida a una gran presión.

—¿No crees que me lo esté inventando?

—Eres famosa.

Celeste se encogió de hombros.

—Solía serlo.

—Podríamos subir la dosis de los antidepresivos, puede que eso te hiciera más llevadera la idea de salir de casa.

—Estoy bien, dejando aparte lo de salir de casa. No quiero más pastillas. — Celeste jugueteó con la gomilla, tensándola contra su piel.

Allison señaló la muñeca de Celeste.

—¿Cómo te va con la gomilla?

—Sacarina cuando quieres azúcar.

—Pero no te has hecho daño hoy.

—No, hoy no.

—Muy bien, ¿y ayer?

—Una vez. Solo una vez. —Se tocó con el dedo un fino arañazo en el brazo.

—¿Has comido hoy?

—Sí. Un plato de cereales para desayunar y una ensalada para el almuerzo.

—Estupendo.

Como si prepararse dos comidas fáciles y no arrancarse la piel a tiras tuviera mérito. Celeste se apretó más fuerte la gomilla. Un chispazo de dolor, nada más, solo para recordarle que estaba viva y Brian muerto y enterrado, encerrado en su ataúd, incapaz de ver el sol, de respirar aire puro.

—Me gustaría que me prestaras el ordenador —dijo Allison—. Sé que tienes un equipo potente y necesito una máquina que maneje rápidamente unas cifras. Solo tardaré unos minutos.

Celeste casi dijo no, demonios, no. No quería que nadie le tocara el ordenador, su preciado único punto de enganche con el resto del mundo. Pero se trataba de Allison, su rayo de luz dos veces por semana.

—No hay problema —dijo tragando saliva.

—El mío tiene un virus y se estropeó esta mañana. Ha muerto.

—Tráemelo y veré si puedo arreglarlo —se ofreció Celeste.

—Eso es muy amable por tu parte. Tengo dentro material para una investigación sobre la que tengo que hacer un informe. Guardo los programas y los datos necesarios en un disco.

—Mi ordenador está en el estudio. ¿Te apetece un café o un refresco?

—No, gracias. No quiero molestar, de verdad.

—No molestas. Es al final del pasillo, a la derecha. Está encendido.

Allison le dio las gracias y cruzó el pasillo. Unos momentos después, Celeste oyó el aporreo del teclado y el deslizamiento de la bandeja del reproductor de cedés.

De repente quiso tener la cuchilla contra la piel, percibir su amable mordedura. Fue como un incendio, primero una chispa repentina y leve, luego se convirtió en una llamarada. *Claro que quieres la cuchilla, porque Allison está aquí y tendrías atención inmediata. Quieres atención, llama a esos productores de televisión y diles que harás ese reality show. Eso sí que sería llamar la atención.* Se apretó la gomilla hasta el

límite de su tensión, tanto que se partió en dos. Buscó otra en el bolso, entre el frasco de pastillas que le había dado Allison la semana anterior y la pequeña hoja de afeitar que escondía en el doble fondo. Se aferró al envoltorio de la cuchilla.

Solo un ligero corte. Lo suficiente.

Cerró los ojos y el mundo se plegó sobre sí mismo. Estaba atrapada en una casa castigada por el sol, la casa soñada por Brian y ella, comprada con el dinero del premio de *Supervivientes*. Estaba atada, llorando y suplicándole a su enloquecido fan que no le hiciera daño a Brian, que lo dejara en paz, que le hiciera daño a ella y no a él; y el hombre le lanzó un beso y se agachó junto a Brian, con el cuchillo centelleante entre sus manos.

Celeste se derrumbó en una silla. El recuerdo penetró en ella más profundamente que cualquier cuchilla y cuando le sobrevinieron las ráfagas de memoria, no pudo cortarse la piel con la rapidez que le hubiera gustado. Se contuvo, recuperó el aliento, el único dolor que sentía era el calor de la pena en el fondo de los ojos.

—¿Celeste? —La mano de Allison le tocó el hombro.

—No me toques. —Su voz no parecía suya, era más baja, agotada.

Allison retiró la mano.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Al ponerse de pie se le cayó el bolso y su contenido se esparció ruidosamente por el suelo.

—Celeste, has tenido un recuerdo.

—Ya ha pasado.

—Estás a salvo.

—Sí, gracias, lo sé. —Quería que Allison se fuera, estaba avergonzada.

—¿Qué crees que lo ha propiciado?

—Creo que... el sonido del teclado. Nunca lo he oído salvo cuando lo uso yo misma, y entonces no le presto atención. Aquel admirador loco, tras entrar en mi casa, tras atarme, se hizo con mi ordenador y lo usó para piratear mi página web. — Parecía que le estaban frotando la garganta con un papel de lija—. Era el primer paso para no tener que compartirme con el mundo. —Se estremeció.

—Lo siento mucho.

—Estoy bien. —La necesidad de cortarse se fue desvaneciendo, el fuego se tornó humo.

—Me quedaré contigo para que no te hagas daño.

—No hace falta. Puede que llore, pero no me cortaré.

Allison asintió.

—Estás progresando mucho.

—Eso espero. —Eso esperaba. Progreso. Paso a paso, como una niña pequeña. Todavía le costaba imaginarse abriendo la puerta principal para salir al enorme mundo que aguardaba fuera. Era demasiado.

—Ya he acabado con el ordenador. Gracias de nuevo.

—No pasa nada.

—No quiero parecer una entrometida, pero lo vi en la pantalla. Estabas conectada a uno de esos blogs de apoyo a personas con estrés postraumático.

—Sí, el de Víctor Gamby. Creo que te lo he mencionado alguna vez. Es un amigo mío de Los Ángeles, es incansable a la hora de darle publicidad a la existencia de los desórdenes causados por el estrés postraumático. Él fue quien me propuso que apareciera en el programa de Oprah.

—Espero que tengas la valentía de aceptar la oferta.

—Dios mío, ¿estás de broma? De ninguna manera, ni en sueños.

—Algún día, Celeste, dejarás esta casa. Querrás hacerlo. —Celeste era incapaz de hablar. Allison se aclaró la garganta, parpadeó como si buscara las palabras adecuadas—. Esos grupos de discusión están bien, es bueno que busques a otras personas.

—No hablo de mí misma. Solo leo lo que los otros dicen.

—Ayuda saber que no estás sola.

—He convertido la soledad en un arte.

Para su sorpresa, Allison se arrodilló entre los objetos caídos del bolso, buscó una gomilla nueva, se puso de pie torpemente y se la colocó a Celeste en la muñeca.

—Llegará un día en el que no querrás estar sola.

Celeste se encogió de hombros.

—¿Quién iba a querer a un desastre como yo?

—Oh, Celeste. —Allison negó con la cabeza—. Tengo un segundo favor que pedirte.

—Claro.

—Si alguien llama del hospital, especialmente el doctor Hurley, tú no me has visto hoy.

—¿Quién es el doctor Hurley?

Allison sacó la lengua y puso los ojos en blanco.

—El jefe de mi trabajo a tiempo parcial.

—Estás haciendo novillos, mal hecho...

—A todos nos hace falta un día para despejar la mente.

—O una semana, un mes o un año.

—Te llamaré mañana para ver cómo andas —dijo Allison.

—Gracias.

Allison se marchó y Celeste cerró la pesada puerta tras ella. Descorrió la cortina y se asomó a mirar. El jardín estaba rodeado por un muro de adobe. Allison entró en su BMW y se marchó. Celeste permaneció junto a la ventana con la mano sobre el cristal reforzado. Veinte segundos después pasó otro coche y entonces la carretera embarrada se quedó en silencio. Celeste oyó al viento agitar los álamos.

Volvió al ordenador, que Allison se había preocupado de dejar tal como lo había encontrado, con el mensaje del joven soldado recién llegado de Bagdad en el centro

de la pantalla. Hizo clic en el botón de «responder mensaje» y escribió: «La cosa mejora, cariño, asegúrate de encontrar a un médico que entienda de verdad el estrés postraumático y que escuche lo que le cuentes. No dejes que nadie te diga que está solo en tu cabeza o que es una depresión, no dejes que te atonten con pastillas y no hagan nada más. No pierdas la fe. Si estuvieras aquí, te daría un gran abrazo, si me lo permitieras».

A la chica que se hacía cortes le escribió: «Hoy tenía ganas de cortarme y no lo hice. Últimamente soy más capaz de resistir la necesidad, quizás es el cambio de estación o quizás estoy menos “loca” hoy. Pero no estamos locos, estamos rotos y somos nuestro propio pegamento, guapa, que sepas que a los de la página les importas». Firmó las dos respuestas con sus iniciales, no se atrevía a poner su nombre auténtico. Eso atraería a los buitres carroñeros de los medios.

Le dio a enviar. No quería que nadie más sufriera el mismo infierno por el que estaba pasando ella. Celeste tenía veintiocho años, pero estos chicos eran incluso más jóvenes y ya tenían las almas hechas jirones. Eso le partía el corazón, el poco que le quedaba. Necesitaba un subidón tras decirle que no a Víctor, padecer el recuerdo y leer las miserias de otras personas. Buscó en el caótico bolso los antidepresivos que Allison le prescribió. Encontró la cuchilla, las gomillas y la cartera. Los frascos de pastillas no estaban. Ni el de las blancas ni el de las azules. Se tomaba las azules si estaba con el ánimo decaído, como ahora, y necesitaba del alivio que le aportaba el antidepresivo. Las blancas las tomaba justo antes de una sesión de terapia con Allison, para calmarse, para que fuera más fácil hablar de Brian y del fan enloquecido. El frasco estaba en el suelo cuando Allison le dio la gomilla nueva, ¿verdad? Se arrodilló para mirar debajo de una silla y de la mesita de café, sin éxito. Fue al baño y encontró otro frasco que contenía sus queridas pastillitas azules. Pero no las blancas. ¿Dónde demonios las había puesto? Debería haberle pedido a Allison que le renovara la receta, pero no importaba, la próxima sesión no era hasta dentro de dos días.

Se tragó una azul, una para el mal humor, como ella solía decir, y fue a sentarse delante de la ventana. Desde su jaula, observó la luz, que cambiaba por momentos. Un pensamiento la corroía. Esas pastillas estaban en su bolso esta tarde, estaba segura.

Quizás Allison se quedó las pastillas, pudo escondérselas en la palma cuando recogió las cosas del bolso de Celeste. Pero ¿por qué lo hizo sin decirle nada? Aquello de pedirle que le guardara el secreto como si fueran un par de adolescentes era también muy extraño. Mantener un secreto suponía una responsabilidad, y no quería ninguna.

Se levantó y se dirigió al teléfono.

6

Miles aminoró el paso al llegar a la avenida Palace. El BMW plateado de Allison no estaba en el aparcamiento de las oficinas.

Vio a Sorenson entrar por la puerta principal del edificio. Portaba un gran maletín, del estilo de los que Miles había visto que usaban los abogados gubernamentales para llevar gran cantidad de archivos al juzgado.

Miles se agazapó tras un álamo, contó hasta treinta y subió por las escaleras del edificio.

La consulta de Allison estaba cerrada. Se arriesgó a escuchar un rato tras la puerta. Oyó el suave eco de unas pisadas. El aire del pasillo apestaba a pintura y disolvente. Se oían voces provenientes de los pisos superiores, los trabajadores discutían sobre las obras, la voz tranquila de una mujer preguntaba cuándo terminarían los trabajos porque quería mudarse aquí desde Denver y necesitaba una oficina antes de que subieran los alquileres. Los pintores se echaron a reír y simpatizaron con sus prisas.

Manténgalos ocupados, señora, pensó Miles. ¿Llamo o espero?

Enfrentarse a Sorenson era el siguiente paso, pero ¿qué iba a esgrimir? ¿Que no tenía licencia? Consideró lo extraño de la petición de Allison, sobre todo en la forma, una nota dentro de un frasco de medicación. Era lógico pensar que no podía pedirle ayuda delante de Sorenson. Entonces, en teoría, Sorenson era su problema. Tampoco usó el teléfono para pedir ayuda, lo que significaba que Sorenson estaba siempre cerca o controlando sus llamadas.

Sonaba ridículo. Paranoico. Sin embargo, le había dicho que Sorenson era médico y no era así. ¿Entonces quién era?

Se alejó de la puerta y entró en el despacho de enfrente. La puerta estaba abierta, la pintura beis aún fresca en las paredes. Los obreros de arriba debían de estar remodelando también estas estancias. Iban a volver en cualquier momento, no quería tener que explicarse. Cerró la puerta hasta dejar solo un resquicio por el que pudiera vigilar la de la consulta de Allison.

Dos minutos más tarde, Sorenson salió de la consulta, cerró la puerta con una llave y abandonó el edificio por la puerta principal. Ya no llevaba el maletín.

Miles perdió de vista a Sorenson y diez segundos después la puerta tras la que se escondía lo golpeó en la cara.

—Dios mío, lo siento, señor —dijo el pintor asomándose por el resquicio.

—Es culpa mía —se las compuso para decir Miles—. Lo siento.

—Estas oficinas ya están alquiladas —le informó el pintor—. Las de arriba siguen disponibles.

—De acuerdo, gracias, lo siento. —Miles huyó al pasillo y entró en el servicio. Se lavó la cara y contó hasta treinta. Al minuto, oyó los rotundos pasos del pintor volviendo al piso de arriba.

Miles se apresuró a regresar a la puerta de la consulta de Allison y se sacó del bolsillo la ganzúa que había traído de casa, algo parecido a una navaja suiza. Abrió una de sus hojas y la introdujo en la cerradura. No había forzado una cerradura desde sus tiempos como espía, desde que fue con los federales a aquella reunión cuyo fin era entregar a los miembros de la familia de los Barrada. Las ganzúas pertenecían a un mundo que había dejado atrás, sin embargo, había comprado un set completo por Internet en cuanto llegó a Santa Fe. Tenía escondida una reserva de dinero y equipamiento en una taquilla de la estación de autobús, por si se daba el caso de que la agencia de protección de testigos no pudiera cuidar de él, por si tenía que desaparecer por su cuenta. Porque, hasta que se le fue la cabeza, siempre había cuidado de sí mismo.

Se preguntó, mordiéndose el labio mientras manipulaba el mecanismo, si forzar la cerradura de una persona que le había pedido ayuda violaba los términos del acuerdo que había firmado para la agencia. No podía cometer ningún delito. No era un contrato, pero el acuerdo estipulaba de forma clara y concisa sus responsabilidades como ciudadano que cumplía las leyes, así como el deber que tenía el gobierno de protegerlo. Si la agencia de protección de testigos averiguaba que había forzado la cerradura, lo echaría del programa, y entonces acabaría muerto.

Estaba cruzando una línea que no estaba escrita ni en tinta ni en arena, sino que se basaba en la confianza. No obstante, Allison no respondía a sus llamadas y Sorenson (que no era médico y había mentido al respecto) entraba y salía a voluntad de su consulta. Temía por ella.

La cerradura cedió.

Entró, cerró y bloqueó la puerta. Miró a su alrededor.

Allison no estaba.

Bueno, entonces, pensó, ella no está. El tipo entra con un gran maletín y sale sin él, lo que significa que lo ha dejado aquí. El contenido del maletín me revelará quién es.

Rebuscó en el armario, vació salvo por una sudadera con capucha, una gabardina, un paraguas, una caja de cartón para mudanzas etiquetada con la palabra «Otros» y una caja de material de oficina. Miró también debajo de la mesa. Nada. No había tantos lugares en los que cupiera un maletín tan grande. Inspeccionó la consulta metódicamente, pensando que debería irse, ya no era un investigador privado, ya no era el espía de los Barrada.

—No creo que a ella le gustara que estuvieses aquí —dijo Andy.

Miles no le prestó atención. No había rastro del maletín. Eso lo hacía incluso más interesante, era un objeto que Sorenson no quería que nadie encontrara. Lo malo es que no le quedaban lugares donde buscar.

El teléfono sonó. No lo cogió. Tras cinco tonos se oyó la voz de Allison en el contestador, diciéndole a su interlocutor que dejara su mensaje. Surgió la voz queda de una mujer.

—Hola, Allison, soy Celeste Brent. Verás... la medicina que me diste la semana pasada ha desaparecido, las pastillas blancas, y supongo que necesito reemplazarlas. —Pausa. La respiración de la mujer se seguía oyendo al otro lado del aparato—. No me siento cómoda teniendo que guardarte un secreto. No es nada personal, solo creo que estamos rebasando una línea que no deberíamos pasar. Por favor, no me pongas de nuevo en esa posición. Si estoy comportándome como una zorra, lo siento mucho, llámame y lo hablamos. —La mujer colgó.

Celeste Brent. El nombre le era familiar, pero no lo localizaba. Le disgustaba el hecho de que le sonara, ahora tendría que averiguar quién era para asegurarse.

Entonces oyó una voz en el pasillo e inmediatamente después una llave entrando en la cerradura.

Se metió en el armario, encajó la puerta para ver la consulta por una rendija y oyó la puerta abrirse y luego cerrarse.

Pensar que Allison lo pillara allí le causaba vergüenza. Sin embargo fue Sorenson el que cruzó la estancia apresuradamente, pasando por entre los dos sillones donde Allison solía sentarse siempre con Miles. Dejó de ver a Sorenson pero oyó el crujido de una silla, luego el de dedos aporreando un teclado durante varios minutos. Miles se quedó quieto, respirando cuidadosamente por la nariz, controlando el pánico que le subía y bajaba por la columna. *Dios, ¿qué pasaría si Sorenson se quedara aquí hasta que a Miles le tocara reunirse con Allison?* Con solo imaginarlo le dolieron las piernas, se le secó la boca.

El teclado dejó de sonar. Oyó a Sorenson hablar, aparentemente por teléfono.

—Ya he cargado la acción. Dodd no lo sabe. —Una risa, una pausa—. Esta noche. Sí. En su casa. No hay problema. —Luego silencio.

Miles agudizó el oído. ¿A qué se refería? ¿Quién era Dodd? El silencio era espantoso. Se imaginó a Sorenson aproximándose directamente al armario.

Entonces vio por un instante la chaqueta de Sorenson cruzando su estrecho campo de visión, luego el alboroto del cajón de un archivo abriéndose, una pausa de unos segundos, y luego el cajón cerrándose de golpe. Oyó el clic de una cerradura bloqueando el archivo.

A continuación pies pisando en el suelo, la puerta de la consulta abriéndose, cerrándose, la llave girando.

Miles permaneció completamente quieto. Petrificado. Contó hasta trescientos. Entonces volvió a contar. Salió lentamente del armario, con las manos temblorosas. Inspeccionó el archivo. Podría forzar la cerradura, pero se lo pensó mejor, no podía violar la privacidad de los pacientes. Sería una traición desmesurada. Abrió la puerta. La cerró de nuevo al salir y se guardó la ganzúa en el bolsillo antes de marcharse.

Miró a ambos lados de la calle. No había rastro de Sorenson. Nada tenía sentido; Sorenson trasteando en el ordenador de Allison, rebuscando entre sus archivos, escondiendo un maletín en su consulta. Bajó por la avenida Palace, hacia el Plaza. Sacó el móvil y trató de llamarla de nuevo.

—¿Allison? —dijo cuando al fin respondió.

—Sí, ¿Michael?

—Por favor, dime qué está pasando. ¿En qué problema te has metido?

Tardó unos instantes en contestar. Se oyó el rugido de un motor, como si estuviera en un coche.

—¿Puedes venir a las siete?

—Sí.

—Te lo explicaré todo entonces. Antes de que Sorenson vuelva a las ocho.

—¿Es Sorenson médico realmente? —se arriesgó a preguntar.

Una risa extraña.

—Muy bien. No, no lo es.

—¿Por qué me mentiste?

—Porque no quería que él supiera que tú podías ayudarme.

—¿Quién es? ¿Te está amenazando?

—Te lo diré todo esta noche. No puedo hablar ahora.

—Está planeando hacer algo en tu casa esta noche.

Una pausa.

—¿Cómo lo sabes? —dijo con tono de sorpresa.

Decidió esperar a verla cara a cara.

—Simplemente lo sé. Soy... era un investigador. Averiguo cosas.

—¿Así has pasado el día, investigando? —Sonaba sorprendida.

—Sí. Solía ser bueno en esto.

—No tengo ninguna duda. Sé que puedo confiar en ti. Ven a las siete y te lo explicaré todo.

—De acuerdo, Allison. ¿Quién es Dodd?

Ya había colgado.

Trató de llamarla otra vez. No hubo respuesta.

El aire comenzó a espesarse mientras caminaba, olía a tormenta. Subió a todo correr las escaleras de su apartamento. Hacía demasiado calor dentro, así que abrió unos centímetros la ventana para dejar que entrara el aire frío. La agencia de protección le había ofrecido una casa, pero no quería la responsabilidad de mantenerla. Una casa era demasiado amplia y tranquila, había demasiado espacio para que Andy campara a sus anchas. Exhausto, se derrumbó sobre la cama.

Leyó de nuevo la nota de Allison. Dejó caer una de las pastillas en la palma de la mano, una pequeña píldora blanca. Decidió no tomarse una tras tener el recuerdo en la oficina de Joy, no quería hablar con DeShawn estando medicado. La pastilla era muy ligera. Apretó con la uña del dedo la cubierta dentada, con fuerza. Se dentó más.

Partió la cápsula en dos mitades. Estaba vacía.

Allison le había dado un frasco de pastillas falsas. Esto no ayudaba a aclarar la ya de por sí extraña situación.

Se echó en la cama mirando al techo. Le pesaba la carga de la responsabilidad de

ayudarla, de tomar una decisión, de obrar antes de dejar que las cosas siguieran su curso. Le dolían los ojos por la falta de sueño de la noche anterior, la había pasado inquieto y nervioso ante la idea de escribir la confesión. ¿Y si no podía ayudarla, y si no estaba a la altura de la tarea? Tocó la confesión en su bolsillo y cerró los ojos para intentar pensar.

—¿Es efectiva? —preguntó Groote. Apenas se acordaba de respirar. *Es este, Amanda, aquí está el milagro que te salva y te pone buena.* Había volado desde el condado de Orange hasta Albuquerque, luego había conducido una hora para llegar a Santa Fe. El cansancio por la larga noche de espera antes de matar al contable se había evaporado—. ¿De verdad es efectiva?

En la sala de conferencias del hospital, el doctor Leland Hurley sonrió ante su pregunta, ante su esperanza. Hurley comenzó a hablar de nuevo sobre aflojar la vívida carga emocional del más horrible de los recuerdos, soltando un glosario de sustancias químicas para tratar el cerebro: epinefrina, propanolol, superbloqueadores beta, receptores adrenérgicos. Hurley habló sobre devolver a los pacientes una vida normal, mientras en lo único que podía pensar Groote era en si el tratamiento funcionaba realmente.

La mayoría de los pacientes descansaban dentro de los pequeños pero cómodos cubículos que tenían por habitaciones, tras tomar una cena tempranera. Al final del pasillo principal de esta planta se ubicaba una gran sala grupal donde se reunían para hablar.

—Aquí tiene algo que no verá todos los días —aseguró Hurley, conduciendo a Groote por una puerta en la que ponía «Tratamiento de realidad virtual. Silencio, por favor».

Se trataba de una sala oscura dividida en dos por una pantalla de cristal y abarrotada de ordenadores adosados a las paredes. Al otro lado del cristal, un joven tenía prendidos cuatro cables elásticos que salían del techo. Llevaba un mono blanco ajustado plagado de cables y pequeños artilugios que Groote sospechaba servían para medir los latidos del corazón, la respiración y otras funciones vitales. Un extraño casco le cubría los ojos y las orejas. El paciente pendía laxamente de los cables, casi sin moverse, solo se agitaba de vez en cuando ante las escenas que se reproducían en sus gafas. En una pantalla se veía lo que parecía una película animada por ordenador, que mostraba un oscuro pasillo humedecido por la lluvia por el que tres hombres caminaban juntos. Uno portaba una cadena, otro un cuchillo.

—¿Qué son estas escenas? —preguntó Groote.

—Recreamos sus traumas —dijo Hurley con una sonrisa rajada a cuchillo en el rostro—. Realizamos exhaustivas investigaciones y entrevistas para averiguar todos los detalles de sus traumas individuales, entonces creamos un escenario generado por ordenador acorde con esos detalles. Nosotros lo vemos en la pantalla, él en las gafas, así la inmersión es mayor. Como ve, es una especie de videojuego adaptado a sus circunstancias, una herramienta para que se enfrenten a sus miedos. Ayuda al procesamiento de los recuerdos de aquellos pacientes que aún no están listos para contar abiertamente sus experiencias, de tal modo que puedan discutir sobre ellas. Así, el medicamento, llamado Frost, puede ser capaz de debilitar esas malas

experiencias. Este sujeto fue atacado y casi muere durante un brutal atraco en Washington. Ahora está viviendo una recreación de ese asalto.

—Realidad virtual —dijo Groote—. No es necesario para que el medicamento funcione, ¿verdad?

—A nosotros nos sirve como un medio de camuflaje para el Frost. Todos los pacientes creen que se está probando la efectividad del tratamiento de realidad virtual. No saben que se les está administrando Frost.

Groote frunció el ceño.

—No saben que son cobayas.

—No. No podemos permitirlo. Es importante no publicitar la investigación, ya que se la vamos a vender a una empresa farmacéutica que la tomará como propia de sus laboratorios.

El joven se agitó en los cables de suspensión, comenzó a gemir y pedir ayuda al tiempo que en la pantalla los gráficos generados por ordenador le atacaban con cadenas y navajas. Un técnico, que estaba sentado al mismo lado del cristal que Groote y Hurley, le habló al paciente con palabras reconfortantes para calmarlo.

—Tengo entendido que su hijastra sufrió un trauma interesante.

¿Interesante? Bonita palabra. Este tipo es una rata de laboratorio.

—Es mi hija. La adopté. Iba con su madre por una carretera junto a un barranco cuando las dispararon desde otro coche y las echaron de la calzada. Las dos quedaron atrapadas entre los restos del vehículo. Mi mujer murió a las pocas horas, mi hija estuvo inmovilizada treinta y seis horas junto al cadáver de su madre hasta que la encontraron. —Se quedó sin aire en el pecho. Le sorprendió lo fácil que había sido compartir el horror de su familia con un hombre que le era casi desconocido. Sin embargo, sabía que esta vez tenía ante sí una ocasión de oro para Amanda, la razonable posibilidad de un futuro para ella alejada de pasillos alicatados, sedantes y vigilancias de veinticuatro horas—. Los médicos no han sido capaces de ayudarla. Intenta constantemente hacerse daño a sí misma.

—Su cerebro se enfrenta continuamente al recuerdo traumático. Este recuerdo se fortalece, se consolida, como nosotros decimos, y lo mismo el trauma asociado a él: las pesadillas, el miedo, la paranoia —explicó Hurley—. En el caso de su hija, todo es una reacción al poder del recuerdo. Sospecho que tiene miedo a subirse a un coche, y pensar en su madre la sumerge en un estado disociativo en el cual regresa al trauma mismo, o quizás se inflige heridas porque cree que ella debería haber muerto junto a su madre.

—Sí —dijo Groote.

Hurley señaló al hombre en la sala de realidad virtual.

—La mayoría de las investigaciones destinadas a adormilar el recuerdo traumático, ya que borrarlo por completo es imposible, consisten en introducir bloqueadores beta en el paciente, eso ayuda a que el recuerdo no se consolide. Cuando tenemos una experiencia aterradora, nuestro cerebro activa hormonas del

estrés, neurotransmisores y receptores beta periféricos. Yo lo llamo el «zumo del miedo» —dijo Hurley sonriendo—. Esas sustancias químicas mejoran el recuerdo del suceso traumático. Tenemos la capacidad de interferir de inmediato en la formación de un recuerdo traumático si introducimos antagonistas beta-adrenérgicos como el propanolol, de tal manera que el trauma del recuerdo nunca llega a exprimir del todo ese zumo del miedo, dicho simplemente.

Groote asintió.

—Di clases de química en la universidad, soy capaz de entender una explicación técnica.

Hurley sonrió como si no se lo creyera.

—Por supuesto. El recuerdo traumático se consolida en varias regiones del cerebro, no existe únicamente en un determinado grupo de células que podamos destruir. Cuando el paciente tiene el recuerdo, como está haciendo ahora este chico, es también cuando ese recuerdo es más frágil químicamente. Nos proporciona la mejor oportunidad para atenuarlo, hacer que su impacto sea menos debilitante. Levantas el recuerdo de la cama donde se ha acostado en tu cerebro; es como arrancar una rosa de su lecho de tierra. Si no lo tratas, el recuerdo vuelve a echar raíces, más fuertes y profundas.

»Sin embargo, si los debilitamos químicamente durante la reconsolidación, al menos pueden quitarse las espinas, por decirlo de algún modo. El problema de los primeros experimentos era que había que administrar los bloqueadores beta justo después de que se produjera el trauma, por lo tanto, no se podía hacer nada con aquellos pacientes que sufrían traumas de larga duración. Hasta que llegó el Frost. Es un cóctel de fármacos, bueno, una combinación, que suena mejor. Son de distintos tipos; un superbloqueador beta sintético para reducir el zumo del miedo y un nuevo inhibidor de síntesis proteínica para evitar que los recuerdos aterradores se consoliden.

En la pantalla, uno de los atracadores animados por ordenador le dio una brutal patada en el pecho al hombre y le puso una navaja en la garganta. El paciente permaneció quieto, ladeando la cabeza un poco hacia un lado, como si estuviera ante una escena que le provocaba un ligero interés.

—¿Me está diciendo que el Frost podría hacer que este hombre acabara por olvidar este ataque?

—No del todo. Lo que el Frost hace es eliminar el trauma del ataque, evita que el recuerdo se fortalezca. El Frost le quita los dientes para que no muerda, de tal modo que al recordararlo no causa los efectos del estrés postraumático. —Hurley se dio golpecitos en el labio inferior con el bolígrafo y sonrió con orgullo—. Este hombre sufrió su trauma hace dos años. Hace cuatro meses se sumergía en un estado disociativo cuando veía la recreación por ordenador. Ahora, tras el tratamiento con Frost, su ritmo cardíaco se eleva, se pone nervioso, pero no tiene miedo.

—Es una cura.

Hurley sonrió.

—Funciona. Siempre que se use en combinación con una terapia que refresque el recuerdo, como la sala de realidad virtual o una terapia psiquiátrica estándar. Venga conmigo.

Salieron de la sala de realidad virtual y Groote siguió al doctor hasta su desordenado despacho, al otro lado del pasillo. Hurley se sentó en el escritorio y tecleó algo en su ordenador.

—Los cuarenta y seis pacientes a los que se ha administrado Frost sufrían severos síntomas del síndrome de estrés postraumático, momentos extremos en los que se perdían en sus recuerdos, pronunciadas ansiedades y, en ocasiones, un comportamiento inadaptado. Todos ellos han mostrado una mejoría estable en la reducción de su trauma usando el fármaco del recuerdo, contrariamente a los del grupo de control de cuarenta y seis pacientes que recibieron placebos azucarados. Es una muestra pequeña, pero suficiente para interesar a las empresas farmacéuticas.

—Y esa Allison Vance sabe lo del programa.

—No sabe nada sobre el Frost, solo lo de la realidad virtual. No obstante, creo que sospecha que les estamos administrando algo a los pacientes. La pillé tratando de sacar una muestra de sangre del laboratorio; me dijo que pensaba que el paciente era seropositivo y que deberíamos hacerle la prueba.

—Eso no es del todo descabellado.

—Me sugirió que creía que las muestras de sangre tenían una historia detrás — prosiguió Hurley—. Si se apoderara del Frost o supiera de la subasta del producto entre las compañías farmacéuticas podría causar problemas.

—¿Esas empresas no podrían desarrollar esto por su cuenta?

—Piense en cuántos anuncios de fármacos ve. El presupuesto que destinan a marketing es muy superior al de investigación y desarrollo. Nosotros sacaremos beneficios, ellos también. —Hurley devolvió sus ojos al ordenador.

Groote se cruzó de brazos.

—Y Quantrill, ¿dónde consiguió Frost?

—No lo sé.

—¿Lo robó? Es un ladrón, aunque se le califique con el bonito título de consultor. —Hurley no respondió. Groote se incorporó hacia delante—. Pues eso pienso. No quiere que las empresas farmacéuticas sepan de dónde ha sacado el Frost, ¿verdad?

—No sabría decirle, señor Groote.

—¿Por qué está Allison Vance metida en esto?

—Es reservada, bastante nueva en la ciudad, no tiene conexiones con la comunidad psiquiátrica local. Necesitaba a una ayudante para que se encargara de las evaluaciones. Era barata y eficiente. A sus pacientes les gusta.

—Podría robar una muestra de Frost y hacer que la analicen.

—Yo mismo administro todas las dosis. No se ha perdido ninguna.

—¿Cómo las controla?

—Las cuento.

—¿Son cápsulas sólidas? ¿Podría sustituirlas por otras falsas?

El rostro de Hurley se tornó escarlata.

—Está sobrevalorando a esa doctora. No recurriría al robo. Llamaría a las autoridades si estuviera preocupada.

—Entonces podemos comprarla si levanta la liebre.

—Allison no es de las que se compran con dinero. Es altruista. Siempre anda diciendo que los pacientes son lo primero.

—¿Por qué no simplemente la traemos, la sentamos y le hacemos un interrogatorio?

Hurley soltó una risita nerviosa.

—No doy el perfil de brazo fuerte capaz de encargarse de esas cosas. Para eso está usted aquí.

—No ha acudido a las autoridades para destapar la historia.

—Allison nunca acusaría a nadie al azar ni daría un mal paso. Si pasa cinco minutos con ella verá que es una persona cauta, como la mayoría de los psiquiatras. Puede verla si quiere, tenemos vídeos de ella entrevistando a sus pacientes... —Abrió un cajón con una llave y de repente se quedó lívido.

—¿Qué pasa? —preguntó Groote.

—Guardo aquí copias en devedé de toda nuestra investigación. No están.

Frost. A la mierda. La presión regresó al pecho de Groote.

—Solo son copias, tendrá los originales en el disco duro...

—Ese no es el asunto. Si Allison quisiera sacarnos a la luz, tiene las pruebas en esos devedés.

—Quizás los ha puesto en otro lugar.

—No, hago una copia diaria y los guardo bien. Solo yo tengo la llave. —La voz de Hurley bordeaba el pánico.

—¿Está Allison aquí ahora?

Abrió una ventana en el ordenador que mostraba las tres entradas y salidas del hospital, además de un control del uso de las claves informáticas de los trabajadores.

—No, no está.

—¿Dónde podría encontrarla?

—Probablemente en su consulta. Está en la avenida Palace, cerca del Plaza.

—¿Cuánto hace que se fue?

Hurley tecleó algo. Dos de las pantallas de vídeo permanecieron abiertas, una mostraba a Allison Vance saliendo del edificio, los números de debajo indicaban que a las diez de la mañana. En el otro vídeo se veía a un hombre joven, ataviado con una bata de paciente, mirando por encima del hombro mientras se acercaba a una puerta. El contador mostraba que eso había sucedido hacía diez minutos.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Groote.

—Un paciente, Nathan Ruiz. ¿Qué demonios hace con una tarjeta? Lo vemos

porque la tarjeta que usa tiene el mismo código que la de Allison... los guardas deberían haberle visto salir.

Groote sacó el brazo de debajo de la chaqueta.

—No sé cómo ha podido cruzar todas las puertas y llegar aquí arriba —dijo Hurley.

—Es el ladrón.

—No puede ser ese tipo, está completamente acabado, y los pacientes no saben nada sobre el Frost —dijo Hurley—. Yo me encargo de él. Usted encuentre a Allison y vea si tiene esos archivos.

—No es el fin del mundo, ¿verdad? Sigue teniendo la investigación original.

—No sea idiota. La persona que sea puede darle el Frost a Sanidad y sacarnos a la luz pública. No venderíamos nada. —Negó con la cabeza—. No habría fármaco para su hija —dijo Hurley en tono tenso y franco al tiempo que avanzaba por el pasillo.

Groote lo adelantó y lo dejó atrás.

Sonó un trueno y Miles abrió los ojos, sudoroso, con un gusto amargo en la boca, sacudiéndose de la cabeza el sueño en el que Andy se sacaba un arma de la parte trasera de sus pantalones mientras Miles le rogaba que no, que no hiciera eso. Justo antes de que Andy se viniera al suelo de cemento gris, Miles cayera a su lado, el suelo polvoriento le raspaba la mejilla. Parpadeó de nuevo.

La noche inundaba la habitación.

Miró los etéreos dígitos del reloj, eran las 6.58. Llegaría tarde a la reunión con Allison. Cogió el abrigo y salió de su apartamento. Caía una fresca llovizna.

Cruzó dos calles y luego el Plaza y la avenida Palace. La lluvia se convirtió en niebla. Vio las luces de la consulta encendidas. Allison seguía esperándolo.

Miles se adentró en el aparcamiento, donde vio el BMW en la parte trasera. Entonces, al encarar el edificio, una deflagración despedazó su mundo y lo abofeteó hacia atrás contra la niebla. Lo primero que golpeó el suelo fueron sus hombros. La imagen de la explosión era una salvaje mancha delante de sus ojos. Se protegió la cara con el brazo y el calor le subió por las piernas y el estómago. Rodó por el suelo, encogiéndose, quitando a manotazos los restos calientes de la ropa. Se puso en pie como pudo. La parte delantera del edificio se derrumbó en silencio; los oídos le zumbaban tan horriblemente que no le fue posible escucharlo. Las llamas surgían del edificio de Allison como un fiero puño clamando contra el cielo. Corrió en dirección a la muralla de aire caliente que rodeaba el edificio. Tuvo que retroceder. Unos graves gemidos salían de su garganta. Un pedacito de infierno ocupaba el lugar donde estuvo la consulta de Allison, en el muro frontal derecho. Miles se quedó quieto, atontado por la sorpresa.

Las sirenas de dos camiones de bomberos ulularon en la lejanía y se fueron acercando a toda velocidad. El dolor le invadió los brazos, las manos. Sintió la sangre en el pelo y la piel y que se secaba al instante debido al excesivo calor.

Dio unos cuantos pasos vacilantes hacia atrás, sacó el móvil, marcó el número de su busca aporreando con violencia las teclas, pensando: *no estaba aquí, quizás se fue a cenar porque yo llegaba tarde*. Trató de llamarla al móvil, le respondió el buzón de voz.

Un tercer camión de bomberos se detuvo junto al edificio. Los hombres, experimentados, salieron de él y se movieron veloz y eficazmente alrededor de la escena del suceso. El agua salió enseguida de las mangueras, el perfume de la destrucción manchaba el aire enjuagado antes por la lluvia.

Miles esquivó a los bomberos, cruzó la calle y se sentó en la acera, junto a los curiosos que se agolpaban allí, procedentes de la Posada. Oyó a un bombero preguntarle a un chico con un delantal de la Posada qué había ocurrido.

—Debe de haber sido una explosión de gas, tío, un ¡bum! enorme.

No ha sido una explosión de gas, pensó Miles horrorizado, al tiempo que la

sorpresa se iba evaporando de su cabeza. *No. Sorenson.*

Dejó un maletín en su oficina. El maletín que no encontré. Dijo que había «cargado la acción». Una bomba, Dios mío, le había puesto una bomba y yo no la encontré, esto es culpa mía, culpa mía, culpa mía...

—¿Señor?

Miles alzó la vista. Otro bombero estaba de pie a su lado.

—¿Está usted bien? Está herido.

—No, estoy bien. Iba andando junto —casi dice «hacia», pero logró evitar el error a tiempo— al edificio. De repente explotó.

—Tiene cortes. Venga conmigo.

Miles siguió al paramédico, desorientado. El edificio de oficinas se agitó de nuevo, el fuego ascendía sin piedad hacia los restos del tejado, escupiendo nuevas llamas al cielo. Se escuchó un terrible crujido cuando las entrañas del edificio se derrumbaron. Pensó en las remodelaciones de su interior, en los disolventes, pinturas y maderas que alimentaban aquel infierno.

Se formó una multitud procedente de las calles residenciales de alrededor, de la iglesia y de los hoteles. Se metió entre ella, en busca de su rostro o su voz.

«Necesito tu ayuda. Tengo un problema grave. Te veo a las siete.»

Le había fallado.

Sorenson. Sorenson lo hizo. ¿Qué más dijo? Esta noche. Sí. En su casa. No hay problema.

Su casa. Dejó de seguir al paramédico hasta la ambulancia y se desvió para perderse entre la gente. Se marchó, no podía mirar las llamas. Nadie lo detuvo.

Miles se encaminó a casa de Allison, medio andando medio corriendo, ignorando el dolor de las manos despellejadas, el zumbido de los oídos, el reguero de sangre por el cuello.

—Deberías haber muerto con ella —apuntó Andy, corriendo a su lado.

—Cállate —le ordenó Miles, lanzándole un puñetazo que Andy esquivó dando un salto a un lado y riendo.

Miles siguió corriendo.

La casa de Allison estaba situada en la larga curva de Cerro Gordo, en la zona más occidental de la ciudad, sobre una colina llena de chamizas y piñones. Cerro Gordo cruzaba el terreno elevado, y allí se alineaban extensiones de setos y casas de adobe. La carretera estaba pavimentada solo en algunas zonas. La tormenta, más ruido que lluvia, se desplazaba al este. Las nubes eran bajas y grises, oscurecían las montañas, eran los sudarios del día.

No debería saber dónde vivía, ella lo hubiera considerado una intromisión. No la había seguido ni la había buscado en el listín telefónico, ya que de todos modos no aparecía en él. Una vez, al salir los dos del edificio tras una sesión, a ella se le cayó

una factura del bolso. Él la cogió para dársela, pero antes vio la dirección y la memorizó, porque gracias a su vida anterior estaba entrenado para memorizar direcciones, números de cuenta y de teléfono de un solo vistazo. Un día pasó junto a su casa, sabiendo que ella estaba en su consulta, solo para saber cómo llegar. Porque temía que Andy se pusiera pesado, demasiado insistente, que si Andy le ponía una pistola en la mano y la guiaba hacia su sien o su boca, necesitara de su ayuda. No encontrarla por el busca o el móvil antes de que Andy apretara el gatillo, lo aterrizzaba.

Necesitaba saber adónde correr en busca de apoyo.

A un lado de Cerro Gordo, los caminos privados se alejaban de la carretera principal y serpenteaban entre las colinas. Tomó el que llevaba al grupo de cinco casas entre las que se incluía la de Allison, ignoró el cartel de «No pasar» y atravesó la puerta abierta de adobe. La suya era la segunda. La carretera estaba vacía, la gravilla se alineaba junto a los setos. Pasó a toda prisa junto a la primera casa, que tenía los cristales tintados.

Estaba oscura. No había ningún coche en el camino. Corrió en busca de la puerta principal. Comprobó el pomo. Cerrado.

En la casa reinaba la tranquilidad.

—Se ha ido —dijo Andy desde el muro de adobe que se alineaba a ambos lados del camino—. Ido, ido, ido.

Miles se apresuró camino de la parte trasera de la casa, por un sendero empedrado. Se agachó para estudiar la cerradura. No tenía cerrojo. Si saltaba una alarma se perdería en la noche.

Primero probó a ver si se abría. Al empujarla, cedió.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Estaba en su dormitorio. Con la ayuda de la tenue luz del baño distinguió los detalles de la habitación; muebles de mimbre pintados de un rosa pálido, una alfombra turquesa de retorcidos patrones geométricos, un estante repleto de libros de bolsillo gastados, una cama trineo gigante, una mesa con una lámpara sobre ella. El espejo estaba partido en dos por una única grieta. Ahora había dos Miles de pie en mitad del dormitorio.

Entró en la cocina. Los platos se amontonaban en el fregadero. Un vaso olvidado con un poco de soda en el fondo yacía solitario sobre la encimera. Vio a su lado un rollo de papel de envolver abierto, una tira colgaba libre como una lágrima dentada. Parecía que Allison la hubiera dejado allí para atender un recado o contestar al teléfono. Cruzó la cocina y entró en el estudio. El cañón de una pistola le presionó la nuca.

—Quieto —musitó una voz.

—¡Su consulta ha desaparecido! —gritó Groote por teléfono. Estaba al final de la avenida Palace observando cómo el edificio ardía hasta los cimientos.

—¿Desaparecido? —repitió Hurley, como si no supiera el significado de esa palabra.

—Destruído, está ardiendo como una maldita antorcha —le aclaró Groote—. La gente dice que ha sido una explosión. —Había venido en coche desde el hospital hasta la consulta de Vance, y al llegar tuvo que detenerse ante el atasco que se había formado. Salió del vehículo y vio el edificio consumido por las llamas y el humo—. ¿Qué demonios está pasando?

—No lo sé. No lo entiendo. —Parecía verdaderamente conmocionado—. ¿La consulta de Allison está ardiendo?

—Alguien nos está jodiendo bien —dijo Groote. *Y jodiendo la investigación de la medicina que puede ayudar a mi hija. Dios los ayude cuando los encuentre*—. No es una coincidencia que un paciente con el que trabajaba Allison Vance se escape y su consulta acabe en llamas. ¿Ha dado con el tipo?

—No. Se llama Ruiz. Es violento, un tipo peligroso.

Madre mía, pensó Groote. Apenas llevaba una hora en la ciudad y toda la operación se estaba viniendo abajo.

—Supongo que no podemos llamar a la poli.

—Um, preferiría que no. —Hurley se aclaró la garganta—. Si Allison está muerta, con suerte los papeles de la investigación habrán volado por los aires junto a ella. Eso significa que no vamos a salir a la luz.

—No me gusta esto —dijo Groote—. Puede que no estuviera en la consulta. ¿Dónde vive Allison?

—Las manos sobre la cabeza, las palmas arriba —ordenó la voz—. Venga, gilipollas.

—Entendido —dijo Miles—. No hay problema, calma. —Tensó los brazos y las piernas, pensando que si el hombre acercara el brazo podría tirar de él y arrebatarse la pistola antes de que reaccionara. Sin embargo, si Allison estaba prisionera, la lucha podría ponerla en peligro, no pretendía escapar y dejarla allí.

—¡Allison! —gritó.

—De rodillas, prisionero —ordenó la voz.

¿Prisionero? Miles se tumbó en el suelo. Se puede sobrevivir a algunos disparos en la cabeza, pero no a uno en la sien, y ahí era precisamente donde lo estaban encañonando. Conocía el apabullante dolor que provocaba un disparo.

Unas manos le quitaron la cartera.

—Michael Raymond —dijo la voz.

—Sí.

—Vas a darme respuestas concretas a todas las preguntas que te haga. —Trataba de sonar seguro, pero su tono delataba su inexperiencia. *Está tan asustado como yo.* Un hombre con los nervios a flor de piel, cuyo dedo acariciaba el gatillo del arma que apuntaba a su cabeza, no era especialmente bueno.

Se forzó a hablar con calma.

—Estoy buscando a Allison Vance. Baja el arma.

—¿Estás con el otro tipo?

—¿Qué otro tipo?

—El primero que vino.

—No sé de qué me hablas...

Tiró de él para ponerlo en pie y lo arrastró al baño. Sorenson estaba dentro de la bañera, con una fea herida que aún sangraba en un lado de la cabeza y los brazos y pies atados con una sábana. Miles advirtió que respiraba débilmente.

—Este hombre ha volado la consulta de Allison —dijo Miles.

—¿Qué?

—Su consulta está ardiendo...

—Eso es mentira.

—No, es verdad. Soy paciente suyo. Tenía cita con ella esta noche. Puedo probarlo. Baja la pistola, por favor.

—No mientes muy bien. Todos sus pacientes están en Sangriaville.

—¿Qué es Sangriaville?

La voz ignoró la pregunta.

—Dijiste que la consulta estaba ardiendo.

—Mírame la cara y las manos. Estaba en el aparcamiento del edificio. Hubo una explosión...

—No. —Seco, tajante, alterado—. No, no, no...

—Estaba metida en problemas. Me pidió ayuda. Este tipo pasó hoy por su consulta, creo que él puso la bomba. ¿Por qué está aquí?

La voz tembló.

—Vino por la puerta trasera... Le golpeé.

—¿Llegó con las manos vacías?

Si había volado la consulta, ¿por qué no volar también su casa?, pensó Miles.

—No llevaba nada.

—Déjame que lo despierte.

—Aléjate de él. —El tipo tiró de Miles, lo sacó del baño y lo empujó con fuerza contra el suelo del estudio—. Déjalo en paz, no quiero que seáis más que yo. ¿Qué has hecho con Allison?

—Nada. —La voz de Miles sonaba tranquila y calmada—. Que su oficina se está quemando no es una mentira que no se puede comprobar. No estoy seguro de que se vea desde esta casa en concreto, pero si caminas un poco por Cerro Gordo verás el resplandor del fuego.

La mano del hombre tembló, al igual que la pistola que encañonaba la cabeza de Miles. *Mantenlo calmado*, pensó Miles.

—En pie —ordenó la voz, y Miles obedeció. El hombre le hizo avanzar, sin apartar nunca la pistola de entre su cabello.

Miles retiró las cortinas para abrir la ventana del balcón del lado de la colina que bajaba hasta Cerro Gordo.

El viento traía el ruido de las sirenas.

El hombre a su espalda emitió un extraño sonido gutural.

—La han cogido. La han matado.

—¿Quiénes? ¿Sorenson?

Silencio. El cañón de la pistola le apretó más fuerte en el cráneo, como si el hombre hubiese tomado una decisión.

A Miles se le removieron las tripas.

—Prometí ayudarla —dijo—. Tengo una nota suya en la que me pide ayuda.

—Sí, claro...

—Bolsillo derecho, en el bote de pastillas. Léela tú mismo.

—Puedo leerla cuando estés muerto.

—Entonces habrás cometido un terrible error.

El tipo apretó con fuerza el cañón contra el oído de Miles, encontró el frasco, lo abrió y leyó la nota con la poca luz que llegaba desde el dormitorio.

—Es su letra —aseguró Miles.

Los siguientes segundos le parecieron horas. Esperaba recibir el disparo de un momento a otro.

—Allison estaba esta noche en su consulta. Me dijo que la esperara, que llegaría pronto —dijo el tipo al fin.

—De acuerdo, entonces estamos del mismo lado —consiguió decir Miles—.

Aparta la pistola, por favor.

—Nadie puede saber que estuve aquí. Volverán a meterme en la planta de arriba.

—No se lo diré a nadie —dijo Miles, sin saber muy bien a qué se refería el hombre—. Lo prometo. Baja la pistola, puedo ayudarte a esconderte.

—Tú no eres nadie. Yo soy un héroe de verdad, ¿me entiendes?

—Claro. Pareces un tipo duro e inteligente, necesitaré tu ayuda si vamos a atrapar al que le ha hecho daño a Allison —dijo Miles—. Ya has cogido a Sorenson, creo que el malo es él. Hagámosle hablar.

—A no ser que tú la mataras y el tipo de la bañera sea el bueno. ¿Cómo puedo saberlo?

—Yo tengo la nota, él no —dijo Miles.

El tipo se paró a pensar.

—Dices que eres un paciente. ¿Qué te pasa?

—Poca cosa. —Era la respuesta estándar que daba sin pensar. El arma seguía cerca de su cráneo.

—Define «poca cosa». Cuéntame hasta qué punto estás loco. —Empujó la sien de Miles con el arma.

—Un tipo muerto me sigue a todas partes —dijo Miles—. Yo lo maté, por accidente, no era mi intención, pero no puedo deshacerme de él.

—Yo no estoy loco —dijo la voz con orgullo—. Ya no, me han arreglado. —El cañón de la pistola se apartó de la cabeza de Miles—. Soy mejor que tú, soy de acero.

Miles lanzó la mano hacia arriba con fuerza, alcanzando al hombre de pleno en el pecho. Dio unos pasos atrás, a punto de caerse, y Miles aprovechó para golpearle dos veces en los huevos. El tipo se dobló en dos y se derrumbó. Le quitó la pistola de las manos, se echó hacia atrás y lo apuntó con la Beretta. Miles buscó con manos torpes una lámpara y la encendió.

El tipo de la pistola resultó ser un chico de apenas veinte años. Llevaba un corte de pelo al estilo militar sobre un rostro anguloso de nariz afilada, pómulos cincelados y mandíbula prominente. Dos ligeras cicatrices le cruzaban las mejillas y tenía el puente de la nariz torcido por una vieja fractura. Luchaba por recuperar el aliento, sin dejar de mirar a Miles con el miedo reflejado en sus ojos oscuros.

Miles apuntó con el arma a las piernas del chico. No había sostenido una desde que le disparó a Andy. Comenzaron a temblarle las manos y tuvo que agarrar la pistola con ambas para que no se moviera. Cuando oyó la risita de Andy detrás de él se esforzó para concentrarse en el peso del acero en su palma.

—Maldita sea —dijo el chico—. ¿Vas a llorar?

Respiró profundamente.

—Ponte de pie. Las manos en la cabeza —dijo Miles. Su voz se quebró como la de un adolescente. No se le podía ir la olla ahora, ahora no.

El chico obedeció, respirando pesadamente.

Paso a paso. Miles le registró los bolsillos. El chico iba vestido con una chaqueta

y unos pantalones vaqueros de los que todavía colgaba la etiqueta. Debajo lucía unos calzoncillos color verde militar. No llevaba cartera ni dinero en los bolsillos, ni ninguna otra arma. El único elemento anormal era una pulsera de identificación de las que se usan en los hospitales. Miles dio otro paso atrás sin bajar la pistola.

—Quítate la pulsera. Tíramela.

El chico, con la humillación en los ojos, se arrancó la pulsera y se la tiró a Miles a la cara. Miles la cogió al vuelo. Ruiz, Nathan, un número de nueve dígitos y la inscripción «Frost-c».

—Dispárale si quieres —dijo Andy desde la esquina de la habitación—. Así tendrás uno nuevo para el séquito.

—Cállate —dijo Miles.

—No he dicho nada —dijo Nathan Ruiz, con el aliento ya recuperado—. Tío, será mejor que me dispires ya porque si no, te voy a matar en cuanto tenga ocasión.

—Eres una persona muy rabiosa. —Miles bajó el arma, la alejó del chico y sacó el cargador y la bala de la recámara y se guardó la munición en el bolsillo.

—Eso ha sido una estupidez —dijo el chico. Su voz sonaba calmada—. Deberías haberme matado, no vas a querer verme enfadado. —Una furia inmensa y tensa se asomaba a sus ojos, pero el temblor de su voz traicionaba la bravura de su comentario. No se abalanzó sobre Miles.

—No voy a dispararte, ni tú a mí. Tú también eras paciente suyo, o eso creo.

Dio un paso atrás, tropezando con una mesita de café que tuvo que rodear. Vio un móvil rojo sobre la mesa.

—Le registré los bolsillos —dijo Nathan señalando con la cabeza hacia la bañera—. Tenía el teléfono de Allison.

Aquello no pintaba bien. Miles agitó la pulsera rota.

—¿Qué es el Frost?

—No lo sé. No me he parado a pensar en el significado de lo que pone en mi pulsera. —Miles no se lo creyó. El chico volvió a posar su mirada en el suelo.

—¿Por qué esperabas a Allison en mitad de la oscuridad con una pistola cargada? No hubo respuesta.

—Puedo entregarte a la policía directamente, Nathan.

—Se la quité a ese tipo, al que dices que se llama Sorenson. Le golpeé en la cabeza cuando entró. —Alargó el brazo hacia Miles—. Dame la pistola y el cargador y nos vamos cada uno por nuestro lado.

—No. Vamos a hablar con Sorenson. Juntos. Averiguaremos lo que le hizo a Allison...

Entonces oyeron un chasquido en la cerradura de la puerta principal. No era una llave. Estaban forzándola con una ganzúa. Miles conocía la sutil diferencia, la marcaba el susurro que el metal hacía a causa del roce.

Alguien estaba intentando entrar en la casa.

—¿Allison? —Nathan volvió la vista hacia la puerta.

—No es ella —dijo Miles. *Mierda*, había descargado la pistola, *mala idea*. Apagó la lámpara y buscó el cargador en el bolsillo—. Entra en el dormitorio de atrás. Cierra la puerta trasera.

—No deben encontrarme, no pueden saber que Allison me ayudó —murmuró Nathan Ruiz. Se dio la vuelta, corrió hacia el balcón y brincó sobre la baranda. Miles trató de agarrarlo, pero fue imposible. Ruiz trastabilló durante unos cinco metros antes de caer sobre el barro y la gravilla. Se metió entre los pinos y rodó colina abajo hasta Cerro Gordo. Fue una huida ruidosa, dominada por el pánico.

Se abrió la puerta principal. Distinguió una alta figura bajo la luz de la bombilla del techo, era sin duda un hombre imponente. Miles desanduvo lo andado para regresar al balcón, y se dio cuenta de que un arma seguía sus movimientos.

Saltó por el balcón. Oyó el terrible zumbido del silenciador, el calor de la bala rozándole los hombros y la cabeza. Gritó. Aterrizó en la gravilla, hecho un ovillo, y acabó por darse contra el tronco de un pino. Se sentó y se arrastró el resto del trayecto por el camino privado de la casa hasta la vía sin pavimentar de Cerro Gordo.

Oyó el zumbido de otro disparo amortiguado sobre la negrura que reinaba por encima de su cabeza. A su izquierda, unos pies corrían sobre la gravilla. Pertenecían a un Nathan casi sin aliento. *Síguelo, y quizás así os cojan a los dos*. Así que Miles giró bruscamente a la derecha, emprendiendo una zigzagueante carrera por la oscura carretera, a buen ritmo.

Oyó al perseguidor bajar por la pendiente empedrada, el hombre también había saltado por el balcón. A su izquierda tenía un conjunto de casas y jardines, y unos terrenos sin edificar. Saltó un muro de adobe, de allí cayó a un jardín lateral y pasó junto a la ventana de una cocina con las luces encendidas, donde unos niños rogaban que les diesen un helado de chocolate de postre. Una valla y un tramo de carretera atrás, el sonido del persecutor se acercaba.

Miles salvó otros cuantos muros antes de verse rodeado de oscuridad. Ahora se encontraba en el parque Armijo, lo había visto al subir a Cerro Gordo. Era amplio, con espacio suficiente para que los perros corretearan y los chicos jugaran al béisbol y al fútbol. Corrió por el aparcamiento, tropezó con una cadena que rodeaba el parque y acabó tirado en el suelo. Oyó a su perseguidor y la luz del faro de un coche que se aproximaba barrió el parque.

Corrió con todas sus fuerzas, nunca en línea recta, tratando de evitar la luz que le seguía desde detrás de la valla del parque, entre los toboganes y los columpios. Las nubes cubrían el cielo y el ronroneo del río Santa Fe se percibía en el aire. Generalmente, el río estaba casi seco, pero ahora estaba vivo gracias a las recientes lluvias y la nieve derretida.

Cruza el río, escóndete por aquí cerca, agazápatelo...

Entonces se le resbalaron los pies en una piedra y recordó que el río estaba al otro lado de la calle, al menos a cinco metros por debajo. Cayó al vacío.

Muerto. Muerto al pegársela de lleno contra las rocas y la maraña de ramas de árboles. Trató de agarrarse a la rama de un álamo que le golpeó la espalda con fuerza. Falló, cayó, se golpeó con otra, rodó por el borde con los brazos agitándose en el aire, volvió a caer. Pensó que si se aplastaba el cerebro contra las rocas se le arreglaría la cabeza.

Pero la siguiente rama aguantó, lo sostuvo unos instantes antes de chasquear, romperse y que deslizará todo su peso por ella al tiempo que crujía. Aguzó el oído. No se oía a nadie siguiéndolo. La luz de unos faros danzaba a su alrededor, un coche estaba atravesando el interior del parque en su busca, a la caza.

Cruzó las piernas en el aire. La rama volvió a crujir. Se soltó.

El terreno era escarpado y Miles cayó desde unos tres metros de altura y se torció los tobillos al aterrizar. Sus piernas se toparon con un cactus cuyas espinas penetraron la tela de los finos pantalones. No tuvo más remedio que gritar. Se puso en pie como pudo, cruzó un laberinto de árboles y vio a un coche pasar pintando la noche con sus luces.

East Alameda. Corrió hacia la carretera, bajó al poco pronunciado banco del río y, al cruzarlo en apenas unos pocos pasos, sintió el alivio del agua en las manos magulladas por las rocas y los árboles. Remontó por la otra orilla, mirando por encima del hombro. No había rastro del pistolero ni de ningún coche de policía. Nada.

Al otro lado de la calle, más allá del río, sobre la colina, las luces se apagaron, como si el ojo de un gigante se cerrara.

Vagó por las casas anexas al río y echó a correr por el entramado de calles. A su derecha, un tenue fulgor anaranjado brillaba contra la parte inferior de las nubes. La consulta de Allison, todo el edificio, seguía ardiendo.

—¿Sigues teniendo la pistola? —le preguntó Andy, que caminaba impoluto a su lado.

Echó mano al cinturón. No. La Beretta había desaparecido, debió de perderla tras todos los tumbos que había dado. Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, donde encontró la arrugada confesión que había escrito para Allison.

—Perder el arma te va a venir bien al fin y al cabo —admitió Andy—. Matarte me hubiera resultado más fácil. ¿Ahora qué?

Miles no respondió. Caminó en dirección opuesta a la avenida Palace, donde estaban los camiones de bomberos. El olor a humo impregnaba el aire. Llegó al Plaza, un lugar desierto (Santa Fe se quedaba así la mayoría de las noches, temprano), y merodeó por las calles paralelas hasta llegar a su casa. Se lavó la cara y se extendió una loción antibacteriana en las palmas de las manos y en las mejillas. La hemorragia de la cabeza había parado, la sangre se había secado formando una especie de casco. Tiró la ropa sucia a un montón y extrajo tres espinas de cactus de una pierna. Se sentó

en el borde de la cama para sondear las muchas preguntas que le rondaban por la cabeza: ¿qué significaba eso de Sangriaville?, ¿quién era Nathan Ruiz?, ¿quién había tratado de matarle?, ¿por qué había ido Sorenson a casa de Allison? De paso, intentó no imaginarse a Allison desintegrándose en una bola de fuego.

El teléfono móvil rojo que había sobre la mesa en casa de Allison era el suyo, en ocasiones se lo había visto en las manos. Un inoportuno olvido. Llamó a su número. Tras dos tonos alguien descolgó. Silencio.

—¿Hola? —susurró Miles—. ¿Allison? —preguntó esperanzado.

—Ambos sabemos que ella no está aquí —respondió una voz masculina. Baja, grave.

—¿Dónde está Allison?

—Todo se ha quemado. Creo que eso ya lo sabe, señor, porque creo que tanto usted como Ruiz formaban parte de su plan.

—No sé qué demonios quiere decir.

—Oí su voz —dijo el hombre—, desde el otro lado de la puerta de Allison. Así que no finja no ser el gilipollas que huyó con Ruiz.

Miles se sentó en la cama.

—De acuerdo, no fingiré nada. ¿Quién es usted?

—No me gustan los nombres.

—¿La ha matado? ¿Trabaja para Sorenson?

—No sé quién demonios es ese.

—Miente —dijo Miles, pero el hombre le interrumpió en mitad de la palabra.

—Allison se llevó algo mío y dudo que casualmente explotara con ello. Le pagaré por la investigación. Podemos alcanzar un acuerdo. Va a devolvérmelo; si no lo hace, solo le queda otra opción: morir.

Miles contó hasta diez, pensando, tratando de buscar un modo de jugar sus cartas.

—No puedo darle lo que ella tenía si no sé lo que es exactamente...

Un largo silencio.

—Escuche, estúpido bastardo. No creo que esta noche en casa de Allison fuera un inocente viandante. Usted y Ruiz trabajaban para ella, o devuelven el Frost o acabo con ustedes. Así de simple.

Frost. La misma palabra que en la pulsera de Ruiz.

—El hombre de la bañera se llama Sorenson. Creo que esta tarde escondió un artefacto explosivo en la consulta. No sé nada más.

Una pausa, durante la cual Miles escuchó fuertes pisadas al otro lado del aparato.

—¿Qué hombre de la bañera?

—Hay un tipo inconsciente en la bañera.

Otra pausa.

—Hay un montón de sábanas revueltas en el suelo, solo eso.

Sorenson debió de escapar en el tiempo transcurrido entre el tiroteo y el regreso del pistolero a la casa, en teoría, para registrarla en busca de Frost, fuera lo que fuera.

—Está muerta, ya no puede vender esa investigación. Le he dicho que voy a pagarle. Es su última oportunidad —dijo el pistolero.

Quieres respuestas, dile a este tipo que tienes lo que quiere. Hazlo salir, cógelo. No puedes salvar a Allison, pero puedes averiguar qué demonios le ha pasado. El problema es que si hacía eso estaba colocándose él solito en el ojo del huracán y podrían atacarle por todas direcciones.

Miles cerró los ojos.

—No tengo... Frost, pero es posible que sepa dónde conseguirlo.

—¿Dónde?

—Ahora no. Hablaremos más adelante.

—Eso no es posible. Ahora es el momento. Me dice lo que sabe y yo lo dejo vivir.

—Ni siquiera sabe quién soy.

—Sé cómo eres. Avaricioso, estúpido, estás metido hasta las cejas en algo que no puedes controlar. Escucha, imbécil, me dedico a la caza. Te encontraré, lo prometo.

Miles mantuvo la calma en su voz.

—Deme un número al que llamar y lo haré en cuanto tenga Frost.

—Inaceptable. Te he hecho una oferta única. La has declinado, ahora sufrirás las consecuencias, gilipollas.

Una agria cólera le subió a Miles por el pecho, el estómago y la garganta.

—Te haré pasarlo muy mal, vas a sufrir de lo lindo.

La voz del pistolero fue un mero susurro cuando habló.

—Cuando acabe contigo, pensarás que la sensación de que alguien te arranque la cara es tan agradable como pasear por el parque. —Y colgó.

Miles cerró los ojos, lo veía todo perdido, había llegado tarde a la cita más importante de su vida. Allison estaba muerta, se había ido.

Te pidió ayuda y le fallaste. Había fallado, igual que con Andy. *Se suponía que iba a salvarte.* Había malgastado el tiempo con ella, pasando de su terapia, jugando a ser un tipo listo al no dejarla acercarse a la verdad, ella solo quería ayudar... sintió su ausencia en el mundo igual que un agujero en el pecho.

No era momento de hacerse una bola. Podría hacer pagar a sus asesinos. Se levantó de la cama, pensó en sus opciones.

Ruiz. ¿Lo habría atrapado el pistolero o el coche que lo persiguió por el parque? Nathan Ruiz sabía que su nombre era Michael Raymond. O peor aún, quizás su número de teléfono aparecía en el móvil de Allison. Eso le proporcionaba al pistolero pistas para encontrarlo. El alquiler del apartamento estaba a nombre de Michael Raymond y el pistolero podría rastrear la dirección de la factura del número de teléfono. No podía quedarse allí.

No podía volver a correr, no podía volver a fallarle a Allison. El hombre pensaba que Miles tenía algo que Allison había robado. ¿Por qué? ¿Qué era el Frost?

Esto tenía que ver con Sorenson, estaba muy claro. Se presentó en casa de Allison tras la explosión, seguramente para buscar Frost. Lo importante en estos momentos

era irse de ahí y esconderse antes de que el pistolero llamara a su puerta.

Miles llenó de ropa una mochila y llamó a DeShawn sin obtener respuesta. Trató de calmar su torrente de pensamientos, de decidir lo que iba a decirle. Debía esconderse del pistolero, pero al mismo tiempo no podía provocar que la agencia de protección de testigos lo trasladara a otra ciudad. Si eso sucedía, no podría llegar jamás al pistolero, a Sorenson, a Ruiz o a quienquiera que hubiese matado a Allison.

—¿Esa es la idea? —dijo Andy sentado en la cama—. Venganza. Un concepto encantador, y así te curarás y yo desapareceré. Estás engañándote a ti mismo, Miles. Tú y yo somos un equipo. Para siempre jamás.

Miles agarró su mochila y caminó solo hasta llegar a un modesto motel en Cerrillos que frecuentaban artistas arruinados y mochileros. El recepcionista no le pidió el carné de identidad cuando le tendió un billete extra de veinte, aparte de la tarifa normal por una noche de estancia.

La habitación era sencilla pero limpia. Se echó en la cama a ver la tele. Las noticias locales no paraban de hablar sobre la terrible explosión en Santa Fe. El fuego se había extinguido ya. Los bomberos habían encontrado restos humanos calcinados entre las ruinas. El cadáver no había sido identificado, pero los investigadores creían que se trataba de una mujer que tenía alquilada una de las oficinas, una psiquiatra. El reportero, de pie ante los coches de bomberos y el esqueleto del edificio, admitió que los investigadores no estaban listos aún para comentar las causas de la explosión.

El cadáver. Allison estaba muerta, y bajo la noche ajada por el humo, tras la sombría ventana de su habitación, andaban sueltos el mentiroso de Sorenson, el pistolero que quería matarlo y un chico ido de la cabeza llamado Nathan Ruiz. Ellos tenían las respuestas que necesitaba.

Lo que tenía que hacer ahora era encontrarlos sin dejarse matar.

—Va a ser divertido verte perderlo todo de nuevo —dijo Andy.

Groote ordenó a los dos guardias de seguridad que tiraran al chico en la cama, le ataran los brazos a los rieles y se marcharan. Cerraron la puerta al salir. Examinó la lista de llamadas del móvil que había encontrado en casa de Allison. El número del hombre con el que había hablado se correspondía en la agenda con las iniciales M. R. M. R. iba a convertirse en un muerto viviente cuando Groote lo encontrara.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y le echó al chico un cubo de agua por encima. Nathan Ruiz recuperó la conciencia escupiendo agua y agitándose.

—Hola —dijo Groote—. Esta noche has estado de paseo por el campo.

—Yo... yo...

—Te has quedado sin palabras. Probablemente porque a quien esperabas ver era al doctor Hurley. Bueno, él no es el apropiado para esta clase de terapia, Nathan. —Groote se sentó a su lado. Se encendió un cigarrillo, aunque llevaba diez años sin fumar, dio una profunda calada para que el fuego se consolidara y expulsó el humo sin toser—. Seremos solamente tú y yo.

Nathan parpadeó.

—Has vuelto adonde perteneces. —Groote se dio unos golpecitos en su propia sien—. No vas a volver a salir. —Dejó pasar cinco segundos antes de decir—: Tu amigo se marchó sin ti. Supongo que no le importas mucho.

—¿Quién?

—Sus iniciales son M. R., si me das su nombre, tú y yo quedaremos en paz. La paz es buena. —Alzó el cigarrillo candente—. El calor no.

El rostro del chico se endureció, más allá del aturdimiento. Groote vio que reunía todo el coraje que le quedaba en las entrañas.

—No sé su nombre.

Groote estrujó el cigarrillo en su muñeca.

Nathan gritó. Groote apartó la mano.

—Primero la otra muñeca, luego la lengua. Después los ojos. Va a ser increíblemente asqueroso. —*No me obligues a quemarte tanto, por favor*—. ¿A quién pertenecen las iniciales M. R.?

—No sé quién es... él no debía estar allí.

Groote decidió darle un poco de cuerda al chico.

—¿Entonces quién debía estar?

—Allison. —Nathan apretó los dientes para soportar el dolor—. Me proporcionó una llave electrónica para salir del hospital y me dijo que me encontrara con ella en su casa.

—¿Para hacer qué? —Se echó hacia atrás, como si estuviera poniéndose cómodo en una agradable charla.

—Marcharnos de aquí.

—¿Por qué?

—Dijo que... yo ya no debería estar en Sangriaville.

—Tu seguro no ha expirado todavía, Nathan, ¿por qué iba a querer ella que te fueras?

—Me dijo que el doctor Hurley quería matarme.

—Venga ya, Nathan, si el doctor habla muy bien de ti.

—No sé nada más. —Se le cerraron los ojos por el miedo.

Groote le dio vueltas al asunto, se puso en el pellejo de Allison: sospechas que se están produciendo experimentos ilegales con fármacos, robas la investigación para presentarla como prueba, pero también quieres a un paciente que ha sido conejillo de indias para que hable ante Sanidad como testigo. Sin embargo, ¿no había un plan mejor que sacarlo del hospital? No si el tiempo apremiaba y sabías que Quantrell iba a seguir adelante con el Frost, había que parar la operación ahora que las pruebas habían terminado.

—¿Dónde está el Frost, Nathan?

—¿Frost?

—Allison se llevó unos devedés, esas cosas que metes en el ordenador para guardar archivos grandes. Había información importante en ellos, ¿sabes?, y no creo que en el mundo existan las casualidades. Se lleva algo de gran valor, desaparece y un grupo de apoyo la espera en casa. Eso cambia la ecuación. —Le sonrió a Nathan—. He leído tu informe mientras estabas echándote la siesta. Eres un caso bastante especial. Un soldadito de plomo. Quizás le aceleraste el corazón a Allison.

Nathan negó con la cabeza, horrorizado.

—No, tío, yo nunca, no podría...

—Dime lo que pasó cuando empezasteis a correr. —Groote rotó el cigarrillo en sus dedos, escrutó el humo, recalentó la punta dando una honda calada.

—Me prestó una llave electrónica. Me dijo que me escapara a las seis y media, que fuera a su casa. Me había dejado allí ropa nueva. Me pidió que me sentara en su dormitorio a esperar su regreso, pero allí había un espejo grande. No me gustan los espejos, no me van, los espejos no.

—Puede que te gusten aún menos cuando acabe contigo —dijo Groote con calma.

—Entré en el estudio, me quedé cerca de una ventana para verla llegar —prosiguió Nathan—. Vino un hombre. Pasó la casa de largo, aparcó y entró. Él solo. Me asusté. Le di en la cabeza con esa estatua india que tenía Allison en la pared. Lo até con las sabanas y lo metí en la bañera. No sabía qué otra cosa hacer... imaginé que Allison tenía que haberme dicho que ese hombre iba a ir.

Groote frunció el ceño. Eso cuadraba con la historia de M. R.

—No estaba allí cuando te encontramos, Nathan. ¿Quién era?

—El otro tipo dijo que se llamaba Sorenson.

Ese nombre no le decía nada a Groote.

—¿Y no tienes ni idea de quién es el otro tipo?

—No.

—Pero a él no le partiste la cabeza ni le ataste. ¿Por qué fuiste tan bueno con él, Nathan?

—Quería que hablara, que me dijera qué estaba pasando.

—¿Lo hizo?

—No. No lo sabía... me dijo que habían puesto una bomba en la consulta de Allison.

Groote volvió a arrugar la frente. Le molestaba mucho que una bomba hubiera matado a Allison Vance. Una bomba no era tan fácil de conseguir, eran complicadas, artilugios técnicos, un problema. Las pistolas, las navajas y las cuerdas eran métodos mucho más fáciles de hacer callar a alguien. Las bombas implicaban recursos, experiencia, tiempo para planear. Implicaban la existencia de un enemigo peligroso que también podría volarle el culo a él si se interponía en su camino.

—No... no creo que el tipo al que busca matara a Allison —dijo Nathan.

—No tengo muchos sospechosos.

—Ese tipo, Sorenson...

—Podría ser una historia que tú y tu amigo os habéis inventado para borrar vuestras huellas —le interrumpió—. No, Nathan, creo que M. R. es la respuesta a mis plegarias.

—No sé nada de M. R. Lo siento, no lo sé.

Groote tiró el cigarrillo encendido al fondo del cubo. Siseó y murió en el agua que quedaba en el fondo.

—Lo siento, Nathan, los cigarrillos son muy lentos. —Sacó un destornillador del bolsillo y lo sostuvo en alto para que Nathan lo viera—. Se necesitan las herramientas adecuadas para el trabajo adecuado.

—Por favor, por favor, no...

—Me lo hicieron a medida en Hungría. Está equilibrado con mucha precisión. Mantengo el filo tan limpio como el culito de un bebé.

—¡No conozco a ese hombre! No puedo decirle nada.

—Apuesto a que te gustaba resolver problemas en la clase de matemáticas. Me refiero que para lanzar misiles y esas mierdas en el ejército debiste sacar al menos un suficiente en geometría.

—¿Problemas? —dijo Nathan negando con la cabeza y temblando.

—Si tienes un pulgada de piel cubriendo tus huesos, y el destornillador puede penetrar dos centímetros cada vez, ¿cuánto falta para que el destornillador llegue al hueso? He usado los dos sistemas métricos porque sé que eres un genio de las matemáticas.

Nathan luchó contra sus ataduras.

—Por favor... no, no.

—¿No? ¿No? Está bien, Nathan, no lo voy a hacer. No tiene porque ser por las malas, de verdad, podemos olvidarnos de las matemáticas. —Puso un tono de voz suave, íntimo, al mismo tiempo que acercaba el destornillador al ojo abierto de

Nathan—. Mucha gente enferma necesita Frost, soldadito de plomo, incluyéndote a ti, incluyendo a una persona a la que quiero. Habla o resolveré el problema usando tu piel y tus huesos como ejemplo. Habla.

—No puedo decirle lo que no sé...

—Respeto tu heroicidad. En serio. —Groote le dio una afectiva palmada en la mejilla. Acto seguido introdujo el destornillador en el brazo de Nathan.

El miércoles a las siete de la mañana, el teléfono móvil sonó cerca de la cabeza de Miles. Se despertó al instante, con el estómago invadido por el pánico, tratando de estar completamente despierto antes de responder a la llamada del pistolero.

—¿Hola?

—¿Dónde demonios estás? —dijo DeShawn molesto.

—Conocí a una mujer... —mintió Miles—. He pasado la noche en su casa. ¿Está eso permitido, mamá?

—Te necesito en tu apartamento, Miles. Enseguida, por favor.

—¿Qué pasa?

—Tengo malas noticias. Te recogeré. ¿Dónde estás?

—No está lejos, iré andando. —Y colgó antes de que DeShawn se lo discutiera.

Miles no quería volver a su casa, con el pistolero acechando el paradero de Michael Raymond, pero no podía actuar como si tuviera miedo de retornar al hogar; DeShawn lo trasladaría fuera de Santa Fe en diez segundos, y no iba a irse ahora.

Miles se lavó la cara, se cambió la camisa, los pantalones y la ropa interior. Dejó el petate en la habitación y cerró con llave. Volvería a recoger sus cosas antes de que abriera la galería. Regresó al apartamento. Ningún pistolero le saltó encima para arrancarle la carne de los huesos. El coche de DeShawn pasó a su lado y Miles se subió a él.

—La doctora Vance está muerta —dijo DeShawn.

—Lo vi esta mañana en las noticias.

—¿Estás bien?

—Estoy enfadado.

—Miles, entiende que si esto tiene algo que ver con los Barrada se te traslada en cinco segundos.

—No es así.

—Suenas muy seguro.

—No iban a matar a mi loquera. Si me encontraran, me matarían a mí. Y probablemente no con una bomba fabricada por ellos mismos, transportarla sería un engorro. Me meterían unas cuantas balas en la cabeza y listo.

—¿Sabes algo sobre esta tragedia, Miles?

—No.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

—Anoche me metí en una pelea.

—Tío, tuviste una noche agitada entre peleas y conquistas —le dijo con un tono incrédulo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Miles, pero ya habían alcanzado su destino. DeShawn aparcó cerca del edificio calcinado de Allison. El aparcamiento estaba rodeado por una cinta amarilla de las autoridades. Un grupo de bomberos agitaba las

cenizas en la parte trasera del edificio, un par de noticiarios de Albuquerque tenían aparcados sus camiones cerca de los restos. Unas cuantas personas miraban desde la acera, paladeando la tragedia. El aparcamiento estaba vacío, habían remolcado el coche de Allison.

Miles señaló a los bomberos que examinaban las cenizas, llenándose los pies con ellas.

—Están buscando la cerradura de la puerta para ver si estaba cerrada o no. Un amigo bombero de Miami me contó que es una de las primeras cosas que investigan. —Su propia voz le sonaba muerta a sus oídos—. Oí en las noticias que la encontraron. ¿Crees que sufrió?

—No, Miles, no sufrió. Quedó... muy poco de la doctora Vance. Solo han encontrado... pedazos. Estoy seguro de que murió en la explosión, no se quemó hasta morir.

Miles se puso las manos en la cara para forzar a sus emociones a recuperar el control. Podría haber evitado todo esto si hubiera encontrado la maleta escondida de Sorenson. No lo hizo y ahora ella estaba muerta.

—Maldita sea.

—La echaré de menos —dijo Andy en el asiento trasero.

—Lo siento, tío. Sé que te ayudaba mucho. —DeShawn le puso una mano en el hombro a Miles.

Miles mantuvo un tono neutral.

—¿Sabes qué ocurrió? —Iba a atrapar a Sorenson o a quienquiera que fuera el último responsable de la muerte de Allison y lo arrastraría delante de DeShawn, como un gato que suelta un ratón muerto a los pies de su amo.

—Hablé con los investigadores de incendios. No pueden rastrear la parte delantera del edificio donde se derrumbaron todas las plantas hasta que no traigan la maquinaria pesada desde Albuquerque. Tienen que hacer análisis químicos, ver si fue una explosión de gas o una bomba. Aún no lo sé.

El coche se alejó de la masa calcinada.

—Tengo que preguntártelo otra vez, Miles, ¿sabía ella que estabas en protección de testigos?

—No, nunca se lo dije, iba a hacerlo... pero no quería que lo supiera, me daba vergüenza.

—Entonces en sus archivos, aunque es casi imposible que hayan sobrevivido al fuego o la explosión, no se discutía tu condición de testigo. Esa es nuestra primera preocupación —dijo DeShawn.

—No que mi psiquiatra haya sido asesinada —dijo Miles—. De verdad, está bien que os preocupéis tanto. —DeShawn aparcó el coche y miró a Miles con dureza.

—¿Sabes con certeza que fue un asesinato?

—Sé que no tiene que ver con los Barrada.

—Pero tiene que ver con algo, ¿verdad, Miles? Me dices que otro médico, del que

no he podido encontrar un registro, quiere ayudar a Allison con su terapia y ese mismo día acaba muerta.

—Debí de recodar mal el nombre. Sorenstam, Sorengard, solo le vi un momento. Allison dijo que solía trabajar con ella.

—Si el equipo de incendios provocados averigua que este lo fue, tendrás que responder a sus preguntas.

—Entiendo. ¿Cuánto tardarán en saberlo?

—Bueno, los investigadores tienen que penetrar en los restos del edificio una vez que sea seguro, hacer los análisis químicos y hablar con la compañía del gas para ver si una cantidad inusual llegó al edificio. Pero creo que tuvo que ser una fuga de gas, con todas las renovaciones a las que se estaba sometiendo el edificio, uno de los operarios debió de romper alguna tubería y provocar una fuga. ¿Por qué iba a nadie a ponerle una bomba a una loquera de Santa Fe?

—Sé un niño bueno —dijo Andy desde atrás—. No le digas otra cosa que no sea la verdad.

En lugar de eso se preguntó qué énfasis darle a la pregunta para que DeShawn no la considerara extraña.

—¿Está su casa a salvo?

DeShawn levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir con «a salvo»?

—Supongo que la policía o los investigadores de incendios han ido a su casa a buscarla.

—Sí.

—¿No la habían, no sé, registrado o algo así? —No apartó los ojos de la ventana.

—La gente roba las casas de los muertos a menudo.

—Miles, ¿qué es lo que no estás contándome?

—Nada, no sé por qué nadie iba a querer hacerle daño.

—Por lo que sé, su casa estaba en perfectas condiciones.

Vaya. El pistolero limpió la escena antes de irse, no quería que nadie sospechara que había pasado algo en casa de Allison. El pistolero habló de pagar a Miles por la investigación, y la llamó Frost, supuestamente un nombre en clave, ya que también estaba en la pulsera de Nathan. La investigación podía encontrarse allí en forma de un montón de papeles o en discos de ordenador o en ambas cosas. Fácil de esconder, pero también fácil de encontrar y mover.

—Vayamos al grano. ¿Vais a trasladarme? —dijo Miles.

Se imaginó a los burócratas de Washington calculando el valor de su vida, preguntándose si mudarlo de lugar era necesario solo porque su psiquiatra había muerto de una manera inusual. No podía exponerse a seguir bajo la identidad de Michael Raymond. Si el pistolero lo buscaba, si Nathan le revelaba el nombre o la agenda del móvil lo delataba, estaría en peligro. No podía esconderse en su nueva vida, tampoco podía escapar.

—No lo haremos si no hay posibilidad cierta de que se haya descubierto tu identidad. Me sentiría mejor si te pusiéramos en un hotel bajo un nombre diferente los próximos días. Hasta que la investigación del incendio termine.

—Bien. ¿Puedo ir ya a trabajar? —preguntó Miles.

—¿Te apetece ahora rodearte de pedantes y obras de arte? Sé que te importaba Allison...

—En este momento el trabajo es lo mejor para mí. —Miles no se refería a actualizar la página web de la galería o a mover esculturas. *Necesito trabajo sucio*, decidió, *del que solía hacer tan bien, sacar secretos a la luz*.

La galería no había abierto todavía, sin embargo Joy hablaba con su dulce voz por teléfono, sentada en uno de los escritorios de ventas, tratando una transacción con un coleccionista de Boston. Arrugó los dedos de la mano en el aire como muestra de saludo, y frunció el ceño al verle las heridas en la cara. Miles alzó un pulgar y de repente quiso no perder jamás su trabajo.

Desplegó el periódico de la mañana para echarle un vistazo. No ponía nada que no le hubiera dicho ya DeShawn. La investigación continuaba, el edificio se había perdido por completo, el cadáver recuperado estaba en tal mal estado que harían falta pruebas de ADN. El artículo decía que Allison había vivido en Santa Fe solo unos pocos meses más que Miles. Le sorprendió que fuera así. Miró en la sección de informes policiales. No se mencionaba ninguna respuesta a algún altercado en Cerro Gordo. Nathan había huido.

Miles se sentó en el escritorio e inició el programa que la galería usaba para seguir las ventas, los contactos, los artistas y las obras. Ojeó la lista de nuevas pinturas a procesar y vio una nota de Joy pidiendo que mandara correos electrónicos a tres coleccionistas importantes respecto a las diecisiete nuevas obras que se recibieron el día anterior en la galería. Tenía que hacer fotos digitales de estas adquisiciones, cargarlas en la web y meterlas en el sistema para que pudieran ser seguidas por los clientes. Luego haría un calendario de rotación de pinturas, para colgar selectivamente las recién llegadas (todas ellas paisajes y panorámicas del desierto), devolver las que no se habían vendido al artista o ver si los empleados podrían venderlas desde la sala trasera. El ordenador nuevo de Joy había llegado ayer por la tarde, tenía que engancharlo a la red y meterle todo el *software*. Un día largo. Sin embargo tenía una misión que cumplir.

Joy colgó el teléfono.

—Buenos días, cariño. ¿Qué te ha pasado, cielo?

—No es una historia muy interesante.

—Imaginaba que ibas a decirme que estuviste bebiendo con Cinco. —Frunció el ceño—. ¿Has oído lo del incendio en Palace?

—Sí. Terrible. Si no le importa, lo primero que haré será configurar el ordenador

nuevo. Puede que tarde un poco en conectarse a la red. Son los protocolos de los nuevos sistemas operativos. —El sudor le empapó culpable el brazo, el pelo y el labio superior. Odiaba tener que mentirle. Nadie podía saber lo que estaba haciendo. Los ojos de Joy se pusieron vidriosos en cuanto mencionó la palabra protocolos.

—Bien... dedícate a tu magia.

—De acuerdo. —Dio un respingo al oír el móvil de la puerta trasera. El hijo de Joy, Cinco, entró portando un enorme vaso de café y bostezando.

—¿Han oído hablar de un lugar llamado Sangriaville? —preguntó Miles.

—No, ¿es un bar nuevo? —preguntó Cinco—. Los bares nuevos quedan oficialmente fuera de mi lista.

—No creo. Creo que podría ser una ciudad con un nuevo hospital mental.

Joy parpadeó.

—Hay una clínica mental carretera arriba, cerca de donde termina la Canyon, se llama Sangre de Cristo.

Sangre de Cristo. Sangriaville.

—Quizás sea la misma —dijo Miles.

—No lo sé, cariño. De todas formas, no conozco a ningún loco —comentó Joy.

Miles cerró la puerta de la oficina de arriba de Joy para que nadie lo sorprendiera. Desembaló y encendió el ordenador nuevo, lo conectó a la red inalámbrica de la galería y se descargó un navegador web libre que borraría cuando terminara. No quería dejar rastros que Joy pudiera encontrar.

Buscó en Google la página web del hospital mental Sangre de Cristo en Santa Fe. No la encontró. Extraño, un hospital moderno sin página web. ¿Acaso no tenían que suministrar información a la comunidad médica o a los pacientes potenciales? Sí lo encontró en las páginas amarillas, aparecía de manera simple, sin publicitar sus servicios.

Encontró una lista de los hospitales de Nuevo México, en el que aparecía Sangre de Cristo con su respectiva licencia. Era propiedad de la compañía Hope-Well. La buscó en Google; tampoco aparecía.

Alguien no quería que lo encontraran. Era momento de sacar algo de la vieja chistera.

Llamó al hospital, usando su propio móvil.

—Hola, mi nombre es Steve Smith. Estoy elaborando una historia para Associated Press sobre la doctora que falleció anoche y necesité algo de información del hospital.

—¿Qué doctora?

—¿No lee el periódico? Allison Vance.

—Me temo que se equivoca —dijo la recepcionista—. No tenemos a ningún facultativo con ese nombre.

—¿Puedo hablar con su oficina de relaciones públicas?

—No tenemos nada que comentar. —Y colgó.

Buscó ahora a Nathan Ruiz, añadiendo Santa Fe en los criterios de búsqueda. Había dos Nathan Ruiz en la ciudad, uno de ellos poseía un restaurante en el sur, otro se encargaba de un centro cívico. Pinchó en sus páginas. El restaurador tenía cincuenta y tantos años, no era el chico joven que le puso una pistola en la cabeza la noche anterior. Telefonó al otro Nathan Ruiz.

—Centro Cívico Corazón, Nathan Ruiz al habla.

—Señor Ruiz, hola, soy Fred George, de la Agencia Estatal de Seguros. Siento molestarlo, pero estamos haciendo una investigación sobre fraudes de seguros y espero que pueda ayudarme.

—Eh, claro.

—Estamos siguiendo patrones de reclamaciones fraudulentas. Se han producido una serie de reclamaciones a su nombre en beneficio del hospital Sangre de Cristo de Santa Fe, lo llamo para comprobar si son legítimas.

—No he pisado ese hospital en mi vida —dijo Ruiz—. ¿Van a cobrarme esas reclamaciones? Mi compañía aseguradora no me ha dicho ni una palabra.

—No, señor, no se preocupe. Puede que haya allí un paciente con un nombre similar, pero estamos viendo que esas discrepancias en el archivo de protocolos causan reclamaciones cuando se aplican erróneamente a otras personas con el mismo nombre —relató Miles en un tono rápido y oficioso.

—No soy yo y no conozco a otro Nathan Ruiz —dijo el hombre—. ¿Tengo que llamar a mi compañía de seguros?

No tenía ningún pariente que se llamase igual que él.

—No, señor, ha sido de gran ayuda. Gracias por su tiempo —dijo Miles, y colgó. Volvió al buscador web y amplió la búsqueda de Santa Fe a Nuevo México.

Encontró a un Nathan Ruiz en Albuquerque que había logrado el honor de ser Eagle Scout, un Nathan Ruiz que murió en Clovis el mes pasado a los treinta y siete años, y a un Nathan Ruiz que fue herido en la guerra de Irak y volvió a casa, a Albuquerque.

Pinchó en esa última noticia. Ese último Nathan Ruiz era técnico en un escuadrón del ejército que se encargó de disparar misiles en los primeros compases de la invasión. Fueron bombardeados accidentalmente durante el caos del avance hacia Bagdad, confundidos por un avión estadounidense que creyó que eran una unidad de misiles del ejército republicano iraquí. Cuatro de los miembros de la unidad murieron, los otros quedaron malheridos. A Nathan Ruiz lo enviaron a casa.

Si estaba en Sangre de Cristo, el regreso no había ido bien.

Su padre, Cipriano, hacía declaraciones en la noticia.

—Estamos muy orgullosos de su valentía y de sus méritos, solo deseamos que vuelva a casa.

Cipriano Ruiz. Miles buscó en un motor de búsqueda de números de teléfono de Albuquerque y encontró el número.

Marcó. Una mujer respondió tras el cuarto tono. Su voz sonaba abatida, como si cada día fuese una serie de decepciones.

—Hola, residencia Ruiz.

—¿Señora Ruiz?

—Sí.

—Me llamo Mike Raymond. Conocí a su hijo Nathan en Irak.

Silencio.

—No he hablado con él desde que volvió a casa. Quería saber si se ha reinsertado bien.

Silencio.

—Señora Ruiz, ¿puedo hablar con Nathan?

No dijo nada durante cinco segundos y se preguntó si habría colgado.

—No. No vive con nosotros —dijo finalmente.

—¿Hay algún número donde pueda localizarlo?

—Está... está en un hospital.

—¿Se encuentra bien?

—No, no se encuentra bien. Está en una clínica especial para los que tienen problemas después de la guerra, ya sabe. Él...

—No pretendo entrometerme, señora Ruiz. Solo quería saber cómo estaba. — Hizo una pausa—. Si está en una clínica, ¿es en Sangre de Cristo, allá en Santa Fe?

—Oh, sí —respondió aliviada—. ¿Ha oído hablar de ella?

—Sí, señora, he oído que es muy buena.

—Oh, sí, espero que lo cuiden bien. Porque... —Se detuvo—. No lo entiendo. — Volvió a parar, luchando por encontrar las palabras—. No sé cómo no se recupera, no deja atrás... esa tristeza.

El estómago de Miles se tensó.

—¿A qué se refiere?

—Él sobrevivió. Los otros chicos murieron. Debería estar agradecido por no haber muerto. ¿Por qué no es feliz? Está vivo.

—El estrés postraumático, señora, es... no es una falta de fuerza de voluntad. Afecta... afecta al modo en el que funciona la mente, al modo en el que se reacciona ante todo. Es un incendio que no se puede apagar. Cuando crees que se ha extinguido, vuelve a prender —dijo, esforzándose por buscar una manera de describirlo.

—Entonces que coja un extintor. —Sonaba abatida—. ¿Quiere pasarse toda su vida llorando y saltando cuando ve una sombra? Señor, vi morir a mi bebé, al hermano mayor de Nathan, solo tenía tres semanas de edad y murió mientras dormía. Me rompió el corazón. Pero si no me hubiera recuperado, no hubiera tenido a Nathan. No hubiera tenido una vida. ¿Dónde está su fuerza? —La voz era trémula.

—La sigue teniendo, señora, estoy seguro de ello.

—La última vez que lo vi, cuando lo dejé en el hospital, le dije: «Cariño, ten esperanza», y él me dijo: «Mamá, mi esperanza ha muerto porque nunca voy a olvidar». Le dije: «No olvides, simplemente asume lo que ha pasado», y se puso a menear la cabeza como si yo estuviera loca.

—¿Cuánto hace que no lo ve?

—Desde que se internó en el hospital, hace seis meses. Le echo mucho de menos. Le trajimos a casa, fuera del peligro y... —La voz se quebró—. No le va bien, me duele el corazón de pensarlo.

—Lo siento mucho, señora Ruiz. ¿Cree que será posible que pueda verle?

—No se permiten visitas, ni siquiera de la familia. El médico dice que es parte de la terapia.

—Eso parece poco usual. ¿Quién es el médico?

—El doctor Leland Hurley.

—Bueno. Entonces me gustaría escribirle a Nathan una carta.

—Ningún contacto de ningún tipo. Es el único modo de limpiar todo el dolor de su mente, según me dijo.

Decidió meterse en un terreno peligroso.

—Eso debe de ser caro, no creo que el gobierno cubra una clínica privada.

—Se supone que no debo hablar sobre el programa —dijo de repente—. ¿Cuál era su apellido?

—Michael Raymond. Me gustaría hablar con Nathan cuando vuelva a casa.

—Si me deja su número, yo se lo daré.

Eso hizo.

—Gracias, señora Ruiz. Espero que Nathan mejore pronto.

—Yo también lo espero. Antes de que se haga daño a sí mismo o a otros. Adiós. —Colgó.

Nada de hablar del programa ni de tener contacto con el paciente, según el médico. Extraño. No sabía qué era lo último en tratamientos contra el síndrome de estrés postraumático, pero estaba seguro de que aislar al paciente de sus seres queridos no era lo habitual.

Ahora sabía dónde estaba Nathan. O había estado, si es que estaba huyendo.

Allison dijo que Sorenson se encargaba de un programa especial. Sangre de Cristo ofrecía un programa especial. ¿Se trataba del mismo? ¿Tenía el pistolero relación con ese programa?

El siguiente nombre en la lista era Celeste Brent, la mujer que había dejado el mensaje en el contestador de Allison. Puso su nombre en Google en combinación con Santa Fe y obtuvo una avalancha de resultados. El primero era un titular: «Estrella de *reality* se muda a Santa Fe tras la tragedia».

¿Una estrella de la tele?

Llamaron a la puerta con los nudillos. Miles cerró el explorador.

—¿Funciona ya el ordenador, cariño? —preguntó Joy asomando la cabeza.

—Me está dando problemas para configurar el correo electrónico —mintió descaradamente—, pero lo arreglaré.

—Tenemos que rotar unas cuantas obras, ¿me ayudas, por favor?

—Claro —convino. Podría seguir leyendo la historia de Celeste Brent más tarde. Sintió un escalofrío al darse cuenta de que si quería saber la verdad, tendría que entrar en el hospital Sangre de Cristo para averiguar lo que sucedía entre sus muros.

Un hospital psiquiátrico. Su peor pesadilla.

—Un loco colándose en un manicomio —dijo Andy desde el otro lado de la sala donde Miles colgaba un cuadro siguiendo las indicaciones de Joy—. Eso no me lo pierdo.

Primero los puños, luego la manguera de goma y al final el destornillador, regresando a escena para un bis virtuoso; así consiguió que saliera un nombre de la destrozada boca de Nathan. A Groote no le causaba ningún placer hacerles daño a otras personas, la agonía del chico era simplemente el medio para llegar a un fin. No obstante, Nathan aguantó casi dos horas... realmente, el soldadito de plomo había hecho una impresionante imitación de héroe, soportó mucho más de lo que Groote se hubiera figurado. Acabó gritando el nombre del compañero de Allison en la sombra, Michael Raymond. El M. R. del móvil de la doctora. Cinco minutos después le dio una descripción física: un metro ochenta y cinco, complexión fuerte, pelo castaño, ojos marrones.

Groote llamó inmediatamente a un amigo suyo de California, que se dedicaba a destrozarse cortafuegos informáticos, para que comprobara la seguridad del proveedor telefónico. Su amigo, con la certeza implícita de que se le retribuirían sus servicios generosamente, se pasó el día pirateando redes y el miércoles al mediodía le dio a Groote una dirección y el número del trabajo de la persona asociada a esa cuenta. Groote marcó el número y le respondió la voz de una mujer dándole la bienvenida a la galería Joy Garrison en la mundialmente famosa Canyon Road. Luego proporcionaba una lista de los empleados y un número para dejar un mensaje en su buzón de voz.

—Para Michael Raymond pulse cuatro —decía la voz enlatada.

Colgó. *Te tengo, capullo.*

Groote estaba en la compacta cocina de la planta superior de Sangre de Cristo bebiéndose un vaso de agua helada. Tiró el hielo restante al fregadero y se examinó con cuidado las manos. La sangre de Nathan se le había acumulado bajo las uñas, tendría que darles otro restregón.

Se estremeció. *Hiciste lo que tenías que hacer. Por Amanda. Por todos los pobres bastardos enfermos que tienen que ser liberados de sus pesadillas.* Aunque Nathan fuera uno de esos pobres bastardos.

El doctor Hurley (cansado, agotado, un conejo asustado en medio de un bosque lleno de zorros) abrió la puerta, entró en la cocina y volvió a cerrarla.

—Quantrill está al teléfono, no parece contento.

—Me lo imagino.

—No es culpa mía. En absoluto. Le pedí a Quantrill seguridad adicional y no me hizo caso. Debí haberlo enviado a usted antes. No me haré responsable.

Groote lo golpeó en el estómago, no muy fuerte, pero lo suficiente para que cerrara la boca. El doctor cayó al suelo escupiendo un chorro de café.

—La próxima vez será en la nariz, doctor Hurley, y una astilla de hueso le taladrará el cerebro. No me costará mucho. ¿Me entiende?

Hurley asintió, con verdadero miedo en sus ojos.

—Así que cállese, ahora mando yo, no usted. No tiene que preocupar su sobrecargada cabeza con estas responsabilidades. No soporto a los quejicas. —Ayudó a Hurley a levantarse.

—Debería... debería coger esa llamada en mi despacho —dijo Hurley, mareado.

—Eso haré.

Volvió al despacho de Hurley y cogió el auricular.

—Groote.

—Dígame que ha recuperado el Frost.

Groote mantuvo la calma en la voz.

—Déjese de dramas. Si lo tuviera, ya habría llamado. Necesito que usted y Hurley mantengan la cabeza fría, ¿queda claro?

Oyó a Quantrill respirar profundamente.

—¿Entonces cuál es la situación?

—Tengo una teoría. Ella quería exponeros, así que es natural pensar que recibiera ayuda externa. Nathan dice que se la pidió a ese Michael Raymond. El tipo trabaja en una galería de arte, lo cual no tiene sentido pues no sé cómo alguien así podría serle útil. Supongamos que Nathan dice la verdad. Michael Raymond se dio cuenta de que el fármaco iba a tener un precio alto. Entonces usó a Allison para obtenerlo y una vez que lo consiguió, se deshizo de ella.

—Pero una bomba... ¿quién usaría una bomba? —La voz de Quantrill albergaba un repentino miedo que sustituía a la paciencia de un minuto antes.

—No sabemos si fue una bomba. Pudo ser que preparara una explosión de gas. No tenemos información sobre ese tipo salvo su nombre y que trabaja en una galería de arte. —Hizo una pausa—. Ambos mencionaron otro nombre, Nathan y Raymond sostienen que otro tipo llamado Sorenson fue a casa de Allison tras su muerte, pero yo no llegué a verlo. Así que o bien hay otro jugador, con un rol desconocido, o me están mintiendo. Tengo que seguir por la ruta que conozco.

Quantrill lo pensó en silencio.

—Señor Quantrill —dijo Groote—. Necesito que sea honesto conmigo. Es evidente que tiene enemigos. Tengo que hacer suposiciones. Aparte de esta mujer, que bien pudo ser una chivata que hizo saltar la liebre, ¿quién sabe algo sobre el Frost? ¿Quién querría robárselo?

—Una empresa farmacéutica u otro intermediario.

—La empresa para encargarse ellos mismos de su producción, el intermediario para vender la investigación.

—O bien —dijo Quantrill lentamente—, Michael Raymond podría querer una compensación económica. No se iría de la lengua como hizo Allison. Me revendería la investigación por un precio.

—Cuando hablé con él, no quiso discutir una posible reunión. Parecía... confuso. Dijo saber dónde estaba el Frost, que le llevaría cierto tiempo, pero que me llamaría.

—Quiere que nos pongamos nerviosos y así poder subir el precio.

—Si se hace público...

—Ninguna compañía produciría un medicamento basado en experimentos ilegales —dijo Quantrill—. Tenemos que enterrar la verdad sobre cómo fue testado el Frost. Eso haría descarrilar el tren. Pasarían años antes de que nadie lo retomara o lo trajera al mercado.

Años que Amanda no tenía.

—Entonces el dinero ha de ser su motivación. Tiene que asegurarse de que no le ha pasado la información a nadie más. Es obvio que no puede dejarlo vivir.

—Sacaré al señor Destornillador. —Colgó y comprobó su arma y su reloj. Primero buscaría a Michael Raymond en la galería, después en su casa. Una galería de arte. *No es un lugar lógico de trabajo para una persona a la que Allison Vance había pedido ayuda*, pensó Groote. Eso le molestaba. No le gustaba adentrarse en lo desconocido.

Se guardó la pistola en la chaqueta y se dirigió al aparcamiento.

Groote entró en la galería. Echó una ojeada indiferente al arte que colgaba de las paredes, en su mayoría retratos de indios y vaqueros, paisajes del desierto baldío de Nuevo México y campos plagados de flores silvestres. Leyó el precio de un paisaje de un cerro empedrado. Once mil dólares. Una vez mató a un hombre por menos de eso.

Se detuvo a escuchar. Por el murmullo de voces supuso que había dos personas en la galería. Una mujer y un hombre que hablaban suavemente al fondo. No se quitó las gafas de sol, era mejor que no resultara fácil de reconocer. Regresó a la puerta, echó el cerrojo y dio la vuelta al cartel metálico de «Abierto» para que desde fuera se leyera «Cerrado». Esperaba no tener que matar a todos los de dentro, pero era mejor estar preparado. Preferiría sacar a Raymond del edificio, hablar con él a solas. Sin embargo, si lo sacaba de allí por la fuerza, no podía dejar testigos, menos aún si iba a acabar matándolo.

Se dirigió a la oficina trasera, no estaba seguro de que la voz que oía correspondiera a Raymond. Examinó el plano. Dos salidas por el pasillo, unas escaleras que llevaban a otra sala con arte expuesto, otras tres habitaciones a la izquierda, un corto pasillo y una serie de puertas de cristales a la derecha.

Se detuvo en la puerta de las oficinas. Una guapa mujer de cincuenta y tantos y un hombre que rondaba los treinta dejaron de hablar y le sonrieron, con la clara intención de sacarle el dinero vendiéndole una de las obras de fuera. Resultaba obvio que eran madre e hijo, el parecido era sorprendente. Había un tercer escritorio vacío en un rincón.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Sí, señora, necesito ver a Michael Raymond, le prometí que le compraría un cuadro.

La mujer pareció quedarse helada durante un segundo.

—Oh, lo siento —dijo a toda prisa—, Michael no está aquí hoy. Soy Joy Garrison, la propietaria, y este es mi hijo, Cinco. ¿Podemos ayudarle nosotros?

Groote miró a Cinco, que abrió la boca como si fuera a interrumpir a la mujer, pero la cerró enseguida.

—Mamá.

—Cinco, no pasa nada —dijo Joy en un tono que no daba lugar a la discusión. El teléfono sonó. Cinco lo cogió, saludó y respondió a una pregunta sobre las horas de apertura de la galería.

—¿En qué cuadro estaba usted interesado? —preguntó Joy.

La mujer quiere llevarse la comisión, pensó Groote.

—El paisaje junto a la puerta. Qué raro, Michael me dijo que estaría aquí hoy. Me gustaría hablar con él sobre ello, para asegurarme de que se lleve él la comisión.

—Por supuesto. Siento que no esté aquí.

—¿Cuándo se le espera de vuelta?

Chasqueó los dedos.

—Oh, espere. Tiene razón. Hoy se pasará por aquí, sobre las seis, justo antes de que cerremos, para recoger su cheque. Olvidé que me lo dijo.

Groote asintió.

—De acuerdo entonces. Creí haber perdido la cabeza. —Se echó a reír educadamente—. Volveré sobre las seis.

—¿Quiere dejar un nombre, señor? —Cinco colgó el teléfono.

—Jason Brown —mintió Groote, negarse a dar un nombre hubiera resultado sospechoso.

El teléfono sonó y Joy Garrison le dio a un botón.

—¿Sí? —dijo—. Por supuesto que puedo conseguirle esa pintura, señor, sí... —Y comenzó a asentir y anotar palabras en un cuaderno.

Seguía pareciéndole raro, pero en ese momento oyó que sacudían la puerta. Un cliente probaba el picaporte, sorprendido de que hubieran cerrado tan pronto, así que regresó a la puerta trasera, dio la vuelta al cartel y abrió la puerta, sin dejar de darles la espalda a Cinco y Joy para que no vieran lo que hacía.

—Disculpen —les dijo a dos turistas adornadas con turquesas antes de volver a su coche.

Era hora del plan B. Iría a la casa de Michael Raymond, comprobaría que estuviese allí, y si no era así, registraría la casa para tener alguna idea de dónde estaba. Entonces volvería a las seis para tener una charla privada con el señor Michael Raymond.

Groote estaba a diez manzanas cuando se dio cuenta de su error y dio un brusco giro que dejó marcadas las ruedas en el asfalto.

Miles vio al hombre dar la vuelta al cartel y cerrar la puerta de la galería justo cuando salía de la oficina de Joy, en el segundo piso, y pensó: *viene a por mí*. Dio cuatro pasos atrás en silencio, se agazapó tras la estatua de un puma que se erguía sobre sus patas traseras y se preguntó si este era el hombre que lo había perseguido durante su huida de casa de Allison. El pistolero.

Entonces el hombre habló con Joy y Cinco, preguntó por él, y Miles estuvo seguro.

No tenía armas, pero se hizo con una pequeña escultura de hierro de un guerrero sioux. El jinete se alzaba en su caballo empuñando una lanza hacia delante y Miles decidió que golpearía al pistolero en la sien, donde el hueso y la carne eran más débiles. No podía permitir que les hiciera daño a Joy y Cinco.

Entonces Dios alumbró a Joy, que dijo que él no estaba allí. Cinco le siguió el juego. Escuchó la conversación un poco más, la dejó lidiar con el tipo y luego mentirle. Regresó a la oficina. Pensó, *no matará a nadie si cree que están atendiendo una llamada*. Levantó el auricular, pulsó la extensión del escritorio de Joy, oyó el zumbido interno y su jefa, inteligentemente, actuó como si hubiera recibido una llamada externa.

—Manténgase ocupada, se irá —le dijo a Joy.

Entonces la puerta se agitó y oyó los pasos del pistolero alejándose y disculpándose educadamente ante un cliente en la puerta.

Contó hasta diez y bajó por las escaleras. Joy pasó entre las dos mujeres, ignorando a un cliente por primera vez en su vida.

—¿Quién era ese? —preguntó.

—Le ha mentado —dijo Miles sorprendido.

—No me gustó. Las gafas de sol, la manera en la que preguntó por ti... reconozco un problema cuando lo veo. No haces ventas, así que sabía que no estaba diciendo la verdad. —Lo cogió por el brazo, lo sacó por detrás, le dijo a Cinco que se ocupara de los archivos y cerró de un portazo—. ¿Puede ser que un tipo de tu vida anterior te esté buscando?

Miles sabía que se estaba refiriendo a los Barrada. Aunque la verdad fuera otra, era más fácil si no se lo explicaba todo.

—Sí. Escúcheme. Cierre la galería ahora mismo. Tienen que marcharse de aquí por si le da por volver a las seis. Me aseguraré de que los deje en paz.

—Te llevaré donde quieras ir.

—No, no voy a implicarles más en mis problemas. Váyanse, ahora. —Tenía el rostro ardiendo—. Gracias, Joy, por ser mi amiga, no sabe cuánto han significado usted y este trabajo para mí. No le cuente nada a Cinco sobre mí, ¿de acuerdo?

—Me inventaré una buena historia. —Con lágrimas en los ojos, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Abrió la puerta, le anunció a Cinco y a las señoras

que iban a cerrar de inmediato, condujo amablemente a las mujeres a la puerta y le comunicó a su hijo que se iban a casa.

—¿Qué demonios está pasando? —quiso saber Cinco.

—Lleva a tu madre a casa —dijo Miles—. Enseguida.

—Por favor, ¿me puede decir alguien el porqué de este pánico? —preguntó Cinco.

—Michael, déjanos llevarte a algún sitio...

—No, váyase, Joy, por favor.

Joy le apretó la mano y le acució a Cinco para que se metieran en el coche. Se marcharon a toda pastilla.

El pistolero sabía su nombre. Andy estaba sentado en el escritorio de Cinco.

—El juego ha terminado, Miles.

Miles lo ignoró, cogió del escritorio de Cinco una gorra de béisbol de los Lobos de la Universidad de Nuevo México, se la encasquetó y echó a correr en dirección a la parte trasera del edificio. Tenía que regresar al hotel. La galería de al lado la llevaban tres alfareros, recordaba que uno de ellos, una mujer, siempre iba en bicicleta a trabajar. La llamaría después y le diría dónde estaba la bicicleta. Tenía la ganzúa aún en el bolsillo, apenas tardó diez segundos en forzar el candado.

—Reducido a ser un ladrón de bicicletas —dijo Andy—. Qué vergüenza.

Miles se aupó torpemente sobre la bicicleta. No se había montado en una en diez años, tardó en encontrar el ritmo. Entonces dio la vuelta a la esquina del edificio, al aparcamiento y llegó a Canyon Road.

En ese momento, vio al pistolero al volante de un coche, de vuelta a Canyon, virando de frente a él, con los neumáticos rechinando ruidosamente.

Un pitido en lugar del timbre propio del teléfono. Era algo habitual en las oficinas. La llamada que atendió Cinco cuando entró Groote era normal; la segunda vez, Joy respondió a un pitido, pero fingió que era una llamada del exterior. Sus instintos le decían que la mujer mentía. Eso de que Michael volvería a la galería a las seis era solo una treta para que se fuera.

Así que dio la vuelta, ignorando los cláxones que sonaron a su alrededor. Casi se lleva una camioneta por delante cuando aceleró para volver al paseo de Peralta y girar a la derecha hacia Canyon.

Justo delante de él, un idiota montado en una bici, con una gorra que le cubría los ojos, hacía equilibrios torpemente en mitad de la calle. Groote no se chocó con él por poco al entrar en el aparcamiento de las galerías.

Vio el cartel de «Cerrado» colgando torcido en la puerta de la galería Garrison. Corrió hacia ella para comprobar si se abría. Cerrada. Rompió el cristal más cercano al pomo. Saltó una alarma. Abrió la puerta, sacó la pistola, recorrió toda la galería, subió las escaleras, las bajó. No había nadie.

La policía llegaría en pocos minutos. Se metió la pistola en la cartuchera de la chaqueta. Salió por detrás, donde vio a una mujer con las manos en las caderas, curiosa, buscando la procedencia del ruido.

—Soy amigo de Joy y Cinco —dijo antes de que ella pudiera hablar—. ¿Va algo mal?

—Mi bici ha desaparecido. —Hizo un gesto hacia la puerta de la galería, por donde salía el agudo silbido de la alarma—. ¿Han entrado o es que ha saltado sola?

El tipo de la bici. Una vieja artistilla jipi y un idiota en una maldita bici se habían burlado de él. Groote corrió de regreso al coche pasando junto a la mujer.

Entró como una exhalación en el paseo de Peralta, tras salir de Canyon. Tenía que elegir. Giró a la derecha. Condujo dos minutos con las luces rojas, buscando al tipo de la bici. Al no encontrarlo, dio la vuelta y fue por el otro camino, soltando todo tipo de maldiciones. Dio marcha atrás y surcó a ciento veinte kilómetros por hora las calles que cruzaban. Tenía el corazón en la boca, no paraba de golpear el volante con furia.

He estado a esto de atraparlo. De encontrar el Frost.

No había bicis por la calle. Ni en ningún sitio. Michael Raymond se había esfumado.

Miles subió la bicicleta robada a la habitación del hotel y se lavó la cara. Era el momento de acudir a la reserva de dinero y provisiones que guardaba en la estación de autobús para el caso de que necesitara salir huyendo. El pistolero estaría peinando las carreteras del centro de Santa Fe, ir en bicicleta era un riesgo, no podría correr más que él.

Un puño aporreó la puerta. DeShawn le ordenaba que abriera.

Obedeció. DeShawn entró con el rostro contraído, dando un portazo.

—Vamos a cambiarte a otra ciudad y a darte una nueva identidad. Ahora. Coge tus cosas.

—¿Por qué?

—Has sido descubierto. La policía ha encontrado un portátil en el maletero del coche de Allison. Contenía una copia escaneada de tu archivo psiquiátrico. Se menciona el hecho de que eres un testigo protegido y tu verdadera identidad. —Negó con la cabeza—. Por supuesto he omitido el detalle de que me mentiste.

Las prisas de DeShawn no tenían nada que ver con el hecho de que el pistolero se presentara en la galería.

—Yo...

—Se acabó Santa Fe. Vámonos.

La noticia le sentó a Miles como una patada en el estómago.

—¿Cómo podía saber Allison mi verdadero nombre?

—¿Estás seguro de que no se lo dijiste?

—No, no lo hice.

—No te creo. ¡Me dijiste que nunca le habías dicho que eras un testigo protegido! —gritó DeShawn con un tono gélido en la voz—. Me mentiste, Miles. Sabía tu nombre, tu ciudad de origen, quién eras en tu vida anterior. Y ahora está muerta.

—No se lo dije. —La confesión, firmada con su nombre real, estaba todavía en el bolsillo de su chaqueta—. ¿Un archivo escaneado dices? ¿Un archivo de papel escaneado para verlo en el ordenador?

—Sí.

Sorenson abrió y cerró ayer los cajones del archivo. Se había llevado algo. El informe de Miles. Aparentemente contenía información que nunca le había dado a Allison.

—Jesús, María y José —dijo Miles.

—¿Has acabado de mentir, Miles? Las heridas de la cara no eran por una pelea. Estabas cerca de su consulta cuando explotó.

—No.

—Hiciste una llamada a su busca justo después de la explosión, tengo la lista. Explícame eso.

—Quería hablar conmigo...

—Te tocaba estar allí cuando la consulta explotó, Miles, ¿no es así? Tu destino era morir junto a ella, ¿no lo ves?

—No.

—Le dijiste dónde estabas. Y entonces ella empezó a investigar tu pasado para entenderte, para ayudarte, y sin querer les dio la pista a los Barrada. Por accidente quizás. Si hubieras mantenido la boca cerrada respecto a que eras Miles Kendrick, ella estaría viva ahora mismo.

Miles negó con la cabeza.

—¡No le dije mi verdadero nombre! Y aunque lo hubiera hecho, ¿por qué iban a matarla o hacerle daño?

—¡Tonto de mierda! —gritó DeShawn—. ¿Sabes cuánta gente te quiere muerto? Los Barrada, claro. Además de todos los círculos del crimen que jodiste al espiar para ellos, esos también quieren tu culo; los Razor Boys, los Duarte, los G. H. J. Miles, ella lo sabía y al morir dejó atrás un informe con tu antiguo nombre. Eso es lo que importa. Estás en un aprieto. Bienvenido a tu excitante nueva vida.

Miles fue a coger su mochila. La cabeza no paraba de darle vueltas. No, no podía irse ahora, no podía subirse a ese avión.

—¿Y si digo que no quiero mudarme?

—Ahora te hablo como tu agente voluntario de la agencia de protección de testigos, Miles. No puedes alejarte de nuestra protección cuando te dé la gana. Como tu amigo, te digo que si te quedas eres hombre muerto. La prensa se apoderará de esta información, tarde o temprano, su muerte es una historia importante. Como tu amigo me preocupa que no pienses con lógica, que sigas mentalmente desequilibrado e incapaz de tomar una decisión coherente, y si es necesario te dejaré inconsciente para meterte en un avión y salvarte la vida. Esto es a micrófono cerrado, por supuesto.

La voz de DeShawn era puro hielo.

—Por supuesto, yo...

—Nada te retiene aquí —dijo Andy desde un rincón—. Ella está muerta. Deja de ser tan servicial, Miles, la gente muere.

—¿Qué pasa? —dijo DeShawn.

—Tengo náuseas. —Miles se acercó al lavabo para echar agua en un vaso.

—Primero le fallas a ella y ahora sales corriendo —continuó Andy—. Eres un tío de primera, Miles.

Miles se bebió el agua, ignorando a Andy y DeShawn. No. No iba a ir a ninguna parte, no hasta que supiera la verdad sobre la muerte de Allison. Ella le pidió ayuda. Había fallado en su misión de salvarla, no había sido el hombre que Allison necesitaba. ¿Qué le había dado su nueva vida de mentira? Nada. La había perdido del mismo modo que la antigua. La decisión clara en su cabeza, ganaba por goleada a su miedo, silenciaba los murmullos de Andy.

Escapar era la única respuesta. Tenía que evitar a DeShawn, al menos por unos días. Iba a esconderse en Santa Fe, encontraría al pistolero, descubriría la verdad. Los

jefazos de la agencia de protección podrían echarle del programa por eso y con todo derecho, pero pensó que no lo harían. Era un paciente psiquiátrico, muy importante para la feliz resolución de los casos contra el círculo de los Barrada. Salvó a dos agentes de FBI de la muerte. Sin embargo estaba rompiendo una ley cardenalicia de la agencia de protección: desobedecer a un agente y huir por su cuenta.

Andy iba de un lado a otro entre él y DeShawn, tirando una moneda al aire.

—Iré contigo. Pero primero tengo que hablar con Joy. Por favor —dijo Miles.

—Puedes llamar a Joy desde tu nueva localización.

—Quiero que Joy y Cinco estén protegidos.

—¿Les dijiste tu nombre real a ellos también?

—No.

—Te garantizo que estarán a salvo.

—Haz esa llamada. Quiero a un agente de protección o a un agente federal en casa de Joy, otro en la de Cinco y otro en la galería.

DeShawn comprendió que ese era el precio que había que pagar para tener contento a Miles.

—De acuerdo, tío, haré esa llamada. —DeShawn marcó el número y habló en voz baja mientras Miles guardaba en la mochila sus escasas posesiones.

DeShawn colgó el teléfono.

—Los Garrison estarán protegidos. Te doy mi palabra.

—Gracias. —Miles se puso la mochila al hombro—. Vamos.

DeShawn andaba delante, en el momento en que abrió la puerta, Miles se abalanzó sobre él.

—¡Ni lo intentes, Miles! —gritó DeShawn antes de golpearse con la puerta. Aulló de dolor, su mano quedó atrapada entre el umbral y el pomo. Miles le golpeó la nuca con el puño una, dos y hasta tres veces. Entonces DeShawn recuperó la verticalidad, se liberó las manos de la puerta y se tiró como una bala de cañón contra Miles.

—Un gran error —dijo DeShawn. Un fuerte puñetazo en el pecho, otro en la mandíbula, dos fuertes golpes en el estómago y Miles se quedó hecho un ovillo en la cama.

—Maldita sea, me has hecho daño en la mano. —DeShawn estaba de pie junto a él, agitando los dedos—. ¿Para qué demonios has hecho eso? —Miles no respondió, cerró los ojos, se obligó a ignorar el dolor. Respiró ruidosamente—. Asalto a un agente federal —dijo DeShawn—. Y se supone que eras mi amigo.

Miles continuaba con los ojos cerrados. Oyó el suave tintineo de unas esposas.

—Deja de moverte —dijo DeShawn, agarrando las muñecas de Miles—. Abre los ojos y para de...

Miles pivotó y le pateó fuertemente con ambas piernas. Una le dio en la nariz, la otra en plena garganta. Se tambaleó hacia atrás. Miles saltó de la cama, el dolor era su combustible, no podía perder ahora. DeShawn le dejaría sin sentido si pudiera, y con todo el derecho del mundo.

Agarró la mano herida de DeShawn y se la retorció. Le crujieron dos dedos y dejó de respirar durante un segundo. Lo maldijo, lleno de rabia. Miles se echó hacia atrás y le dio dos fuertes puñetazos. Cogió el reloj del hotel y con él golpeó con fuerza la nuca de DeShawn. Una, dos veces. DeShawn cayó de rodillas e intentó agarrar a Miles del cuello, pero este le atizó de nuevo con el reloj Lucite en la sien. Finalmente se derrumbó, con los ojos cerrados.

—Lo siento —dijo Miles—. Lo siento de verdad. —Se agachó para comprobarle el pulso. Era estable. No permanecería inconsciente mucho tiempo, y cuando despertara no estaría muy contento.

Miles arrancó los cables de la tele y de la lámpara para atar a DeShawn con ellos. Usó también una sábana de la cama y la ató junto a los cables para unirle las manos con los pies. Rompió una almohada y le metió un pedazo en la boca, con cuidado de no bloquearle la respiración. Le cogió las llaves del bolsillo, pero le dejó la placa, la pistola y la cartera. El móvil lo arrojó a la cama. Entonces metió a DeShawn en el armario, cerró la puerta y puso una silla bajo el pomo para bloquearlo.

Le dolían la cara y las costillas. DeShawn no le golpeó con todas sus fuerzas, pero a él le dolía como si le hubiera pasado un coche por encima. Tenía diez minutos como mucho. Era probable que DeShawn hubiera avisado de que iba a ir a recoger a Miles al hotel y si no informaba pronto, la agencia y el FBI empezarían a llamar y acabarían presentándose en el hotel.

—Lo siento, DeShawn —le dijo a la puerta cerrada—. Por favor, perdóname, pero tengo que arreglar las cosas.

Colgó el cartel de «No molestar» en la puerta y se alejó definitivamente de su vida como Michael Raymond.

Miles esperaba que Andy se quedara en el hotel como un fantasma, haciéndole compañía a DeShawn. Pero no. Miles era la casa encantada de Andy.

Tenía que conducir.

El miedo le latía en el estómago como un puño que le hurgaba en la piel y el músculo para apretujarle las tripas. Los Barrada eran famosos por trucar el arranque de los coches de aquellos a los que odiaban. De camino al sedán del gobierno, Miles se dijo que sus miedos eran infundados; los Barrada no podían haberle hecho nada al coche de DeShawn, ni siquiera tenían ya recursos suficientes para encontrar a alguien como su protector.

—Claro que han podido poner una bomba en el coche de DeShawn —dijo Andy mientras se apresuraba para mantener su paso—. Allison sabía tu nombre. Los Barrada han podido averiguar que iba a venir a recogerte, les bastarían unos segundos para instalar el artefacto...

—No —dijo Miles—. Cállate.

—Te volarían a ti y a DeShawn por los aires, juntos. Ese es el sentido de la justicia de los chicos de los Barrada, trucar el arranque mientras tú te peleabas arriba con tu amigo.

Miles continuó acercándose al coche.

—No te creerás que vas a conducir, ¿verdad?

Miles se detuvo. Andy danzó delante de sus narices, se subió al capó del coche de DeShawn y se marcó un improvisado twist. *Más vale que tenga cuidado, podría activarlo.*

No está aquí, no hay bomba. Estoy perfectamente a salvo. Solo estoy añadiendo el robo de una propiedad federal a los crímenes que he cometido hoy.

—Demasiado miedo para conducir. —Andy se bajó del capó y puso los pies en el parachoques.

Miles se dio prisa. Le sudaba la espalda. Abrió el coche. Las manos le temblaban cuando metió la llave y la giró.

—¡Bum! —gritó Andy desde el otro lado del parabrisas, contorsionando la cara, poniendo las manos y la boca contra el cristal.

El motor no explotó, simplemente arrancó.

Miles se aferró al volante.

—¡Será mejor que pares! —dijo Andy—. Para ahora mismo.

Miles le mostró el dedo corazón, apretó los dientes y embistió con el coche hacia delante. Andy se cayó del capó y comenzó a susurrar de nuevo desde detrás de él.

—Esto no va a funcionar —siseó.

Es lo que necesitaba, un copiloto en el asiento de atrás.

—Me mataste y ahora has matado a Allison —prosiguió Andy—. ¿Quién será el siguiente en morir por tus pecados, Miles?

Le dolía la cicatriz en el pecho. Cerró los ojos, se dejó llevar por el calor de aquella mañana en Miami. Andy sonriendo y luego sacando sorprendido la pistola, apuntando, la bala penetrando en el cuerpo de Miles, luego el hospital, bajo grandes medidas de seguridad, el gobierno diciéndole que ya no podía seguir siendo Miles Kendrick.

¿Por qué había ese alud de nieve en su memoria, en su cabeza? El picor fue a peor. Andy había echado mano de su arma, Andy sabía que Miles había acudido al gobierno. El alud no le permitía ver el pasado. Tenía frescas las voces de los dos agentes encubiertos.

—Hiciste lo correcto, tío, eres un héroe.

Pero no sabía por qué.

Ahora. Concéntrate en el ahora. La reserva de dinero y la pistola en la estación de autobuses de Santa Fe. Rebuscó en el bolsillo lateral de la mochila y encontró la llave de la taquilla.

Condujo a la estación de Saint Michael y la rodeó dos veces, lentamente.

Si la agencia de protección sabe que alquilé la taquilla... ¿Comprueban rutinariamente esas cosas cuando alojan a un testigo en una nueva ciudad? ¿Miran si alquila un apartado de correos o una taquilla o un almacén? ¿Me buscaran aquí los de la agencia?

Lo que es peor, ¿lo haría el pistolero? No hay aeropuerto en Santa Fe, si quieres salir rápido de la ciudad coges el autobús. Tendría que arriesgarse. El pistolero no podía saber o suponer que no tenía coche.

A no ser que lo viera en la bici.

Plan B. Condujo hasta el paseo de Peralta para buscar a Joe, el mendigo. Le daría veinte dólares por recoger sus cosas; el pistolero ignoraría a Joe y, los federales, si es que sabían de la taquilla y la estaban vigilando, cogerían a Joe, pero le soltarían en cuanto vieran que no sabía nada. No obstante, no encontró a su amigo por la calle, así que regresó reticente a la estación.

Tendría que arriesgarse.

Entró a pie. La terminal estaba llena de gente a esas horas de la tarde, una salida próxima hacia Albuquerque y El Paso se anunciaba por los altavoces. Miró a su alrededor sin ver señales del pistolero ni de ningún tipo derecho como una vela con pinta de agente federal. Sacó el petate verde de dentro de la taquilla, se lo puso al hombro y se apresuró a volver a la calle.

Miles abrió el petate, sus únicas posesiones en el mundo, aparte de la ropa que llevaba encima, consistían en una identificación, una tarjeta de crédito a nombre de su padre fallecido, una Beretta cargada y mil dólares en efectivo escondidos en el falso fondo del petate.

—Te crees muy listo —dijo Andy a su lado.

—Sí —susurró casi inaudiblemente—. Eso creo. Soy más listo que tú. Tú estás muerto y yo no.

Andy guardó silencio.

Miles necesitaba un lugar donde esconderse. Condujo rápido, cortando por las calles secundarias, hasta que llegó a la casa de Blaine el Plasta, cerca de las viejas vías de Santa Fe. Aparcó el coche de DeShawn tras la casa y llamó a la puerta. Nadie respondió. Blaine el Plasta estaba todavía en Marfa, recuperando su inspiración artística.

Buscó en las macetas del porche hasta encontrar en la tercera la forma de una llave. La metió en la cerradura y abrió la puerta deseando que Blaine no estuviera dentro, que una alarma no comenzara a sonar.

Entró, cerró la puerta, escuchó su propia voz.

—Hogar, dulce hogar.

De momento.

El jueves por la mañana, Miles observó desde detrás de las pesadas cortinas cómo los vecinos de Blaine iban a trabajar. Entonces condujo hasta el aparcamiento de un supermercado y abandonó el coche, abierto y con las llaves colgando junto al volante. Regresó andando a la casa de Blaine.

Había dormido sobre la colcha, su mente estaba destrozada por el cansancio. Al despertar, cayó en la cuenta de que encontrar a Nathan Ruiz era el siguiente paso.

Pronto buscaría a Celeste Brent, la mujer que dejó ese extraño mensaje referente a un secreto en el contestador de Allison.

Blaine el Plasta se había llevado su portátil a Texas. Miles encontró, sin embargo, un listín telefónico de Santa Fe. Buscó con el dedo entre los nombres sin encontrar a ninguna Celeste Brent o C. Brent.

De acuerdo. Era una estrella de la tele. La fama era algo poco común en Santa Fe, Miles apenas había visto a algunas celebridades que se detuvieron en la galería de Joy, de paso por la ciudad.

Eso le dio una idea. Buscó en su mochila los pantalones que llevaba el martes, donde seguía teniendo el móvil de Blaine el Plasta escrito en un pedazo de papel. Descolgó el teléfono y lo volvió a colgar. El móvil de Blaine mostraría en la pantalla que llamaba desde su propia casa. Usar el suyo era un riesgo, los federales podrían rastrear su localización si estaba encendido, o eso había oído. Pero aun así, no podía utilizar el de Blaine, así que se arriesgó.

Marcó el número.

—¿Sí? —respondió Blaine con su habitual malhumor.

—Hola, señor Blaine. Soy Michael Raymond, de la galería. Puede que haya encontrado un comprador para *Emilia*.

—Oh, tío, Mike, eso es maravilloso. —Blaine sonaba más alegre de lo que nunca lo había oído, y el pecho de Miles se retorció de culpa.

—Bueno, señor, no se ha fijado nada. Tengo una mujer que mostró un serio interés, pero no dejó su número de teléfono. Supongo que lo olvidó. Es de la ciudad, es famosa, así que pensé que quizás podría conocerla. Su nombre es Celeste Brent.

—Sí. No la conozco, nadie la conoce, pero sé quién es.

—Supongo que yo no.

—Bueno, yo tampoco llegué a ver *Supervivientes*. Prefiero la PBS.

—¿Qué es *Supervivientes*?

—Un *reality* en el que tiran a doce personas en una isla a tomar por culo y compiten entre sí por ser el último que sobreviva a cambio de un premio de cinco millones de dólares. —Chasqueó la lengua—. Un concurso de popularidad basado en curvas y esteroides.

Miles reconocía ahora el título del programa. La mayoría del trabajo que hacía para los Barrada era de noche, por lo que no veía mucho la tele. Su nombre le era

familiar, el incesante goteo de información que producía este tipo de programas debió de calarle en el cerebro.

—¿Estuvo en ese programa?

—Ganó los cinco millones hace un par de años. Tuvo sus quince minutos de fama al pasearse por la isla con un biquini verde lima. Era un juego de vicios y puñaladas por la espalda, y ella fue la abeja reina de la isla. Me sorprendería que hubiera visto *Emilia*. Está totalmente recluida, hace que un ermitaño parezca una mariposa social.

—¿Por qué?

—Asesinaron a su marido y, ¿cómo decirlo amablemente? Se volvió loca.

—Eso es terrible —dijo Miles—. ¿Cómo de loca?

—Agorafóbica, ¿se dice así? No sale de casa, ni siquiera para ir al jardín. Debe de estar recuperándose si va por ahí en busca de arte.

—No está en la guía, ahora entiendo por qué —improvisó Miles—. ¿Sabe de alguien que sepa dónde vive? Me pidió en un mensaje de voz que enviara allí a *Emilia* para verla en privado.

—¿Y no dejó dirección o número? Es raro.

—Señor —replicó Miles—. Si ha sido una reclusa tanto tiempo, puede que no sea muy hábil tratando con la gente.

—Cierto. Déjame hacer un par de llamadas y te llamaré a la galería.

—En realidad es mejor que me llame al móvil. —Le dio el número—. Ahora no estoy en la galería, pero puedo pasarme por allí en su momento, en cuanto sepa dónde vive la señorita Brent.

—De acuerdo. Te llamaré en unos minutos. Gracias, Michael.

—Sí, señor. —Miles colgó.

Loca. Quizás era estrés postraumático, igual que él. Dos minutos después sonó su móvil y Miles respondió.

—He llamado a la mayor agente inmobiliaria de Santa Fe —dijo Blaine—. Sabe todo lo que hay que saber. Celeste vive en el Camino del Monte Sol. —Le dio la calle y el número—. Ella le vendió la casa a Celeste. Dice que nunca la abandona. Nunca jamás. Tiene a una mujer que hace la compra y los recados. No recibe a ningún visitante, a no ser que sean sus médicos o la limpiadora. ¿No es la cosa más excéntrica que hayas oído?

—Sí. Está loca de remate. Supongo que vio el cuadro en la página web.

—El dinero de una loca sigue siendo dinero.

—De acuerdo. —Sintió verdaderos remordimientos por la necesaria treta que estaba llevando a cabo—. De todas maneras no tenga demasiadas esperanzas, señor Blaine.

—Hazme saber lo que pase. Hablaremos pronto.

—Gracias, señor. —Miles colgó y empezó a pensar en cómo arreglárselas para entrar en la casa de una reclusa voluntaria.

Las sábanas le rozaban húmedas la cara. Celeste estaba echada en la cama como un cadáver en la morgue. No le quedaban más lágrimas por derramar.

Allison estaba muerta. Las pasadas veinticuatro horas habían estado colmadas por una pena que la había dejado atontada, sorprendida, presa de la negación de lo que había pasado. Celeste guardaba una pistola en la casa. La había cogido dos veces para luego devolverla a su cajón. *No puedo, Allison me mataría.* Entonces se echaba a llorar o a reír, cuando los buenos recuerdos de Allison se colaban entre su pena.

Salió de debajo de la sábana y se sentó en el taburete del baño para tocar la cuchilla, muy ligeramente. Podría cortarse, solo un poquito. Sabía que cortarse era un pasito atrás. La semana anterior se había sentido fuerte, más segura de sí misma que en muchos meses. El filo de la cuchilla centelleó, formando una línea perfecta. Como la línea que se dibujó en su vida antes de que Brian fuera asesinado, antes de que ella misma muriera por dentro y no supiera cómo resucitarse.

Presionó el filo de la cuchilla contra la carne del brazo. Una pequeña perla de dolor le subió por el cuerpo e inundó todo su ser.

¿Qué estás haciendo? La voz de Allison le resonó en los oídos. *¿De verdad quieres que una hoja afilada sea la respuesta a tu dolor?*

Soltó la hoja y miró la sangre. Vio el rostro de su marido muerto y el rostro inerte de su asesino en aquella burbuja carmesí.

Allison se avergonzaría de ella. Detuvo la hemorragia, se aplicó un antiséptico y cubrió su debilidad con un vendaje. Le puso su cubierta a la hoja y la metió entre dos billetes doblados de veinte, en un compartimento de su bolso. De paso se colocó una nueva gomilla en la muñeca. Ella lo llamaba el condón de cortes, el pedacito de goma que aliviaría su adicción al dolor. Comenzó a azotarse fuertemente en la muñeca con la gomilla, una y otra vez, hasta que la fatiga se apoderó de ella y la náusea de su estómago. La urgencia por cortarse desapareció. Se acurrucó bajo las sábanas.

¿Llamar a la policía para decirles qué? ¿La tarde antes de que mi doctora muriera se presentó en mi casa actuando de manera extraña y usó mi ordenador? ¿Y qué? Eso solo atraería la atención de los medios hacia ella, de esa luz cegadora nunca podría escapar. Ya se imaginaba los titulares: «Antigua estrella de la tele relacionada con la muerte de una psiquiatra». No sabía nada, no había nada que decir.

Estaba en su habitación cuando Nancy Baird, que le hacía las compras y los recados dos veces por semana, se pasó a dejar la comida. Hoy era uno de esos dos días.

—¿Celeste? ¿Estás bien? —dijo Nancy desde la cocina.

—Sí. Estoy resfriada, por eso me quedo en mi habitación.

Nancy abrió la puerta.

—No me asustan tus gérmenes. ¿Quieres que vaya a la farmacia y te traiga alguna medicina?

—No —dijo Celeste desde su santuario bajo las sábanas.

Nancy, una mujer de cincuenta y tantos años a la que no le gustaban las tonterías, entró en la habitación y le puso una mano en la frente a Celeste.

—No estás caliente ni sudorosa.

—No, es la garganta.

—Déjame ver.

—Oh, en serio, Nancy, déjame sola.

—Ya pasas demasiado tiempo sola —aseveró Nancy—. Levántate y sal de la cama, niña.

—¡Déjame en paz! —gritó Celeste—. Deja la comida y márchate.

—No hace falta que grites —dijo Nancy sin arrugarse—. ¿Quieres que llame a la doctora Vance?

—No —dijo, sin añadir «está muerta, ¿acaso no lees los periódicos?»—. No. Yo solo...

—Estás triste y sola —dijo Nancy—. ¿Quieres venir a casa a cenar conmigo y Tony?

Una invitación que siempre le hacía.

—No, gracias. —Celeste luchó por que no salieran nuevas lágrimas—. Nancy, la doctora Vance ha muerto. —El rostro de Nancy evidenció su sorpresa. Celeste le contó lo que había pasado.

—Oh, Dios mío. —Nancy se sentó en el borde de la cama.

—El periódico dice que probablemente ha sido una explosión de gas, pero ¿y si no lo fue?, ¿y si alguien quería matarla? —Celeste se levantó de la cama para dar vueltas por la habitación. *Se presentó sin avisar, actuó de manera extraña, me pidió que le guardara un secreto. Algo del hospital.* No podía decirle nada a Nancy sobre la petición de Allison. Nancy llamaría a la policía, vendrían, luego la prensa... no. Nunca más. Pero debería llamar a las autoridades... contarles lo que dijo Allison. ¿Y si era importante? ¿Y si Allison fue asesinada? Ese pensamiento, uno que había estado guardándose, cayó sobre ella como una avalancha.

—Cariño, escúchame. —Nancy la rodeó con el brazo—. Fue un accidente, no creo que nadie quisiera hacerle daño a la doctora Vance.

—Trabajaba con locos. Somos peligrosos. —Celeste no paraba de darle vueltas.

—No estás loca, querida...

—Sí, lo estoy, estoy loca, Nancy. —Celeste renqueó hasta las cortinas y se apoyó contra la pared—. Es el precio que pago por no haber salvado a mi marido...

Nancy la condujo de vuelta a la cama.

—¿Apuñalaste tú a Brian?

—No... no...

—Entonces no lo mataste. Borra esa idea de tu cabeza. No eres responsable de su muerte. —Nancy negó con la cabeza—. No estás chiflada. Lo estarías si pensaras que el modo en el que vives es normal, y sabes que no lo es. Bueno, no vas a hacerte

daño, ¿verdad?

—No —dijo—. No.

Nancy miró el vendaje recién puesto en el brazo de Celeste.

—Será mejor que me quede esta noche.

—No. Tienes una vida. Vívela.

—Me quedo.

—No me haré daño. Prefiero estar sola, de verdad. Por favor. Te llamaré si te necesito.

—Pasas demasiado tiempo sola. ¿Has comido hoy?

—El desayuno, antes de ver las noticias.

—Entonces voy a hacerte una sopa de verduras antes de irme. Te traeré un plato de queso y unas galletas saladas para que piques algo mientras la preparo.

—Deja de ser tan amable.

—Deja de actuar como si no te lo merecieras. —Nancy le dio un abrazo y Celeste se lo permitió, aunque no le gustaba mucho que la tocaran.

—Gracias, Nancy.

—No pretendo resultar insensible con lo de la doctora Vance —dijo Nancy—, pero puede que lo inteligente ahora sea buscar a otra terapeuta.

—No creo que pueda enfrentarme a otro psiquiatra ahora mismo.

—La doctora Vance no hubiera querido que tu terapia terminara.

—Tienes razón. —Se limpió las lágrimas de las mejillas—. Creo que voy a mirar el correo electrónico.

—Pasas demasiado tiempo en el ordenador. Cualquier día voy a desenchufar a ese monstruo y lo voy a tirar a la calle. Quizás así salgas de casa. —Nancy le apretó la mano y partió rumbo a la cocina.

Celeste se sentó en el ordenador. Allison se había sentado en esa misma silla, y parecía nerviosa, a la que saltaba. Ahora estaba muerta, y en circunstancias extrañas. Quizás una cosa no tenía nada que ver con la otra. Solo porque tuvieras un día raro y después acabaras muerto... No significaba nada.

El día en que murió Brian empezó gafado. La cafetera se estropeó, gorgoteó y se negó a hacer café. Al sacar los huevos del frigorífico se le cayó el cartón entero y claras y yemas se desparramaron por todo el suelo.

—Nena, iré a la tienda y me pasaré por el Starbucks —le dijo él entonces.

Ella no podía ir. Como en Atlanta, la reconocía todo el mundo, y uno de los dependientes siempre armaba mucho jaleo al ver a la ganadora de *Supervivientes*. Brian no estaba cuando el admirador perturbado llamó sonriente a la puerta y ella abrió creyendo que era un amigo, porque confiaba en él. Era el presidente de su club de fans. Entonces sacó la navaja y la pistola y le dijo que ella y Brian iban a morir en cuanto Brian llegara a casa con la docena de huevos y el café caliente.

Cerró los ojos, se agarró a la silla. Brian entrando, ella atada y el fan perturbado apretando la tela contra sus labios. Brian dijo:

—Nena, escogí café de Sumatra, espero que te guste.

Y su vida se hizo un gurrño y terminó, todo acabó, a la basura.

Tragó saliva como pudo. Pulsó la barra espaciadora del teclado para despertar al ordenador de su ensueño. Podría curiosear en el sistema para ver lo que hizo Allison. Antes de que Brian muriera, Celeste era una programadora experimentada; ahora su ordenador era su mejor amigo, aparte de Nancy.

Comprobó los mensajes enviados en su programa de correo electrónico. No vio nada inusual, Allison no envió nada desde la cuenta de Celeste. Lo siguiente fue mirar la historia de su navegador web.

Apareció la lista de páginas webs que había visitado el día anterior. Extraño. Celeste se pasó casi toda la mañana del miércoles en Amazon, comprando libros nuevos sobre estrés postraumático, pero eso no aparecía en el historial. Las páginas a las que accedió después de la visita de Allison, el blog de Víctor Gamby, el foro de los enfermos postraumáticos, CNN y eBay sí aparecían en la lista.

Eso significaba que cuando Allison usó el navegador borró el historial para no dejar pistas.

Celeste abrió todos los programas de Microsoft Office para examinar la lista de archivos abiertos recientemente y ver si alguno no le resultaba reconocible. No era así. Entonces Allison no había abierto ningún documento de Word o Excel, o había limpiado también el historial de estos programas.

¿Qué fue lo que dijo? Celeste arrugó la frente tratando de recordar. «Tengo los programas y los datos necesarios en un disco.»

—Celeste, el plato para picar está listo —la llamó Nancy—. Siéntate aquí conmigo mientras termino de hacer la sopa.

—De acuerdo.

¿Debería llamar a la policía? ¿Qué les iba a decir? La mujer que explotó por los aires, la loquera, vino a mi casa a navegar por Internet. Se preguntó si habría alguna manera de recuperar los historiales borrados. Se pondría a investigar en cuanto Nancy se fuera.

La cocina olía a caldo y a chile. Se sentó delante de un plato de galletas de trigo, uvas y queso Havarti. Comida. La necesitaba más que unas cuantas horas de llanto en la cama, aunque Allison bien merecía esas lágrimas.

—Gracias.

—De nada, cielo.

—Tienes razón en eso de que debo buscar a otro terapeuta —dijo Celeste—. Allison mencionó a un tal doctor Hurley en Sangre de Cristo. Le llamaré para concertar una cita.

Nancy le dijo que era una buena idea y se marchó. Celeste rebañó el plato de sopa. Sabía magníficamente. Estaba caliente, los chiles verdes le daban un sabor picante. Se tomó dos platos y se sintió mejor.

Abrió las páginas amarillas y encontró en ellas el nombre de Leland Hurley.

Marcó el número del hospital, acabó en un buzón de voz donde dejó un mensaje diciendo que la llamaran para asignarle a un facultativo que continuara la terapia.

—Allison actuó de manera extraña el día que estuvo aquí, el martes, necesito hablarles de ello —añadió. Se sintió como una traidora, pero sabía que Nancy tenía razón, no podía dejar que la terapia terminara. Quería distraerse, así que se tiró en el sofá, encendió la tele y se dispuso a entretenerse con una vieja comedia de Bob Hope.

Sonó el timbre. Pulsó el botón del mando de la tele que mostraba la cámara de seguridad de la puerta principal. No conocía al hombre que estaba en la puerta. Sostenía un papel escrito a mano para que lo captara la cámara: «Sé lo del secreto de Allison».

Se quedó mirando la pantalla unos segundos, incrédula. El hombre saludó educadamente hacia la cámara.

Celeste pulsó el botón del portero electrónico.

—¿Quién es usted?

—Hola, me llamo Miles Kendrick.

—¿Qué quiere?

—Creo que usted puede tener información relevante sobre la razón por la que murió Allison —dijo el hombre sin apartar la mirada de la cámara.

—No hablo con desconocidos —dijo—. Váyase.

—Sé que prefiere estar sola. La entiendo. Pero creo que querrá hablar conmigo.

—¿De qué conocía a Allison? —acabó preguntándole.

—Me pidió ayuda. —Sacó otra nota y la puso delante de la pantalla. La leyó. Era claramente la letra de Allison, recta y limpia.

—¿Cómo sabe que yo sé algo? —le preguntó.

—Porque Allison me lo dijo —replicó—, que estaba metida en un problema y que podría confiar en usted.

Estudió su rostro durante cinco minutos. Con las manos temblorosas, Celeste cogió su pistola, sintiendo el poco familiar peso en las manos, y abrió la puerta.

Groote no quería usar el destornillador de nuevo, pero no le quedaba otra elección.

Michael Raymond no había vuelto a su casa ni había regresado a la galería. Tampoco contestaba al teléfono. El miércoles por la noche llamó desde un teléfono del hospital al número que aparecía en la agenda del móvil de Allison bajo las iniciales M. R., pero nadie respondió.

—Usted y yo necesitamos hablar, señor Raymond, le llamaré cuando encienda el teléfono —fue el mensaje que dejó en el buzón de voz. Llamó a todos los hoteles de la ciudad, comprobó los vuelos que salían de Albuquerque. Averiguó dónde vivía Joy Garrison y pasó conduciendo junto a la casa. Un coche de la policía de Santa Fe estaba fuera y permaneció allí cuatro horas y luego otras ocho más. No podía hacer nada allí. Pasó de largo las dos veces sin que nadie reparara en él.

Claro que Michael Raymond pudo abandonar la bicicleta y dejar la ciudad en un automóvil. Sin embargo, y eso escamaba a Groote, si aquel individuo había matado a Allison y se había llevado toda la información sobre el Frost, tenía una investigación valorada en millones de dólares en el bolsillo, ¿para qué entonces se quedó el miércoles en la ciudad y además fue a trabajar a la galería como si tal cosa? Se quedó veinticuatro horas, cuando lo que debía hacer era desaparecer en cuanto consiguiera el material de la investigación del fármaco. El idiota simplemente regresó a su vida normal.

Debía de tener una maldita razón para permanecer en la ciudad.

—No tengo... Frost, pero es posible que sepa dónde conseguirlo —le había dicho.

Michael Raymond pudo toparse con algún obstáculo a la hora de echarle el guante al Frost.

Nathan Ruiz debía de saber la razón.

Groote encontró a Nathan fuertemente sedado, así que condujo a Hurley junto a la cama.

—Necesito que hable —dijo Groote.

Hurley se zafó del agarre en el brazo al que le sometía Groote.

—Necesito que no grite hasta desgañitarse. Los otros pacientes podrían oírle.

—Me importa una mierda. Dígales que está teniendo un ataque de nervios.

—Tenemos otras vías que explorar —dijo Hurley con un irritante tonillo confiado en la voz—. Recibí una llamada de una paciente de Allison, Celeste Brent. Tuvo su momento de fama, ganó un *reality show*.

—Una paciente de estrés postraumático.

—Eso creo, dado su pasado reciente. —Le proporcionó a Groote un breve resumen de la vida de Celeste Brent—. Las noticias que tengo me dan a entender que es agorafóbica. Ha hecho de su casa un fortín. Dice que Allison la visitó el martes al mediodía y actuó de manera extraña.

Groote pensó durante un momento.

—Supongamos que el martes, al irse, se llevó la investigación. Allison se la dio a otra persona o la escondió, no podía dejarla en la consulta o en su casa, pues ese sería el primer lugar donde usted buscaría. Digamos que la escondió, y Michael Raymond sabe que así fue, pero no la ha encontrado —especuló Groote—. Esa es la mejor explicación para que ayer no abandonara la ciudad.

Hurley asintió.

—Entonces, ¿dónde pudo meterla?

—Póngase en su pellejo. Se hizo con la investigación, pero no la llevó directamente a Sanidad ni se la facilitó a la prensa, tenía que conservarla al menos unas cuantas horas. Es mejor si puedes esconderla en un lugar donde tú tienes acceso a ella, pero otros no, al menos no fácilmente. Quizás el problema del señor Raymond es la accesibilidad.

Hurley vio por dónde iba la historia.

—No creo que la dejara en la casa de una paciente.

—Esconder algo en casa de una reclusa donde solo tú y un par de personas entráis regularmente es una idea interesante. Dice que vive en esa casa que ha convertido en un fortín. Tenemos que hablar con ella.

—Todo esto es pura especulación.

—Me dedicaba exclusivamente a trabajar sobre especulaciones —reconoció Groote, sin revelar que era parte de su labor en el FBI, averiguar las conexiones entre los protagonistas para construir el caso desde abajo.

—No puede ir allí a amenazarla. Ella misma me llamó, puedo averiguar fácilmente lo que sabe —propuso Hurley.

—Venga. Hágalo.

Hurley se marchó.

Groote miró su reloj. En California eran casi las cuatro, Amanda estaría ya en su habitación. Marcó el número. La enfermera se la pasó.

—Hola, papi.

—Ey, solete, ¿cómo va tu día?

—Hoy no soy solete.

—¿Qué te pasa, Amanda Banana? —Se daba cuenta de que hablaba con ella como si fuera una niña pequeña, pero no podía evitarlo. Lo que su mente veía era a la niña sana a la que conoció hace años, no a esta triste adolescente que necesitaba más de lo que él podía darle.

—Te echo de menos.

Se le encogió el corazón.

—Yo también te echo de menos, ángel, pero este es un viaje importante para papi. —¿Se atrevería a darle esperanzas? La esperanza era la mejor de las medicinas, si no estaba muerta en su corazón—. Papi está trabajando con una gente buena que tiene una nueva manera de ayudarte.

—¿Qué manera? —preguntó con aires de sospecha.

—Es una pastilla, cielo. Una pastilla mágica.

—Una pastilla mágica —repitió con soniquete—. Oh, papá, por favor.

—Mata todos los malos recuerdos de tu cerebro. Pero un hombre muy, muy malo ha robado las pastillas mágicas y papá va a atraparlo.

—Te lo estás inventando —inquirió ella.

—No. Ahora tengo que matar a los dragones y recuperar la pastilla mágica. Creo que la escondió bajo cien colchones donde duerme una princesa.

Se echó a reír, mostrándose indulgente con su padre, música celestial para sus oídos.

—Eres un *friki*, papá.

—Te quiero, Amanda Banana.

—Te quiero, papá —dijo ella tras una pausa, como si le costara encontrar las palabras, reconocer sus emociones—. Mata al dragón por mí.

—Eso haré, nena, eso haré. —Colgó, se agarró con dos dedos el puente de la nariz y respiró profundamente. No podía fallarle, no podía dejar que se pudriera en ese hospital. No cuando existía una posibilidad de arreglarla.

Groote regresó a la habitación, aislada sonoramente, donde Nathan Ruiz estaba esposado a una cama. Llevaba puesto una sanguinolenta bata de hospital y unos calzoncillos. Cuatro feos agujeros adornaban su pierna en los lugares donde Groote realizó los cortes y retorció el destornillador. Cerró la puerta a su espalda. Nathan abrió los ojos y se encogió.

Groote se acercó al rostro de Nathan.

—Ahora me vas a contar la verdad, todo lo que sabes sobre Michael Raymond. Has intentado protegerlo, pasaste cada una de esas horas sin decirme su nombre, lo que me sugiere que tienes más de información que lo que has dejado entrever.

Nathan le escupió, pero la saliva acabó aterrizando sobre su propia nariz y boca.

Groote le limpió la cara a Nathan con delicadeza.

—Un bonito gesto desafiante. Tócame los huevos y pasaremos a las herramientas eléctricas.

—No... no te tengo miedo —dijo Nathan.

—Conozco el miedo. Estás ahogándote en él, hijo. Pronto te estarás ahogando en el dolor. —Bajó la cara para poner la boca cerca del oído de Nathan—. ¿Dónde escondió Allison el Frost?

—Te lo he dicho, no sé nada de eso.

Groote no quería pasarse más horas torturándolo. Se preguntó si el relativamente alto coraje del chico era una prueba de que el Frost funcionaba. Cambió de táctica.

—Si me ayudas, no te haré daño. Celeste Brent. Háblame de ella.

—¿Quién?

—Fue una de las últimas personas que vio viva a Allison.

Nathan cerró los ojos.

—No la conozco.

Los nudillos de Hurley golpearon la puerta y entró. Groote notó que no miró a Nathan.

—¿Qué se supone que debo... debemos hacer en caso de que Allison le dejara los datos sobre Frost a la señorita Brent?

—Llamarme. Yo me encargaré de ella. Algunas personas se suicidan cuando pierden a su terapeuta —apuntó Groote—. Es una desgracia, pero sucede.

Miles oyó los seis leves chasquidos de las cerraduras que se desbloqueaban. La puerta se abrió.

—Suelta la nota —susurró una voz—. Dé diez pasos hacia atrás. Cuéntelos en voz alta.

Hizo lo que le dijo.

La puerta se abrió unos centímetros más. Una mano se asomó a coger la nota y la volvió a cerrar con fuerza.

Tres minutos. Contempló la luna que se asomaba tras una densa nube, bañando de plata las flores silvestres que alegraban el jardín. Las cerraduras chasquearon de nuevo, las seis, y la puerta se abrió. La mujer tenía una pistola en la mano, una recia Glock. En el lugar donde estaba, de pie en la puerta, ataviada con una camiseta de Batman, unos vaqueros viejos y el pelo hacia atrás recogido en una cola, solo podía vérselo claramente la cara.

—Puedes pasar —dijo.

—Las armas me ponen nervioso. —Había dejado la suya en el coche.

—A mí todo me pone nerviosa, así que no es para quejarse —dijo Celeste—. Explícame por qué Allison te escribió una nota. ¿Por qué no te pidió ayuda simplemente?

Miles no vio razón para mentirle, puede que le cerrara la puerta en las narices, pero quizás confiara en él.

—No quería que la otra persona en la habitación supiera que me pedía ayuda.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Sorenson. Dijo que era médico, pero no lo es. Me pasó esa nota en un frasco de pastillas.

—¿Pastillas? ¿Pastillas blancas? —dijo alzando la voz.

—Vacías, sin medicina dentro.

Pasaron diez segundos.

—Hablaremos, pero siguiendo mis reglas. Las manos en la cabeza. Ven dentro.

Obedeció. Ella se echó atrás, manteniendo unos diez pasos largos de distancia entre ambos. Ni su voz ni la mano que sostenía la Glock eran particularmente estables.

—Cierra la puerta —dijo—. No eches el cerrojo, las manos en la cabeza. Ciérrala nada más. —Miles lo hizo con el codo. Esperó.

—De acuerdo —dijo Miles—. ¿Podemos hablar?

—Siéntate. —Hizo un gesto con la pistola hacia un pesado sillón en la esquina. Se sentó. Ella permaneció de pie al otro lado de la habitación, con la pistola en la mano.

—Entiendo tu cautela, pero esto no es necesario.

—¿Por qué acudió Allison a ti?

—Antes era investigador privado. Ella creyó que podría ayudarla.

—¿Antes?

—Estoy retirado.

—Ella te dio pastillas. ¿Eras su paciente?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Tengo problemas.

—No divagues. Yo no salgo de casa. ¿Qué te pasa a ti?

Tragó saliva.

—Un amigo trató de asesinar a alguien. Lo maté. Ahora me sigue a todas partes.

—Prefiero mi vida a la tuya —admitió ella.

—Allison me pidió ayuda, a ti te pidió que le guardaras un secreto, acabó muerta.

Deberíamos comparar los apuntes.

—Es demasiado tarde para ayudarla.

—No puedo mirar a otro lado, no puedo. ¿Me permites bajar las manos?

—No.

—Te diré por qué estaba Allison en peligro si me cuentas el secreto que te pidió que le guardaras.

—¿Por qué iba a importarme? Está muerta.

—Veo que te importa. Has estado llorando, señorita Brent, Celeste, puede que tú también estés en peligro, como ella.

Una mueca triste se asomó a su bonito rostro.

—Ya he sobrevivido a un intento de homicidio. Solo suele haber una experiencia así en toda la vida.

—Yo también he pasado por eso. Pero tanto tú como yo estamos tentando a la suerte. —Le contó los sucesos de los últimos dos días, el encuentro con Sorenson, la petición de ayuda de Allison, haber averiguado que Sorenson no era médico, el enfrentamiento y la persecución en el apartamento de Allison, que el pistolero fuera a buscarle a la galería. No le dijo que estaba en protección de testigos y que se estaba escondiendo de las autoridades. No quería asustarla.

Ella escuchó sin interrumpir.

—Ese hombre que me persigue cree que tengo la investigación que robó Allison. Me pregunto si se la diste tú o hablaste sobre ella.

—Un momento, un momento. Afirmas que Allison era una ladrona.

—Sé cómo suena. Pero está muerta. Nathan Ruiz se hallaba en ese hospital y, si dice la verdad, ella le estaba ayudando a escapar. Él era parte de esta investigación con Frost... en su pulsera del hospital ponía claramente la palabra «Frost». Allison intentaba apartarle del asunto.

—Nathan Ruiz podría estar mintiendo.

—Esa gente nos persiguió y nos disparó.

Pasado un momento, la mujer bajó el arma y Miles se las vio más fáciles para

respirar.

—Entiendo, pero ¿por qué iba a traer aquí la investigación?

—Porque si sospechaban de ella, solo podía ir a lugares donde sería normal que fuera. Robó algo de gran valor. No podía guardarlo en casa o en su consulta. Este hombre o el propio Sorenson podrían andar tras sus pasos. Necesitaba otro lugar para esconderse, uno que pudiera encontrar fácilmente, pero que no despertara sospechas.

—¿Y piensas que escondió ese secreto en mi casa?

—¿Cuánto hace que no sales de aquí?

—Eso no es asunto tuyo —espetó.

—Tienes razón. Pero imaginemos que tuviera que esconderse a toda prisa. Si tuviera que presentarse aquí estaría segura de que te iba a encontrar en casa. Porque siempre estás en casa.

Celeste comenzó a discutir, pero entendió lo que quería decir. Cruzó los brazos bajo el logo de Batman.

—Esto es una locura.

—Sea lo que sea el Frost, debe de ser terriblemente importante para esta gente, ya han muerto dos personas.

—Pero ¿qué puede ser?

—Ese hombre del que tanto miedo tenía, Sorenson, mencionó una nueva terapia. Dijo que podría neutralizar los efectos del recuerdo traumático. Quizás el Frost tenga algo que ver con eso.

—Pero dices que Sorenson no es médico. ¿Qué relación tiene con Sangriaville?

—No lo sé. Nathan dijo que lo habían arreglado. Si olvidas tu trauma o deja de arruinar tu vida... ¿dirías que estás arreglada del todo?

—No se puede simplemente hacer desaparecer un trauma. —Había rabia en su voz.

—Si esa nueva terapia lo ayudó, pongámonos en ese caso, y Allison quería sacarlo del hospital... eso me sugiere que ella necesitaba mostrar al mundo sus progresos.

—Para apoyar la investigación que robó. Era la prueba viviente. —Notó en la expresión de la cara de ella que estaba considerando su teoría desde ángulos diferentes.

—¿Crees que todo esto es por las pruebas de un fármaco?

—Si es así, son pruebas secretas. O ilícitas.

Advirtió la presencia en su delgada muñeca de una gomilla, que soltó contra su piel lentamente, reliándola inconscientemente en los pulgares. Parecía estar tomando una decisión, evaluando al hombre que tenía delante.

—Tienes dos hechos a tu favor que desconoces. O yo estoy tan loca como tú. —Exhaló un tenso suspiro—. El día que murió vino a mi casa para usar el ordenador, el suyo no funcionaba. Cuando se marchó, noté la falta de un frasco de pastillas blancas que me dio un par de semanas antes para que me las tomara antes de las sesiones. No

estaban en mi bolso. Se me ocurrió la absurda idea de que ella se las hubiera llevado, pero no podía creer que fuera así.

Recordó el mensaje que dejó en el teléfono de Allison.

—¿Tomabas esas pastillas antes de la terapia?

—Sí. Me dijo que harían que me resultara más fácil hablar de mi trauma.

—Yo no era un paciente cooperativo —admitió—. ¿Podías tú hablar abiertamente de tu trauma con ella?

Celeste se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Sí. Últimamente bastante más.

—¿Te sentías más... fuerte, o menos afectada por los recuerdos desde que tomabas las pastillas?

—No lo sé. Me inflijo cortes a mí misma. Es cierto que cada vez con menor frecuencia... sin embargo, eso no prueba que me estuviera dando esa medicina experimental.

—¿Qué hizo en tu ordenador?

—No hay nada nuevo en mi sistema... pero sé que borró los historiales de Internet.

—Déjame ver.

—Primero tengo una pregunta. Si encuentras lo que robó o averiguas la razón de su muerte, ¿qué pasa entonces?

—Sacamos a esa gente a la superficie. Exponemos lo que han hecho, que mataron a Allison. Apartaríamos a Nathan de ellos, si es que todavía lo tienen. Si saben que Allison vino aquí el día que murió, podrían venir a por ti.

—Oh, mierda, hoy llamé al hospital. Les dije que necesitaba a un nuevo terapeuta, que Allison me visitó el día que murió actuando de un modo extraño.

—¿Te han contestado?

—No.

—Puede que no tengamos mucho tiempo. —Miles hizo ademán de levantarse justo en el momento que sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —susurró. La puerta estaba sin bloquear, ella había insistido en que así fuera al permitirle que entrara.

Negó con la cabeza.

—A nadie excepto a mi amiga Nancy, y se fue hace rato. —Apretó el botón del mando de la tele para ver lo que grababa la cámara del porche frontal.

Un hombre con una bata blanca de laboratorio sobre un traje arrugado miraba a la cámara.

—¿Lo conoces? —preguntó Miles.

—Nunca lo he visto.

—Habla con él por el intercomunicador. Veamos quién es.

—Nadie me da órdenes en mi casa, Miles.

—Lo siento. Por favor.

Apretó un botón.

—¿Sí?

—¿Señorita Brent?

—¿Quién es usted?

—Soy Leland Hurley, un socio de la doctora Vance en Sangre de Cristo. Me ha llamado esta mañana, quería asegurarme de que estaba bien. ¿Puedo pasar?

Miles se puso en pie y se acercó a Celeste.

—Podría decirnos lo que necesitamos saber.

—No va a revelárnoslo todo así de fácil. O, déjame adivinar, ¿se lo vas a sacar a golpes?

—Nada de eso. No puede verme o saber que estoy aquí. Si me están buscando, no puedo arriesgarme a que sepan qué aspecto tengo. Voy a esconderme para escuchar lo que hablas con él. No dejaré que te haga daño.

—No, no puedo. —Un repentino terror imprimió tensión en su voz.

—Puedes —dijo—. Por favor, Celeste. Por favor, ayúdame. Por Allison.

Celeste se puso las manos en la cara. El doctor miraba a la cámara, esperando una respuesta.

—Hay un hombre aquí que quiere ver a la persona al cargo. —El guardia estaba en el pasillo de la cuarta planta, tragando saliva, mirando a un punto a la izquierda del hombro de Groote.

Me tienen miedo, pensó Groote. Era un descubrimiento satisfactorio, similar a saber que le resultabas atractivo a una mujer.

—No veo a nadie. —Cerró la puerta al salir, pero no estaba seguro de si el guardia había visto a Nathan.

—Dijo que necesita urgentemente ver a la persona al cargo.

—¿Cómo se llama el tipo?

—Sorenson.

Interesante e inesperado. Groote puso cara de póquer para que el guardia no notara su sorpresa.

—¿Es pequeño o es potencialmente problemático?

—Problemático. Un tipo grande. Tiene pinta de saber arreglárselas.

—Hablaré con él abajo, en la sala de conferencias. Quédate cerca, fuera, en caso de que necesite refuerzos.

El guardia estuvo de acuerdo. Groote regresó a la habitación de Nathan. El chico estaba allí tendido, inmóvil, mirando fijamente al techo.

—Tu amigo Sorenson está aquí —dijo Groote. Nathan no reaccionó—. Entonces se supone que debo creerme que tú y Michael Raymond me contabais la verdad respecto a este tercer hombre.

—Te lo dije... no sé por qué ese tío fue a casa de Allison.

—Está abajo, podemos preguntarle. Si le diste un golpe en la cabeza, puedo invitarle a que te lo devuelva. Descríbeme de nuevo a Sorenson.

Nathan repitió la descripción y Groote descendió por las escaleras hasta la planta baja. Tuvo tiempo para pensar. Estaba convencido de que Sorenson era una artimaña urdida por Michael Raymond y Nathan para endosarle las sospechas a una tercera persona inexistente. Pero quizás estos dos habían dicho la verdad y este Sorenson era el verdadero compinche de Allison. Quizás.

Groote llegó al pasillo y se encontró a Sorenson esperando. El hombre correspondía a la descripción que le había dado Nathan: alto, rubio, con traje de sastre y un rostro recio que prefería las sombras a las luces.

—Soy Groote, director de seguridad del hospital. —Le tendió una mano.

Sorenson la estrechó, pero Groote vio que no le puso mucho empeño, como si temiera que le tirara del brazo y le hiciera perder el equilibrio.

—Tengo que hablar con usted en privado, sobre Allison Vance.

—¿En qué está interesado?

—Como le digo, lo discutiremos mejor en privado.

Groote lo condujo hasta una tranquila sala de conferencias de la primera planta.

Cerró la puerta cuando entraron. Decidió no mencionar que ya había oído su nombre antes. Dejaría hablar a Sorenson, que hilara su tela de araña, quería saber qué historia tenía que contar.

—Adquiero proyectos para la empresa Aldis-Tate.

Groote conocía ese nombre, era una gran empresa farmacéutica internacional.

—¿Y?

—Y estábamos interesados en comprar una investigación del señor Quantrill que se estaba llevando a cabo en este hospital.

—Solo soy el encargado de la seguridad...

—No creo —dijo Sorenson—. Estaba en casa de Allison Vance el otro día disparándole a la gente. Le vi por la puerta del baño. Falló. Le tenía por un mejor pistolero.

Groote podía lidiar con este tipo. Alzó una ceja.

—Maldita sea. Me dijeron la verdad.

—¿Quiénes?

—Ruiz y Raymond. Me dijeron que usted estaba en la casa y no les creí.

Sorenson se encogió de hombros.

—Fui a hablar con Allison Vance. Me desperté en una bañera atado de pies y manos con una sábana y una migraña que aún me dura.

—¿Por qué está aquí, señor Sorenson?

—Allison Vance contactó con uno de los directores de la investigación, un amigo suyo de la universidad, para hablar sobre un prototipo de fármaco llamado Frost que se estaba probando aquí.

—No creo que pueda comentar...

—Se ofreció a vendernos ese fármaco, Frost. Ahora creo que hizo esa oferta bajo cuerda.

¿Venderlo? Quantrill tenía miedo de que lo publicitara y destruyera sus opciones de salir al mercado. La zorra era una mercenaria. Casi recobró su fe en los seres humanos como criaturas esclavas del propio beneficio económico.

—¿Aceptó usted la oferta?

—No.

—¿Entonces por qué está aquí ahora?

—Porque hemos recibido otra oferta para comprar Frost —respondió Sorenson.

—Es mercancía robada —dijo Groote.

—Eso sospecho. Mercancía por la que Allison Vance fue asesinada.

Michael Raymond la había matado por el Frost, esto confirmaba esa teoría.

—¿Y por qué no se la compra a él? ¿Por qué acude a mí?

—Porque no vamos a comprar una investigación robada. El señor Quantrill, a pesar de su amor por los asuntos turbios, es un buen negociador y creo, teniendo en cuenta que Aldis-Tate acude a usted con esta información, que podemos alcanzar un acuerdo sobre el precio del Frost. Antes de la subasta.

—¿Subasta?

—Sí —dijo Sorenson—. Quienquiera que le arrebatara los archivos sobre el Frost va a montar una subasta en cuatro días. Se lo dije ayer a Quantrill, ¿no lo sabía? —El calor le subió por el pecho hasta la cara. Sorenson lo notó—. Es extraño. Me imaginaba que su jefe se lo había dicho. Se me ha comunicado que la puja inicial asciende solo a la mitad de lo que Quantrill hubiera pedido. Le va a sentar mal que el ladrón venda el Frost con una rebaja.

—Pero la droga seguirá produciéndose, ¿verdad?

—Si Aldis-Tate se hace con la investigación, se le dará al Frost una prioridad muy alta. No sé qué harán las otras compañías. Hay que echar mucho humo sobre todo esto para que no se conozca su origen. Si trabajamos directamente con el equipo de Quantrill, no con un asesino o un ladrón al que no podríamos consultarle ningún asunto referente a la investigación o a las pruebas, el Frost se podría producir más deprisa. —Sorenson se encogió de hombros.

—Quiere que le consiga un trato para hacerse con el Frost. —Un año o dos de vida más para Amanda.

—Estamos dispuestos a pagarle al señor Quantrill muy bien por el Frost. Si cancela la subasta, la del ladrón, seremos el comprador exclusivo.

—Es usted un verdadero filántropo.

—Los pacientes lo conseguirán antes. Y prefiero no tratar con un asesino como Michael Raymond.

—¿Cómo sabe tanto sobre él?

—Allison me lo presentó como un paciente que la estaba ayudando a conseguir la investigación. Me dio la impresión de que era un hombre peligroso.

Un paciente. No era eso lo que Groote esperaba oír sobre Michael Raymond.

—Su trato no vale de nada si ese Raymond está montando una subasta.

—El señor Quantrill hizo correr la voz entre los demás compradores de que el fármaco tiene fallos. Las compañías perdieron interés. El trato es entre nosotros y el señor Quantrill. Michael Raymond tiene que ser hombre muerto con el fin de que no les revele a los medios o a Sanidad los trapos sucios sobre el Frost. Confío en que consiga deshacerse de él. Puedo ayudarle. Puedo arreglar un encuentro al que usted podría presentarse en mi lugar. Eso resolvería el asunto Michael Raymond.

La cabeza de Raymond en bandeja. Dios, eso sonaba bien.

—Cerremos usted y yo un trato, señor Sorenson. Usted quiere el medicamento. Yo quiero una compañía farmacéutica respetable que lo ponga en el mercado. No voy a arriesgar mi vida para aumentar los beneficios de Quantrill y Hurley.

Sorenson puso una expresión divertida en la cara.

—Soy todo oídos.

—Solo doy una idea. Lo negaré todo si le dice algo a Quantrill. Si me ayuda a que nos aseguremos de que Michael Raymond no haga públicas las pruebas realizadas aquí, Aldis-Tate se lleva el Frost. Yo mismo le daré la investigación si Quantrill no

quiere jugar.

Sorenson sonrió.

—Es usted un mal tipo por querer joder a su jefe, pero me gusta, señor Groote.

—Cuando Aldis-Tate comience las pruebas legítimas... —Groote perdió la voz durante un instante, tosió para recuperarla—. Hay una persona que tendrá prioridad para ponerse en tratamiento, siempre que me garantice que recibirá el Frost, no un maldito placebo.

Sorenson asintió.

—Consideraré su propuesta y la mantendré en secreto. Una petición, ¿puedo ver a Nathan Ruiz?

—¿Para qué?

—Allison iba a proponerlo como sujeto apto para ser entrevistado por nuestros investigadores.

—Olvide que lo atacó. Estaba asustado.

—No le deseo ningún mal. Me gustaría examinar a un paciente beneficiado por el Frost, solo eso.

—De acuerdo. Está arriba. Huyó de nosotros y le dimos un revolcón, no es la viva imagen de la salud ahora mismo.

—Deje que yo juzgue eso —dijo Sorenson.

Llamaron a la puerta con los nudillos. Groote la abrió. El guardia de la entrada estaba allí, con el ceño fruncido, preocupado.

—Tiene otro visitante. Su nombre es DeShawn Pitts y dice que es un agente federal y no se irá hasta que no hable con alguien al cargo.

Los federales. Miró a Sorenson.

—Espere aquí un minuto.

Sorenson se quedó en pie.

—No necesito el acoso de los federales. Me marchó.

—No. Vendrían en grupo si quisieran arrestar a alguien. Es un solo tipo. Averiguaré lo que quiere y volveré en unos minutos.

Sorenson asintió muy ligeramente y Groote cerró la puerta. Sabía que estaba haciendo equilibrios sobre una cuerda al hacer un trato sin contar con Quantrill. Para rematar la faena, ahora un federal se presentaba pasado el horario de visitas. Groote irrumpió en el vestíbulo con la mano extendida preparada para darle un enérgico apretón.

—Hola, soy Dennis Groote, exagente del FBI y director de seguridad de esta institución, ¿qué puedo hacer por usted?

Celeste abrió la puerta. *Piensa que estás en la isla jugando a ese juego. Consigue que se abra a ti. Puedes hacerlo. Encuentra su debilidad y úsala contra él*, se dijo.

—Hola, señorita Brent —dijo—. Siento haberme presentado sin avisar, pero escuché mis mensajes estando cerca de este barrio y pensé en pasarme.

—Se lo agradezco —asintió ella—. Entre.

El hombre se adentró en el fortín de Celeste, que le hizo un gesto para que se sentara en el sofá. Así el loquero ocuparía el lugar del paciente al menos por una vez. Ella se sentó en una silla forrada de cuero, quería ostentar la posición de poder de la sala. Desplegó una sonrisa vacua. Celeste Brent se hizo la tonta y la desvalida al tiempo que manipulaba a sus compañeros de juego en esa especie de tablero de ajedrez en el que se convirtió la isla. Permitted que los machos alfa sacaran pecho y fueran poco a poco eliminándose del concurso, que mujeres núbiles enfundadas en pequeños bikinis se sacaran las uñas las unas a las otras, aderezó la competición con rumores y sospechas que nada tenían que ver con ella, alzándose entre las guerras ajenas para ganar votos y salir de allí con cinco millones de dólares. Su objetivo era que le brillaran los ojos, mostrar sus agallas, su determinación. Ahora no estaba segura de poder jugar a ese juego, de engañar a este hombre tan capaz. Se forzó a no mirar en dirección al dormitorio, desde donde Miles vigilaba.

—¿Cómo está? —le preguntó él.

—Afectada por su muerte, pero intentando sobrellevarlo.

La expresión neutra del hombre no cambió.

—Estoy seguro de que lo último que hubiese querido Allison es que su tratamiento se viera afectado negativamente por esta tragedia.

—¿Sabe ya la policía lo que ha pasado?

Negó con la cabeza.

—Lleva tiempo. Sospecho que fue una fuga de gas. —Hurley se inclinó hacia delante con un estudiado aire de preocupación que tenía la clara intención de tranquilizarla—. Usted fue una de las últimas personas en ver a la doctora Vance. Vimos su calendario de citas en el ordenador del hospital. ¿Concertó usted la cita o lo hizo ella?

Celeste optó por decir la verdad.

—Fue idea suya pasarse por aquí.

—¿Era eso lo que esperaba de su terapeuta, visitas imprevistas?

—No. Simplemente quería ver cómo estaba. —Decidió ahora poner a prueba la teoría de Miles—. Habíamos estado experimentando con unas cuantas ideas nuevas en mi terapia y parece que ahora llevo mejor el estrés causado por mis recuerdos.

Su rostro cobró una expresión de sorpresa total, entonces parpadeó y volvió a recuperar la compostura.

—Eso es bueno, señorita Brent. ¿Qué terapia estaba probando?

—Odio las pastillas —dijo Celeste—, pero me dio unos antidepresivos nuevos para que los tomara antes de nuestras sesiones de terapia y me ayudaron bastante.

—Maravilloso. ¿Y no se le ocurrió monitorizar el progreso de esa nueva medicina? —Algo de miedo impregnaba su voz.

—Supongo. Me quitó las pastillas.

—¿Le explicó la razón?

—Me comentó que ya no las necesitaba —dijo Celeste—. Entonces hablamos, fue como una sesión abreviada.

—¿Tenían esas pastillas un nombre?

—Las llamaba con una palabra compuesta, pero no recuerdo exactamente.

El doctor respiró profundamente con la intención de recomponer sus pensamientos, o eso pensó Celeste.

—Esto sonará extraño, pero ¿parecía nerviosa o asustada?

—Bueno... no era ella misma.

—Me pregunto si le pidió algún favor.

—¿De qué tipo?

—Le parecerá extraño. Que le guardara algún tipo de información, quizás en un disco de ordenador.

Celeste se forzó a mostrar sorpresa.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Aquel día Allison se llevó unos archivos importantes del hospital.

—¿Qué tipo de archivos?

—Preferiría no decirlo.

Celeste dejó que pasara un momento.

—No creo que Allison pudiera hacer nada poco ético.

—Puede que Allison se mezclara con gente muy poco fiable, ellos pudieron forzarla a llevarse esos archivos.

Le lanzó un órdago.

—Entonces llame a la policía.

Falló.

—Preferiríamos no...

—Por supuesto. Los hospitales odian los escándalos. Odian los trapos sucios.

El modo en el que el hombre frunció el ceño sugería que lamentaba haberla subestimado.

—Sangre de Cristo no tiene nada que esconder, y ya hemos informado del robo.
—Se echaba atrás.

—Si ella lo robó, ¿qué motivos tendría para dejarlo aquí? No creo que haya pensado esto muy bien, doctor Hurley.

Se echó hacia atrás con el orgullo claramente herido. No era un buen jugador de póquer.

—¿Puedo llamarte Celeste? Es como si te conociera, después de verte tanto por la

tele. —Cubrió su tono de azúcar—. Tengo que saber si dejó algo aquí. No estás traicionando su confianza si me ayudas.

—No. Solo trajo su maletín. —Celeste mantuvo la voz calmada—. Se sentó en esa misma silla donde está usted, hablamos, y se marchó. —Celeste decidió lanzar la baza que le quedaba para desacreditar o no la teoría de Miles—. Espere. Estaba terminando de almorzar cuando llegó y me pidió que le prestara el ordenador. Estaba esperando recibir un correo electrónico importante y quería comprobar su cuenta.

—¿Estuviste a su lado?

—No me pongo detrás del hombro de la gente cuando leen sus correos. Se quedó sola mientras yo terminaba de comer, cinco o diez minutos.

Su rostro palideció, los labios se le tensaron, parecía estar preparándose para afrontar una tarea poco deseable.

—Aprecio tu honestidad, Celeste. Sin embargo, me temo que tengo malas noticias. Esas pastillas que les quitó, ¿eran blancas?

—Sí.

—Me temo que tendrá que acompañarme al hospital.

—No, soy agorafóbica, no salgo de mi casa.

—Se te dio medicación que ha podido interactuar mal con los otros tratamientos —dijo—. Tenemos que hacerte unas pruebas.

—No.

—Si lo prefieres puedo sedarte. Debo insistir. Es por tu propio bien.

—No.

Algo cambió en sus ojos, había algo en ellos que empezó a darle miedo. Era la mirada típica de un niño que no estaba acostumbrado a que le negaran nada. Se puso en pie, le tendió las manos.

—Celeste. Esta es una emergencia médica, puedo obligarte a venir conmigo...

—He dicho que no.

—No puedes tratarte aquí sola en casa. No estás mejor, estás peor. —Dio un paso al frente—. Imagina que empiezas a cortarte de nuevo, que te encuentro sangrando...

El chasquido del seguro de una pistola. Hurley se quedó congelado. Miles estaba detrás de él, con el arma de Celeste apuntándole a la cabeza.

—Imaginemos que te sientas y comienzas a hablar.

Hurley se estremeció.

Miles lo empujó de vuelta al sofá.

—Se supone que en vuestro juramento se dice que no haréis daño. Estoy seguro de que en el mío no.

—Está cometiendo un error —dijo Hurley.

—No pienso lo mismo —le contradijo Miles—. ¿Estás bien?

Celeste asintió.

—Si está interesado en las pastillas blancas —dijo Miles—, puedo ayudarlo.

—Espero que podamos hacer un trato —dijo Hurley.

—El trato es que usted responde a mis preguntas y yo no le vuelo la cabeza —dijo Miles. Celeste se levanto de la silla y se retiró a la cocina—. Ese es el trato, doctor Dolittle.

—Ya tiene el Frost en su poder, si es que usted es el compañero de Allison Vance —dijo Hurley—. No estoy seguro de qué quiere negociar exactamente.

—Quiero la verdad sobre el Frost. —Acercó su cabeza a la de Hurley.

—Medicina para tranquilizar a aquellos que sufren del síndrome de estrés postraumático. Hace el trauma soportable, de tal modo que la terapia puede ser más efectiva.

Miles miró a Celeste.

—¿Esas pastillas blancas dan sueño?

Ella negó con la cabeza.

—No dan sueño, calman.

—Allison te hacía tomar una antes de cada terapia, ¿verdad? —preguntó Hurley.

Celeste asintió.

—Así es. Atonta el recuerdo traumático para que la persona pueda hablar fácilmente de él. Bótox para los malos pensamientos —dijo Hurley.

—Pero Celeste y Nathan Ruiz no sabían que estaban en esas pruebas.

Hurley no contestó, Miles le incitó a hacerlo agitando la pistola.

—Nadie lo sabe. No sabía que se las estaba dando a Celeste.

—¿Dónde está Nathan Ruiz?

—Escapó... no tenemos noticias tuyas. Supongo que está escondido. O muerto. —Alzó una ceja—. Es peligroso, usted lo sabe, para sí mismo, para usted si le da una oportunidad.

—¿La medicina no lo está ayudando?

Hurley se encogió de hombros.

—¿Quién es el tipo que quiere cazarme?

—Se lo diré si me da el Frost —dijo Hurley—. Escuche, si quiere acabar con ese tipo le daré una recompensa adicional. Está loco. Sin ánimo de ofender.

—No ofende —dijo Miles—. ¿Trata de decirme que no está de su parte?

Hurley asintió.

—Puedo ayudarlo a deshacerse de él, lo haré posible. Pero tiene que entregarme el material sobre el Frost. —Hurley hizo un intento de sonrisa que resultó en una horrible mueca, reflejo de su miedo—. No va a permitir que se marche. Lo matará.

—No tengo nada sobre el Frost.

La esperanza iluminó los ojos de Hurley.

—¿Se quemaron entonces los archivos de Allison?

—No lo sé. ¿Qué hay en esos archivos?

—Todas las notas de la investigación, las fórmulas químicas, vídeos de los pacientes durante las pruebas, todo lo que prueba que el Frost es un fármaco efectivo. —Hurley negó con la cabeza—. Si de verdad no tiene el Frost, se ha marcado un mal

farol. Él está seguro de lo contrario.

—¿Quién es ese tipo?

—Ahora no tengo ninguna razón para decírselo.

Miles arrugó la frente.

—Celeste, vete a tu habitación, por favor. Cierra la puerta. Usaré el silenciador.

No va a ser para tanto. —Le lanzó una breve sonrisa.

Los ojos de ella se abrieron como platos, negó con la cabeza.

—No lo mates. Por favor, no lo hagas.

—Tengo que hacerlo. No quiere decirme lo que necesito saber.

Meneó la cabeza, sin entender el farol. Entonces Miles le sonrió otro par de veces y Celeste se tranquilizó.

—Si tienes que hacerlo... —Se apresuró a entrar en la cocina.

—No estamos sentados en una mesa de negociaciones, doctor —dijo Miles—. Tengo un arma apuntando a su cabeza. Conteste a mis preguntas. ¿Quién quiere cazarme?

—Me llamo DeShawn Pitts —dijo el hombre alto al tiempo que estrechaba la mano de Groote—. Trabajo para el gobierno y necesito hablarle sobre una persona.

Groote reparó en que Pitts llevaba protectores metálicos en dos dedos rotos de su mano izquierda. Las heridas en su cara evidenciaban que había estado en el lado perdedor de una pelea.

—Me alegrará ayudarlo.

—¿Dónde estuvo destinado con la agencia? —le preguntó Pitts.

—Trabajé quince años en las oficinas de Los Ángeles.

—Ahora trabaja por su cuenta.

—Es un trabajo temporal. Soy un consultor de seguridad. La compañía raíz del hospital me contrató. —Se dio cuenta de que estaba hablando demasiado, como hacía siempre que estaba rodeado de otros federales. Los viejos hábitos. Sus colegas siempre lo ponían nervioso, despertaban su cautela, como si pudieran ver la sombra de sí mismo en la que se había convertido desde que Cathy murió y Amanda se puso enferma. Condujo a Pitts al despacho de Hurley en la primera planta, a dos puertas de la sala de conferencias donde esperaba Sorenson.

—Me ha dicho que quería hablar sobre una persona concreta.

Pitts se sentó.

—Sí, y va a perdonarme si me salto algunos detalles. Es una persona que estamos intentando localizar, su nombre es Michael Raymond. Recibió una llamada de este hospital hace dos días, necesito saber quién intentó contactar con él.

Mierda, eso es cuando intenté llamar a M. R. y no recibí respuesta, pensó Groote manteniendo el rostro impassible.

—Michael Raymond. No me suena ese nombre. —*¿Quién es ese Michael Raymond y por qué me lo está jodiendo todo?* Groote se aclaró la garganta y escribió algo en el teclado del ordenador de Hurley—. Permítame comprobar las visitas. —Le dio vueltas a la cabeza mientras examinaba los registros—. No nos ha visitado. Puedo mandarles un correo a los empleados, para ver si alguien lo conoce.

—Todavía no. Su psiquiatra era Allison Vance. ¿Ha oído lo de la explosión en...?

Entonces era paciente suyo. Nathan dijo la verdad.

—Por supuesto. Es una tragedia. Y usted ha pensado que quizás podía pedirnos ayuda a nosotros.

—Tiene... alucinaciones. Cree que tiene que «arreglar» la muerte de la doctora Vance.

Groote alzó una ceja.

—¿Cree que él ha tenido algo que ver?

DeShawn Pitts señaló el nombre en la placa de la puerta.

—¿Hurley es su jefe psiquiátrico? Creo que debería esperar y discutir personalmente el estado mental de ese hombre con el doctor. Supongo que me

entiende.

—Por supuesto. No le he preguntado en términos médicos, sino de seguridad. Si ese hombre es un peligro para el hospital, quiero saber hasta dónde llega el nivel de su amenaza.

—No creo que pueda hacerle daño a nadie. Si se presentara quiero que me llame inmediatamente a este número. Reténgalo si puede.

—Le llamaría a usted y a la policía.

—No. Solo a mí. Es importantísimo que lo localice. Sin causar un espectáculo público.

Groote volvió a alzar la ceja.

—Podría serle de mucha más ayuda si supiera quién es ese hombre exactamente.

—Lo siento, no puedo proporcionarle más detalles.

Estás buscando a un hombre, pero no puedes decir que lo estás haciendo. Interesante, pensó Groote. Más que interesante. Una situación con muy pocas explicaciones plausibles.

—¿Está buscando el gobierno a ese hombre? ¿Es acaso un fugitivo?

—Como he dicho, es una persona destacada y no queremos airearlo demasiado.

Este hombre sabe la verdad sobre mi objetivo. Groote se dio cuenta de ello, y midió en su escala interna los riesgos de una confrontación con Pitts.

—Su chico no cree que ese fuego lo causara un escape de gas.

—No.

—Y esa investigación, ¿forma parte de sus alucinaciones?

—Posiblemente. Sufre un severo síndrome de estrés postraumático.

—No sé, es posible que su chico llamara al doctor Hurley. Hurley conocía a la doctora Vance, no hay muchos psiquiatras por aquí. Quizás la llamada era de Hurley, respondiendo a una de su chico. —Aporreó la mesa con los dedos, fingiendo pensar —. Hurley mencionó el otro día algo acerca de una llamada extraña.

—Entonces necesito hablar con el doctor Hurley. Usted y él podrían ayudarme a atrapar al chico.

Groote consideró la idea.

—No pertenezco al negocio de poner trampas a la gente. Me encontraría en arenas movedizas legalmente si el señor Raymond se presenta, yo lo retengo y al llamarle a usted resulta que no tenía causa legal para haberlo hecho.

Pitts chasqueó la lengua.

—Me ha dicho antes que fuera agente del FBI.

—Sí, fui quince años agente de campo en Los Ángeles.

—¿Por qué lo dejó?

—Una tragedia familiar.

—Disculpe, necesito hacer una llamada telefónica —dijo DeShawn.

—Claro. Hay una habitación privada aquí al lado. —Lo condujo hasta ella. Se trataba de una sala de entrevistas usada para la consulta de pacientes.

—Las paredes están acolchadas —dijo DeShawn, con cierto disgusto en la voz.

—Sí —dijo Groote sin añadir nada y cerrando la puerta—. Golpee dos veces la puerta cuando termine. —Entonces se apresuró a volver junto al ordenador del despacho de Hurley y activó la cámara oculta entre la suave tela de las paredes. Todas las habitaciones tenían esas cámaras, prestas para ser usadas cuando las necesitara Hurley. Llevaban micrófono incorporado. Se abrió una ventana en el ordenador. Groote ajustó el sonido.

—Necesito datos de Dennis Groote, antiguo agente de campo del FBI en Los Ángeles —dijo Pitts. El micro no era lo suficientemente potente para pillar la respuesta procedente del aparato. DeShawn esperaba. Groote ya sabía que la respuesta sería esclarecedora; sus registros estaban limpios.

Pitts preguntaba para asegurarse de que Groote era quien decía ser y para que, por favor, Dios mío, Groote fuera alguien digno de confianza.

Quieren encontrarle, pero no quieren que los agentes locales sepan que una caza al hombre está en marcha. Es un fugitivo, pero se les escapó la correa. No tiene sentido. Un fugitivo no estaría trabajando en una galería de arte, ni viendo regularmente a una psiquiatra. No. Michael no es un fugitivo. Entonces, ¿qué es? Un agente persigue fugitivos. Así que Pitts no es realmente un agente federal. ¿Es un cazarrecompensas? ¿Quién lo contrató? ¿O va tras Michael Raymond por el Frost?

—Ajá —le dijo Pitts a la persona al otro lado del auricular.

Es fácil llamar y que te proporcionen rápidamente el resumen de un historial, tiene el rostro aburrido de alguien al que le están leyendo algo. Le vino la inspiración. Abrió otra ventana de la cámara de la habitación, rebobinó la grabación, vio a DeShawn pulsar una marcación rápida. El número parpadeó en la pantalla del teléfono. Groote lo escribió en un papel y se lo guardó en el bolsillo. Cerró esa segunda ventana.

—Ajá, de acuerdo... —dijo DeShawn Pitts tres veces más, ya de vuelta al directo. Groote descolgó el teléfono y marcó el número.

—Centro de protección de testigos —respondió una voz.

Groote se quedó pensativo un segundo antes de colgar.

Un testigo. Michael Raymond era un testigo federal. Lo han perdido, tienen que encontrarlo. Sufre el síndrome de estrés postraumático. Tienen que encontrarlo sin causar mucho revuelo.

Un testigo que huye. Los tipos que se escapan del programa se quedan solos. Excepto este, que debe de tener un valor añadido.

En la pantalla, DeShawn Pitts colgó el teléfono. Acto seguido, golpeó con la palma de la mano dos veces la tela que recubría la puerta.

Groote le abrió para que saliera y lo condujo de vuelta al despacho.

—¿Está todo bien?

—Sí. Ha pasado la prueba. Su historial de servicio es impresionante. Llame a Gómez, de su vieja oficina de campo, me avalará a mí y a esta operación. No estará

nunca bajo ningún riesgo legal.

—Gracias.

—¿Puede darme ahora el número del doctor Hurley? Quiero concertar una cita con él —dijo Pitts—. Si usted cree que puede ayudarme.

—Es un hombre muy ético —dijo Groote—. Llamaré yo mismo. —Sacó su móvil. La misión de Hurley era traer a Celeste Brent sedada al hospital, si lo llamaba un agente federal se enterraría vivo él solito. Era mejor advertirle directamente, posponer el encuentro hasta que tuvieran a Celeste en el hospital y su casa hubiera sido registrada si fuera necesario.

Marcó el número de Hurley, al tiempo que sonreía educadamente.

Hurley tosió y se limpió la boca con el dorso de la muñeca.

—El nombre del tipo es Dennis Groote. Es de California.

—¿Para quién trabaja? —Miles apretó el arma con más fuerza contra el cráneo de Hurley.

—Para un hombre llamado Quantrill.

—¿Quién es ese Quantrill?

—Es mi jefe.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En Santa Mónica, California.

—¿Qué conexión tiene con Sorenson?

—No conozco a ningún Sorenson.

—Mentir no es una buena opción, doctor. Le disparé a un hombre una vez. Supongo que a la segunda es más fácil.

—Me parece bien que compartas esa información —dijo Andy apoyado en la pared—. Dispárale, Miles, es un inútil. De todos modos, si matas de nuevo, no vas a empeorar de lo tuyo.

Miles apartó el dedo del gatillo, pero hundió el cañón de la pistola en la nuca de Hurley si cabe con más ímpetu.

La presión aceleró las palabras de Hurley.

—No conozco a ningún Sorenson, lo juro por Dios.

La melodía de una tocata de Bach sonó en el bolsillo de Hurley. Su teléfono móvil.

—Se supone que debo confirmar que todo anda bien. Si no lo hago, Groote vendrá directamente hacia aquí.

Miles le creyó.

—Gane algo de tiempo, hágase el tonto. Responda.

Hurley sacó el móvil del bolsillo con cuidado y lo abrió.

—Sí, hola.

Miles mantuvo la pistola cerca de Hurley, agachándose un poco para escuchar.

—Doctor Hurley, soy Dennis Groote.

—He hablado con Celeste Brent. No sabe nada.

—Entendido. Hay un caballero del gobierno federal en el despacho. Quiere hablar con usted sobre un paciente de la doctora Vance. Un hombre llamado Michael Raymond. Ya sé que está muy ocupado ahora mismo...

Miles le dio un golpe con la pistola a Hurley, y musitó una negativa.

—No puedo ver a nadie —dijo Hurley—. Ahora no. Mañana.

—Le sugiero vehementemente que haga un hueco, doctor. Esto es una prioridad. Podemos serles útiles a las autoridades. Necesitan encontrar a Michael Raymond.

Hurley se quedó quieto. Miles volvió a poner un no en sus labios.

—Mañana —dijo Hurley—. Hoy no. No puedo. Tengo las manos ocupadas.

Una pausa. Miles pudo oír el suspiro de frustración de Groote.

—De acuerdo. Arreglaré un encuentro para mañana.

—Dele las gracias al agente por su paciencia.

—Entendido.

—Ahora debo irme —dijo Hurley—. Adiós.

—Adiós. —Groote colgó.

Miles cerró el teléfono de concha. Celeste reapareció en la sala.

—Sé que no querrás hacerlo, Celeste, pero tienes que irte —dijo Miles.

—¿Acaso no es eso decisión mía? —dijo ella sin perder la calma.

—Esta gente es peligrosa, no puedes quedarte.

—Pero yo no sé nada, no tengo lo que buscan.

—Allison robó archivos de un ordenador y luego usó el tuyo. Ha de haber una razón. Puede que pensara que su sistema estaba pinchado. Sin embargo, no van a dejarte en paz hasta que no comprendan que no tienes el Frost.

Celeste se derrumbó en una silla.

—Esa amiga que mencionaste. ¿Puedes llamarla para que te recoja?

—¿Y ponerla en peligro? No, esto es asunto de la policía...

—Tengo que hacer esto, reparar el daño a Allison... se lo prometí...

Celeste se puso en pie.

—Digamos que cogió la investigación y la escondió en mi ordenador o se la mandó a otra persona o a sí misma por si la atrapaban. O la mataban. Debe de haber un rastro electrónico.

—Arriba —le ordenó Miles a Hurley, colocándole el arma en la espalda.

—Por favor, enséñame el ordenador, Celeste.

Los dos hombres siguieron a Celeste por el pasillo. Las paredes estaban cubiertas de fotos de Celeste con un guapo joven: en la playa, en un jardín brindando con margaritas, besándole en la mejilla. Al otro lado había un montaje de fotos que Miles supuso que pertenecían a su corta carrera televisiva; ella y otras nueve personas en una playa, ella con un bikini verde lima, pensativa, constructiva, alegre, cortando una palmera, aupándose sobre un obstáculo de piedra. Sosteniendo un cheque por valor de cinco millones de dólares con una sonrisa tan resplandeciente que desafiaba a un sol de verano.

Los dos la siguieron hasta su estudio. El ordenador, nuevo y de gama alta, estaba en una mesa de madera de arce en un rincón. La habitación olía a desinfectante y al champú de mandarina de Celeste, y Miles se preguntó si se lavaba muy a menudo el pelo, si se frotaba la piel hasta que le dolía. Para limpiarse de la culpa. A él nunca se le había ocurrido eso, la sangre de Andy era tan permanente en sus manos como un tatuaje. El vago aroma del desinfectante embriagaba el aire como un perfume de mujer.

Celeste se sentó junto al ordenador y comenzó a teclear.

—Quiero que sepas que no tengo nada que ver con la muerte de Allison. Ni Groote tampoco —dijo Hurley.

—¿Y qué pasa con Sorenson? Fue él quien puso la bomba.

Celeste palideció.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo explicaré luego. —Volvió a poner el arma en la espalda de Hurley—. Hábleme de Quantrill mientras ella trabaja.

—Existen consultores que no aparecen en las nóminas. Este tipo de gente busca investigaciones prometedoras para que las compañías de fármacos las desarrollen.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado en el Frost?

—Un año. Los retoques del Frost son ideas mías, ¿sabe? Han robado mis ideas.

—No creo que usara un programa de correo electrónico —dijo Celeste—. Borró el historial del navegador. Posiblemente subió los archivos en la web usando otro sistema... estoy comprobando la tabla de archivos maestros.

—¿El qué? —preguntó Miles.

—Sacaré una lista de los archivos subidos a otro sistema desde este ordenador.

Se produjo un silencio mientras Celeste tecleaba.

—¿Ves? Aparecen una serie de archivos subidos a un servidor web. Esta es la dirección. —Pulsó una tecla y de la impresora salió una hoja con la lista.

—Tenemos que averiguar quién tiene esta dirección IP.

Celeste siguió tecleando para buscar la URL del servidor en una base de datos de Internet.

—Está registrado a nombre de Mercury Mountain Hosting, pero no aparece información de dónde está localizado el servidor.

—Sé cómo localizar el servidor, pero necesito *software* adicional —dijo Miles—. ¿Conoce Mercury Mountain, doctor?

—No, nunca he oído hablar de esa compañía, pero haremos un trato. Contactamos con ellos y juntos recuperamos el Frost. Os quitaré el aliento de Groote de la nuca. Una palabra mía y Quantrill os dejará en paz. Guardáis silencio y seréis los primeros en ser tratados con el fármaco. Y vuestra cabeza quedará arreglada. Para siempre.

Miles lo tocó con la pistola.

—No voy a callarme.

Hurley lo miró como si hubiera perdido la paciencia.

—No eres muy inteligente al hacerte el héroe. No os interesa ir por ese camino, sois dos tarados, uno que no puede hablar sin ponerme una pistola en la cara y otra que no se atreve a salir de casa porque el miedo la deja hecha un desastre —escupió mirando a Celeste—. Puedo devolveros vuestras vidas. Libres de pesadillas, del trauma. Lo único que necesitamos es vuestro silencio.

Miles pensó en la extraña promesa de Sorenson, un eco en su cabeza. *¿Y si pudiera olvidar el peor momento de su vida?*

Miles se alejó un paso de él.

—Celeste, ¿ha quedado una copia de lo que se subió a ese otro servidor en este ordenador?

—Estoy comprobando el disco duro, pero no, de momento no aparece.

—No quiero que el buen doctor vea nada de lo que encontremos.

—De acuerdo. —Su voz no perdía la calma en ningún momento. Apartó las manos del teclado—. Miles, dices que no vas a guardar silencio, entonces ¿vas a matarle?

—No —dijo, y entonces añadió una mentira—: Pero tampoco dejaré que nos haga daño.

—Está cometiendo un grave error, Michael... —dijo Hurley.

La sorpresa nubló el rostro de Celeste.

—Dijiste que tu nombre era Miles.

—Lo es. Él piensa que me llamo Michael. Es una larga historia.

—Te ha mentado, Celeste. Se llama Michael y hay un agente federal preguntando por él en el hospital —dijo Hurley—. No puedes confiar en él. Yo solo he intentado ayudarte, protegerte...

—¿Cómo sabe mi nombre? —inquirió Miles. Desde que Hurley había llegado no lo había pronunciado en ningún momento, ni el verdadero ni el falso, y Celeste tampoco lo había hecho. Cayó en la cuenta de que Hurley había mentado—. Tienen a Nathan.

—Sí.

Los federales querían hablar con Hurley sobre Michael Raymond. ¿Para qué? ¿Qué les había dicho Groote, que podían serles útiles a las autoridades? ¿Qué significaba eso? Solo una cosa. Iban a tenderle una trampa a Miles, una trampa urdida por los federales y ejecutada por Groote. Hurley había pospuesto la cita con Groote sin razón aparente, teniendo en cuenta que Hurley y Groote querían con todas sus ganas atrapar a Miles, Groote sería sospechoso...

—¡Celeste! —aulló—. ¡Tenemos que irnos! Ya. Groote puede estar de camino. —Al igual que los federales, pero no lo dijo, pues eso haría que dudara y no quería dejarla allí sola.

Celeste meneó la cabeza.

—No, no puedo.

—Tenemos que irnos, ¡ahora!

Negó de nuevo, las manos comenzaron a temblarle.

—No, no, no puedo, no puedo irme...

—Te llevaré con mi amigo DeShawn —dijo. Se levantó y pasó junto a Hurley. A la mierda, se entregaría a la agencia, no podía verla así, temblando, rota, dolida. Sabían lo bastante para que la policía expusiera a los asesinos de Allison y la investigación médica por la que había muerto. Había sido un loco al pensar que podría enderezar el mundo para honrar a la ausente Allison, para arreglarse a sí mismo o a cualquiera.

Una aguja penetró en su cuello.

Miles echó la cabeza hacia atrás para alejarse de Hurley. Llegó hasta una silla tambaleándose, se aferró a su propia garganta, colocó los dedos torpemente contra la jeringa y la sacó de la carne.

Se precipitó hacia atrás en la silla. Gritó cuando los pulgares de Hurley le apretaron las cuencas de los ojos con una calmada precisión quirúrgica. Trató de apartarlo de una patada, pero Hurley clavó las yemas de los dedos en la zona blanda de sus ojos con la intención de sacarlos de las órbitas. A pesar del dolor que sentía intentó apuntar el arma. Una de las manos de Hurley se retiró de sus ojos para ir en busca de la pistola. Miles atrapó las muñecas del doctor, las levantó y lo empujó como pudo. El cañón acabó apoyado contra sus labios, como si le diera un frío beso. Oyó gritar a Celeste. El cañón cambió entonces de sentido.

Con sumo esfuerzo, Miles colocó las rodillas entre él y Hurley para liberar su rostro de las garras del hombre. No veía nada, el dolor lo cegaba por completo, tenía la cabeza ligera como un globo suelto en el aire. Entonces detonó un arma, Celeste gritó y seguidamente se produjo un repentino silencio.

A Groote no le había gustado la conversación con Hurley. Ni un ápice. No tenía sentido rechazar una clara ocasión de encontrar a Raymond.

Raymond. Quizás Raymond estaba allí en casa de Celeste, con Hurley. Pero ¿cómo había averiguado él lo de Celeste?

Porque Allison se lo dijo. Dios mío, estaba metido en este asunto con Allison.

Llamó al teléfono de Hurley de nuevo, durante un largo rato, sin que respondiese.

Vaya mierda, se le había torcido el plan. Tenía a Sorenson en un despacho, al federal en otro, y estaba atrapado en medio. Hurley tendría que arreglárselas solo durante unos minutos.

Groote se encogió de hombros delante de DeShawn Pitts.

—Lo siento. Ya conoce a los médicos. Siempre te dejan esperando. El doctor Hurley está tratando a un paciente con intenciones suicidas, no estará disponible hasta mañana.

—Entonces volveré por la mañana.

Groote acompañó a la salida al agente y le despidió con un enérgico apretón de manos. El coche de Pitts permaneció un rato en el aparcamiento. El hombre estaba hablando por el móvil, sentado al volante.

Date prisa y lárgate. Por favor. Finalmente, Pitts se marchó.

Volvió a llamar a Hurley sin recibir respuesta. Regresó a la sala de conferencias, donde encontró a Sorenson sentado en una silla y bebiendo café.

—¿Dónde está su agente federal? —le preguntó.

—Se ha ido.

—¿A qué venía la visita?

—No es nada que tenga que ver con usted.

—Sigo queriendo ver a Ruiz.

—En este momento tengo otros asuntos que requieren de mi atención.

—Nuestro trato se asentaba en que yo viera a Ruiz —dijo Sorenson—. Yo lo he ayudado. Ahora usted me ayuda a mí. Solo serán unos minutos.

—Que sea rápido. Sígame —decidió Groote.

—¿Brian?

Miles estaba hecho un ovillo en el suelo, recuperando poco a poco la visión. El dolor le atravesaba la cabeza como un punzón, la voz le pareció poco más que un susurro. Levantó la cabeza del suelo.

Unas suelas gastadas de cuero casi le rozaban la cara. Parpadeó entre la sal de las lágrimas. Se puso en pie como pudo, a la vez que se forzaba a mantener los ojos abiertos.

Hurley yacía desmadejado en el suelo, con los ojos espantados, una herida abierta en el cuello, gorgoteando. El sonido del disparo le resonaba aún en los huesos, le hacía querer cerrar los ojos, le subía la bilis a la garganta. Pero Celeste era más importante que su miedo. Estaba en el suelo, delante de él, con la pistola aún en la mano.

—Está todo bien, Celeste. Dame la pistola —dijo, y al hablar sintió la lengua pesada y pastosa.

—Brian, no te hará daño, ya no más. Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo —dijo Celeste. Miles se acercó a Hurley para tocarle la muñeca. El pulso empezó a decaer y finalmente se detuvo.

—Brian. Estamos a salvo, ¿de acuerdo? No puede hacernos daño. Nunca debí haberle dejado entrar en la casa... —dijo Celeste con un hilillo de voz.

Miles se apartó de ella y del cadáver. Fue hacia el fregadero y se echó agua fresca en la cara. Sintió el regusto de la sangre en su boca, y pensó que si le hubieran sacado un ojo le dolería más. O quizás la conmoción bloquearía ese dolor. Se palpó la cara con los dedos. Un poco de sangre se le había secado en la piel entre los ojos y el puente de la nariz. Se la frotó para limpiársela. Logró abrir los ojos para ver su reflejo en la estantería de los platos en el rincón. Tenía los ojos inyectados en sangre pero enteros.

—¿Brian? —Se alzó de nuevo la voz de Celeste entre el silencio. Se encogió al verlo salir de la cocina limpiándose la cara con una bayeta y extendiendo la mano hacia ella.

—Celeste, no soy Brian. Soy Miles, ¿me recuerdas? Miles. —Se detuvo y extendió la mano—. Dame la pistola.

Ella se apartó del cadáver.

—Tú no eres Brian.

—No, soy Miles.

—Yo... mi casa... mi marido...

—Está bien, Celeste. Deja que te ayude. Estamos en el momento presente, no entonces.

Celeste dejó de temblar, asintió y se puso el rostro entre las manos.

—Entró en mi casa —dijo—. Él entró en mi casa y mató a Brian. Me obligó a

esperarle, a esperar a que Brian viniera a casa para matarle... delante de mí. —Su voz era baja y gutural, como si perteneciera a una sombra, no a una persona.

—Lo siento mucho.

Hizo un gesto hacia el cuerpo inerte de Hurley.

—Cogí la pistola... para que parara. Solo para que parara. Pero lo he matado de verdad.

Miles recogió la jeringa. Hurley debía de tenerla escondida en su bata de laboratorio, un lugar perfecto para esconder una cosa así. Probablemente la trajo para sedar a Celeste y llevarla al hospital Dios sabe con qué intención... Hurley no llegó a inyectarle la dosis completa, pero sí la suficiente para dejarlo entumecido, provocarle náuseas y dejarle la cabeza pesada.

—Celeste, escucha. —Su voz sonaba espesa en el aire—. El hombre que te hizo daño, que mató a tu esposo, no está aquí. Hurley estaba intentando matarme, tú me salvaste, ¿lo entiendes? —Se obligó a sí mismo a hablar con calma y lentitud. Ella asintió—. ¿Me das la pistola?

Celeste abrazó el arma contra su camiseta.

—Nunca más, lo juro. Las cámaras, los cerrojos. Nunca más. Fuerte Celeste. Convertiré este lugar en Fuerte Celeste. —No había escuchado nada de lo que le había dicho.

—No podemos quedarnos. Groote estará de camino. Tenemos que irnos. Ahora.

La voz de Celeste comenzó a romperse:

—Tengo un hombre muerto en mi moqueta. Quiero que... desaparezca. Quiero que tú también te vayas, quiero quedarme en mi casa.

—Lo sé. Pero aquí eres un blanco fijo. Por favor, dame el arma.

Le tendió la pistola. Una serie de cicatrices finas como el papel le recorrían el brazo hasta los codos.

Se dio cuenta de que él las estaba mirando.

—Ya no me hago cortes —dijo—. Estoy mejor.

—Eso está muy bien, Celeste, es maravilloso. —Se guardó el arma en la parte trasera de los pantalones y trató de pensar a pesar de los efectos del sedante.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó ella.

—Voy a ponerte a salvo, y luego voy a sacar a Nathan Ruiz del hospital.

—¿Cómo?

Rebuscó entre los bolsillos de Hurley y encontró una llave electrónica y un juego de llaves metálicas.

—Entraré y lo sacaré.

—¿Qué te une a ese tipo?

—Es la clave para averiguar la verdad y siguen teniéndole encerrado.

—Pero ese Groote está en el hospital.

—No tiene por qué. Ha salido a cazarme. Con la llave y el arma puedo entrar a sacar a Nathan de allí.

—Eso es una auténtica locura —dijo ella negando con la cabeza—. Y no puedo irme de mi casa —añadió en un tono similar al que usaría si estuvieran intentando convencerla de que el mundo era plano.

—Tuviste el valor suficiente para ayudarme. Tienes el valor suficiente para cruzar una puerta. Es solo una puerta. Crúzala, demonios.

—No puedo...

—Te cogeré de la mano —se ofreció Miles—. Puedes sentarte en el suelo del coche con los ojos cerrados, sin mirar las ventanas, fingiendo que el mundo no está allí. —Cerró una mano en torno a la suya—. Groote viene hacia aquí, te matará si no nos vamos.

De repente, fue a por su bolso, sacó un frasco de antidepresivos y se tragó uno a palo seco.

—Lo intentaré.

Miles se puso en pie poco a poco, ayudándola a ella a hacer lo mismo. Rodeó el cuerpo de Hurley al tiempo que soltaba un gemido ahogado.

—No confíe en él, señorita —dijo Andy desde un rincón—. No es una buena idea.

Miles le sacó el dedo corazón a Andy a espaldas de Celeste y abrió la puerta. Se asomó primero para inspeccionar la calle. Vacía.

—Todo bien.

Celeste se estremeció ante la idea del mundo que le esperaba detrás de esa puerta abierta.

—Allí está mi coche. —Había ido a casa de Celeste en el coche de Blaine.

—Cuarenta pasos. Los haré contigo, iremos contando.

—Agárrame de la mano —dijo, y cerró los ojos para dar el primer paso.

La brisa primaveral agitaba los álamos. Diez pasos. Gimió. Miles mantenía los ojos fijos en la calle, esperando que en cualquier momento un coche irrumpiera a toda velocidad y derrapara hasta detenerse, con Groote dentro, con la muerte dentro.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo.

—No me hables... como si fuera una niña pequeña... aprendiendo a conducir una maldita bici. —Comenzó a respirar aceleradamente a causa del pánico. Él le rodeó los hombros con el brazo para tranquilizarla.

Veinte pasos. El viento le tocó la cara y se encogió.

—Has hecho esto antes —le dijo bromeando, no sabía qué demonios decir. Celeste mantenía los ojos cerrados con fuerza—. Salir a la calle, me refiero.

—Me encantaba estar fuera. Brian y yo... —Y los pies le fallaron.

—Te tengo.

Dio otro paso. Y luego otro. Celeste emitió un débil gemido y caminó más deprisa, tambaleándose, sin abrir los ojos y guiada por Miles hacia el coche de Blaine. Lo había dejado abierto. Celeste se acomodó en el asiento trasero con las manos delante de los ojos.

Miles apretó los dientes, no quería que ella percibiera el miedo que él sentía. Introdujo la llave de contacto. Si ella había podido salir de la casa, él sería capaz de volver a conducir. Al menos el chute de sedante le ayudaba a controlar el pánico, solo esperaba no guiar el coche hacia una zanja.

Arrancó el motor. No explotó. Salieron a la carretera embarrada.

—¿Dónde vas a llevarme? —le preguntó.

—A casa de un amigo... bueno, él no sabe que me escondo allí. Estará fuera de la ciudad un par de días.

—Vamos al hospital —dijo ella—. Yo espero en el coche. Ahora. Por Allison.

Pisó a fondo el acelerador, probando su reacción. El efecto de la droga parecía estar empezando a remitir, superado por el miedo y la adrenalina. Giró a la izquierda en la primera calle, encarando la elevación que conducía al hospital, rezando para que Groote estuviera buscándole en otro lugar, lejos de Sangriaville.

Miles condujo dejando atrás un grupo de casas tranquilas, aparcamientos vacíos, el hospital de Sangre de Cristo, hasta llegar al final de Canyon Road, junto a un complejo de la sociedad Audubon. Dio la vuelta en la puerta de Audubon y regresó por la carretera hacia el hospital, preguntándose si algunos ojos le observaban desde la ventana. No existía ningún tipo de seguridad que sugiriera que el lugar albergara a nadie peligroso. No había alambres ni guardia, solo un muro de adobe que lo cercaba todo.

—A la espera de tu siguiente movimiento —dijo Andy—. Demuéstrame tu brillantez.

Quería decirle a Andy que se callara, pero no quería que Celeste lo oyera. Dio otra media vuelta antes de meter el coche de Blaine en el aparcamiento del hospital, cerca de la parte trasera.

—¿Cómo vas a encontrarlo ahí dentro? —preguntó ella.

—Nathan dijo algo sobre la planta de arriba cuando me lo encontré en casa de Allison —explicó Miles—. Iré allí directamente. ¿Puedes conducir?

—Oh, claro —dijo—. Conducir es fácil comparado con disparar.

—Si se te acerca alguien, ya sea un guardia de seguridad o quien sea, huye. Ve directa a la policía o a casa de una amiga. No me esperes.

—Miles —dijo—. Si Allison me estaba dando Frost, está claro que funciona. Ahora mismo debería estar en el suelo en posición fetal. He matado a un hombre, he abandonado mi casa, y aun así lo llevo bien. —Sin embargo, su voz temblaba y tragó saliva, tuvo que luchar por estabilizarla—. Quizás sea por ese Frost. Hurley se mostró sorprendido cuando le dije que me había dado unas pastillas nuevas.

—O simplemente eres fuerte —dijo. Ella lo miró con los ojos muy abiertos—. Volveré lo más rápido que pueda. ¿Puedes sentarte delante y tener el motor encendido?

Ella asintió. Saltó sobre el asiento del conductor y se agachó delante.

—Debería salir más —dijo tratando de bromear. Se estremeció.

—Volveré en un minuto —dijo él—. Huye si es necesario.

Celeste asintió.

—¿Celeste?

Ella buscó su mirada.

—Gracias, nos has salvado a los dos.

Tragó saliva.

—Vete. Déjame tu móvil. Si tengo que irme, me llamas. Volveré a por ti.

Cerró la puerta, esperó a que Celeste se encerrara por dentro y se encaminó al acceso de atrás del aparcamiento.

A cada paso le aumentaban las ganas de querer huir en dirección opuesta. Un hospital psiquiátrico. Era el lugar que más había temido desde que su mente comenzó

a jugársela, desde que Andy apareció en su vida diaria. Era el lugar al que temía que Allison lo mandara. A pesar de todo, no detuvo sus pasos.

Si podía conducir, se dijo, podía hacer esto. Solo eran paredes, suelos, gente. No era para tanto.

—Preséntame al guardia —dijo Andy—. Así entrarás seguro.

El edificio principal era grande, de cuatro plantas y con el exterior de adobe. Había dos edificios más pequeños detrás, separados por un entramado de caminos de gravilla. Se parecía más a un club de campo que a lo que era realmente, un hospital psiquiátrico.

Supuso que en ese momento le estaban enfocando las cámaras, seguramente mostraban quién entraba y salía del aparcamiento. Agachó la cabeza. No había luz en la mayoría de las ventanas del edificio principal, solo alguna aislada en la primera planta.

Pasó la tarjeta por el lector de la puerta. La luz del panel pasó del rojo al verde y la cerradura se abrió con un chirrido. Entró.

Al final del corto pasillo había una puerta con una cerradura convencional. Probó con las tres llaves del llavero de Hurley y la última funcionó.

Esperaba encontrarse con un guardia apuntándolo con un arma en cuanto abriera la puerta.

Giró el pomo, cruzó el umbral y cerró la puerta tras de sí. El pasillo estaba vacío, las luces atenuadas. Respiró profundamente tres veces para tratar de liberar su mente de los pensamientos sobre Hurley.

Era de noche en el hospital. El corazón le martilleaba en el pecho. Sacó la pistola y estiró el brazo hacia delante, ignorando la luz roja de la cámara que seguía su transcurrir por el pasillo. Sangre de Cristo era el tercer hospital psiquiátrico que había visto Miles. El primero fue en Jacksonville, lo mandaron allí tras el tiroteo. Después estuvo en Nueva York, donde la agencia de protección de testigos evaluaba psiquiátricamente a sus testigos. A pesar de la elegante arquitectura y los entornos immaculados de Sangre de Cristo, Miles se preguntó si todos los manicomios habían sido diseñados por la misma mente enferma encerrada tras los barrotes de sus propias creaciones. Puertas cerradas al final de cada pasillo, giros y curvas para confundir a cualquiera que quisiera arriesgarse a huir y luces muy diferentes a las del sol, duras, blancas y feas.

Al volver una esquina le esperaba un guardia preparado con la porra en la mano. Lanzó un golpe que buscaba el cuello de Miles, pero este saltó hacia atrás. La porra golpeó con fuerza la pared. El rebote le acertó en el hombro y sintió un dolor insufrible que ascendió del pozo de nervios que es esa zona. Miles cayó al suelo, y el joven y corpulento guardia le colocó con energía la porra en la garganta.

Miles apretó las manos sobre ambos extremos de la porra, tratando de hacer fuerza. El guardia torció el gesto, apretó los dientes y echó todo su peso sobre la porra que presionaba la tráquea de Miles.

La oscuridad danzó por los bordes de la visión de Miles. Entonces pensó en lo que supondría quedarse en un lugar como este, las puertas cerrándose y las llaves girando en las cerraduras, hombres sin rostro atándole a la cama, habitaciones cerradas como ataúdes. Aquí. Para siempre. Encerrado.

El miedo infundió fuerza a sus músculos y Miles contraatacó, usando el suelo para nivelar sus hombros y brazos. La porra golpeó con fuerza la boca del guardia, entonces Miles le volvió a golpear en la nariz. El guardia se apartó de él. Resollando, Miles trató de arrebatarle la porra, pero el guardia no la soltaba y gritó ahogadamente los nombres de Jimmy y Dwayne entre la sangre que le salía por la nariz y la boca. Golpeó la cabeza del guardia contra la puerta y mordió los dedos que se aferraban a la porra. Al poco la soltó. Miles lo derribó con un golpe en la nuca, y el guardia se quedó tendido inconsciente en el suelo.

Miró a ambos lados del pasillo. Estaba desierto. Supuso que aquí estaban las oficinas y las dependencias administrativas, no había pacientes o cuidadores en esta zona. Un chasquido y un zumbido rompieron repentinamente el silencio, era una voz llamando a Robert. Se echó sobre el joven guardia. Tenía un auricular en la oreja, conectado por un cable a un *walkie-talkie* enganchado al bolsillo de su camisa.

—¿Robert? ¿Lo tienes?

Miles apretó el botón con el pulgar y habló con un susurro apresurado que podía camuflar su voz.

—No, se me ha escapado. Va camino del ascensor.

Hizo lo propio y pulsó el botón correspondiente a la cuarta planta. Nada. La cuatro debía de ser una planta protegida. Pasó la tarjeta por un panel situado sobre los botones y una luz verde se encendió. Lo intentó de nuevo y esta vez el número cuatro respondió a su requerimiento. Dio un paso atrás y las puertas se cerraron justo antes de que el ascensor subiera.

—¿Robert? —repitió el otro guardia desde el auricular.

—Creo que va a la cuarta. —Esta vez no intentó disfrazar la voz. Miles pensó que dejarían la cuarta planta libre y vendrían a por él. El truco podía dejar allanado el camino hacia la planta cuarta, escapar ya sería un problema diferente.

Se dirigió a una señal de salida en las escaleras. Las escaleras eran buenas, los ascensores malos. El hueco estaba tenuemente iluminado. Subió por las escaleras esperando encontrarse en el descansillo a Groote o a un guardia que no se hubiera tragado la historia, pero no fue así. Eso significaba que nadie lo había visto por las cámaras o que se habían creído que era Robert y esperaban su llegada. No era buena cosa. Quizás se había pasado de listo.

El sudor le corría por las mejillas y le bajaba por la espalda. Cada paso era un sacrificio. Andy le esperaba sonriente en cada descansillo.

La respiración se le atragantó en el pecho. Llegó a la planta de arriba. Comprobó la puerta. Cerrada. Metió una llave, la giró. La puerta se abrió.

—Hola, Nathan —dijo Sorenson.

Nathan abrió los ojos. Intentó centrarse.

—¿Quién...?

—Me llamo Sorenson. Soy un colega de la doctora Vance. Nos conocimos, una lástima que tan brevemente, en casa de la doctora. —Nathan no dijo nada—. Me golpeaste. No pasa nada. No creo que te dieras cuenta de que estaba allí para ayudarte. Me gustaría hablar contigo un momento.

Sorenson dio un paso al frente. Groote lo siguió, un paso por detrás.

—¿Estás mejor de lo que estabas cuando llegaste a Sangriaville, Nathan?

Nathan asintió, mirando a Groote.

—Eso es maravilloso —dijo Sorenson y en un brutal movimiento cogió a Groote del brazo y se lo levantó al tiempo que lo precipitaba contra la puerta de acero. Groote gritó y Sorenson le retorció el brazo con destreza. Groote no paraba de chillar. Sorenson le dio dos codazos en la cara que le rompieron la nariz y le incrustaron la nuca en la puerta de acero.

Cayó al suelo. Sorenson le propinó una sola patada en las costillas y luego otra en la mandíbula; tras esta última patada se quedó quieto. Entonces se agachó a coger la pistola y la alzó contra Nathan.

—¿Qué les has contado?

—No sé a qué se refiere... ¡No sé nada!

—Diez segundos para reconsiderarlo —dijo Sorenson—. ¿Qué nombres les diste?

—No sé a qué se refiere. ¡No, por favor!

Nathan gritó.

El suave zumbido casi hizo a Miles salirse de su pellejo como en aquellos viejos dibujos animados. Entonces se dio cuenta que la puerta hacía ruido. La cerró rápidamente, sabiendo que no tenía dónde resguardarse. Sin embargo, no había nadie en el oscuro pasillo. Ningún guardia le esperaba en el ascensor, que ya había llegado. Las puertas se cerraron y vio en el indicador digital que iba de vuelta a la primera planta. Probablemente estaba programado para hacerlo automáticamente.

Se apartó de la puerta y se pegó a la pared, agachándose un poco.

Avanzó por el pasillo mirando a través de los cristales reforzados de las puertas. Vio hombres dormidos en las camas, la mayoría jóvenes, a excepción de algunos de cincuenta o sesenta años aquí y allá. Ninguno era Nathan Ruiz. Miles comprobó las puertas, parecía que estaban todas cerradas por la noche. O quizás las habían cerrado ahora circunstancialmente para apartar a los pacientes de la línea de fuego cuando los guardias salieran a cazarle. En dos de las habitaciones había mujeres dormidas. Vio un despacho vacío con un ordenador y una serie de cámaras; en las pantallas se distinguían otras habitaciones vacías.

Oyó un leve llanto ahogado desde detrás de una puerta de metal. En la placa se

leía «Tratamiento de realidad virtual». Empujó la puerta. Cerrada. Probó a usar la tarjeta de Hurley y entonces se abrió sin problemas. Al intentar entrar, un técnico se abalanzó sobre el pomo al otro lado. El hombre se quitó los cascos de los oídos con la otra mano, tenía los ojos espantados por la sorpresa de encontrarse a Miles allí. Abrió la boca para gritar. Miles le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula, luego otro. El tipo cayó al suelo. Le dolía la mano. Miró por encima del hombro, seguro de que lo habían oído. Cerró la puerta.

Se adentró en la oscura sala de control, en la que había un pesado panel de cristal tintado. Un hombre flotaba tras el cristal, suspendido en el aire por unos cables blancos, agitándose levemente con los ojos cubiertos con un pesado y extraño visor y con unos toscos auriculares plateados en los oídos.

En la pantalla se reproducía una especie de videojuego. El encuadre de las imágenes buscaba ángulos extraños y el colorido era algo falso. La enmudecida banda sonora de soldados desplazándose por estrechos callejones y anchas calles polvorientas era estremecedora. Le dedicó toda su atención a la pantalla. Los hombres entraban de noche en un edificio abandonado con las luces atenuadas. En el firmamento se veían muchas estrellas virtuales. Entonces un resplandor de luz, el mundo desapareciendo entre las llamas y el polvo, soldados corriendo y luchando, el estallido de las granadas pintando el cielo.

El hombre arrugó el rostro y se revolvió en sus ataduras. Un grito emanó de su garganta. No era Nathan, era demasiado bajo y musculoso.

La guerra, pensó Miles. Pero eso no es un videojuego. ¿Qué demonios será este lugar?

Dio un paso atrás y una cuerda se tensó en torno a su cuello.

La presión fue fuerte y repentina. Miles trató de colocar los dedos bajo el cable para conseguir aire, pero no lo logró. El técnico lo apretó con mayor fuerza, haciendo uso de su propio peso hasta que Miles se trastabilló.

La visión se le cubrió de puntitos negros. Miles pateó con fuerza la espinilla del técnico y oyó un aullido de dolor. Trató de liberarse de la presión del cable. Lanzó la pierna hacia el escritorio, donde golpeó un teclado y un ratón, al mismo tiempo que luchaba por soltarse de las manos que trataban de dejarlo inconsciente.

Los monitores de encima, antes apagados, saltaron a la vida. Las tragedias generadas por ordenador comenzaron a reproducirse, un puñado de escenas similares a la emboscada que vio antes en el monitor principal. Un coche chocando contra una gran estructura en una interestatal. Un avión estrellándose contra el World Trade Center. Un autobús escolar en llamas.

Miles se giró y se sacudió fuertemente hacia un lado, provocando que el técnico perdiera el equilibrio y a su presa. Miles sintió las manos sudorosas abandonando la cuerda y buscando su cuello. Pateó con fuerza, estampando al técnico contra la pared de pantallas. Acto seguido se lanzó salvajemente de cabeza contra él, conectando con su rostro. Los cristales se rompieron. El técnico gritó de dolor. La presión en su

cuello se relajó y pudo al fin liberarse. Se puso de rodillas, cogió la porra que se le había caído durante el forcejeo, la alzó y le endosó un golpe al técnico en el estómago. Cayó desplomado. Miles le dio un cuidadoso golpe adicional en la nuca. Trató de calmar su acelerada respiración. Quería alejarse de los monitores y de todos aquellos horrores reproducidos en bucle. La bilis le subía por la garganta y un escalofrío le besaba la piel.

Oyó a través del auricular del *walkie-talkie* que los guardias estaban registrando la primera planta. Habían encontrado a Robert inconsciente en el pasillo. Volverían en poco tiempo. Le quedaba un minuto o dos para encontrar a Nathan Ruiz y salir, o le encerrarían en este lugar para siempre, lo engancharían a esa máquina para que viviera sus infiernos privados. Sin duda era peor que un manicomio.

Miles volvió al pasillo, cerró la puerta, y entonces oyó los brutales sonidos de una pelea. Un cuerpo estaba siendo golpeado por algo metálico. Luego un grito.

—¡Por favor, no!

Corrió, la puerta estaba parcialmente abierta y entre la poca luz distinguió a un hombre despatarrado en el suelo y a otro de pie que le daba la espalda a Miles.

Abrió la puerta.

Sorenson. Tenía una pistola. Comenzó a girarse para disparar, pero Miles le bloqueó la mano y ambos acabaron contra la pared. Agarró a Sorenson por el brazo y lo golpeó una, dos y hasta tres veces contra la pared para intentar que soltara la pistola.

Vio a Nathan Ruiz con un brazo esposado a la cama, intentando apartarse del oscilante cañón del arma. Miles peleaba al estilo callejero. Le propinó a Sorenson un rodillazo en la entrepierna, se agachó y lo mordió con saña en el puente de la nariz. Sorenson volvió a gritar y lo golpeó con el arma a modo de porra.

Los dos acabaron en la cama, uno encima del otro. Nathan golpeó a Sorenson en la cabeza con la mano libre, mientras Miles le arrebatava la pistola.

—¡Mátale! —gritó Nathan.

Miles le puso el arma en la frente a Sorenson.

—¿Quién eres?

El tipo no abrió la boca.

—¿Quién eres? —repitió Miles marcando claramente cada sílaba de esas dos palabras.

—Lo sé todo sobre ti, Miles —dijo Sorenson—. Y no creo que puedas dispararme a sangre fría, otra vez no.

Conocía su verdadera identidad. Miles le golpeó la cabeza de nuevo contra el duro suelo.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién demonios eres?

—Tu única esperanza de seguir con vida —dijo Sorenson.

—Y una mierda. Mataste a Allison. Pusiste la bomba en la oficina, te vi.

—Yo no la maté. Puedo explicarlo. Aquí no, este es territorio de Quantrill.

—Sé lo que vi.

—Ves muchas cosas, Miles. Ves a Andy. —Sorenson sonrió mostrando la sangre que le manchaba los dientes—. No tienes que luchar solo en esta guerra. Deja que te ayude.

Andy. Sabía lo de Andy.

—¿Quién demonios eres? —insistió a gritos—. ¿Por qué intentas matar a Nathan? Sorenson agitó un pulgar en dirección a Nathan.

—Pregúntale al señor Explosivos quién puso realmente esa bomba.

Nathan negó con la cabeza, horrorizado.

—No... está mintiendo. Jamás le haría daño a Allison... —Se tiró al suelo, todavía con una mano esposada, y presionó con la libre la garganta de Sorenson, aumentando poco a poco la presión—. ¡Estás mintiendo!

Miles oyó gente corriendo por el pasillo. Se asomó apresuradamente a la puerta y vio a dos guardias aproximándose. Disparó apuntando alto y las balas perforaron el techo y rompieron una luz. Los guardias se echaron al suelo.

Oyó resuellos a su espalda, Sorenson y Nathan se estrangulaban el uno al otro, Sorenson recuperaba su equilibrio y el rostro de Nathan se iba tornando púrpura. Miles apartó a Sorenson de Nathan, pero sustituyó la mano en la garganta por la suya propia.

—Estira las esposas —le ordenó a Nathan.

Nathan obedeció y Miles colocó el arma en el estrecho tramo de cadena y disparó. Se hizo pedazos. Nathan corrió hacia la puerta y comenzó a patear al inconsciente Groote.

Miles hizo ponerse de pie a Sorenson y lo empujó contra la pared.

—Última oportunidad —lo amenazó—. ¿Para quién trabajas?

—Puedo darte todo lo que quieras, Miles, todo lo que necesitas. No soy tu enemigo. Ven conmigo y te lo demostraré.

—Mátalo —le susurró Andy al oído.

—No te creo. —Miles le cruzó la cara con el arma y lo lanzó contra la pared. El hombre se derrumbó en el suelo con los ojos en blanco.

Miles interrogó a Nathan.

—¿Le hiciste daño a Allison?

Nathan negó con la cabeza.

—No lo hice, lo juro. Si fuera así te hubiera matado cuando entraste en su casa. ¿A quién vas a creer?

Miles eligió.

—Te creo a ti.

Oyó el siseo del deslizamiento de las puertas del ascensor. Los guardias estaban regresando. La inyección de adrenalina era todavía alta, en dura pugna con el dolor de las contusiones tras las disputas con el guardia y el técnico y el sedante que le metió Hurley. Luchó contra su pánico.

—¿Cuántos guardias?

—Dos o tres. La mayoría de los empleados tienen prohibido el acceso a esta planta.

Por supuesto. Mientras menos ojos lo vieran, más fácil era examinar fármacos ilegales. Si solo eran tres, ya había eliminado a uno. No obstante, dos seguían siendo demasiados.

Se arriesgó a echar una mirada al pasillo, sacando la cabeza solo un poco para no estar a tiro y asomando ligeramente el arma. Un guardia estaba a dos metros de él con la pistola a la altura de la cabeza de Miles.

Miles se echó hacia atrás a la vez que la bala impactaba en el umbral de la puerta.

—¡Tirad las armas! —gritó Miles—. ¡Si no mataré a Groote y Sorenson!

Un momento de silencio.

—¡Echad rodando las armas por el pasillo! ¡Ahora! Os doy diez segundos... diez, nueve. Ocho. —Se preguntó qué demonios haría si no se creían el farol.

Un arma llegó rodando por el suelo y se detuvo delante de él.

—¡Las dos!

Otra se unió a la primera.

Miles esperaba que solo tuvieran esas dos. Volvió a sacar la cabeza. Dos guardias le observaban de pie en el pasillo, con la muerte dibujada en los ojos. Miles salió a recoger las armas, les puso el seguro y se las metió en la parte trasera del pantalón.

—Vamos, Nathan —dijo con calma. Mantuvo las armas a la altura de los guardias. Nathan salió al pasillo. Llevaba en la mano la porra policial que Miles le quitó al primer guardia.

—No vas a salir de aquí, imbécil de mierda —dijo un guardia—. Las salidas están bloqueadas.

—Entonces vas a venir conmigo a desbloquearlas —dijo Miles.

—No puedo.

—Más vale que busques una maldita manera. —Miles agarró del brazo al guardia y le empujó hacia delante.

—Señor, por favor, tengo hijos —dijo el guardia.

—Cállate.

Nathan pasó junto a ellos y le incrustó la porra al segundo guardia en el estómago. El hombre se dobló en dos, vomitó y se quejó.

—Me hicieron daño —dijo Nathan en un distante suspiro—. Daño, daño...

—No lo hicimos —dijo el primer guardia—. Groote lo hizo, no nosotros, ¿de acuerdo? Nosotros no.

Miles oía a los pacientes gritando y dando puñetazos en las puertas, agitados por el jaleo, haciendo preguntas. Miles le pasó a Nathan la tarjeta y Nathan se adelantó para abrir la puerta que conducía a las escaleras.

Miles le metió prisa al guardia para que cruzara las puertas y bajara.

—¿Están los otros pacientes en peligro inmediato?

—No lo creo. —Nathan corría delante, saltando los escalones de cinco en cinco.

—Ponte detrás de mí —le gritó Miles, pero el joven no le prestó atención alguna, bajaba como un terremoto por los escalones, mientras que Miles tenía que deslizarse un poco por la baranda para poder mantener el ritmo. La influencia de la dosis que le dio Hurley se esfumaba. El miedo le propulsaba, pero no sabía cuánto tiempo le duraría esta energía.

Llegaron a la puerta en la base de las escaleras. Cerrada. Atrapados. Miles pensó que el corazón le iba a atravesar el pecho.

Sorenson se sobrepuso al dolor y al mareo y salió al pasillo. Vio al guardia, todavía dando arcadas a causa del golpe en el estómago. Agarró la pistola con más fuerza. Podía matar al guardia, también a Groote, pero no quería malgastar ni un momento ni una bala.

—¿Por dónde? —le preguntó al guardia.

El guardia dejó de aferrarse a la boca de su estómago el tiempo suficiente para señalarle las escaleras. Entonces le dio a Sorenson una llave electrónica.

—Esto... abrirá... las cerraduras.

Sorenson la cogió y salió corriendo.

—¿Cómo abrimos las puertas? —le gritó Miles a la cara del guardia.

—Panel de control, en el vestíbulo.

Miles empujó al guardia por un pasillo y de nuevo, al volver una esquina, por otro que conducía al vestíbulo. Al mirar atrás vio cómo se abría la puerta de las escaleras y la tenue luz caía sobre Sorenson. Miles avivó el paso e incitó a Nathan y al guardia a hacer lo propio. Una bala, caliente como el dedo del diablo, le rozó el cuello. Se lanzó hacia el cobijo de una esquina, al tiempo que una segunda bala se incrustaba en el muro, a un centímetro de donde estuvo un momento antes su cabeza.

El guardia echó a correr en pos de la puerta del vestíbulo. Nathan se lanzó contra él con el ímpetu de un zombi, dominado por una rabiosa y ruidosa furia. Ambos cayeron el suelo y Miles apartó a Nathan del hombre y los arrastró a ambos a la puerta sin apartar el arma de la esquina.

—¡Desbloquea las puertas! —le gritó Nathan al hombre, retorciendo la lengua y los dedos como si todo rastro de cordura lo hubiera abandonado. Tartamudeó—: O te-te-te mataré.

El rostro del guardia palideció.

Corrieron camino del vestíbulo. Nathan arrastró al guardia hasta el ordenador. El hombre introdujo una clave con las manos temblorosas.

Miles oyó el chasquido de las cerraduras.

Obligó al guardia a tenderse en el suelo y le dijo que se quedara allí quieto. El

hombre obedeció. *Dios mío, por favor, déjanos salir, que esté abierto.* El miedo le quemaba la piel. Llegaron a las puertas, se lanzaron al frescor cortante de la noche oscura y corrieron camino del aparcamiento.

Sorenson avanzó con cautela hacia el vestíbulo. Escuchó, oyó solo la respiración trabajosa del asustado guardia. Se acercó.

—Puerta principal —dijo el guardia—. Fueron por la puerta principal. Debería haber otra arma en este cajón...

Sorenson dejó atrás al hombre, comprobó la puerta, pensó que no estarían esperando que les persiguiera y corrió tras ellos. Los vio bajo el leve fulgor de las luces y corrió lo más silenciosamente que pudo, con el brazo que sujetaba la pistola extendido, apuntando siempre a los alrededores de la cabeza de Nathan Ruiz.

—Por aquí. —Miles señaló a la parte trasera del aparcamiento, y zigzaguearon por todo el aparcamiento manteniendo la cabeza gacha.

Tras ellos, una alarma destrozó el silencio.

—¿Tienes coche?

—Sí. Tenemos que irnos antes de que los polis lleguen...

—No van a llamar a la policía —dijo Nathan—. Confía en mí...

El zumbido de una bala perforó el aire y Nathan cayó al suelo como un saco, con un grito ahogado en la garganta. Miles se dio la vuelta y vio a Sorenson dos filas de coches atrás, que apuntaba el cañón en su dirección. Miles respondió con un disparo y Sorenson se tiró al suelo.

Pero no le había dado.

El aparcamiento era un laberinto de coches, algunos de los huecos estaban libres y otros no. Miles cogió a Nathan, que se tocó el pelo y la cabellera buscando un impacto, y lo arrastró bajo la línea de ventanas de coches.

—Estoy bien —murmuró Nathan.

—Quédate agachado.

Se abrieron paso entre los coches. A Miles le daba pánico la idea de que Sorenson pudiera aparecer en la misma fila de vehículos a la vez que ellos dos. Si Sorenson estaba lo bastante cerca, los oiría correr hacia el espacio abierto del pasillo del aparcamiento. Los mataría de dos rápidos disparos certeros.

Y si Celeste los veía venir, si estaba de pie junto al coche, Sorenson la eliminaría también.

Le puso una mano en la boca a Nathan. Escuchó el silencio. La calma de la noche cayó sobre ellos. Luchó contra el acceso de miedo.

No puedo permitir que Sorenson mate al chico. Se obligó a esperar, a escuchar su entorno sobre el martilleo de su propio corazón.

Once segundos después, oyó una piedra deshacerse bajo un zapato, a su derecha, a dos coches de distancia.

Miles se echó al suelo y disparó a la negrura bajo los vehículos. Oyó un grito de furia, un cuerpo que se aupaba a un coche para huir.

Miles agarró a Nathan y corrieron. Miles se volvió y disparó. Vio a Sorenson caer sobre el maletero de un coche, bien herido o buscando ponerse a cubierto. Miles trastabilló, sin embargo Nathan le ayudó a recuperar el equilibrio y seguir adelante.

Miles localizó el coche de Blaine.

Bajo el leve brillo de las luces del aparcamiento, el coche aparecía vacío. Celeste no estaba.

—¡Celeste! —gritó—. ¿Celeste?

El maletero se abrió. La cabeza de Celeste se asomó para mirarle.

—¿Qué demonios...? —gritó.

—Se está mejor aquí —susurró.

—¡Fuera, ahora, ahora, ahora, tenemos que irnos! —El impacto de una bala sonó sobre él, pulverizando una ventana del coche aparcado. Se dio la vuelta y se encontró tres figuras oscuras (Sorenson y los dos guardias) aproximándose. Un resplandor de fuego proveniente de los cañones de dos pistolas, balas perforando el capó de un coche al lado del suyo.

Disparaban a matar. Miles se agachó sobre una rodilla. Tratando de recordar cómo se respiraba, apuntó con la mano temblorosa, ignorando el rostro de Andy, y disparó. Una, dos, tres veces, creando una orgía de fuego. Se oyó a sí mismo gritando, parecía un loco.

Tras él, el coche de Blaine rugió. Miles se encogió. No había bomba. Nathan estaba al volante, Celeste agachada en el asiento de atrás.

Miles mantuvo la oscilante arma apuntando a la oscuridad. Vio a un guardia corriendo hacia ellos. Miles le disparó a la ventana del coche más cercano al hombre y el guardia se agachó y se quedó abajo.

Miles siguió a Celeste hasta el asiento trasero.

Nathan impulsó el coche fuera de la plaza de aparcamiento. Miles disparó a sus perseguidores hasta agotar el cargador. Pasaron junto a Sorenson y los guardias. Uno de ellos disparó con toda la intención a las lunas traseras. Miles cubrió el cuerpo de Celeste con su cuerpo para protegerla de los cristales rotos. Nathan viró el coche rápida y bruscamente en el estrecho y sinuoso trazo de Canyon Road. Alcanzó los noventa kilómetros por hora en diez segundos, agazapado detrás del volante.

—¿Quién eres, tío?

—Miles Kendrick. —Su viejo nombre le sonaba ajeno, como una fea camisa gastada que ya no le quedaba bien y nunca más se pondría.

—En tu carné de conducir ponía que te llamabas Michael.

—Hay que actualizarlo. Me llamo Miles. Pero sí que soy un paciente de la doctora Vance. Esta mujer también. Se llama Celeste.

La mirada de Nathan se posó un momento en el reflejo de Celeste en el espejo retrovisor.

—¿Por qué habéis venido a por mí?

—Te necesito. Quiero saber la verdad sobre la muerte de Allison.

—Os dejaré donde digáis, pero me quedo con el coche. Tengo que alejarme de ellos.

—Mala idea. Debemos permanecer juntos —dijo Miles.

—No me gusta Nathan —dijo Andy, sentado junto a Celeste—. Me gusta incluso menos que tú. Vamos, dispárale antes de que te haga algo. ¿Crees que puedes confiar en este tipo? Será mejor que averigües qué demonios quiso decir Sorenson con eso de señor Explosivos.

Nathan giró en Cerro Gordo, la carretera que pasaba junto a la casa de Allison. Miles esperaba oír en cualquier momento las sirenas de la policía. Eso no sucedió, la carretera a su espalda estaba negra, vacía, la tranquila noche cerraba su oscuro puño en torno al coche.

—Permanecer juntos... —dijo Nathan—. ¿Para qué?

—Podremos defendernos mejor así.

—No quiero luchar... —comenzó a decir, pero se detuvo—. Aunque tampoco quiero esconderme el resto de mi vida.

—Tengo un lugar en el que podemos pasar la noche y decidir cómo detener a esta gente.

—¿A qué te refieres con detener a esta gente?

—A que no nos maten.

Nathan negó con la cabeza.

—No puedo ir a la policía. Mis viejos... me enviarán a otro manicomio. Y ya no lo necesito.

—Ni nosotros tampoco. Desconozco la conexión entre Groote y Sorenson, pero irán tras nuestros pasos. Sabemos lo que Allison robó del hospital, y creo saber cómo encontrarlo antes que ellos. Si lo logramos, no podrán hacernos ningún daño.

—Hay otro tipo... el doctor Hurley.

—Lo sabemos. Trató de matarme. Celeste... lo impidió.

—¿De manera permanente?

—Permanente, sí.

Nathan estiró el pulgar hacia arriba.

—Te comería a besos, nena.

A ella le dio un escalofrío.

—Pero no te preocupes —aclaró Nathan—, no lo haré. —Su sonrisa, extasiada ante tal libertad, se ensanchó dándole el aspecto de un tipo bastante perturbado—. ¿Entonces adónde vamos, tío? Somos libres, libres, libres...

Miles se preguntó qué extraño genio había sacado de la botella al ayudar a Nathan.

—¿Le han dado, señor? —preguntó el guardia.

—No, falló por poco —dijo Sorenson. Había sentido el calor cuando la bala le rozó a un milímetro del tobillo.

—Creo que le acerté a uno —dijo el guardia, boqueando para recuperar el aliento—. Por la ventana, le di, deberíamos...

—Deberías haber apuntado a las ruedas. —Él también vació demasiado pronto el cargador y estaba furioso consigo mismo—. ¿Está conectado el sistema de la alarma con la policía?

—Claro que no —dijo el guardia—. Tenemos orden de no avisar a la policía. Nunca. El señor Quantrill no los quiere por aquí.

Tenía sentido no llamar a la policía. Sorenson no deseaba visitas inoportunas, todo un detalle de los directivos del hospital, pues servía perfectamente a sus propósitos. Se alejó de los guardias sin más explicaciones y se dirigió hacia su coche.

—Eh, señor, espere un segundo, maldita sea.

Uno de los guardias lo sujetó por el brazo y Sorenson se paró inmediatamente, hizo un movimiento para liberar su brazo y le propinó un codazo en la cara al guardia. La nariz de este se rompió con un escalofriante chasquido, y el hombre se desplomó aullando.

Sorenson echó un vistazo al otro empleado, quien enarboló su pistola.

—Tu cargador está vacío, como el mío.

Agarró por la garganta al guardia de la nariz rota.

—Es un gran chico, pero puedo romperle el cuello con una fuerte torsión antes de que des un paso. Así que tira tu arma, yo me iré de aquí en mi coche y tú podrás llevar a tu amigo al médico.

El guardia de la pistola miró dentro de los ojos de Sorenson. Dejó lentamente su arma en el suelo, la apartó con una patada sin que tuviesen que decírselo.

Sorenson mantuvo bien sujeto por el cuello al guardia hasta que encontró su automóvil, solo entonces lo empujó con desprecio contra el asfalto.

Ahora Groote sabía que era su enemigo. Nathan seguía siendo una amenaza y estaba con Miles Kendrick, quien a pesar de estar mentalmente enfermo tenía la habilidad y los cojones suficientes para pelear.

Sorenson pisó a fondo el acelerador y se alejó al amparo de la noche. Desconocía el destino del coche de Kendrick.

Tenía que encontrarlo a él y a Ruiz. Ya. O si eso fallaba, tenderles una trampa. Una que no pudieran ver venir.

Nathan dejó el coche tras el muro de adobe de la casa de Blaine el Plasta. Sus manos se aferraban al volante como si formaran un solo ser.

—Nathan... tranquilo —dijo Miles.

Nathan soltó las manos temblorosas del volante. De repente, agarró el espejo retrovisor y trató de arrancarlo del techo.

Miles se incorporó hacia delante y le agarró los brazos.

—¿Qué demonios? ¡Tranquilo!

—¿Podemos entrar, por favor? —preguntó Celeste. Estaba acurrucada en el asiento trasero, temblando como si estuviera enterrada en un alud de nieve.

Nathan apartó el espejo del ángulo de visión de su cara. Miles ayudó a Celeste a salir del coche, apresurándose a buscar el cobijo del porche. Nathan los siguió. Miles abrió la puerta delantera y contuvo el aliento, pensando la explicación que le daría a Blaine si se lo encontraba de vuelta de Texas.

—¿Señor Blaine? Soy Michael, de la galería —dijo Miles levantando la voz. No hubo respuesta. Blaine seguía fuera de la ciudad.

Miles encendió la luz de la cocina, pero no las demás luces. Si los vecinos sabían que Blaine estaba fuera de la ciudad, no quería generar sospechas.

Celeste se dejó caer en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho. Nathan analizó la habitación como si se hubiera internado en territorio enemigo.

Miles cerró la puerta delantera.

—Podemos quedarnos aquí al menos para dormir esta noche.

—¿Es seguro? —Nathan corrió de habitación en habitación, como si esperara que un inexplicable horror le asaltara tras cada esquina oscura.

Miles lo siguió.

—Estamos bien, lo prometo.

—¿Es esta tu casa? ¿Cuántas puertas? ¿Cuántas ventanas?

Nathan entró en el baño del pasillo y unos segundos después, Miles oyó un repentino y agudo crujido.

Entró y apartó a Nathan.

—¿Qué demonios...?

El espejo estaba roto, un enorme cráter adornaba el centro y de él irradiaban varios rayones hacia fuera. Nathan soltó un pesado soporte de jabón en el suelo.

—Odio los espejos. —Nathan se retiró del cristal roto.

—¿Por qué? —Miles lo sujetó por los hombros, manteniendo la calma en la voz—. Puedes decírmelo.

Le tembló la mandíbula, en sus ojos se vislumbraba un acuciante temor.

—Ellos... me miran. Desde los espejos. Mis amigos.

—Tus amigos que murieron en Irak.

—¿Cómo lo sabes? —Nathan se apartó de él, echando a correr por el pasillo—.

No quiero que vean que estoy aquí...

Miles lo alcanzó a la entrada del dormitorio, desde donde miraba fijamente a un espejo que había sobre la mesa.

—No pueden verte. No pueden.

—Pero yo les veo a ellos. Estuvieron un tiempo desaparecidos. Ahora están volviendo, viven en el espejo y no es culpa mía, no fue culpa mía...

Miles lo apartó del espejo.

—Los cubriremos todos, ¿de acuerdo? Celeste, ayúdame. —Nathan llevó a Miles a la desordenada cocina. En el fregadero se apilaban varios platos sucios. Nathan se derrumbó en el suelo.

—Busca toallas, mantas... cubre todos los espejos que encuentres, por favor —le dijo Miles a Celeste. Parecía mucho más centrada con cuatro muros rodeándola. Asintió y dejó la habitación.

—Nathan. Reacompañate, tío, esta noche has llegado muy lejos, ahora no puedes echarlo todo a perder. Mantén la calma.

—Es parecido a tener el mono. Antes estaba mejor, ahora estoy peor. —Nathan dio un brinco al oír el ruido del motor de un coche en la calle.

Frost. Le habían estado dando Frost, y probablemente recibió su última dosis el martes. Quizás los efectos del fármaco comenzaban a diluirse si no recibía una dosis diaria.

Nathan sacudió los hombros para que Miles le quitara las manos de encima, cerró los ojos y estabilizó su respiración. Celeste volvió corriendo a la cocina.

—He cubierto todos los espejos. —Se arrodilló junto a ellos—. Estás sangrando. Las piernas. —Y Miles vio manchas de sangre, seca y fresca, empapando la bata de hospital que llevaba puesta.

Nathan la ignoró. Extendió un dedo apuntando a su rostro y Celeste dio un respingo hacia atrás.

—Tú estuviste en *Supervivientes*. Dios mío de mi vida. —Ella asintió—. Así que mataste a Hurley. Era un mal tipo, un mal médico con mal aliento y malos pelos. —Nathan se echó a reír, una carcajada rota—. Hiciste una buena obra. Si alguien matara ahora a Groote sería... si es que no lo hago yo mismo.

—Nadie va a matar a nadie —dijo Miles.

Celeste alargó una mano en dirección al rostro de Nathan.

—No. —Nathan se echó hacia atrás—. No me toques.

—Solo déjame ver —dijo Celeste con una voz dulce, calmada y tranquilizadora.

Nathan dejó de batirse en retirada por toda la cocina. Se puso tenso cuando Celeste le tocó la mandíbula y le examinó la cara. Un labio hinchado, un leve corte en la mejilla con un feo cardenal encima.

—Te dieron un puñetazo.

—Solo una o dos veces. —Le tembló la voz—. Luego me azotó en la espalda con una manguera.

—Déjame ver. —Celeste le levantó la parte trasera de la camisa. Una serie de heridas le cubrían la espalda.

—Groote me clavó un destornillador en los huesos. Fue muy doloroso. —Las lágrimas le sobrevinieron al rostro y se estremeció. Se subió las mangas, se quitó los vendajes de los brazos y le enseñó la constelación de profundas y sanguinolentas perforaciones—. Lo introdujo completamente, apretó el destornillador contra el hueso. Luego... lo giró. Me lo hizo también en las piernas. Me curó y me lo volvió a hacer horas después. —Apretó los dientes.

—Oh, Dios mío —dijo Celeste—. Voy a ver si hay un maletín de primeros auxilios. —Volvió a salir corriendo de la cocina.

—No puedo volverme loco otra vez —dijo Nathan en un áspero susurro—. No puedo.

—No dejaré que eso ocurra —dijo Miles, y Nathan se rio, otra corta risotada rota.

—¿Tienes algo de cordura de sobra en el bolsillo? —preguntó Nathan.

—Sé a lo que sobreviviste, Nathan —dijo Miles en voz baja.

—No sabes nada, tío, no sabes nada sobre mí... no quieras saberlo.

Celeste volvió corriendo, portando gasas, vendas y un gel antiséptico.

—Quítate la bata.

Miles ayudó a Nathan a levantarse. Nathan se bajó la bata hasta las rodillas entre expresivas muecas de dolor. El púrpura era el color dominante en la parte trasera de las piernas, donde Groote le había golpeado con las mangueras. Cuatro brutales moratones le adornaban la pierna. Celeste trató y vendó las heridas.

—Son heridas profundas. Necesitas un médico.

—No —dijo Nathan.

—Corres riesgo de infección —dijo Celeste.

—No —repitió Nathan—. Médicos no. No podemos dejar que Groote nos encuentre.

Miles rebuscó en las estanterías, encontró aspirinas, le puso un puñado a Nathan en las manos y le dio un vaso de agua. Nathan se tragó varias de golpe, como si fueran caramelos. Se limpió el polvo blancuzco sobrante en la camisa y apuró el agua.

—Gracias. —Los ojos se le pusieron acuosos por el cansancio.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —le preguntó Miles.

—El martes.

Miles buscó algo en el frigorífico casi vacío de Blaine. Solo encontró mermelada y un pan bellamente horneado. Abrió un bote nuevo de mantequilla de cacahuete e hizo sándwiches para todos. Nathan devoró la cena en segundos, temblando por el hambre acumulada.

Miles se sentó en el suelo enfrente de Nathan.

—Sabes lo que es el Frost.

—Sí. Allison me contó que es una medicina para curar el trauma. Me lo dijo

cuando me dio la tarjeta electrónica, me dijo que tenía que huir. —Nathan se pasó una mano por la boca—. Al principio creí que el Frost era el nombre en clave de los tratamientos de realidad virtual que nos administraban. —Explicó cómo funcionaban los tratamientos de realidad virtual, confirmando lo que Miles ya había visto en la sala del técnico.

—Te hicieron revivir el bombardeo —dijo Miles.

—¿Bombardeo? —preguntó Celeste.

—Soy un héroe de guerra. —Nathan se sentó más derecho—. Irak. Me presté voluntario tras el once de septiembre. Quería luchar en una guerra justa, defender al país que amo.

—Muy valiente por tu parte —dijo Celeste endulzando el tono.

Él agachó la cabeza, avergonzado.

—Durante la invasión estuve con una compañía de artillería, a cuarenta y cinco kilómetros de Bagdad. Estábamos lanzando nuestros misiles contra un palacio de Sadam, justo después de la medianoche. Entonces un piloto americano se confundió, le dieron una mala información, creyó que éramos de la guardia republicana, disparó un misil térmico... —Hizo una pausa, tragó saliva, sin apartar la vista de sus pies—. Murieron cuatro de mis colegas. Casi nos mata a todos.

—Lo siento, tío —dijo Miles.

—Pedazos de mis amigos volaron por todas partes. Me rompí la nariz porque una pierna me dio en la cara.

Miles y Celeste no dijeron nada, las palabras no tenían ahora ningún poder.

—Resulté herido en la explosión —dijo, al tiempo que se señalaba la maraña de cicatrices en la mejilla y la nariz—, pero donde me hizo daño fue por dentro. No podía... no podía cumplir con mi deber de nuevo.

—Síndrome de estrés postraumático —dijo Celeste—. No es culpa tuya.

—Síndrome del estúpido patético —reformuló Nathan—. Así lo llamo yo. Me volví loco. Me ponía como un energúmeno en dos segundos. Le di una paliza a un camillero de la planta psiquiátrica donde me mandaron, en Alemania. Sin embargo, me licenciaron con honores, me dieron una medalla por estar a cinco metros de mis amigos cuando explotó la batería de misiles.

—Y entonces acabaste en Sangriaville —dijo Miles.

—Al no ponerme mejor. Mis viejos fueron buenos conmigo, pero pasados un par de años empezaron a decirme «Nathan, déjate ya de tristeza. Deja de quejarte. Deja de ver a gente muerta en los espejos. Deja de ser un tarado, vuelve a ser nuestro hijo». Intenté vender muebles en el negocio familiar, en Albuquerque, pasé de controlar sistemas de misiles a vender mecedoras. —Hizo un amago de risa—. No era bueno vendiendo la mercancía. Le di un puñetazo a un tipo que era incapaz de decidirse entre dos sillones. Joder, no es una decisión de vida o muerte, no es para pasarse treinta minutos sentándose y reclinándose. Entonces mis viejos me buscaron un programa de veteranos en Phoenix que me proporcionaba un tratamiento gratuito,

luego oyeron hablar del programa de Hurley y me cambiaron a Santa Fe.

—Leí algo sobre esos tratamientos de realidad virtual —intervino Celeste—. Se los considera prometedores, no requieren del uso de fármacos.

—No firmé para probar fármacos, ninguno de nosotros lo hizo, se supone que firmamos para probar los tratamientos de realidad virtual. —Nathan cerró los ojos. Miles le puso una tranquilizadora mano en el hombro. El temblor se detuvo—. No sabía nada de las drogas hasta que Allison me lo dijo.

—Está todo bien. Dinos lo que sabes de la muerte de Allison —dijo Miles—. Desde el principio.

—Sorenson miente. —Nathan le dio otro bocado a su sándwich. Un resto de mermelada de fresa se le quedó junto al labio—. Yo no la maté. Tenéis que creerme. Yo nunca...

—Te creo.

—Gra... gracias. Por sacarme de esa cámara de tortura. —Apretó los puños y los presionó contra su cara—. Pensaba que estaba curado, pero ahora me siento peor que nunca. Allison era la única persona que me ayudaba...

—Juro que te ayudaré, Nathan —dijo Miles—, pero tú tienes que ayudarnos a nosotros.

—¿Ayudaros a qué?

—A hacerle justicia a Allison.

Nathan se echó a reír.

—Qué alta y grandilocuente suena esa palabra. Justicia. —Nathan se limpió la mermelada de la barbilla con el pulgar y se chupó el dedo como haría un niño.

—Ella era nuestra amiga —dijo Celeste—. Nuestra doctora.

—No se puede ayudar a una muerta —dijo Nathan—. Están muertos, fin de la historia.

—No es el fin de la historia. Ella intentó ayudarnos —dijo Miles.

La boca de Nathan se convirtió en una fina línea.

—Quiero saber en lo que me estoy metiendo. Todavía no sé por qué usas dos nombres.

—A mí también me gustaría saber la razón, Miles —dijo Celeste con calma—. ¿Qué nombre prefieres?

Podría desdoblar la confesión que guardaba en el bolsillo, dejársela para que la leyera. Necesitaba que Nathan confiara en él, sin embargo no estaba seguro de que pudiera confiar en el exsoldado. Sabía que su actitud era la equivocada, le estaba intentando dar lecciones de cooperación a un chico asustado y abatido, pero él era incapaz de ayudarse a sí mismo. Les relató su vida en unas pocas palabras:

—Mi padre murió. Le debía trescientos mil dólares a una familia de Miami. Me obligaron a trabajar con ellos para pagar la deuda, me hicieron espiar a sus rivales. Al final acabé cooperando con los federales, testifiqué, y me metieron en el programa de protección de testigos. El gobierno me trasladó a Santa Fe y me dio el nombre de

Michael. Pero ya no estoy en el programa.

—Cuéntales la historia completa —protestó Andy desde la mesa de la cocina—. Estoy esperando ansioso a que lo hagas.

Celeste le puso una mano en el brazo a Miles, como si hubiera oído los susurros de Andy.

—¿Ese es tu trauma? —dijo Nathan—. Joder, eso no es nada, tío.

—Para —dijo Celeste—. Esto no es una competición.

—Solo digo que no entiendo cómo puede volverte loco estar en protección de testigos —dijo Nathan.

—Maté a un hombre —dijo Miles de repente—. Intentó matarme, a mí y a dos policías encubiertos que se habían infiltrado en la familia. Yo le disparé.

—¿Por qué intentó matarte? —preguntó Nathan.

—No lo recuerdo —dijo Miles—. Estábamos hablando con él y entonces sacó el arma y trató de matarme.

Nathan miró a Celeste.

—Cuidado con lo que dices. No bromees. Le debes tu vida a este hombre —dijo ella.

Nathan no abrió la boca.

—Esa es mi verdad, Nathan. Es tu turno. Acaba tu historia. Allison iba a sacarte del hospital.

—Sí. Se suponía que tenía que ir a su casa a esperarla. Íbamos a desaparecer, irnos a donde nadie pudiera encontrarnos, me dijo que tenía que ser el martes por la noche, no sé por qué ese martes era tan especial.

—¿Qué sabes de Groote? —preguntó Miles.

—No lo había visto antes del martes, ni a Sorenson tampoco.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Quantrill? —preguntó Miles.

—No.

—Allison debería haberse limitado a llamar al consejo estatal y denunciar a Hurley y Quantrill —dijo Miles—. ¿Por qué esconderse? ¿Por qué huir? Podría haber acudido a la policía. Me pidió ayuda. Parece que estaba preparándose para enfrentarse a ellos. Pero a ti te dijo que iba a huir.

—Quizás quería tu ayuda para esconderse y esconderme a mí, ya que tú lo sabes todo sobre el tema —dijo Nathan.

Miles se encogió de hombros. A la explicación le faltaban visos de realidad, faltaba una parte, algo rechinaba.

Nathan se puso en pie de un salto y se lavó la cara en el fregadero.

—Si tomar Frost te estaba ayudando, ¿por qué querías irte? —preguntó Celeste.

Nathan se pasó un dedo por los labios.

—Allison me dijo que Hurley iba a realizar experimentos adicionales conmigo. Mi trauma era demasiado profundo. Acabaría extirpándome el cerebro para demostrar cómo funcionaba el Frost sobre él.

—Oh, Dios mío. ¿Van a matar a todos los pacientes? —dijo Celeste.

—No, no podían arriesgarse a que tanta gente muriera sin tener que dar una explicación. Según me dijo Allison, yo iba a sufrir un accidente. —Nathan se puso una mano delante de los ojos—. Necesito dormir.

—Respóndeme a otra pregunta. ¿De verdad crees que el Frost te ha ayudado?

—Antes mi cabeza no funcionaba. Ahora sí. Supongo que estoy mejor. Sin embargo, últimamente no puedo pensar bien, me entra el pánico.

—¿Te pasa igual a ti, Celeste? —preguntó Miles.

Se encogió de hombros como única respuesta.

—Nathan, sientes que...

—¡No quiero hablar más! —dijo casi a gritos. Tiró lo que quedaba del sándwich al fregadero—. Por favor. Solo... necesito dormir. Dejarme dormir.

Miles ayudó a Nathan a subir al cuarto de invitados. Nathan se dejó caer sobre las sábanas y agarró del brazo a Miles.

—Si intentas hacerme algo mientras duermo, te mataré.

—Pisa el freno, tío. Te he salvado. Estamos en el mismo equipo.

—No —le rectificó Nathan—. Nadie está en mi equipo.

Nathan se durmió a los cinco minutos. Miles permaneció de pie en la puerta, observando la rítmica subida y bajada de su pecho.

—Es peligroso —dijo Andy—. No puedes confiar en él.

—Mira quién habla —replicó Miles, y volvió abajo. Celeste había hecho una cafetera de descafeinado y estaba sentada en la mesa de la cocina.

—¿Le crees? —le preguntó nada más verlo.

—Sí y no. Sabemos que Allison robó el Frost y lo mandó a ese servidor de Mercury Mountain. Allison no usó su propio ordenador, ni uno del hospital o de una cafetería o una biblioteca. Usó el tuyo. Además te quitó las pastillas que probó contigo.

—Me dijo que el Frost era un antidepresivo. Me daba ella misma las pastillas para que no tuviera que molestarme con recetas ya que no salgo... salía mucho de casa. No me gusta mucho la idea de haber sido un conejillo de Indias.

—Puede que te diera las pastillas para ayudarte, si estaba segura de que eran útiles —dijo Miles.

—No es ético.

—No voy a llevarte la contraria en eso. Pero has salido de tu casa, estás funcionando.

—Cierto. No dudo de las buenas intenciones de Allison.

—Sin embargo, no entiendo por qué no fue a la policía, y más cuando Hurley planeaba meter mano en el cerebro de Nathan.

—Miente —dijo Celeste.

—¿Eso crees?

—Sí. Pero no sé qué parte de la historia es verdad. Solo me da la sensación de que no es del todo honesto.

—La sensación que me da a mí es que quiere volver a ser un soldado. Fuerte. Capaz. Confiado.

Se bebieron el café en mitad de un incómodo silencio.

—Hoy he matado a un hombre —sentenció Celeste—. Esas palabras no suenan bien en mi boca.

—Matar suena mal. Me salvaste.

—¿Eso hice? Eres un tipo grande y fuerte. Le diste una patada a Hurley y cayó cerca de mí, el arma se disparó. No es que me armara de valor, le apuntara y le matara. Pude haber esperado. Si le hubieras derribado a puñetazos, me hubiera ahorrado el disparo.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Sí —dijo—. Ese es el problema.

Andy estaba sentado frente a él en la mesa de la cocina. Celeste notó su rápida mirada al vacío.

—¿Está aquí tu amigo invisible?

Le invadió la vergüenza.

—No.

Celeste dio un sorbito de la taza de café.

—Me dijiste que mataste a tu amigo. No dijiste que también intentó matar a dos policías.

Miles se encogió de hombros.

—Eso no cambia el hecho de que lo maté.

—Si salvaste vidas, hiciste lo correcto, no importa lo devastador que resultara.

—No estoy de acuerdo —dijo Andy—. ¿Qué sabrá ella?

Miles se quedó callado, no quería escuchar a ninguno de los dos, estaba muy cansado.

—Debemos trazar un plan, Miles. No podemos escondernos aquí para siempre —dijo Celeste.

Miles soltó la taza.

—Tenemos que encontrar el informe sobre el Frost. Es la única manera para, primero, probar que no estamos locos y, segundo, excusar lo que hemos hecho: yo, huir de la protección de testigos; tú, matar a Hurley.

Celeste se abrazó a sí misma, como si tuviera frío.

—Me gustaría la vida en la cárcel, me gusta estar encerrada.

—La odiarías.

—¿Has estado?

—No. Pero en el programa de protección de testigos te internan en un lugar del que no puedes salir, donde no ves a otra gente. No hay barrotes, pero es una cárcel.

—Yo hice lo mismo que tú —dijo—. Apartarme de mi vida. Aislarme del mundo. El silencio entre ellos se tornó si cabe más extraño.

—Tengo que decirte lo que vi en el hospital. Sorenson le había dado una paliza de muerte a ese Groote y estaba intentando matar a Nathan. Me dio a entender que Nathan mató a Allison, que sabía sobre explosivos. Quizás solo estaba intentando crearme dudas, pero Nathan estuvo en el ejército y no sabemos los detalles de su hoja de servicio...

—¿Por qué iba a matar a Allison si lo estaba ayudando?

—No lo sé. Digamos que Allison robó el Frost, entonces Sorenson se lo robó a ella o la mató. Entiendo por qué Sorenson se enfrentaría a Groote, pero ¿por qué atacar a Nathan? ¿Qué amenaza le suponía? Finge ser un médico, mata a Allison y luego intenta matar a uno de sus pacientes. No pilló la conexión.

—Mañana haremos hablar a Nathan. Ahora voy a buscar una cama para dormir. —Se puso en pie y cogió un cuchillo de un cajón.

—¿Para qué es eso? —le preguntó Miles—. No hace falta que te cortes...

—No es para mí —dijo—. Es para protegerme. Por si los tipos malos aparecen durante la noche.

—Haré guardia.

—No puedes, Miles. Te han drogado, has vivido un infierno. Esto no es una peli de miedo, no estamos sentados en una hoguera esperando a que el hombre del saco se abalance sobre nosotros. Nuestro hombre del saco lo llevamos dentro. —Puso el pulgar en el filo del cuchillo—. Buenas noches, Miles.

—Buenas noches, Celeste. Siento haberte metido en todos estos problemas.

—No lo has hecho. —Subió las escaleras.

Miles puso las palmas de las manos en la mesa. Dios, solo quería recuperar su vida. Su imperfecta, insulsa, pero maravillosa vida de antaño. Quería recuperar la agencia de investigación privada de su padre, que no hubiera círculos criminales extorsionándole para que pagara las deudas que le dejó como herencia, que Andy no se hubiera convertido en un mafioso, no tener razones para esconderse, olvidarse de las alucinaciones...

Se bebió otra taza de café. Eligió el siguiente paso. En su cabeza resonaban una docena de preguntas que resolvían el complicado rompecabezas que era la batalla por el Frost. Lo que sabía a ciencia cierta es que la única manera de derrotar a Groote y a Sorenson, de hacer que lucharan entre ellos, era localizar la investigación robada sobre el Frost. Los tipos malos no querían hacerla pública, ese miedo era una debilidad que debía explotar. Encontraría el Frost y los destruiría. Entonces el próximo paso era llegar a Mercury Mountain, donde Allison guardó la investigación robada. Si no encontraba nada por ese camino, tendría que ir a por ese Quantrill de California; era el jefe, el dinero tras el Frost. Seguir al dinero, esa era la regla que siempre le guio cuando espía para los Barrada, y nunca le falló. Con la salvedad de que nunca tuvo que arrastrar consigo a dos personas inocentes en esa persecución. Su

estómago dio un vuelco ante la responsabilidad que sentía por protegerlos, pero no le quedaba elección. Simplemente intentaría mantenerlos a salvo mientras trataba de no pensar en qué les había fallado a Andy y Allison.

—Lo arreglaré —se dijo a sí mismo, al aire de la cocina, a Andy.

Se quedó dormido en la cama deshecha de Blaine, con la Beretta bajo la almohada, del mismo modo que dormía en Miami hace ya una vida.

Una cámara le miraba desde los alerones del porche de Celeste Brent. Groote arrugó la cara. Llevaba unas gafas de sol y una gorra sobre la cara para esquivar el temprano sol de aquella mañana de viernes, pero no le gustaba que su imagen se viera en ningún sitio. Arrancó la cámara de su soporte y destrozó las lentes con la suela de sus botas.

Al estirar la mano para coger la cámara sintió dolor en el brazo. Maldita sea, le dolía todo el cuerpo. El brazo izquierdo le ardía, la cabeza le palpitaba, tenía vendada la nariz rota. Parecía haber sufrido un accidente de coche.

El Frost había desaparecido. Sorenson lo había traicionado, todo ese rollo de los tratos era para nada, el tipo solo quería una oportunidad para matar a Nathan Ruiz, cualquiera que fuera su oscura razón. Nathan Ruiz y Michael Raymond se habían esfumado. Hurley estaba en paradero desconocido. Un federal llamado Pitts le pisaba los talones. La vida no le trataba bien.

Si pensaba en Amanda podía seguir adelante.

Probó primero a pulsar el botón del timbre. No hubo respuesta. Llamó con los nudillos. Esperó. Si Celeste era una reclusa psiquiátrica puede que no respondiera a la puerta.

Introdujo una ganzúa en la cerradura, la removi6 y los pestillos se liberaron. La puerta se abrió. No sonó ninguna alarma. Entró, cerrando a su espalda. Dejó las luces apagadas.

Casi se tropieza con un cuerpo desmadejado en el suelo, el de Hurley.

—Imbécil —dijo por lo bajo. Con una mueca de dolor, se sacó un arma, tomada prestada de un guardia fuera de servicio del hospital. Registró el lugar. La casa estaba vacía.

Examinó a Hurley sin llegar a tocarlo, no hacía falta hacerlo para ver que el hombre estaba muerto. Aquel tipo era un grano en el culo, pero podría haber ayudado a Amanda.

—Te dije que tenía que haber venido contigo —le recriminó al cadáver.

Siguió registrando el resto de la casa. Allí no había nadie.

Si las cámaras grababan continuamente, podrían contarle la historia de lo sucedido. Encontró un ordenador en el dormitorio, junto a él había un enorme disco duro externo y varios cables de vídeo que provenían de las paredes. Lo encendió. No requería palabra clave para iniciarse. No le sorprendió, aparte de Celeste Brent nadie usaba ese sistema. Examinó el disco externo. Las imágenes se quedaban guardadas en formato digital durante unos días y luego se borraban automáticamente y vuelta a empezar. Accedió a los archivos de vídeo, comenzando por los de ayer. La cámara se activaba por sensores de movimiento, los fotogramas se guardaban cuando alguien se acercaba a la puerta.

Apareció una señora mayor, una especie de matrona que probablemente era la

persona encargada de cuidar de Celeste. Llegaba, entraba con una bolsa de recados, salía. Entonces aparecía Michael Raymond sosteniendo una nota.

«Sé el secreto de Allison.» Madre de Dios. A Groote se le revolvió el estómago. Le dio para delante al vídeo. Michael espera y luego entra. Nada. Entonces llega Hurley, espera, entra. Nada otra vez. Después sale Michael junto a una mujer muy asustada y desorientada que camina con paso titubeante hasta salirse del encuadre. Maldita sea. No se veía ningún coche, matrícula o pista de ningún tipo.

Volvió a los archivos de vídeo del martes, el día que murió Allison. Le dio hacia delante hasta que Allison apareció en la puerta. Volvió a darle para delante hasta que se fue. Nada más.

Celeste Brent estaba compinchada con Allison Vance, al igual que Michael Raymond.

«Sé el secreto de Allison.»

Cinco palabras que helaban la sangre.

Tenía que imaginarse dónde habrían ido, pues según el contador de tiempo que aparecía en la cinta, fueron directamente al hospital desde la casa. Pero lo primero era Hurley. No podía dejar allí el cuerpo. Celeste Brent era una celebridad trasnochada, pero seguía siendo un nombre reconocible para mucha gente, un cuerpo encontrado en su casa llamaría la atención de todo el país. La cuidadora podría volver mañana, la muerte de Hurley podría ser un problema mayor que su desaparición.

Separó los componentes del sistema informático. Quizás habría información útil en los discos duros que ayudara a descubrir dónde habían huido Miles y Celeste. Acarreó los discos duros hasta el coche alquilado y los colocó en el asiento trasero. Ahora tocaba meter a Hurley en el maletero y luego llevarlo al desierto.

Cerró la puerta y allí, al otro lado del bajo muro de adobe que separaba el jardín de la carretera de tierra, vio a DeShawn Pitts.

—Hola —dijo Groote. *Calma. Tienes que salir de aquí hablando, tío, tienes que hacerlo, por tu hija.*

—¿Qué le ha pasado, señor Groote?

—Un accidente en el hospital. Fue culpa mía. Me resbalé y me caí por las escaleras.

—¿Está bien?

—Sí. ¿Cómo sabía que estaría aquí? —Disfrazó su voz con un deje jocoso.

—Aparqué cerca del hospital. Quería ver al doctor Hurley para tener una charla con él, pero lo he visto a usted salir con la cara destrozada. Sentí curiosidad. Lo he seguido.

Este tipo albergaba demasiadas sospechas. Eso entristeció a Groote.

—¿Es su casa? —preguntó Pitts.

—Ojalá. No, es de una paciente del doctor Hurley.

—Ese coche ahí aparcado es del doctor Hurley. Es la misma matrícula, la he comprobado. ¿Es normal que pase la noche con sus pacientes?

—No, pero el de anoche era un caso especial.

—Me da la impresión de que Hurley me está evitando. ¿Está aquí o no?

Groote tanteó las opciones; vida o muerte.

—Tengo que insistir, señor Groote. El doctor Hurley debería salir a hablar conmigo al menos cinco minutos.

Groote se decidió, aunque no le gustaba la idea. Cerró la puerta del coche e intentó parecer avergonzado bajo los vendajes.

—Hurley habló con la persona que usted busca, fue él quien le llamó desde el hospital. Ha estado llamando a todos los pacientes de la doctora Allison Vance, está llevando a cabo una especie de persecución ambulatoria.

—Excelente.

Groote señaló la casa con la cabeza.

—¿Por qué no entra y hablamos?

A Miles le despertaron los gritos.

Saltó de la cama, sin estar seguro de si había dormido. No tenía el habitual recuerdo de las pesadillas de Andy muriendo en el suelo, del eco de los gritos de terror en la cueva de su mente, ni siquiera el reciente de la consulta de Allison viniéndose abajo en llamas. Los gritos procedían de otra garganta, y eran gritos de puro terror.

Subió a toda prisa las escaleras. Nathan estaba tendido sobre una maraña de sábanas, amenazando al aire con los puños, lanzando patadas al vacío con el gesto descompuesto.

—Nathan. Despierta. Despier... —Las manos de Nathan se cerraron en torno a la garganta de Miles y unos dedos de acero le presionaron la tráquea.

—¡Yo no, yo no lo rompí! —gritaba Nathan. Su voz se quebró hasta convertirse en un gemido—. ¡Lo arreglé, lo arreglé, lo juro!

—¡Nathan!

Nathan saltó de la cama, lanzó a Miles con fuerza contra la pared y lo miró fijamente a los ojos.

—Soy Miles. Suéltame —logró decir, boqueando ante el poco oxígeno.

—¡Nathan, para! —ordenó Celeste desde la puerta.

Nathan soltó a Miles, dio unos pasos atrás sin decir palabra y se sentó en la cama.

—Un mal sueño —dijo Miles—. Es solo un sueño, tío, estás bien.

Una furia cercana al odio centelleó en los oscuros ojos de Nathan.

—Yo no sueño.

—Sueñas y gritas. A mí me ha pasado.

Nathan fue al baño, donde el espejo estaba cubierto por una toalla, y se echó agua en el rostro. Miles notó el temblor de sus manos.

—Yo no sueño —repitió.

—Como tú digas. —Miles se frotó las marcas de los dedos en la garganta.

—Que te follen. Serví a mi país. Era un soldado. ¿Qué eras tú? Un mafioso, Miles, así que no me hables de esa forma.

—No lo haré, no te preocupes. Siempre y cuando no intentes estrangularme más de una vez al día —dijo Miles.

Nathan comenzó a rebuscar en el armario de la habitación de invitados para ver si había algo de ropa.

—Miles, escucha, gracias por sacarme del hospital, te lo agradezco. Pero tú y yo ya estamos en paz, te he dicho todo lo que sé. Es momento de separar nuestros caminos.

—¿Dónde te crees que vas?

—No lo sé aún.

—Necesito tu ayuda.

—Ayuda.

—Creemos que Allison envió la investigación sobre el Frost a un servidor web llamado Mercury Mountain, probablemente para esconderlo de Sorenson o para entregárselo a otra persona que tuviera acceso a él. Tenemos que averiguar dónde está ese servidor.

Nathan se detuvo en la puerta.

—Groote y Sorenson te quieren muerto. Nos quieren a todos muertos. Nuestra única oportunidad es recuperar el Frost, reunir pruebas de lo que han hecho.

—Si lo sacas todo a la luz arruinas cualquier opción de que Celeste, yo o cualquier persona con el síndrome de estrés postraumático se beneficie del Frost para ponerse mejor. ¿Crees que alguna compañía farmacéutica va a producir un fármaco que todo el mundo sabe que se basa en experimentos ilegales? Demonios, no. Al sacar al Frost a la superficie nos cortas el cuello a todos, tío, nos quedaremos rotos para siempre. —Apretó los puños—. Acepté someterme a los tratamientos de realidad virtual porque quería ayudar a otros soldados. Eso es más importante para mí que una triste venganza sin sentido.

—Si recuperamos el Frost podremos ayudar a los soldados que vuelvan de la guerra. A todos los niños traumatizados por los abusos. A todos los que necesitan Frost —dijo Miles—. Una compañía legítima podría realizar la investigación de manera ética, a partir de lo que propuso Hurley. No hay nada ilegal en la formulación química del Frost. —Nathan asintió—. Pero Groote, Quantrill y Sorenson querrán cazarnos, Nathan. Nos matarán si nos encuentran. No lo podemos recuperar si estamos muertos. Y Allison te pidió a ti, a mí y a Celeste, de diferentes formas, que la ayudáramos. No tengo intención de dejar que la gente que la mató quede libre de culpa.

—¿Estás de broma? Eres un mafioso, los federales te están buscando, no solo Groote. Y ella no quiere salir de casa. —Nathan soltó una risa seca—. Puedo hacerles pagar caro todo esto, pero con vosotros dos estorbándome me será imposible. Os sugiero que os mantengáis bien agazapaditos los próximos días. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Quieres ser un héroe. Entonces sé un héroe —dijo Miles con calma—. No deberíamos separarnos. Trabaja con nosotros.

Nathan dio cinco pasos, luego se detuvo. Posó la cabeza sobre la jamba de la puerta.

—No soy bueno con la gente. No os conviene tenerme cerca.

—No puedes pasarte la vida huyendo, Nathan, sin dinero ni perspectivas de futuro ni ayuda de nadie. No sabemos siquiera cuáles son los efectos del Frost a largo plazo. No puedes irte solo. Ayúdanos. Sabes más al respecto de los planes de Allison. Sé que confiabas en ella. Que te importaba.

Nathan soltó su bolsa en el suelo, alzó la cabeza y asintió.

—De acuerdo. Estoy con vosotros. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Encontrar el Frost —dijo Miles— y concentrar la pelea en esos bastardos.

El desayuno consistió en *bagels* pasados, comestibles gracias al tueste y a una fina capa de mermelada, y otra enorme cafetera de descafeinado. Una rutina mañanera normal. Salvo por el hecho de que sus rutinas normales incluían los antidepresivos, unas preciadas pastillas que ahora no tenían. Miles se preguntó si sin sus medicinas los tres perderían el norte, el poder de pensar con claridad.

—Entonces solo hay que buscar esa cosa de Mercury Mountain en un ordenador y llamarlos —preguntó Nathan en mitad de un bocado de *bagel*.

—No creo que debamos llamarlos. Vamos a visitar a la persona que tenga acceso a la dirección IP donde Allison subió la investigación. —Miró al reloj, eran las seis de la mañana. Necesitaba un ordenador para hacer una compra *online* e instalar *software* nuevo, y sabía que no podría hacer eso en el ordenador de una cafetería.

Si no habían cambiado las cerraduras, podía hacerlo en la galería. A menudo Joy llegaba temprano, pero las seis era demasiado pronto incluso para ella. Se preguntó si la vigilancia de la galería que le pidió a DeShawn se mantendría operativa.

—Iremos todos —propuso Celeste.

—No tienes por qué, puedes quedarte aquí.

—No, vamos todos —dijo tranquila—. Estaré bien.

Encontraron un par de vaqueros, que no eran de su talla, y una camisa de franela y unas zapatillas de tenis para Nathan. Celeste se colocó unas gafas oscuras, una gorra de béisbol y una sudadera. Se echó el gorro de la sudadera sobre la cabeza, era demasiado grande para ella, le tapaba la cara.

—¿Vas a estar bien? —le preguntó Miles en la puerta.

—Sí. Hagámoslo.

Los tres condujeron hasta la galería, Miles iba esta vez más confiado al volante. El aparcamiento estaba vacío, no había ningún coche de la policía vigilando. Miles les metió prisa para que llegaran a la puerta de la galería. Advirtió la presencia de un tablero donde antes había una ventana. Probó su llave y tecleó el código en el sistema de alarma. La luz pasó del rojo al verde.

Celeste se bajó la capucha de la sudadera y entró, temblando. Ella y Nathan inspeccionaron el arte colgado en las paredes.

—¡Qué bonitas obras! —opinó Celeste.

—No toquéis nada —dijo Miles, mirando deliberadamente a Nathan. Nathan se encogió de hombros. Ambos lo siguieron arriba, al despacho de Joy.

Miles encendió el ordenador, abrió el explorador y buscó en Google el nombre Mercury Mountain. No existía una página web del servidor, por lo tanto, no era de una empresa que quisiera clientes, era solo un nombre que le habían asignado. Visitó a un vendedor de *software* que ofertaba un programa de rastreo de direcciones IP. Utilizó la tarjeta VISA que tenía a nombre de su padre para emergencias.

—Usé este programa cuando tuve que rastrear a una banda que poseía ciertas páginas porno —dijo Miles—. Cada vez es más difícil averiguar quién posee algunos dominios web, se pueden comprar con una tarjeta de crédito robada o pagarse en diez años por transferencia. Yo encontraba cuál de los rivales de mis jefes era propietario de las páginas porno y mi jefe contrataba piratas informáticos que las tiraban abajo y les robaban los beneficios.

—Conocías a gente encantadora —apuntó Celeste.

Miles introdujo el número de su VISA para comprar el *software*, y rezó para que la transacción siguiera adelante. Esperó. Y la confirmación llegó.

—Gracias a Dios —dijo. Instaló el *software* e introdujo la dirección IP que Celeste encontró en su sistema. Apareció un mapa de los Estados Unidos en el que el programa buscaba la dirección IP, y finalmente se mostró una localización en el norte de California. Miles hizo clic en ella. La dirección IP pertenecía a un servidor de Fish Camp, California, y era propiedad de Edward Wallace.

—Ponlo en Google —dijo Celeste, y Miles lo hizo, consciente de que les quedaban apenas unos minutos. Joy, a petición de la agencia, pudo haber puesto una alerta en la alarma para saber si alguien accedía a la galería fuera de las horas de oficina, en caso de que Miles regresara. Esperaba que no.

La mayoría de los resultados de Google ofrecían enlaces a artículos de varios años de antigüedad escritos por Edward Wallace, en su mayor parte relacionados con el estrés postraumático. La esencia de todos ellos era la lentitud con la que el gobierno se estaba enfrentando a ese problema creciente, sobre todo en el caso de los soldados. Los ojeó. Edward Wallace era un investigador neurobiológico del síndrome, desempeñaba su labor en una universidad de San Diego. Al menos así era hace cuatro años.

—Quizás se lo envió a Edward Wallace para que lo analizara —dijo Celeste.

Miles pinchó en el penúltimo enlace. Apareció un artículo de un periódico local de Fish Camp. Un Edward Wallace resultó herido en un accidente de senderismo. Se le envió a la ciudad y fue recolocado en Fresno. Su mujer, Renee, se encontraba en mitad de un prolongado intercambio de enseñanza psiquiátrica en una facultad de Medicina del Reino Unido, por lo que estaba escalando solo cuando se cayó.

—Es raro que no mencionen el nombre de la facultad —dijo Celeste, que leía por encima de su hombro—. ¿En qué parte de California está Fish Camp?

Miles lo buscó en una página de mapas.

—A unos tres kilómetros del parque nacional de Yosemite.

—Deberíamos llamarle. Decirle que conocemos a Allison y necesitamos saber hasta qué punto está relacionado con esto —dijo Nathan.

Miles pinchó en el último enlace, una noticia de archivo del periódico *The Fresno Bee*.

Había una foto de boda de Edward, un hombre alto con apariencia de ratón de biblioteca, y su mujer Renee, sonriente, inteligente, repleta de confianza en sí misma,

con el cabello rubio recogido en una cola.
Renee Wallace era Allison Vance.

Groote limpió el destornillador bajo un chorro de agua.

A sus pies, en el suelo de la cocina, yacía DeShawn Pitts. Groote creía que un hombre doblado en dos, roto y sin esperanza, resultaba una visión trágica.

Pasó un dedo por el borde del destornillador. Aprendió esa técnica de un detective de dudosa moral en Laos, cuando trabajó en las fuerzas policiales de ese país durante un programa de intercambio. Se hacía un pequeño corte donde la carne era muy fina, sobre el hueso, se introducía la punta del destornillador hasta el mismo hueso, se retorció y se despedazaba la carne, para que el sujeto oyera el sonido del metal penetrando en su propio esqueleto. Si se mantenía al sujeto amordazado, se ganaba en tranquilidad y el escándalo quedaba bajo mínimos.

—Una última vez —dijo Groote—. O dejaremos que el señor Destornillador explore nuevos territorios. Sobre la cuenca del ojo. El hueso púbico. La base de la columna. —Se agachó para estar a la altura de los ojos de DeShawn—. Escucha, ¿por qué proteges a ese tipo? Te ha jodido bien. Huyó. No le importó nada tu carrera, tu profesionalidad.

—Mi trabajo —se las arregló DeShawn para decir con una voz que era poco más que un susurro— es protegerlo.

—No tengo nada que ver con ese traficante de mierda del que tratas de esconderle —dijo Groote—. Me importa una puta mierda lo que hizo en el pasado. Soy un tipo que se centra en el presente. Necesito saber el mejor modo de hacer que salga de su escondrijo. —DeShawn cerró los ojos—. ¿De dónde es en realidad?

Comenzó a desabrocharle los pantalones a DeShawn.

—No, por favor. No.

—Dímelo. Esto tampoco es agradable para mí.

—Vas a matarme.

—No tengo ninguna disputa contigo. Mi disputa es con Michael Raymond, que huyó de tu custodia.

DeShawn cerró los ojos.

—Jamás.

—Jamás es un concepto pasado de moda —dijo Groote, echando mano al cuchillo, imaginando una línea de cirujano trazada artesanalmente sobre la tierna piel.

Llevó otros veinte minutos, pero las respuestas cayeron en cascada al tiempo que jugueteaba con el cuchillo en un nervio abierto.

—Miles Kendrick... Miami...

Conocía ese nombre. Lo había oído en una conversación con otros dos sabuesos del FBI que hablaban del ingenioso espía de los Barrada. Nunca llegó a ver una foto, pero el nombre se le quedó grabado. *Ni te cuento la de círculos criminales a los que el tipo les hincó el diente, era la CIA de los Barrada, quién iba a pensar que los mafiosos iban a volverse creativos y buscarse un espía.*

—Gracias, señor Pitts —dijo Groote—. El señor Kendrick hizo mucho daño a varias organizaciones criminales. ¿Tiene idea de si se ocupó de los Duarte del sur de California?

DeShawn asintió.

—Ayudó... a... echarlos abajo.

Sí, pero no lo bastante abajo. Todavía les quedaron fuerzas para ir tras su familia, de culpar a los Groote de sus desgracias.

—¿Cómo echó abajo a los Duarte?

—Creo que... les robó las hojas de cálculo.

—¿Cuándo? —preguntó Groote, pensando que si fue antes del ataque a su familia, Miles Kendrick estaba condenado.

DeShawn no contestó, había perdido la consciencia. Groote trató de controlar su repentina rabia, de centrarse en lo que de verdad importaba ahora.

—¿Qué sabes sobre el Frost?

—¿Qué? —No perduraba ya ningún desafío en los ojos de DeShawn.

—¿Dónde iría Miles? ¿De vuelta a Miami?

—No.

—¿Con qué intensidad lo están buscando la agencia de protección de testigos y el FBI?

DeShawn perdió el sentido otra vez. Groote lo despertó de una bofetada y le repitió la pregunta.

—Mucha —pudo decir DeShawn.

—Bien. Has sido de gran ayuda. De verdad, te lo agradezco. Gracias. Tengo que pensar en mis opciones. —Debía decidir si Pitts era un mejor cebo vivo o muerto. No había motivos para que Miles Kendrick se preocupara por este idiota. Groote se puso en pie, comprobó su arma, puso una bolsa de plástico debajo de la cabeza de DeShawn y le disparó una sola vez entre los ojos medio abiertos. La cabeza se agitó cuando la bala atravesó hueso y sesos.

Groote intentó meterse en la mente de Allison. Planeaba huir con los secretos del Frost, sacar a la luz los experimentos ilegales de Quantrill y Hurley. Iba a dejar su anterior vida atrás, ¿qué mejor que un hombre que tenía experiencia haciendo eso mismo? Un hombre que robaba secretos, igual que ella robó la investigación sobre el Frost. Pero el plan de Allison salió mal. No se puede tentar a un criminal, a un mafioso, con la fórmula de un fármaco valorada en millones de dólares, era como poner a un tierno cordero delante de un lobo. La mató para quedarse con el Frost. Groote estaba ahora seguro de ello. Al principio pensaba que había sido Sorenson, ahora creía que el hombre era simplemente músculo contratado por la compañía farmacéutica para robar el fármaco. Quizás Nathan, compinchado con Allison, conocía el trato y Sorenson quería borrar las pistas.

Las pruebas indicaban que Miles Kendrick tenía el Frost. Lo estaba reservando para su propio beneficio, lejos de Amanda y de todas las personas que podrían

salvarse.

Cerró el grifo, escurrió la última gota del borde plano de su herramienta. Ahora conocía el rostro del enemigo, su nombre, y creía saber cómo derrotarlo. Mantuvo la calma a pesar de llegar a esa conclusión. Pensaba que haber matado al contable de los Duarte era el último paso para hacerles justicia a Cathy y Amanda, pero no. El destino y su engranaje de venganza le habían conducido al círculo al completo, le habían traído al hombre que aportaría justicia a la pérdida de Cathy y un bálsamo para Amanda.

Resultaba evidente entonces que Miles Kendrick necesitaba a Nathan como ejemplo del poder del fármaco, para darle fuerza al caso que aparecía en los archivos de la investigación. Miren a Nathan en este vídeo, casi sin poder hablar cuando empezó a tomar Frost; mírenlo ahora, meses después de comenzar el tratamiento, capaz de escapar de un hospital mental y formar parte de una conspiración. Miren damas y caballeros, esta cosa funciona y funciona bien, suban, compren una botella.

Miles estaba huyendo, un loco lastrado por otros dos lunáticos. No sería difícil encontrarlos y recuperar el Frost.

La segunda subasta (si Sorenson decía la verdad, tendría que contrastar esa información con Quantrill) sería en tres días. Kendrick ya debería estar preparándola, dispuesto a sacar beneficio del duro trabajo de Hurley y del propio Quantrill. Le quedaban tres días para encontrarlo.

La respuesta estaba en el ordenador de Celeste Brent. Ella trajo aquí a Allison y también a Miles. Había que empezar por ahí. El plan era encontrarlos y matarlos.

Eran las siete de la mañana según su reloj. Le quedaba tiempo para llevar los cuerpos al desierto antes del amanecer y deshacerse de ellos.

Le vibró el teléfono. Respondió.

Quantrill. Su tono era tenso, amargo.

—Voy de camino a Santa Fe. Tenemos que hablar seriamente.

—Eso es un gran eufemismo —bromeó Groote.

—Esta situación es un maldito desastre... —comenzó a decir Quantrill.

—Por teléfono no. Dígame dónde quiere que nos encontremos.

Quantrill lo hizo, aún con rabia en el tono. Groote colgó y el teléfono volvió a vibrar casi de inmediato.

Era su amigo, el pirata informático. Había encontrado la dirección ligada a la cuenta del móvil de Michael Raymond.

—Seguí investigando el asunto de ese Michael Raymond. Eché un vistazo al registro de llamadas. Al final me las arreglé para entrar.

—Dime. Me gustaría saber quién ha estado llamando.

—Solo hizo una llamada desde su móvil ayer, al de un tipo llamado Grady Blaine, de ahí, de Santa Fe. ¿Quieres la dirección del tal Blaine?

—Por supuesto que sí —dijo Groote.

—No puede ser ella —dijo Celeste—. No puede ser.

Miles pasó los dedos por la foto. Una mujer sonreía tímidamente a la cámara, era una foto robada durante un paseo por el campo. Llevaba un top deportivo y unas bermudas, estaba de pie sobre una montaña, llena de vitalidad. Era el tipo de fotos de compromiso que hacían las parejas aficionadas al deporte. En el crédito de la foto, impreso verticalmente junto a la imagen, ponía el nombre de Edward Wallace y más abajo se listaban sus títulos. Edward era un doctor titulado en neurobiología, Renee una médica psiquiatra. Antes había trabajado en una universidad y una clínica militar de San Diego ayudando a los veteranos a recuperarse del estrés postraumático. Se había mudado con su marido a Fresno para montar una clínica similar.

—Quizás no es ella. —Nathan sonaba distante, como en mitad de un sueño—. No se le ve la cara con claridad.

Miles se tragó la bilis que le había subido a la garganta. *Ibas a ayudarme a convertirme en una persona nueva, no tenía ni idea de que ya fueras una experta en eso.*

—Es ella —dijo Celeste.

—Nos mintió —dijo Nathan—. La muy zorra.

—No hables de ella de esa forma —dijo Celeste.

—¡Mintió! —Nathan apretó los dientes y Miles vio lágrimas de furia asomando a sus ojos. Nathan se encaminó vacilante a la puerta del despacho.

—Vamos. —Miles cerró el explorador, apagó el ordenador y reseteó la alarma. Siguieron a Nathan al exterior y Miles cerró la puerta. El aparcamiento seguía vacío. Les metió prisa para que entraran en el coche y salieran de allí.

—Mintió —repitió Nathan—, y la hemos cogido.

—Tiene que haber una explicación razonable —dijo Celeste.

—La gente siempre dice lo mismo cuando están a punto de acabar completamente jodidos —comentó Miles.

Nathan arrugó el rostro.

—Se llame como se llame, metió la investigación en un servidor. ¿Podremos acceder a él?

—Sin la clave no —dijo Miles—. Tenemos que hablar con el marido.

—Sois todos unos idiotas —dijo Andy desde el asiento de atrás—. ¿Por qué no os enfrentáis a vuestros verdaderos problemas? Celeste mató a un hombre. Nathan es un desastre andante y tú, Miles, eres un asesino de amigos. Un grupo encantador. De verdad.

—No puedes soportarlo —susurró Miles—. Pensar que puedo ganar.

—¿Perdona? —dijo Celeste.

—¿Qué? —dijo Nathan.

—Hablo para mí, no con vosotros. Lo siento.

—¿Se trata de tu amigo? —preguntó ella.

—Sí.

—Joder, ¿hablas con él? —dijo Nathan.

Andy se echó a reír. Se sucedió un extraño silencio. *Soy el único que no ha tomado Frost, piensan que estoy más loco que ellos*, pensó Miles. Giró en el camino de la casa de Blaine.

—Entonces por eso usas dos nombres —dijo Nathan—. Personalidad múltiple, ¿eh? ¿Cuántas voces tienes dentro de tu cabeza?

Miles lo ignoró. Ayudó a Celeste a meterse deprisa en casa de Blaine.

—Calla y déjame pensar.

—¿Hablas conmigo? —dijo Nathan—. No puedo soportar a este loco bastardo teniendo una conversación con su amigo imaginario.

Miles cerró la puerta.

—Cállate y date cuenta de a lo que nos enfrentamos. Allison se tomó unas enormes molestias para montar su vida en Santa Fe. En el artículo de la boda decía que fue a Oregón a licenciarse. Los títulos de la pared de Allison eran de Rice, Stanford y UCLA. Tuvo que crearse una historia completamente nueva de su vida, y no es fácil crear una falsa transcripción de una escuela de Medicina, una licencia médica, un nuevo número de la Seguridad Social, un pasado de la nada. Eso necesita tiempo y recursos, créeme. No lo hizo sola.

—Entonces, ¿quién la ayudó?

—Alguien con dinero y una seria motivación. ¿Por qué falsear su identidad? ¿Por qué no quedarse en Santa Fe siendo Renee Wallace? No lo hizo sola. Trabajó con alguien más.

Nathan negó con la cabeza.

—Tío, esta puede ser una ensalada muy grande, no sé si estoy dispuesto a meterme. Deberíais esconderos o acudir a la policía. Yo paso.

—Tenemos que ir a California a encontrar al marido —dijo Miles.

—En coche hasta California... —La voz de Celeste se quebró—. Quieres que esté metida en un coche varias horas... —Se dio la vuelta y corrió hacia la parte trasera. Miles oyó la puerta del estudio de Blaine cerrarse de golpe.

Miles se detuvo a pensar empáticamente, dándose cuenta de que una jornada de coche de varios cientos de kilómetros sería algo muy duro para ella. Miró en su bolso. Abrió el frasco de antidepresivos. Quedaban cuatro. Eran todas las medicinas que les quedaban, y únicamente Dios sabía qué tipo de megadosis necesitaba Nathan para calmarse. Desde luego, no eran bastantes pastillas para los tres. Las devolvió al frasco.

—Sé cómo hacer que se mueva. —Nathan agitó los dedos provocando un ruido húmedo.

—Deja que hable con ella. —Miles atravesó la casa hasta la puerta del estudio. Cerrada. Llamó con los nudillos sin obtener respuesta. La abrió.

Groote estaba sentado en un taburete manchado de pintura. Un arma apuntaba a la cabeza de Celeste, la otra a Miles. Celeste se puso de pie con un labio tembloroso, sin mirar el arma que la encañonaba.

—*Touché* —dijo Groote—. Te tengo. —Tenía el rostro lleno de contusiones, la nariz vendada y una sonrisa fina y fría.

Miles cerró la puerta.

—No. Llama a Nathan. Con calma. También deseo hablar con él.

—¿Qué quieres?

—El Frost.

—No lo tenemos.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—No me mientas. Estabas compinchado con Allison, tanto tú como aquí la señorita Brent.

—No.

—Acabo de decirte que no me mientas. ¿Qué parte no has entendido?

—Déjala ir y te lo daré —dijo Miles. Celeste alzó la vista para mirarlo.

Nathan abrió la puerta e irrumpió en la habitación.

—Problema resuelto. Te he puesto una hoguera en el culo para ponerte en marcha, Celeste. Bueno, en realidad bajo las cortinas y... —Se interrumpió y miró horrorizado a Groote, petrificado por el miedo.

—Eh, soldadito de plomo, ¿cómo te va? —comenzó a decir Groote, pero entonces vio tras el umbral de la puerta lo mismo que Celeste.

—Fuego —susurró Celeste, señalando al vestíbulo—. Fuego, ha encendido un fuego.

Les llegó el creciente olor a humo, dulzón, terrible.

—¡Puto loco! —gritó Groote poniéndose en pie.

—¿Quieres el Frost? Está arriba —mintió Miles.

Groote le puso el cañón de la pistola en la frente.

—Muéstramelo.

—Déjalos ir.

Groote dudó.

—Fuera. Los dos. Id fuera. Si corréis, lo mato.

Nathan agarró a Celeste y la sacó por la puerta de atrás. La mujer comenzó a gritar cuando la empujó al jardín.

Groote enterró el arma con fuerza en la nuca de Miles.

—Dame ese material sobre el Frost, ahora. —Condujo a Miles con brazo firme por el pasillo y las escaleras. En aquel momento se prendieron las cortinas sobre el fregadero de la cocina. En la sala de estar, la pesada mantelería, un gran pedazo de algodón, el sofá entero... todo ardió.

Me matará cuando vea que no tengo el Frost, pensó Miles. Groote le empujó en

las escaleras y trastabilló.

—Más rápido, maldito loco.

—No me hagas daño —le suplicó, justo antes de agarrarse a la barandilla de la escalera y propinarle una salvaje patada trasera. El pie alcanzó a Groote en la entrepierna. Miles soltó de nuevo la pierna, con la intención de darle en la nariz rota, pero lo alcanzó en la mandíbula. Groote perdió el equilibrio, se cayó por las escaleras y aterrizó en el suelo embaldosado.

Miles le quitó un arma de la mano y buscó la otra en el bolsillo de la chaqueta.

Déjalo. Corre.

El fuego se estaba extendiendo rápidamente. No podía abandonar a nadie para que muriera, ni siquiera a este desaprensivo. Lo arrastró al jardín y lo tiró al agua fría de una fuente de piedra. Groote resolló.

Miles le puso una de las pistolas en la cabeza. Soltó el cargador de la otra, se lo metió en el bolsillo y la tiró al agua.

—Nos marchamos. No somos una amenaza para ti. Simplemente vamos donde nadie pueda molestarnos y donde no molestemos a nadie. Díselo a Quantrill. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que eres un mentiroso. —Groote lo miraba con un odio irracional en los ojos.

—Quédate en esta fuente o disparo. —Miles caminó hacia atrás unos pasos y echó a correr, teniendo que sortear la baja valla.

Nathan estaba metiendo a Celeste en el coche a empujones. Miles se colocó en el asiento delantero, arrancó el coche y lo alejó de la casa en llamas.

Groote estaba ya junto a la ventana del conductor, tratando de agarrar el volante. Miles no se lo permitió, se liberó de su agarre y el motor rugió al pisar a fondo y adentrarse en la vieja carretera de Santa Fe.

—¿Qué hacemos?

—Quedarnos aquí no, desde luego. Huir, eso vamos a hacer. —Buscó a Groote en el espejo retrovisor, no lo vio—. Vamos a ir donde Allison escondió los archivos, a California.

Celeste comenzó a sollozar.

Groote volvió a duras penas a su coche. Un par de vecinos habían salido a la calle con los móviles en las orejas al ver las llamas que salían de las ventanas de la casa. Lo observaban atentamente mientras volvía corriendo al lugar junto a la carretera donde había dejado el coche con los cadáveres de Hurley y Pitts todavía en el maletero.

Piensa. ¿Dónde pueden ir? ¿Dónde van a esconderse? Tenía que cambiar de táctica, pensar en cuál sería el próximo paso. Era mejor no estar aquí cuando los camiones de bomberos y las otras autoridades llegaran. Tenía cuerpos que enterrar.

Un plan que trazar.

Estos locos estaban arruinándolo todo.

Mediodía del viernes. Groote paró junto a la iglesia, de vuelta de enterrar los cuerpos.

Era un templo en Chimayo, al norte de Santa Fe, que aseguraba que el barro de sus pilares obraba milagros tales como librar la sangre del fuego del sida, limpiar el cáncer de las células o espantar a la muerte. Groote pasó conduciendo lentamente junto a los turistas con las cámaras colgadas al cuello y los coches que se alineaban en la puerta de la vieja iglesia. Le llamó la atención ver a una mujer anciana en una silla de ruedas y a un chico de la edad de Nathan Ruiz, con una quemadura reciente, muletas y una pierna de menos bajo los pantalones de camuflaje, dejándose el aliento para llegar a la iglesia, como si estuvieran haciendo una carrera.

Groote aparcó, miró al chico y se preguntó si un poco del polvo celestial de Cristo podría ayudar a Amanda. Después de todo, la salvación estaba al alcance de la mano, aunque el Frost, la forma que había tomado ese polvo celestial, parecía todavía a miles de kilómetros de distancia.

Decidió que eso iba a cambiar.

Salió del coche y rodeó el edificio hasta la parte trasera.

Quantrill lo estaba esperando.

—Dios mío, tiene un aspecto horrible —le dijo en cuanto vio la venda en la nariz rota y la mandíbula herida.

Quantrill se encendió un cigarrillo.

—¿Qué tal el vuelo?

—Los cacahuetes estaban pasados. —Su voz era gélida—. No estoy contento con los servicios que me está dispensando de momento.

—No me hace feliz que me mientan.

—¿En qué le he mentado, Dennis?

—Dígame la verdad sobre lo que dijo Sorenson, ¿se está preparando una segunda subasta de Frost?

Quantrill soltó un suspiro de frustración.

—Sí, lo he oído de un par de mis contactos. Es una circunstancia muy desafortunada.

—Pudo habérmelo dicho.

—No le quería distraído. Un vendedor anónimo les ha ofrecido la investigación a dos de mis contactos a la mitad del precio de venta que yo pido.

Le importaba una mierda el dinero de Quantrill.

—No creo que Sorenson ande detrás de la subasta. Creo que es Miles Kendrick.

—¿Quién?

Groote le contó lo que sabía del pasado de Miles, saltándose que lo había dejado escapar, a él y a sus compinches, no estaba dispuesto a admitir que había subestimado a Kendrick.

Quantrill se lo pensó.

—Entonces es una desagradable coincidencia. Los mafiosos lo querían muerto, mataron a Allison por accidente, no tiene nada que ver con el Frost.

—Eso es lo que se supone que deben creer los federales. Pero nosotros no, Miles Kendrick tenía que saber que cuando la loquera murió en la explosión de la bomba su pasado podía salir a la luz y que le culparían de asesinato. Eso le proporciona una coartada para robar el Frost, ya que sabía que no acudiríamos a la policía. Casi admiro al tipo, ha montado un plan brillante.

Quantrill asintió.

—Tiene que detener esta segunda subasta.

—¿Tengo? Quiero que mi hija tome la medicina. Si una compañía farmacéutica compra barata la investigación, la producirán rápido. La verdad es que usted está jodido, pero yo no.

Quantrill no movió ni una ceja.

—Eso siempre que Miles Kendrick sea el que lleve esa subasta. ¿Y si es Sorenson?

—No lo capto —dijo Groote.

—Y dice admirar la claridad de pensamiento... —Quantrill tiró el cigarrillo a un centímetro del pie de Groote—. Creo que odia a Miles Kendrick con todas sus fuerzas, por una razón que no me está diciendo.

—Es un maldito mafioso. Solía meter a gente como él en la cárcel.

—Y ahora los mete en tumbas.

—Bueno, unos cuantos acaban en urnas.

Quantrill negó con la cabeza.

—La venganza no va a curar a Amanda. El Frost sí, Dennis. Piense, con la cabeza fría, a lo que nos estamos enfrentando. No creo que su querido mafiosillo tenga cerebro suficiente para montar la complicada venta de una investigación médica.

—Según lo que he oído de ese tipo, no deberíamos subestimarle —afirmó Groote.

—Eso es precisamente lo que está haciendo. La amenaza no es que vaya a venderle el Frost a nadie, piense en lo que ha hecho y en lo que dijo ese agente federal. Quiere llevar al que mató a Allison ante la justicia. Se deshizo de Hurley y se coló en el hospital. El resultado final, en cada caso, era rescatar a un paciente que estaba siendo tratado con Frost. No quiere venderlo. Desea sacarlo a la luz. ¿Qué cree que pasará si Kendrick y sus amigos psicópatas hacen público lo del Frost? Se trata de experimentos ilegales en gente traumatizada, incluyendo veteranos de guerra. Ninguna compañía farmacéutica se acercaría a nosotros, da igual lo eficaz que fuera el fármaco. Incluso siendo efectivo se quedaría metido en un cajón varios años hasta que las compañías dejaran de preocuparse de los temas legales o de la mala publicidad. —Quantrill se encendió otro cigarrillo—. Hay que echar abajo esa subasta, no importa si es de Kendrick o de Sorenson. Hay muy pocos compradores con voluntad de gastar dinero en una investigación así. Haré unas pocas llamadas a cierta gente, les sugeriré que la investigación robada no está completa, o si la subasta

tiene lugar a pesar de todo, amenazaré con dar sus nombres a Sanidad. Eso será suficiente para detener la maldita subasta. Pero si Miles Kendrick quiere exponernos porque quiere vengar a su doctora, entonces estamos muertos.

—No ha expuesto nada aún.

—Tiene que evitar que lo haga.

—De acuerdo.

Quantrill señaló con la cabeza a la multitud de gente que se encaminaba hacia la iglesia.

—¿Ve a esa gente? Van como borregos a recoger un poco de barro que, si uno se cree lo que se dice por ahí, cura todas las enfermedades. La fe y la esperanza son productos que todo el mundo compra. Si silenciamos a Kendrick y a sus amigos, gente como esta comprará el Frost. Viviremos en un mundo donde el trauma no deje huellas.

—Está equivocado respecto a la fe —dijo Groote.

—No lo estoy.

—Todo el mundo necesita algo de fe. En la gente, en Dios.

—Muy profundo, viniendo de un asesino. —Quantrill no escondió su sonrisa burlona.

—Usted no es mejor que yo, Oliver. Simplemente hago lo que usted no quiere, lo que tiene miedo de hacer. Así que hábleme con respeto.

—De acuerdo. —La sonrisa burlona trató de evolucionar a una mirada dura, pero Quantrill se quedó a medio camino.

—Esto es lo que va a hacer —dijo Groote—. Cambie las historias médicas para que aparezca que el doctor Hurley le dio el alta a Nathan Ruiz el día antes de que Allison muriera. Luego vuelva a California y póngale freno a esa nueva subasta.

—Bien —convino Quantrill—. Denunciaré la desaparición de Hurley el lunes, cuando no se presente a trabajar. Con suerte lo dejaré para el martes. Le diremos a la policía que Hurley estaba afectado por la muerte de Allison y dejó la ciudad, al fin y al cabo era el estereotipo de hombre solitario y sensible. ¿Está seguro de que nunca encontrarán su cuerpo?

—No lo encontrarán.

Quantrill se cruzó de brazos.

—Vale. Nuestro otro problema. Kendrick tiene otros dos tarados bajo su ala. Probablemente no pueda llegar muy lejos así. Puede que incluso siga en la ciudad. Hágale salir, use a la familia de Ruiz. Puede que sean los primeros con los que Ruiz contacte.

—Cuando todo esto se solucione —dijo Groote—, mi hija será la primera en tratarse con el Frost.

—Por supuesto, Dennis —le tranquilizó Quantrill—. Pero no puedo hacer eso si Kendrick sigue siendo un problema, ¿verdad?

—No lo será. ¿Hemos terminado?

Quantrill asintió.

Groote regresó a su coche. Condujo camino de Santa Fe, echando de menos muchas horas de sueño que no recuperaría en un tiempo, muerto de hambre, deseoso de tener la cabeza fría. Tenía reservada una habitación de hotel cerca del Plaza.

Le sonó el teléfono móvil. Era el técnico informático del hospital, que estaba encargándose de examinar el ordenador de Celeste.

—He encontrado pruebas de la presencia de archivos de un tamaño que coincidiría con los de la investigación sobre el Frost subidos a un servidor remoto a través del ordenador de Celeste Brent.

—¿Dónde está el servidor?

—Lo he rastreado hasta un lugar llamado Fish Camp, en California. Pertenece a un hombre llamado Edward Wallace.

El nombre no le decía nada.

—Compara si los archivos tienen el mismo nombre y tamaño que los de Hurley.

—Ya lo he hecho. Subió otro más, estaba en la base de datos de Hurley sobre el Frost.

—¿Cuál es el otro?

—Es un archivo simple de texto... se llama Listcomp.

Listcomp. ¿Lista de compradores? Allison consiguió una lista de la gente que quería comprarle el Frost a Quantrill, los consultores encubiertos que podían filtrar el fármaco a un departamento de investigación.

¿Por qué incluir eso entre los archivos de la investigación? Los compradores eran asunto de Quantrill, no de Hurley.

—Consígueme la dirección de Edward Wallace. —Colgó. Llamó a Quantrill.

—¿Le enseñó a Hurley la lista de contactos para la venta antes de volver a California? —le preguntó Groote.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué?

Quantrill podía estar mintiendo. O Hurley consiguió la lista sin que él lo supiera. O bien, la peor posibilidad de todas, Allison obtuvo la lista de otro modo. ¿Cómo?

—¿Groote? —preguntó Quantrill.

—Nada. Solo era curiosidad. —Colgó.

Entonces Allison subió a la red los datos robados. ¿Por qué? Si Kendrick era su compinche, ¿por qué no se los dio directamente?

Porque Allison le escondía la información a Kendrick. Era su seguro. Tenía una buena razón para hacerlo.

La segunda subasta. Allison averiguó de alguna forma los nombres de los compradores implicados en la segunda subasta de Quantrill. ¿Cómo y por qué?

Y esta confusión le dio más sentido a la pregunta que llevaba rondándole toda la noche en la cabeza. ¿Por qué Sorenson mencionó esa segunda subasta? ¿Por qué se arriesgó a avisarle?

Porque quería ganarse tu confianza, atraerte a su terreno, llegar hasta Nathan

Ruiz, matar a Ruiz, matarte a ti. Si sabe que en diez minutos vas a estar muerto, puede decirte cualquier cosa.

No sabía el motivo por el que Sorenson quería a Ruiz muerto, pero, vaya, no importaba, los hechos eran los hechos.

Llegó al aparcamiento del hotel. Salió del coche con la cabeza dándole vueltas a causa del cansancio y la nariz palpitando de dolor. Necesitaba un analgésico y unas horas de sueño, pero primero debía llamar a la familia de Nathan para apoyar la historia de Quantrill sobre el alta en el hospital y averiguar de paso si tenían idea de dónde estaba el soldadito de plomo.

El móvil vibró, era el informático.

—He encontrado la dirección del servidor. —Se la dio y Groote colgó. Se mordió la parte interior de la mejilla y se paró a considerar la nueva información. Creía que Kendrick había accedido al ordenador de Celeste Brent expresamente para conseguir esta información. Ahora podía estar de camino a California para conseguir el Frost.

Groote no podía arriesgarse a que fuera así. Dormiría en el avión.

Se dirigió al hotel a recoger sus cosas. Entonces vio a los agentes federales. Conocía esas situaciones. Uno rubio hablaba por teléfono cerca del vestíbulo de la entrada, otro calvo le daba la espalda a Groote.

Pitts debió informar de sus intenciones, mencionaría que estaba tras la pista de Hurley siguiendo a Groote desde el hospital. Pitts llevaba horas sin dar señales de vida. No era muy difícil llamar a los hoteles locales para encontrar una habitación alquilada a nombre de Dennis Groote.

No podía dejar que los oficiales lo pararan para interrogarlo. Si tenía que declarar perdería unas horas preciosas, sobre todo si Pitts mencionó alguna sospecha sobre la honestidad de Groote con respecto a sus compañeros. Volvió a su coche caminando a paso normal, rezando con cada pisada para que los hombres no lo vieran. Si conducía hasta el aeropuerto de Albuquerque y tomaba un vuelo a California, el FBI sabría rápidamente adónde iba. Si se escondía parecería, es más, sería evidente, que se estaba escondiendo. Ninguna de las dos era una posibilidad agradable. Debía actuar con cautela. Encontraría el Frost, resurgiría en Los Ángeles (donde diría que su contrato en el hospital había expirado y había vuelto a casa), alegaría que no tenía ni idea de que nadie quisiera hablar con él. Santa Fe, una maravillosa ciudad que le hubiera encantado compartir con Amanda, no había salido bien.

Recuperar el Frost antes que nada, eso es lo que importa, se dijo al ponerse al volante. *Vas a conseguírselo a Amanda, da igual si te cogen.*

Encendió el motor y unos dedos tocaron su ventanilla.

—¿Señor Groote?

El hombre tenía el rostro afeitado y honesto de un meticuloso agente del FBI. Era el rubio del teléfono.

—¿Sí? —Groote bajó la ventanilla y le miró con una expresión educada e interrogante. *Empieza a mentir, se dijo, y hazlo bien, olvida los restos de ADN que*

los dos muertos dejaron en el maletero, no sudas ni una gota. Este bastardo no te va a retrasar más de lo necesario.

—Hola —dijo Groote con la educación con la que se trataban los colegas.

El hombre era igualmente educado, casi parecía pedir disculpas por la intromisión.

—Hola, señor. FBI. Necesitamos hablar con usted unos minutos.

—La liga de los mentalmente defectuosos, ¡formándose! —dijo Nathan—. ¿Cómo se llama la película?

Miles, que llevaba doce horas conduciendo, no quería jugar. Celeste, sentada en el asiento trasero con unas grandes gafas de sol puestas, envuelta en una manta y con una dosis de Xanax encima, tampoco respondió. Era sábado por la noche, tarde, la galaxia de luces de Los Ángeles se desplegaba a ambos lados de la carretera interestatal 5.

—*Alguien voló sobre el nido del cuco*. Después de que Nicholson reciba los zumbidos, el tratamiento de choque. —Tras decir esto se echó hacia atrás en el asiento trasero y tocó la cabeza de Celeste con el dedo—. Buzzzz, buzzzz, buzzzzzz.

—Deberían haberte dado a ti tratamientos de choque —dijo Celeste. De vez en cuando sacaba la cabeza de debajo de la manta, como una tortuga en busca de un poco de aire. *No obstante, parece que lo lleva bien*, pensaba Miles, estaba claro que mejor que Nathan.

—No necesito electricidad —dijo Nathan—, y menos si tengo el Frost. Os salvé el cuello, no lo olvidéis.

—Paremos por esta noche. Quedan varias horas para llegar a Yosemite.

—Puedo conducir yo —se ofreció Nathan.

—Mala idea —dijo Miles.

—Joder, tío, sé conducir.

—Pareces un poco tocado —dijo Miles.

—Espero que no pongas al volante a tu amigo imaginario.

—Ya basta, Nathan —dijo Celeste desde detrás.

—¿Cómo llamas al señor Invisible? —insistió Nathan—. ¿Culpa? ¿La Sombra?

—Se llama Andy.

—Bueno, no podemos dejar que Andy distraiga tu conducción. —Nathan se puso a enredar con el volante.

Miles tomó el carril derecho. Le tocaron el claxon y el conductor con el que casi choca le enseñó el dedo corazón.

—No voy a dejarte conducir —explicó Miles—, los espejos te resultan molestos. No quiero que pierdas los nervios.

Un largo silencio.

—Yo no pierdo los nervios —dijo Nathan.

—Cenemos y busquemos un sitio donde dormir —propuso Celeste con calma.

—Tenemos que seguir avanzando —dijo Miles, a pesar de que el cansancio le embotaba el cerebro—. Tenemos que seguir...

—Por favor —dijo ella—. Por favor, necesito estar rodeada de cuatro paredes.

La cena fue en un McDonald's, la estancia en un viejo pero confortable motel al norte de la ciudad, cerca de Santa Clarita. Nathan devoró tres Big Mac, se bebió de un trago su refresco y eructó satisfecho.

—Perdón —dijo.

Celeste estaba de espaldas a ellos, sentada en el borde de la cama pinchando una ensalada.

—¿Estás bien? —le preguntó Miles.

—No puedo creer que abandonara mi hogar —dijo—. Debería sentirme liberada, pero no es así. Espero que Nancy no fuera a mi casa y... encontrara el cuerpo. —Se estremeció—. No debería haberme ido. —Cerró el envase de la ensalada con toda la lechuga casi intacta.

—Los «debería» o «no debería» forman parte del sendero hacia la locura —dijo Nathan—. Será mejor que te comas tu cena, Celeste. Los soldados saben que tienen que comer, dormir y ca... e ir al baño siempre que tengan ocasión, puede que no te surja otra.

Celeste abrió el envase y se forzó a seguir comiendo.

Miles se acabó la hamburguesa.

—Todos necesitamos dormir. Mañana nos levantaremos temprano, vamos.

—Deberíamos quedarnos uno o dos días, dejar que Celeste se recupere —propuso Nathan.

—No, vamos a irnos —dijo Miles.

—No eres nuestro jefe. —Nathan se limpió la boca con la mano.

—Lo soy hasta que consigamos el Frost. Hasta que sepamos que estamos a salvo.

—No somos responsables los unos de los otros. —Nathan se puso en pie.

—Es gracioso que un soldado diga eso —apuntó Miles—. Esperaría que tú, Nathan, te sintieras responsable de tus compañeros soldados.

Las manos de Nathan se convirtieron en puños.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

—Solo que tenemos que cuidarnos mutuamente...

—Ah, como hacen en la mafia.

—No soy un mafioso, nunca lo fui...

—Eso es lo que dices. ¿Por qué íbamos a creerte?

—Basta, Nathan —intervino Celeste—. A dormir. Nos iremos por la mañana.

Nathan se sentó en la cama. Celeste se retiró a su habitación y cerró la puerta.

—No hay modo de colgar una manta sobre el espejo. No lo mires y punto —dijo Miles.

—No lo haré —le dijo Nathan al techo.

Miles se lavó la cara, se quitó los pantalones y la camisa, se metió en la cama más cercana a la puerta y escondió el arma bajo la almohada.

—No tienes que dormir con un arma estando yo cerca —dijo Nathan.

—Es por si Groote vuelve a encontrarnos.

—Sí, porque no me quedan cerillas. —Miles no sonrió—. Sé que Celeste y tú estáis enfadados conmigo, pero lo del fuego salió bien, nos abrió una vía de escape.

—No puedes ir por ahí pegando fuego a las casas. Podría haber convencido a Celeste para irnos, procediste de un modo injusto con ella.

—Sin embargo, funcionó.

—Bueno, quizás. Una lobotomía también hubiera servido, Nathan, pero ese no es el camino adecuado para ninguno de nosotros.

—Pones el arma bajo la almohada para alejarla de mí.

—Podrías tener un arma en tu bolsa.

—No. La olvidé en el fuego de Santa Fe. ¿Por qué le dijiste a Groote que tenías la mercancía?

—Para que os dejara marchar.

—Eso fue estúpido.

—No más que tu incendio, Nathan.

Nathan no dijo nada durante un rato.

—¿Qué somos Celeste y yo para ti? —preguntó con calma.

—Yo... no quiero que ninguno de los dos sufráis más.

—¿Pero por qué?

—No lo sé. Joder, agradécelo y ya está.

—Estoy agradecido, Miles. Gracias.

Miles no quería mirarle ni un segundo más. Apagó la lámpara y enterró el rostro en la almohada.

Estaba a punto de dormirse cuando oyó hablar a Nathan.

—¿Miles?

—¿Sí?

—Si conseguimos el Frost... ¿podríamos llevarlo al Departamento de Defensa? No paro de pensar... en todos los soldados que vuelven de la guerra a su casa con la cabeza jodida después de ver tantos horrores. Necesitan el Frost. Quiero estar seguro de que lo toman. Esa fue la razón por la que me presté voluntario para el tratamiento de realidad virtual, para ayudar.

—Y antes dijiste que no éramos responsables los unos de los otros...

—Quise decir... —luchó por buscar las palabras adecuadas— que no nos conocemos. ¿Por qué viniste a por mí?

—No fue para que te sintieras en deuda conmigo —dijo Miles—. Me da la impresión de que no quieres ninguna responsabilidad hacia nadie.

—Cuando esté mejor —dijo Nathan—. Cuando esté curado, cuando esté lo bastante bien para vivir rodeado de gente. Pronto. Eso será pronto.

—Ahora estás bastante bien.

Miles oyó la respiración del joven fluir hacia la regularidad del sueño, saboreó la

quietud, la maravillosa oscuridad total, y sumergió su cuerpo dolorido y cansado en el sueño.

—No te pongas muy cómodo —dijo Andy en la oscuridad—. Tenemos que hablar.

Miles cerró los ojos, acalló la voz.

—Piensas que si les ayudas, yo desaparezco, ¿verdad? No pudiste salvar a Allison, así que los salvas a ellos.

Miles vocalizó un «cállate» en la almohada.

—No te preocupaste por salvarme a mí, joder. Te conocía desde que nos meábamos encima y ahora te preocupas de estos completos extraños.

—Lo intenté... salvarte era el objetivo de todo aquello —le dijo a la almohada, temeroso de despertar a Nathan, pero también de no responderle a Andy.

—Me disparaste.

—Me disparaste tú a mí —susurró Miles.

—Pero todo fue por tu culpa —siseó Andy, su voz crepitaba como las llamas de una hoguera—. Deberías haber mantenido la boca cerrada. Me mataste con una sola palabra, cabrón.

Miles se puso las mantas sobre la cabeza, como un niño enterrándose en las blandas sábanas para escapar de un mal sueño. El sudor le resbalaba por las costillas.

—Yo no...

—No salvaste a Allison, no los salvarás a ellos —dijo Andy—. Cometerás otro error y bum, bum... muertos también.

Después de que el eco de la carcajada de Andy desapareciera, el silencio de la habitación se convirtió en un zumbido de presión en sus oídos. Finalmente cerró los ojos, rezó para no soñar y durmió.

Miles oyó que la puerta se cerraba. Oscuridad total.

Al principio pensó que el sonido formaba parte de su imaginación, que el chasquido del pomo había sido el mero epílogo de un sueño.

—Me mataste con una sola palabra.

Buscó el arma bajo la almohada y apretó el cañón entre los dedos.

Silencio.

Se sentó derecho en mitad de la oscuridad. El miedo le aprisionaba el pecho. Alzó la pistola.

—Dispárale a la oscuridad —dijo Andy—. Una idea de puta madre.

Cerró los ojos. No se oía la respiración de Nathan. Miles encendió la luz.

No estaba en su cama.

Según el reloj eran las cuatro y tres minutos. Miles se puso los pantalones y oyó agradecido el tintineo de las llaves del coche en el bolsillo. Al menos Nathan no se lo había llevado. Miles se puso la camisa y se metió la pistola en la parte trasera de los

pantalones, con la camisa por encima para ocultar su presencia. Abrió poco a poco la puerta de la habitación de Celeste. Había dejado encendida una luz en el baño; dormía el sueño de los justos. Volvió a cerrar la puerta con cuidado.

Cogió la llave de la habitación y salió al pasillo. Vacío y tranquilo. A la derecha estaba el vestíbulo, a la izquierda el aparcamiento. Fue en esa última dirección. Nathan andaría por allí, seguramente pensando en hacer autoestop.

Pero el aparcamiento estaba vacío. Solo se oía el distante bramido de algún coche aislado surcando la interestatal 5. Volvió al vestíbulo por el pasillo desierto.

Nathan estaba junto a una cabina telefónica. Colgó en cuanto lo vio. Su expresión era desafiante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Miles.

—Llamar a mis viejos... tenía que decirles que estaba bien.

—No deberías haber hecho eso.

—Escucha, mis viejos no tienen identificador de llamadas ni nada parecido, tío, no saben dónde estoy y yo no se lo he dicho. Tenía que decirles que estaba bien. Siempre he sido puntual con ellos, sabían de mí cada semana, tío, si no llamaba se volverían locos.

La madre de Nathan le había dicho a Miles cuando la llamó por teléfono que no tenía contacto con él desde hacía seis meses. Miles dejó la mentira revolotear en el aire entre él y Nathan, preguntándose si ahora vendría otra.

—De acuerdo —dijo Miles—. ¿Cómo están tus padres?

—Bien. Mi madre me entiende. Siempre lo ha hecho. Siempre me ha apoyado mucho.

—Tienes suerte de contar con ella.

—Claro —dijo Nathan. Se apartó del teléfono—. Siento haberte asustado, no puedo dormir. Despertemos a Celeste y pongámonos en marcha.

—Dijiste que nos quedáramos y le diéramos a Celeste tiempo bajo techo.

—Estaba equivocado. Tú tenías razón.

—Vaya, yo teniendo razón. —No era eso lo que quería decir. *Deja de mentir. Dime a quién estabas llamando en realidad, por qué has colgado con tanta prisa que ni siquiera te has despedido.*

—La cafetería de la carretera de servicio abrirá en una hora o así —dijo Nathan—. En algunas hay espejos en las paredes, si en esta no tienen, podríamos desayunar allí.

—Claro, claro. —*Quizás estaba llamando de verdad a sus padres*—. Pero será mejor que nos levantemos y nos metamos en carretera. —*O ha llamado a la policía y en cinco minutos oiremos las sirenas.*

No obstante, solo se oía la quietud de la noche. Volvieron a la habitación. Nathan esquivó el reflejo del espejo que colgaba sobre el lavabo. Se estiró en la cama. *No, no se arriesgaría a llamar a la policía desde el vestíbulo, donde yo podría pillarlo,* pensó Miles. *Huiría y desaparecería, era lo fácil.*

Dejó a Celeste dormir otra hora. El motel se mantuvo en silencio hasta que los chorros de las duchas bajando por las tuberías, las toses en el pasillo y el distante rugido de un camión saliendo del aparcamiento anunciaron la llegada del nuevo día.

Caminaron hacia la cafetería sintiendo el frescor de la mañana. Celeste iba pegada a su lado. Al llegar a las puertas de cristal, Miles descubrió la cara de ella en la portada del *USA Today*, una vieja foto publicitaria de cuando ganó los cinco millones le sonreía al mundo desde la máquina expendedora.

—Oh-oh... —dijo Miles.

—¿Qué? —Entonces Celeste se vio en la foto y le puso la cabeza en el hombro a Miles.

Una pareja salió de la cafetería charlando y les sonrió dándoles los buenos días. Entonces la mujer siguió sus miradas y se demoró en el dispensador de periódicos.

Miles arrastró a Nathan y Celeste de vuelta al hotel. Sacaron el coche del aparcamiento. *Esta pareja no puede haber visto su cara y luego la del periódico, no les ha dado tiempo.* Sin embargo, cuando pasaron junto a la cafetería la pareja seguía delante del dispensador, estudiando la primera página del ejemplar que habían sacado de la máquina.

Andy fue hablando y murmurando todo el camino hasta Fish Camp.

La ciudad hacía honor a su simple nombre. La autopista 41 se internaba en lo alto de las montañas, y la ciudad se levantaba a unos pocos kilómetros de Yosemite. El lugar consistía en un par de humildes tiendas, un gran estanque para pescar, una serie de casas de alquiler y modestas propiedades, un par de hostales y restaurantes en las faldas de la montaña y un destartado hotel de los años cincuenta llamado Puerta del Yosemite, situado en el estrecho nudo de la autopista. Las altas copas de los árboles cubrían el paisaje. Todos los cubos de basura del aparcamiento del hotel y a los lados de la carretera estaban protegidos con mecanismos para evitar que los osos los revolvieran. A Miles, que había vivido toda su vida en Florida, las montañas y los bosques le recordaban a un libro alemán de historia natural que tuvo de niño.

Alquilaron en el viejo hotel dos habitaciones conectadas entre sí.

—¿Dónde está mi habitación? —preguntó Andy—. De acuerdo, me quedaré con vosotros.

Está enfadado porque estoy cerca, se dijo Miles. Cerca del Frost, cerca de tener un modo de borrarlo de mi cabeza de una vez por todas.

Nathan aterrizó en una de las camas de su habitación y se tendió en ella. Miles advirtió que no paraba de mirar su reloj digital.

—Creo que Nathan tiene un compromiso en su agenda, Miles —dijo Andy.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Celeste.

—Encontrar a Edward Wallace. Pero primero vamos a teñirte el pelo —dijo Miles—. No podemos permitir que nadie te reconozca por la foto del periódico. Si estás en la portada del *USA Today* también habrás salido en la televisión.

—No creo que pueda volver al exterior —dijo—. Necesito paredes. Necesito... necesito cortarme. —Tragó saliva y se frotó el hombro con el umbral de la puerta.

Miles fue a la recepción del motel a pedir unas gomillas. Volvió a la habitación y encontró a Celeste sentada sobre la cama. La cogió de la mano y le puso una en la muñeca.

—Nuestro compromiso no es tan profundo como para esto —bromeó—, pero gracias. La necesidad ha pasado.

Deseó poder ponerse una gomilla que alejara a Andy de su lado. Entonces oyó el sonido débil y deliberado de la rotura de un cristal.

—Oh, maldita sea. —Regresó a toda prisa a su habitación. Nathan había metido los puños en una vieja cubitera. Dos Nathans le miraban con el ceño fruncido desde los pedazos rotos de cristal que cubrían el suelo.

—¿Puedes controlarte un bendito minuto? —dijo Miles.

Nathan dejó caer la cubitera al suelo, pasó junto a Miles y se lanzó en la cama.

—Recordaré eso que dices cuando empieces a hablarle al aire.

—No nos hace falta tener problemas con el motel, no necesitamos llamar la

atención ni que nadie nos recuerde, ¿lo entiendes?

—Señor, sí, señor —le dijo Nathan a la almohada—. Pero no me puedo calmar ahora. No puedo, necesito mis medicinas, tío, y ya. —La desesperación era patente en su voz.

—Miles, tómatelo con calma —dijo Celeste—. No puede evitarlo.

—Estoy harto. Harto de estar harto. —Miles salió del cuarto. El aire de mayo era todavía frío, más que en el alto desierto de Santa Fe, y agujas de nieve se escondían entre las sombras de los grandes pinos y los terrenos salvajes entre las cabañas de alquiler. El aire le cortaba los pulmones, le azotaba el rostro.

Se alejó del coche, del motel, del intermitente resplandor de los coches que pasaban camino de Yosemite.

No puedo hacer esto, pensó. No puedo mantenerle calmado, firme y centrado. No tenía ningún plan previsto para cuando encontraran a Edward Wallace, y no quería admitir ante ellos esa incertidumbre. *¿Cómo te expones a una conspiración y haces que todo el mundo te crea? ¿Y si al sacar el Frost a la luz acababa con las posibilidades de que la medicina pudiera producirse debido a su creación ilícita? ¿Y si los cogían porque un entrometido o un fanático televisivo reconocía a Celeste cuando fueran a por comida o algo así? Toda esta empresa era como un castillo de naipes a punto de derrumbarse en cualquier momento, enterrándolo bajo lo que él al principio consideraba que era un impulso por hacer las cosas bien.*

Se detuvo en la esquina del motel, apoyó la cabeza contra la pared y respiró profundamente el aire fortificante de la montaña. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Celeste necesitaba el Frost, igual que Nathan. Necesitaban ayuda. Lo necesitaban a él.

—Nadie necesita realmente a nadie —le dijo Allison desde la esquina.

Miles alzó la cabeza y ella también se echó sobre la pared, vestida con las mismas ropas que la última mañana que la vio con vida.

Se le cortó la respiración. Negó con la cabeza, cerró los ojos. Contó hasta diez.

Volvió a mirar. Seguía allí, de brazos cruzados.

—Yo... yo... —comenzó a decir.

—Miles, tu sendero está claro. Es simple. Carga la pistola. Busca un lugar apartado. Deja una nota si quieres decirle adiós a alguien, como por ejemplo a DeShawn o Joy. Te echarán de menos... —se encogió de hombros—, aunque no te conocieron lo bastante como para que les importaras.

Trató de hablar. Nada salió de su boca salvo una tosca exhalación.

—Nadie te culpará por no querer escuchar a Andy jodiéndote la cabeza el resto de tu vida. Piénsalo, años y años hablándote.

—No.

—Te preocupa fallar a tus... amigos. Te preocupa fallarme a mí. Yo te fallé, Miles. Te di falsas esperanzas.

Cerró los ojos con fuerza. Deslizó los dedos por las líneas rectas de los ladrillos.

Un hombre hospedado en otra habitación pasó a su lado y Miles sintió el calor de su mirada curiosa.

—Eso es el Frost —dijo Allison—. Una falsa esperanza. No pensarás de verdad que Nathan está mejor, ¿verdad? No, no funciona así.

Susurró una oración.

—No es real, no es real, aunque lo fuera jamás diría esas cosas, es la enfermedad.

Abrió los ojos y se aproximó al espacio donde ella se hallaba hace un momento. Ya no estaba allí, en su lugar solo corría la brisa serrana. Presionó las palmas de las manos contra el muro de ladrillos. Nathan y Celeste eran reales, eran su responsabilidad, tenía que recuperar la compostura. Podrían ser fuertes si él conseguía serlo. Recuperarían el fármaco, juntos. Sentía unas enormes ansias por tenerlo en sus manos. Era extraño querer algo que nunca había tenido, necesitaba que el Frost fuera parte de su realidad.

Así que en marcha.

Volvió a la habitación. Nathan estaba sentado en la cama viendo en la tele un torneo de famosos jugando al póquer.

—Nathan, siento haberte gritado.

—Tengo quinientos años de mala suerte por lo de los espejos —dijo Nathan—. No me importa que me grites. —Meneó la cabeza. En sus ojos se adivinaba un temor renovado—. No he tomado el Frost en varios días, tío, y me estoy derrumbando. Lo necesito, tío.

—Sé honesto conmigo. ¿De verdad llamaste a tu madre?

Asintió lentamente.

—No me crees.

—Tenía entendido que no hablabas con tu madre desde que entraste en el hospital. Así que sé que no la has telefoneado cada semana.

—Cierto. Pero la llamé anoche. Te dije que ella esperaba mi llamada para que no te enfadaras por haberla llamado.

—Entonces te creo. Intenta descansar.

—Miles.

—¿Sí?

—Respecto a ese amigo tuyo que murió, uno no se queda esperando a que le disparen. Simplemente te protegiste.

—La historia es más complicada, Nathan.

—¿Cómo lo sabes si no lo recuerdas?

—No lo sé.

—Es un mero detalle, ¿te arrepientes de estar vivo?

—No.

—Ahí tienes la respuesta entonces. —Nathan cerró los ojos.

Miles se acercó a la puerta abierta de la habitación de Celeste y llamó en el umbral con los nudillos. Ella salió del baño secándose la cara con una toalla. Miles

cerró la puerta.

—Lo siento —se disculpó.

—No hay motivo —dijo ella.

Quería decirle que había visto a Allison, pero las palabras se le atropellaron en la garganta y tuvo que tragárselas.

—Querías cambiarme el color del pelo antes de irnos, ¿no? —dijo—. Hagámoslo. —Miró en el bolso. Habían parado en Fresno a comprar ropa y bolsas de lona en un Wal-Mart. Celeste sacó unas tijeras para las uñas—. Córtamelo, luego lo teñiremos.

—No sé cortar el pelo —dijo él.

—No he estado en una peluquería en muchos años. —Celeste se pasó la mano por su espesa cabellera—. No soy muy presumida. Córtalo y ya está.

—Trasquilaré aquí y allá.

Ella le agarró de la muñeca.

—Corta, no trasquiles. Hay una gran diferencia.

Entonces le mojó el pelo, porque lo primero que hacía el peluquero cuando se lo cortaban a él era eso, y comenzó a recortar con tijeretazos tímidos, casi temeroso de que gritara horrorizada si le cortaba demasiado de una vez. Realizó la tarea con calma, disfrutando de la humedad del cabello entre sus dedos. Ella estaba sentada delante de un espejo mientras él iba depositando los mechones en una papelera que iba moviendo con los pies.

—Vas a arrancarte el labio —dijo ella.

Dejó libre el labio que aprisionaba entre los dientes. Cortó otra serie de mechones y alisó el pelo hacia atrás con los dedos acariciando suavemente la cabellera.

—Eso me gusta —dijo—. Gracias.

Dejó de hacerlo. Algo se le agitó en el pecho. Se le secó la boca.

—¿Cómo te lo dejo de corto?

Celeste lo miró fijamente.

—En la mayoría de mis fotos tengo el pelo a la altura de los hombros. Hazme un corte *pixie*.

—¿Un qué?

—Córtamelo como a un chico. No te preocupes, Miles, no me voy a volver loca si me rapas la cabeza.

Así que se lo rapó, metiendo la tijera hasta dejarlo a ras del cráneo, pero un poco más largo alrededor de las orejas.

—Estás haciendo un buen trabajo —le dijo.

—Se me está quedando pelo por todas partes.

—No tiene que ser perfecto.

—¿Por qué te cortas? —Mantuvo la mirada fija en las tijeras, sobre el pelo húmedo.

—Es mejor que ver a gente muerta —dijo, y luego se disculpó instantáneamente—. Lo siento. Eso ha sido injusto.

—Está bien. Pero odio ver cómo te haces daño a ti misma.

—No tengo una respuesta. Detesto hacerlo. Allison decía que me cortaba para ser capaz de sentir de nuevo.

—A mí no me gusta ni cortarme con un papel. ¿No te duele?

—Sí.

—¿Qué sientes? Yo solo me siento vacío.

—No lo estás, Miles. Sabes que no lo estás. Si estuvieras vacío estarías muerto, y has luchado para salvarme y salvarte a ti mismo. Sientes, Miles. Sea lo que sea no es vacío. —Estudió su rostro en el espejo—. ¿Dejaste una mujer atrás allá en Florida?

—No.

—¿Te casaste alguna vez?

—No, siempre procuré que nadie me necesitara. —Estiró un mechón de pelo y cortó las puntas.

Ella agachó la cabeza apartándola de sus manos.

—Ya has cortado bastante de mi pelambreira —dijo—. Estoy horrible, totalmente irreconocible. Gracias. Me encanta.

Miles se limpió los restos de pelo de las manos sobre la papelería, leyó las instrucciones del tinte, extendió la grasienta sustancia por lo que quedaba de la melena de Celeste y esperó a que se tornara caoba.

—Ojalá me pudieras poner pelirroja —dijo—. Como Lucille Ball o Carol Burnett. Nunca me ponía triste cuando las veía por la tele.

Extendió el preparado por toda la cabeza y ella se quedó sentada donde estaba mientras él se lavaba las manos.

—Si no encontramos el Frost o a Wallace —dijo—, ¿qué hacemos?

—Tú y Nathan ir a Santa Fe y contarle a la policía lo que ha pasado. No vais a esconderos para siempre.

—¿Y qué pasará contigo?

—Estoy fuera de la protección de testigos. Supongo que tendré que empezar una nueva vida por mi cuenta.

—¿Tienes otro juicio en el que testificar? —le preguntó.

Miles alzó una ceja.

—Es una pregunta lógica —dijo—. Los testigos son testigos porque tienen que testificar.

—Sí, se supone que debo hacerlo.

—Entonces no has terminado.

—No, voy a testificar.

—Por lo tanto la agencia de protección de testigos te volverá a proteger.

Probablemente acabaría en la cárcel por pelearse con DeShawn, pero no quería admitirle a ella eso.

—Ya he terminado con la agencia. He roto sus reglas. Me esconderé por mi cuenta.

—Tú te esconderás por tu cuenta. Detrás de una pared si hace falta. Yo lo haré bajo una nueva identidad. O me iré lejos, a Chipre, la India, Tailandia... no importa dónde.

Miles se sentó en la cama, ella se quedó en la silla.

—Cuando mataste a ese hombre —quiso saber—, ¿te derrumbaste enseguida?

Miles escuchó el sonido de su propia respiración. Las paredes estaban pintadas de un horrible color entre el beis y el verde. Oyó la suave respiración de Nathan en la otra habitación.

—Solo me recuerdo a mí mismo hablando, a él sacando el arma, yo disparando, él cayendo, yo cayendo. Eso es todo. Nada de detalles. Es como una película muda con varios fotogramas perdidos por el camino.

—Entonces, ¿por qué estás seguro de que fue culpa tuya? Él sacó el arma.

—Él me dice que fue culpa mía, que lo maté con una sola palabra. Tengo miedo de recordar.

—Tu amigo es una creación de tu mente.

—No. Es nuestra enfermedad la que le ha dado vida, aliento y voz.

—Si tuviéramos Frost aquí ahora mismo, ¿te lo tomarías?

—No lo... no lo sé.

—No lo sabes porque no quieres recordar. Puede que tus recuerdos sean peores que lo que sucedió de verdad.

La hoja con la confesión seguía doblada en su bolsillo.

—Y hace poco dijiste que no ibas a preocuparte de lo que pensara la gente —dijo—. Yo soy gente. Deja de preocuparte.

—Nunca vi tu programa.

—No te perdiste mucho.

—Cuéntame cómo ganaste los cinco millones.

—No. Cuando todo esto acabe puedes alquilarte el devedé de la temporada uno. No quiero contarte el final.

—Ya sé el final, tú ganas. Cuéntamelo todo.

Así que eso hizo, regodeándose durante treinta minutos en las historias de pactos, votos secretos y puñaladas por la espalda. Miles comprobó el reloj.

—Es hora de lavarte el pelo.

Celeste se puso en pie. Miles abrió el chorro del agua y ella se metió debajo mientras él le quitaba el tinte del pelo con las manos. Se colocó una toalla en la cabeza y se puso los pelos mojados de punta. Su aspecto era lo bastante diferente al de la mujer del periódico para que una mirada casual no delatara su identidad.

—Puedes contarme lo del tiroteo, Miles, no voy a odiarte. No podría hacerlo. —Se dio la vuelta y su rostro quedó a centímetros del suyo—. No podría odiarte. Jamás.

—Deberías saber —le susurró Andy al oído— que nunca voy a dejar que te vuelvas a acercar a otra persona.

Miles se encogió.

—Podemos hablar de ello después. Vamos a buscar a Edward Wallace.

Cogió la fina guía telefónica del cajón de la mesilla. Contenía los números de las varias comunidades que rodeaban el parque de Yosemite. Pasó el dedo por los listados residenciales.

—Edward Wallace. Viene aquí, no intenta esconderse de nada.

—Podríamos llamarlo y preguntarle por Allison.

—No, no quiero que nos dé largas. Tú y Nathan quedaos aquí.

—Quiero ir contigo.

—No. Podría ser peligroso —dijo—. Además, tengo experiencia en sonsacar información a la gente, tú no. Por favor.

Celeste esbozó una expresión herida en el rostro.

—Claro, ya que tienes tanta experiencia yo me quedaré aquí sentada con mi disfraz, hablando conmigo misma. —Se cruzó de brazos y se sentó.

—Volveré con el Frost bajo el brazo —dijo.

—Sí, perfecto —respondió mientras él cerraba la puerta.

Celeste se levantó para verle marchar desde la ventana. Luego volvió dentro y se detuvo junto a Nathan, acurrucado en su sueño tranquilo. Le tocó la mejilla suavemente, como para asegurarse de que seguía allí. Entonces buscó la dirección de Edward Wallace en la guía telefónica y le escribió una nota a Nathan. La puso a su lado en la cama, y justo en ese momento Nathan abrió los ojos y la agarró del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Voy a ayudar a Miles.

—No, Celeste. Quédate. —Su voz era tranquila, sin rastro de locura.

—Suéltame el brazo, Nathan.

No lo hizo.

—Tienes que quedarte. Esto va a terminar pronto, Celeste, y estarás a salvo.

—¿Qué quieres decir? —Trató de liberarse el brazo. Nathan la agarró con más fuerza.

—Lo he hecho por nosotros, por los tres. Estará aquí pronto.

—¿Qué has hecho? —Se agitó con fuerza para liberarse, le dio un golpe en el pecho y se giró camino de la puerta. Al abrirla, vio a Groote, el hombre de Santa Fe, corriendo hacia la habitación desde la recepción del motel con los ojos clavados a fuego en ella. Cerró la puerta de inmediato y con manos temblorosas intentó echar la cadena sin éxito. Groote se lanzó con toda su fuerza y furia contra la puerta. Celeste aterrizó violentamente en la moqueta gastada.

El hombre la apuntó a la cabeza.

Nathan se abalanzó contra Groote, que lanzó un latigazo con la mano de la pistola al rostro de Nathan y le hizo un corte en la mejilla. Además, le dio una patada y lo arrastró junto a Celeste.

Groote cerró la puerta, echó el cerrojo y los apuntó con el arma.

—Hola, Nathan. No enciendas ningún fuego. Me alegro de volver a verte. Señorita Brent, no grite. —Su sonrisa le heló la piel a Celeste—. Tenemos que hablar.

Las ventanas de Edward Wallace necesitaban una buena limpieza. Los laterales del bungaló clamaban por una mano de pintura. Sin embargo, el reluciente Mercedes aparcado en el camino contrastaba con la humildad de la casa. No era un hogar, era simplemente un lugar donde alguien vivía.

Miles recordó la escrupulosa pulcritud de Allison; le costaba imaginársela en esta casucha. Por otro lado, ella estaba viviendo una mentira, Miles no llegó a conocer nunca a la verdadera Allison.

Llegó al porche y llamó a la puerta con los nudillos. Oyó pasos al otro lado. Vio la mitad del rostro de un hombre, un ojo azul, pelo rubio, una mejilla sin afeitar.

—¿Señor Wallace?

—Doctor.

—Disculpe, doctor Wallace. Tenemos que hablar.

—No creo en Dios ni en los recaudadores de fondos. —Cerró la puerta.

Miles se incorporó hacia delante y habló en voz baja contra la puerta.

—Allison me envía. O supongo que usted la llama Renee.

Cuatro segundos de silencio. La puerta se abrió de nuevo.

Edward Wallace coincidía con el aspecto del hombre de la foto, era un hombre alto con el rostro delgado, aire intelectual y la complexión esbelta propia de un corredor de maratón. Portaba un arma automática que apuntaba directamente al estómago de Miles. La mano que la agarraba temblaba ligeramente.

—¿Quién es usted?

—Miles Kendrick. Conocía a su esposa. O al menos eso creía.

Edward Wallace se mordió el labio.

—Usted es el testigo federal.

Miles trató de no mostrar sorpresa.

—¿Se lo dijo Allison?

—Sí.

—¿Le importaría que su amigo apuntase hacia otro lado, doctor Wallace?

Wallace bajó el arma.

—Hubiera fallado. No sé nada de armas. Deberíamos ayudarnos el uno al otro.

—Tengo alrededor de mil preguntas que hacerle —dijo Miles.

—Bien, yo solo tengo una respuesta. Usted y yo somos hombres muertos —sentenció Wallace—. A no ser que nos ayudemos el uno al otro.

—Me has hecho perseguirte, tío. —Groote se arrodilló junto a Nathan, sin dejar de apuntar a la cabeza de Celeste—. Ahora basta de lucha, ¿de acuerdo? Eso solo servirá para haceros daño.

La boca de Nathan tembló.

—No. No.

—¿Estás pensando en el tiempo que pasamos juntos? —dijo Groote—. No me agrada hacerle daño a la gente. Pero sin dolor para ti, no hay ganancia para mí. Háblame y no volveré a sacar al señor Destornillador. Al menos no para ti. —Agarró a Celeste, que había salido de debajo de Nathan.

—No —dijo Nathan—. No le hagas daño.

—Entonces ayúdame, Nathan. —Recorrió el nuevo peinado de Celeste con el cañón de la pistola—. Quiero saber dónde están el Frost y Miles Kendrick.

—Miles se ha ido —dijo Celeste antes de que Nathan pudiera responder—. Ha ido a por el Frost —añadió.

—Estás cooperando, señorita Brent —dijo Groote.

Celeste tragó saliva.

—No quiero que nos dispare.

—¿Cuándo estará de vuelta?

—En una hora. No estoy segura —dijo Celeste.

—Estabas perdiendo el culo para salir corriendo de aquí —dijo Groote—. He oído que te encanta estar bajo techo.

—Nathan me sacó de quicio —explicó.

—Causa ese efecto en la gente —dijo Groote—. Ahora sois vosotros quienes me sacáis a mí de quicio, y estáis eligiendo a la persona equivocada para hacer eso...

Sonó el teléfono.

—Déjalo sonar —ordenó Groote.

—Si es Miles —dijo Celeste sin perder la calma—, esperará que conteste. Se preguntará dónde estamos. Si no respondo, estará prevenido al venir.

Groote la impulsó hacia el teléfono.

—Responde. Si le adviertes, mato al soldadito de plomo. —Cogió a Nathan del pelo, lo atrajo hacia él a empujones y presionó el arma contra su sien.

Celeste descolgó el teléfono.

—¿Sí? —Ni ella misma entendía la calma inusitada de su voz. No hubo respuesta, solo oía una respiración al otro lado de la línea—. Sí, estamos bien —dijo, arrepintiéndose de repetir la afirmación, preguntándose por qué Miles no hablaba.

—¿Está ahí Groote? —dijo la voz desconocida de un hombre con un leve acento de Boston.

—Sí —dijo de nuevo.

La línea se cortó.

—De acuerdo, Miles, adiós. —Colgó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Groote.

—Me hacía saber cómo va la búsqueda.

—La de Edward Wallace.

—Sí, pero Wallace no está en casa. Miles va a esperarle, traerá comida cuando vuelva. —Se sentó en la cama. Le picaba la piel. *¿Qué demonios era esa llamada?, ¿quién era ese hombre?*—. No hemos comido en varias horas.

—Pobrecitos. —Groote se rascó el vendaje de su nariz rota y se preguntó si había sido Miles el que le había dado tal paliza.

—Te vi en la primera temporada de *Supervivientes*. A mi mujer le encantaba ese programa. Sé que puedes ser una zorra tramposa.

—Jugué limpiamente. —No se podía creer el tono de su propia voz, lleno de rabia.

—Da igual. Tu rostro es conocido. Vas a ser un problema para mí.

Le invadió el terror. Ahora que Groote creía que Miles volvería pronto con el preciado Frost, ni ella ni Nathan le hacían falta. No iba a dejarla salir de la habitación. El arma llevaba puesto un silenciador y sus manos eran lo bastante grandes como para romperle el cuello. Sus ojos, empequeñecidos por el cansancio sobre el sucio vendaje de la nariz, la miraban sin compasión.

No podía sentarse en esta habitación desvencijada y esperar a la muerte, otra vez no. No iba a aguardar a que un hombre entrara por esa puerta y fuera asesinado mientras ella se ahogaba en el miedo. Otra vez no.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Nathan a Groote.

—Mi jefe quiere recuperar su propiedad —dijo Groote. Le dio un golpecito a Celeste con el arma—. Tú. Dime, ¿funciona?

—¿El qué? —Celeste levantó la vista de su regazo.

—El Frost, ¿funciona?

—¿Por qué le importa?

—Curiosidad. —Su tono era plano, pero notó el calor en sus ojos cuando hizo la pregunta.

—¿Me pregunta si el Frost funciona para saber si merece la pena matarnos por él? Bueno, tengo demasiado miedo para decírselo. —Hizo que su voz temblara—. Si me entra el pánico me pongo a chillar.

—Nada de gritos —ladró Groote bruscamente—. Si gritas, mueres.

Se puso las manos en la boca, fingiendo estar ahogando un grito. Respiró profundamente dos veces y luego bajó las manos.

—Necesito... mi medicina. Por favor.

—Ni hablar. Cállate y quédate ahí sentada.

—Déjala que se tome su antidepresivo, tío —dijo Nathan.

Groote le dio una patada en el pecho que le hizo rodar por los suelos.

—No quiero escuchar vuestros lloriqueos. Estoy increíblemente cansado de

vosotros.

—La pastilla está en mi bolso, en la habitación de al lado. —Se dio un manotazo en el pecho, como si estuviera conteniendo un aullido que le subía por la garganta—. Tengo también sedantes para Nathan.

Al ver el cambio en la expresión de la cara de Groote, de un ceño fruncido a una expresión casi normal, Celeste comprobó que el hombre había tomado la decisión que ella esperaba. Darles medicamentos a sus rehenes haría que fuera más fácil tenerlos bajo control. Groote apuntó a Nathan con el arma y le hizo ponerse en pie.

—Vamos, soldadito de plomo. Intenta algo y te quedas sin dientes.

Celeste caminó hasta la otra habitación, con Groote y Nathan un paso por detrás. Se acercó al bolso.

—Mal —indicó Groote—. Cógelo por debajo, señorita Brent, tíralo todo al suelo. Nada de trucos.

Hizo lo que le decían y sus cosas acabaron en una pila sobre la grasienta moqueta gris. Lápiz de labios, las gomillas que le trajo Miles, su monedero, un cuaderno negro, un frasco vacío de pastillas, la cartera y el móvil apagado, tal como ordenó Miles para que la compañía no pudiera detectar su posición. Se agachó sobre sus cosas.

—Las manos fuera del móvil. Échamelo con el pie —ordenó Groote.

Obedeció. Groote rompió el teclado y la pantalla con el talón.

Mientras, ella abrió el frasco. Vacío.

—Oh —dijo—. No... no me quedan. —Se resbaló y puso la rodilla sobre el monedero.

—Estúpida —dijo Groote. Ella permaneció de rodillas.

—Levanta, soldadito de plomo, a la cama, voy a ataros juntos.

Celeste se levantó, cerrando el puño en torno al monedero. Dejó caer el dinero y tiró al suelo el monedero. Entre los suaves y gastados billetes, el afilado borde de la cuchilla le mordió el dedo. Se la escondió en la mano.

Groote no se dio cuenta de nada. La lanzó contra la cama, al otro lado de Nathan.

—Si alguno de los dos se mueve, acaba muerto —dijo Groote.

Por favor, átame a mí primero, pensó. Nathan podría ayudarla a luchar en el momento que se acercara a ella.

No obstante, ató primero a Nathan. Para ello tiró del cable del teléfono de la pared, hizo que colocase juntos los pies y las manos, arrancó un pedazo de almohada y se lo introdujo tan hondo en la boca que prácticamente corría el riesgo de ahogarle.

No te muevas, se dijo a sí misma.

No había otro cable de teléfono en la habitación, así que Groote soltó la cuerda de la cortina y se acercó a ella.

De rodillas en la cama, puso las manos delante del cuerpo, como esperando a que la esposaran, y antes de que la atara le dijo:

—Me quedan todavía gran parte de los cinco millones que gané. Son suyos.

Déjenos ir.

Y como creía que estaba suplicándole, no luchando, él se detuvo.

—Me importa una mierda tu dinero.

—No se me puede atar. Por lo que me ocurrió... cuando mi marido murió. —No le resultó difícil darle un tono medroso a su voz. Tenía miedo de lo que podría pasarle si no lo detenía—. No me ate, sé dónde están los datos sobre el Frost.

—¿Dónde?

Alzó la mandíbula.

—No quiero que Nathan lo oiga.

Se imaginó que Groote iba a llevarla a la habitación contigua, pero él estaba demasiado ansioso para esperar. Acercó la cabeza a ella, una ocasión que podía ser única. Celeste le lanzó una bofetada, y como mantenía la cuchilla bien fijada entre sus dedos, la hoja cruzó la cara de Groote e hizo una línea roja a lo largo de la mejilla, cerca del ojo.

Groote trastabilló sorprendido hacia atrás, y ella atacó de nuevo, pero esta vez el hombre le apartó el brazo gruñendo como un animal enrabiado. El gruñido se tornó en grito. Celeste buscó la garganta con la cuchilla. Groote le asestó un puñetazo en el lateral de la cabeza y Celeste cayó por un lado de la cama. Le pisó la muñeca con fuerza, la forzó a abrir los dedos y la cuchilla se le escapó de ellos.

—Es la hora del señor Destornillador. —Su voz sonaba rota—. Me has cortado, zorra, más vale que no me quede cicatriz, más vale que no asuste a Amanda... —Dejó de hablar y ella luchó, mordió, pateó. Las manos de él trataban de taponarle la boca y la cargó hasta el baño con la cabeza por delante. La puso boca abajo, de tal forma que los pies rozaron el yeso del techo.

—¿Dónde está el Frost? ¿Dónde?

—No lo sé —comenzó a decir y luego vio el retrete abierto acercándose a ella. Se las arregló para coger un poco de aire antes de que le metiera la cara en el agua poco profunda.

Celeste se revolvía, pero él la sujetaba por las piernas y las manos con sus grandes brazos, y le sostenía la cabeza en un ángulo preciso para que diera en la porcelana. *No es la primera vez que hace esto*, pensó en mitad de su sorpresa.

—¡Sí lo sabes! ¡Dímelo! ¿Dónde está? —gritó.

Lo único que podía hacer ella era seguir dando patadas para dificultarle su intención de ahogarla.

El aire explotó en sus pulmones buscando liberarse. Se asfixió, respiró agua y entonces, en ese preciso momento, él la dejó. Cayó sobre las frías baldosas, tosiendo, saboreando su propia sangre en los labios.

—Señorita Brent, ¿se encuentra bien?

La voz del teléfono. Un hombre de cincuenta y tantos años, con el pelo oscuro como el carbón, la piel pálida y la pistola más grande que jamás hubiese visto entre las manos la observaba desde arriba. Apuntaba el arma a la cabeza de Groote.

—¿Por qué somos hombres muertos? —preguntó Miles.

—Sabemos demasiado. Mejor dicho, alguna gente cree que sabemos demasiado.

Edward Wallace se hizo a un lado y Miles entró en la casa. Una de las paredes traseras estaba cubierta de fotos de Allison con el pelo más largo, de un color algo más claro y con gafas.

—Sobre el Frost.

—¿Lo tiene? —Una cauta esperanza se encendió en los ojos de Wallace.

—No. Usted lo tiene.

La esperanza se tornó en sorpresa.

—¿Qué?

—Allison envió los archivos a un servidor ubicado aquí el mismo día que murió.

—Oh, Dios. Eso lo explica todo. —Wallace se apoyó en la pared.

—A mí no, doctor Wallace.

—No tengo el Frost.

—Pero puede acceder al sistema donde puso los archivos...

—No. Escuche, tiene que irse. Ahora. No puede estar aquí cuando llegue Dodd.

—¿Quién es Dodd? —Miles recordó haber oído ese nombre cuando Sorenson habló por teléfono en la consulta de Allison. *Dodd no lo sabe*. Le preguntó a Allison quién era Dodd el día que murió, antes de que le colgara. Era la pieza que faltaba en el rompecabezas.

—No puede estar aquí y no puede saber quién es. Por favor, váyase y ya está.

—No. Enséñeme el sistema donde subió los archivos.

—No tengo los archivos del Frost.

—Lo ha borrado.

—No. No sé lo que pasó —dijo Wallace. Soltó el arma en la mesa. Se pasó una mano por los cabellos alborotados, como si llevara todo el día haciendo ese mismo movimiento para calmar una infinita preocupación.

—Su mujer me pidió ayuda, doctor. No la ayudé a tiempo y ahora está muerta; el único modo de ayudarla ahora es hacer que el que la mató sea castigado por ello.

La mitad carcajada, mitad tos de Wallace provocó un extraño sonido en la quietud del bungalow.

—Detenerlos usted... no sé qué facción la mató, pero no va a detenerlos. Escuche, Dodd llegará en cualquier momento. Tenemos que irnos.

Si tienes tanto miedo de Dodd, ¿por qué no te has ido ya?, pensó Miles.

—Dodd quiere el Frost. ¿Por qué? ¿Quién es?

—Si se lo digo, ¿me ayudará a esconderme? Antes de que me maten igual que a Renee.

Esto no disipaba sus dudas, pero el miedo en el rostro del hombre parecía real y definido.

—Esta gente mató a su esposa. ¿Por qué no simplemente acude a la policía?

—No... no puedo ir a la policía.

—Explíquese.

Wallace respiró profundamente en busca de fuerzas.

—Dodd estaba a cargo del proyecto original del Frost.

—¿El Frost no fue creado por Hurley y Quantrill?

—No. Ellos desarrollaron nuestros descubrimientos. Yo estaba en el equipo de investigación original del Frost —dijo Wallace—. Renee también.

—¿Por qué se convirtió en Allison Vance?

—No tenía elección. Ser Allison era su coartada. Dodd la obligó, es un hombre del gobierno.

—¿De qué agencia?

—El nombre en clave del grupo de Dodd es Chamán. No los verá citados en un presupuesto del Congreso. Trabajan en la sombra con dinero limpio procedente de proyectos legítimos. Está al cargo de investigaciones científicas clandestinas para el Departamento de Defensa.

Ahora encajaba. El Frost sería un beneficio inmediato para los soldados afectados mentalmente por los horrores de la guerra.

—Entonces la misión de Allison era robar el Frost para Dodd.

—Devolverle lo que le habían robado.

—¿Por qué no se lo mandó a Dodd y fin de la historia?

—No lo sé.

—¿Por qué envió la investigación sobre el Frost a este servidor?

—No lo sé. No tuve contacto con ella desde que se fue a Santa Fe. Dodd lo prohibió. —Wallace cerró los ojos—. Los... los componentes del equipo primigenio de Dodd desarrollamos hace tres años la versión inicial del Frost. Soy neurobiólogo, trabajé en bloqueadores beta que impedían que los recuerdos traumáticos se consolidaran. Allison era una de las psiquiatras. Sin embargo, nuestro prototipo no funcionaba si no se administraba dos horas inmediatamente después de que se produjera el trauma. Uno de los soldados del grupo de pruebas se volvió psicótico... cuando su trauma de larga duración no desapareció... mató a los otros pacientes de la prueba. A todos. —La voz de Wallace se quebró—. Llevamos allí a esa gente para ayudarlos, para curarlos, y acabaron asesinados, uno a uno, mientras dormían. Dodd le dio carpetazo al proyecto y finalizó la investigación. Renee se culpó a sí misma.

—Sabía todo sobre el Frost. Sabía lo que era desde el principio —dijo Miles.

—Después de que Dodd cerrara el proyecto, su equipo pasó a hacer otro trabajo. Renee y yo nos mudamos a Fresno para abrir una clínica dedicada al síndrome de estrés postraumático mientras yo enseñaba en la universidad y continuaba la investigación. Intentamos pasar desapercibidos, pero hace unos meses Dodd se presentó por sorpresa en nuestra casa.

»Quantrill se apropió de la investigación original, otro investigador la robó y se la

vendió a él, y Quantrill se las arregló para llevar el Frost al siguiente nivel. Dodd lo averiguó, probablemente a través de ese mismo investigador que hizo la venta. Dodd puede ser... muy convincente. O se sigue su procedimiento o lo que sigue es tu funeral. El investigador murió en un accidente de tráfico. No creo demasiado en las coincidencias.

Miles recordó la noticia en el periódico.

—Usted tuvo un accidente de senderismo hace unas semanas.

—Dodd nos forzó a abandonar nuestros trabajos y nos mudamos aquí para llamar menos la atención. Renee se fue a Santa Fe a espiar para Dodd... Una noche me llamó por teléfono desde su consulta. Me echaba de menos. Dodd debía de estar monitorizando la línea del despacho. Mi accidente era su forma de hacernos ver lo que pasa cuando se rompen las reglas. Vino aquí, me dijo que fuera a hacer senderismo con él y me empujó por un precipicio de cuatro metros. Lo suficiente para hacerme daño, unas magulladuras. Una advertencia.

—Interesante.

—Renee se culpaba de las muertes de los anteriores pacientes del Frost, nunca se recuperó. Dodd encubrió las muertes, hizo creer a las familias que los pacientes habían muerto en un incendio en el hospital de Albany, donde llevábamos a cabo nuestro trabajo.

—Entonces Dodd quiso recuperar la nueva y mejorada versión del Frost. Convirtió a Allison en su espía. —Una espía por obligación, igual que lo fue él mismo. El pecho de Miles se tensó al recordar las palabras que le dijo aquella mañana:

—Creo que te entiendo mejor de lo que piensas.

Wallace asintió.

—Todos investigando los recuerdos... El mundo es un pañuelo. Quantrill no podía saber que ella trabajaba en el equipo original. Tenía que comprobar si su versión del Frost era prometedora, robarla si así era, para poder volver a ser Renee.

—¿Por qué no acudió Dodd a las autoridades y dejó que se encargaran de todo? Quantrill era un fuera de la ley por haber comprado los secretos del gobierno...

—Dodd no quería que el proyecto original quedara al descubierto. El Pentágono estaba haciendo pruebas de fármacos en veteranos. No creo que Dodd tenga sombra, ese hombre no ve a menudo la luz del día.

—Deme una conexión para los otros jugadores, por favor. ¿Quién es Sorenson?

Wallace se sentó en una silla, limpiándose el sudor de la frente.

—Es un miserable hijo de puta. Trabajaba en la seguridad de los proyectos de Dodd. Se suponía que su trabajo era ir a Santa Fe a proteger a Renee, ayudarla si necesitaba saltarse algún dispositivo de seguridad para robar la investigación del Frost.

—Sorenson la mató.

—¿Qué?

—Él puso la bomba que la mató. —Le contó a Wallace que vio a Sorenson entrar y salir de la consulta de Allison sin su maletín, para luego volver y hablar por teléfono con Dodd.

Wallace palideció y se tapó los ojos con una mano.

—¿Tenía Sorenson acceso a explosivos?

—Solía estar involucrado en operaciones encubiertas para el Pentágono. Es el encargado de seguridad de Dodd. Dodd me llamó esta mañana temprano, presa del pánico, porque se había enterado de que Renee había mandado los archivos al servidor. No sé cómo lo supo...

—¿Esta mañana temprano? —dijo Miles. Oh, Dios. Se le secó la boca.

Nathan colgando el auricular en la cabina, la mirada bovina en su rostro, la mentira en sus labios sobre esa supuesta rutina de llamar cada semana a su madre. Una llamada que no se podía arriesgar a hacer en la habitación, con Miles durmiendo a su lado. Dodd tenía una conexión con Allison, Allison trató de ayudar a escapar a Nathan. Entonces quizás...

—Creo que sé quién lo llamó. ¿Mencionó Dodd alguna vez a un tipo llamado Nathan Ruiz?

—No.

No significaba nada que Nathan no conociera a Dodd.

—Entonces Dodd quería los archivos que Renee envió.

—Pero aquí no están. Uso el servidor para llevar un pequeño negocio de espacio web y para guardar una base de datos de mis investigaciones, ejecutar aplicaciones que utilizo en mi trabajo y requieren muchos recursos... nunca vi esos archivos ni supe que estaban allí. Tiene que creerme.

—Dodd no le cree.

—Le di los códigos de acceso, él mismo lo comprobó. Alguien accedió al servidor esta mañana usando la clave del administrador que teníamos Renee y yo, y ejecutó un programa para borrar todos los datos del disco... todo se ha esfumado, lo han sobrescrito. Nada es recuperable, y lo he intentado. La única otra persona con la palabra clave que podría haber hecho tal cosa era Renee. A no ser que le dijera la palabra a otra persona.

—Sorenson. Allison no estaba escondiendo los archivos, estaba guardándolos para dárselos a Dodd. De tal modo, los archivos seguirían disponibles para él o Sorenson si la gente de Quantrill la atrapaba o la mataba. Debió de decirle el código a Sorenson, o él lo encontró por ahí, la gente siempre escribe ese tipo de cosas en los lugares más insospechados. Entonces cogió el Frost del servidor y luego lo borró para destruir los archivos una vez recuperados.

—Dodd no me cree, piensa que tengo el Frost. Viene de camino. Por eso necesito esconderme. —La voz de Wallace ocultaba a duras penas su temblor.

La situación no estaba del todo clara y Miles negó con la cabeza.

—Volvamos a Sorenson. Allison guardó la investigación en el servidor, pero

ahora ha desaparecido. A todo esto, ¿dónde está él?

—Dodd me dijo que Sorenson se esfumó hace dos días. Dodd piensa que otro hombre, un tipo llamado Dennis Groote, que trabaja para Quantrill, llegó hasta él. Probablemente lo mató.

—Este Nathan Ruiz que mencioné antes era paciente de Allison. Sorenson se tomó muchas molestias para intentar matarlo en Sangre de Cristo, no sé por qué.

—Nunca he oído hablar de él.

—Pero de mí sí. Ella, antes de morir, me pidió que la ayudara. Si Sorenson se encargaba de protegerla, no debería haberme necesitado. Entonces... debía de sospechar que Sorenson la estaba traicionando. Por eso se llevó el Frost. —No obstante, ¿para qué le entregó la clave del servidor de los archivos? No tiene sentido, a no ser que se la diera antes de alimentar sus sospechas.

—Todo esto es culpa de Dodd —dijo Wallace—. Si hubiera dejado correr este asunto...

—Una pregunta más. La agencia de protección de testigos investigó a Allison, comprobó su pasado.

—¿Y?

—Si Allison Vance no era una persona real no hubiera pasado con éxito esa comprobación.

—Bueno, está claro que lo hizo. Dodd se aseguró de que su pasado fuera reinventado de manera impecable.

No obstante, ese detalle seguía resultándole molesto a Miles.

—¿Por qué arriesgarse? Si su papel allí era el de espía, ¿para qué aceptar a un cliente que pudiera comprometer su situación?

—Puede que al principio no supiera que usted era un testigo federal protegido, no lo sé con seguridad. Dodd manejaba el cotarro. Escuche, lo que necesito es su ayuda para desaparecer.

—Pregúnteselo a Dodd.

—No —dijo Wallace negando con la cabeza—. De ninguna manera. Quiero irme. Nada más.

—Esto no está bien, algo falla —dijo Miles.

—¿A qué demonios se refiere?

—Ella murió el martes por la noche. Usted dice que borraron el servidor hoy mismo. Sorenson no puede llevar dos días muerto y haberlo borrado.

Wallace parpadeó y asintió.

—Bueno, sí.

—¿Cómo se borra un servidor?

—Igual que cualquier disco duro. Se tiene que tener el nivel más alto de acceso y luego se usa un programa especializado que sobrescribe todos los archivos del disco.

—Entonces, ¿por qué no lo borró el mismo martes? No tiene ningún sentido...

—No lo sé. —Wallace se puso en pie—. No puedo quedarme. Será mejor que nos

vayamos. —Caminaba de un lado para otro hablando para sí—. México no está demasiado lejos. Tengo que aprender francés y alemán para mi doctorado en ciencias, así que Europa es buena alternativa...

Tiene el don de la oportunidad, pensó Miles. Dispuso de varios días para darse cuenta de la presencia de los archivos, de varias horas para huir. Aun así, Wallace se quedó, un recién enviudado ratón de laboratorio asustado aguardando la venganza de Dodd.

Wallace mentía. Miles echó mano de la pistola que llevaba en la parte trasera de sus pantalones al tiempo que Wallace cogía la suya, abandonada en la mesa, y con la gracia de un corredor se giraba hacia Miles y disparaba.

—Señorita Brent —repitió el hombre, y Celeste se puso en pie, temblando y ayudándose de la pared—. Me llamo Dodd. Haga exactamente lo que le digo y estará a salvo. Desate a Nathan, por favor. Vaya a lavarse la cara. Siéntese en la cama con él. No haga ninguna llamada, no abandone la habitación. No grite. La ayudaré. ¿Ha quedado claro?

Asintió, aturdida.

Dodd sacó a Groote a rastras del baño, y lo tiró contra la pared para registrarlo. Celeste pensó en el arma que ella misma había empujado bajo la cama con el pie. Abrió la boca para decirlo, pero se calló por cautela.

Dodd la miró.

—Señorita Brent, haga lo que le digo y todo irá perfectamente.

Liberó a Nathan de la mordaza.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió y desató los nudos de los pies y las manos de Nathan. Estaba tan contenta de seguir viva que temblaba de la cabeza a los pies, como si se hubiera metido en una bañera de agua congelada.

—Señor —le dijo Nathan a Dodd—, gracias. Gracias.

—¿Estás bien, Nathan? —le preguntó.

—Sí, señor —dijo tajante, como si estuviera de vuelta en la disciplina militar, dispuesto a luchar en la guerra de nuevo.

Celeste se lavó la cara. Tenía los labios hinchados y había sangrado por la boca y la nariz, pero no mucho. El jabón olía a limón. Se frotó la piel con fuerza.

—¿Quién es usted? —le preguntó Celeste al hombre al mismo tiempo que se secaba la cara.

—Es mi jefe —dijo Nathan, con un orgullo patente en la voz.

—¿Jefe?

Dodd dejó de registrar a Groote y lo tiró boca abajo en la otra cama. Le encañonó la espalda.

—Responda a mis preguntas si quiere conservar la columna. ¿Trabaja para Oliver Quatrill?

—¿Quién?

—Admiro la lealtad, pero hasta cierto punto. ¿Dónde está Sorenson?

—No tengo ni idea.

—No mienta, señor Groote.

—Sorenson me rompió la nariz, pregúntele a Nathan. Si supiera dónde está ese bastardo, lo mataría. Pero no lo sé.

—Interesante —dijo Dodd—. Este hombre te ha hecho daño, ¿verdad, Nathan?

—Con un destornillador. —Nathan se revolcó por el suelo para recuperar el arma de Groote, se la pasó a Dodd y Celeste se preguntó qué demonios estaba haciendo.

Ella debió de haber cogido el arma primero, ahora ya era demasiado tarde.

—¿Quieres usar el destornillador en el señor Groote?

Nathan negó con la cabeza.

—No.

—¿Acaso no es Nathan mejor hombre que usted, señor Groote? —preguntó Dodd.

—Eso parece. —El odio manchaba su voz.

—Nathan —dijo Dodd—, no te alarmes por lo que le voy a decir al señor Groote. Es solo porque vivimos tiempos difíciles. —Se agachó junto a Groote—. Tengo una oferta para usted. Quantrill es un callejón sin salida. Debe cambiarse a mi bando.

—¿Qué bando es ese? —dijo Groote.

—Somos las personas que inventaron el Frost. Su jefe nos lo robó.

—¿Qué...? —comenzó a decir Celeste, y entonces Nathan la silenció con un sutil movimiento de cabeza.

—Deje que le cuente cómo podemos ayudarlo a usted y a su hija, señor Groote.

—Mi hija... —dijo Groote en un tono ahogado, y Celeste vio que un miedo real se encendía en los ojos del hombre, puro terror—. No se acerque a mi niña, maldito...

—Solo los hombres asustados hacen amenazas, señor Groote. Los hombres confiados hacen promesas. Esta es mi primera promesa para usted. Soy su nuevo patrón.

—No recuerdo estar buscando un nuevo trabajo.

—Respire aliviado, le han pateado bien el culo desde que firmó para Quantrill. Ahora trabaja para mí. Estoy comprándole su contrato.

—No me encuentro en venta.

Dodd sacó una grabadora digital del bolsillo.

—Sé cuál es su precio. —Apretó el botón.

—¿Papi? —La voz de la chica era tranquila, drogada, pacífica—. ¿Papá? Soy yo. Se supone que primero tengo que decirte hola. Me cambian esta mañana a otro hospital. Me han dicho que estabas muy ocupado para acudir a verme durante la mudanza, pero que me visitarás en cuanto puedas. —El murmullo de una voz femenina fue lo siguiente en sonar, susurrándole a la chica que se despidiera—. Sí —farfulló la chica—. Te quiero, papi, ven pronto a verme.

La grabación terminaba ahí. Groote emitió varios gruñidos tensos.

—Voy a matarte, cabrón —dijo al fin.

—Y entonces, ¿qué le pasaría a Amanda?

—Joder, por favor, no haga daño a mi niña. Dios, ¿dónde está? ¿Quién demonios es usted para trasladarla sin mi permiso?

Celeste sintió escalofríos por la situación: el miedo en el rostro de Groote, la sonrisa burlona en el de Dodd, la conmovedora voz de la chica. Se puso en pie.

—Haz que se esté quieta, Nathan, por favor —dijo Dodd.

—¿Qué demonios es este...? —comenzó a decir y Nathan la hizo sentarse de nuevo.

—Haz lo que dice, es el bueno de la película.

Celeste no pensaba lo mismo.

—Amanda es simplemente un seguro. Solo pretendo cerciorarme de que usted se queda en mi bando. Va a traicionar a Quantrill, señor Groote, pero quiero estar seguro de que no me la juega a mí. Su hija se encuentra perfectamente, sana y salva. Depende de usted que continúe siendo así.

—El gobierno —dijo Groote de repente—. Está con el gobierno.

—Esa palabra suena muy grande. Inabarcable. Ineficiente. Soy más bien una esquina oscura —dijo Dodd.

—Quantrill me dijo que el Frost era una investigación abandonada —aseveró Groote—. ¿Me está diciendo que se la robó al gobierno?

Dodd acercó los labios al oído de Groote.

—Este es el trato. Lo único que necesita saber es que si mata a Quantrill y a Sorenson recuperará a su hija sana y salva. Garantizado. No será perseguido por ninguna de sus actividades *freelance*. Y Dennis, ¿puedo llamarte Dennis? Su hija será tratada con Frost. De igual modo que Nathan toma Frost y lo hará la señorita Brent si llegamos a un acuerdo. —Dodd le hizo un educado movimiento de cabeza a Celeste. Ella se preguntó si podría llegar a la puerta antes de que él disparara. Ocho pasos. Dos más para salir. La mataría por la espalda, no le cabía ninguna duda.

—Haré lo que quiera. —Groote tragó saliva.

—Entienda esto. La seguridad de Amanda depende de la mía. Si me traiciona, ella sufrirá. Nadie quiere que una chica inocente que ya ha sufrido tanto siga haciéndolo inútilmente. No me dé ninguna razón para dudar de usted, Dennis.

—No lo haré —dijo Groote. Celeste no podía sentir lástima por él, sin embargo, el confiado asesino que irrumpió en la habitación se había convertido ahora en una masa de carne confusa.

—Siéntese.

Groote obedeció.

—¿Vino hacia aquí directamente?

—Sí, me imaginé que vendrían al hotel más barato.

—¿Los ha seguido hasta aquí desde Nuevo México?

—Por supuesto que no. Volé a Fresno esta mañana. Vi en el ordenador de Celeste que los archivos del Frost fueron transferidos a un servidor propiedad de Wallace.

—¿Pero no ha ido a ver a Wallace?

—No, me retrasé teniendo que contestar unas preguntas al FBI. Sobre Kendrick. Los federales lo están buscando.

—¿Porque es un testigo desaparecido?

Groote asintió.

—¿Cree que Kendrick tiene el Frost?

—Así lo creía.

—¿Mató usted a Allison?

—Demonios, no.

—¿Y a Sorenson?

—No, pero lo haría si pudiera.

—Ellos, y también Nathan, trabajan para mí. Al menos así era antes. Sorenson mató a Allison, intentó matar a Nathan y sospecho que escapó con el Frost —dijo Dodd.

—Para venderlo —dijo Celeste, y todos la miraron—. Nada de esto tiene que ver con ayudar a la gente, se trata de dinero. Siempre el maldito dinero.

—Señorita Brent —dijo Dodd—. Sé que cuento con la lealtad de Nathan y la suficiente de Dennis como para que pudiera dormir cerca de él con un solo ojo abierto. Usted sigue siendo la incógnita por despejar.

—Señor —dijo Nathan—. Celeste es de los nuestros. Mató a Hurley, él ya no podrá hablar de su trabajo.

—Bien, gracias, señorita Brent —dijo Dodd—. Me hizo un gran favor.

—¿Allison trabajaba para usted? —dijo Celeste—. ¿Allison?

—Ella y Nathan eran mis espías, uno dentro y otro fuera, para informarme de cómo Quantrill y Hurley estaban mejorando el Frost. Siento que Allison la arrastrara a esta situación. Supongo que necesitaba una manera de esconder el Frost de Sorenson y la usó a usted para hacerlo. Es algo reprobable, no se lo niego.

—¿Va a matarme? —preguntó Celeste, susurrando las palabras.

—No —dijo Nathan—, de ninguna manera. Puede permanecer callada, ¿verdad que sí, Celeste?

—Sí —se oyó decir a sí misma—. Claro.

Dodd abrió un móvil, marcó un número y esperó. Entonces Celeste vio una oscura furia cruzar su rostro en el momento que preguntó quién hablaba. El pecho se le hinchó para emitir un largo suspiro de decepción. Dodd alzó el arma y la apuntó hacia Celeste.

La bala pasó a un metro largo de la cabeza de Miles. Él no disparó, por el contrario, se lanzó hacia Wallace y lo golpeó en la garganta con el arma. Wallace tiró la pistola y Miles pensó que su contrincante no sabía lo que estaba haciendo, estaba asustadísimo.

—Estúpido —dijo Miles—. Muy estúpido.

—Por favor, por favor. Me dijo que tenía que matarlo.

—¿Quién?

—Dodd —dijo Wallace.

—Quería que lo ayudara a huir para llevarme junto a él, ¿verdad?

—O para dispararle en otra parte, no en mi casa. Lo siento. Lo siento de verdad... mi mujer está muerta. No quiero morir yo también. —Wallace comenzó a llorar.

—Dígame la verdad. ¿Tiene el Frost?

—No, Dios, no. Si lo tuviera se lo hubiera dado a Dodd de inmediato y sería su jodido héroe. Estaría a salvo.

—Sea honesto conmigo.

—Me enteré de la muerte de Allison el miércoles. Dodd me llamó. Me quedé devastado. Apenas he salido de la cama estos días, no he trabajado, casi no he tocado el servidor. No sabía que los archivos del Frost estaban ahí. Por favor, no me mate.

—¿Seguro que no recuperó los archivos y luego borró el servidor para cubrir las pistas?

—No iba a aliarme con el hombre que mató a mi esposa —dijo Wallace—. Joder, le di a Dodd la clave de acceso al servidor en cuanto me lo pidió. No encontré nada. Viene para asegurarse de que no le miento, para comprobarlo. Por favor. —Sonó el teléfono.

Miles se metió el arma de Wallace en la parte trasera del pantalón y descolgó el teléfono.

—Residencia Wallace.

—¿Quién es? —Una voz tranquila.

—Miles Kendrick.

—Ah.

—¿Señor Dodd?

—Sí. Estoy aquí con sus amigos, en las habitaciones 23 y 25 del Puerta del Yosemite.

A Miles se le demudó el rostro.

—No les haga daño.

—En realidad los he salvado. Dennis Groote estaba ahogando a su amiga la señorita Brent en el retrete. Dígame que está bien, señorita Brent.

Miles oyó la voz de Celeste a escasos metros del aparato.

—Estoy bien, pero me está apuntando con una pistola. —Sonaba calmada.

—No quiero que sufran ningún daño —dijo Miles.

—Yo tampoco —dijo Dodd—. Tenemos que llegar a un acuerdo. Ahora, Miles, me pregunto qué está haciendo en casa del doctor Wallace.

—Buscar el Frost. Igual que usted. Wallace dice que no lo tiene.

—¿Deberíamos creerle? —Dodd sonaba casi tímido.

—Yo no le creo. Sin embargo, se lo entregaré a cambio de mis amigos, de tal modo que usted pueda decidir si dice o no la verdad. Usted lo conoce mejor que yo.

Wallace abrió mucho los ojos, pero Miles vocalizó unas palabras tranquilizadoras y alzó una mano para calmar al doctor.

—Edward es un buen científico, pero no un hombre demasiado fuerte. Siempre pensé que Renee se casó con él porque no le daría ningún problema. No les deseo ningún mal a sus amigos, Nathan...

—Trabaja para usted. Lo metió en el hospital cuando se enteró de que estaban experimentando con el Frost. Y lo abandonó allí a su suerte cuando todo se torció.

—No sabía que estaba en peligro.

—Y una mierda. Oí su nombre. Estaba escondido en la consulta de Allison cuando Sorenson se estaba preparando para matarla. Escuché que le decía a alguien que Dodd no lo sabía.

—Por lo tanto, eso significa que yo desconocía los planes de Sorenson —dijo Dodd—. Me pregunto con quién hablaba, ¿usted no?

—No lo sé.

—Otro maldito traidor, supongo. He venido a rescatar a Nathan de la tempestad y para ayudarlos a usted y a la señorita Brent.

—Ha venido a recuperar el Frost, nada más.

—Hable conmigo. Cara a cara. Iré para allá.

No. La casa de Wallace estaba enclavada en un lugar muy remoto, demasiado tranquilo. Dodd quería silencio con respecto a cómo fue desarrollado y testado el Frost.

—No. Quiero encontrarme con usted en un lugar público, muy público. —Pensó con rapidez. *No. Quiero un sitio público, con acceso limitado por carretera para que no pueda llevar fácilmente a ningún posible refuerzo. Distante, para chafarle cualquier plan de última hora que se le ocurra.*

Wallace pareció leerle la mente.

—En el parque. En las cataratas de Bridalveil.

—Las cataratas de Bridalveil. En cuanto pueda. Si les hace daño a Nathan o a Celeste le garantizo que nunca recuperará su Frost y que toda la prensa sabrá de la existencia de Chamán. ¿Nos entendemos ya?

—Desde luego. —Dodd colgó.

—Aprisa. —Miles hizo levantarse a Wallace—. Nos vamos ya. Dodd podría cogernos aquí si tarda pocos minutos.

—Pero, maldito sea, me dijo que me ayudaría... —escupió Wallace—. Le he

dado el arma. Le he dicho lo que quería hacerme...

—Lo estoy ayudando —dijo Miles—. ¿Quiere quedarse a esperar a Dodd? Eso no tiene sentido para mí. Si tanto miedo tiene de él, debió de haber huido antes. Y no lo hizo.

—No puedo esconderme de él, no por mucho tiempo.

—Estaba esperándolo para hacer un trato con él, y ahora no quiere hacer un trato conmigo. Allison le envió el Frost para su protección. O bien quería un análisis científico del trabajo, sin la interferencia de Dodd. Ahora está muerta y usted desesperado por negociar a cualquier precio para continuar con vida.

—¡No tengo el Frost! ¡Lo juro!

—Y yo soy la mejor perspectiva que tiene para salir vivo de esta, doctor Wallace. Puedo protegerle. Si Dodd es del Pentágono, quizás le guste hablar con unos cuantos amigos de alto rango que tengo en protección de testigos o con unos hambrientos abogados de la acusación que conozco en el Departamento de Justicia. Soy uno de sus testigos favoritos. —Esperaba que eso siguiera siendo verdad, siempre podría decirles a los inspectores de la agencia de protección de testigos y a los abogados federales que reconocía que había perdido el norte cuando salió huyendo de Santa Fe y que le dieran de nuevo cobijo. Incluso si ahora era una basura para el gobierno y no le quedaban aliados oficiales para ocuparse de Dodd, necesitaba soltarle ese farol a Wallace—. Así que voy a ser un ciudadano modelo y haré un trato con Dodd...

—¡Está loco!

—Ese es el problema —dijo Miles.

Tres metros y medio dentro de la frondosa extensión de pinos que se extendía cuesta abajo, cerca de la casa de Wallace, el hombre observó a Kendrick y Wallace apresurarse hasta el coche de Kendrick y salir a la carretera. Bajó el volumen del dispositivo de escucha. La conversación entre ellos trataba sobre el tema que él esperaba. Abrió un teléfono y pulsó el botón de marcación rápida.

—¿Sí?

—Kendrick va a llevar a Wallace al parque Yosemite para encontrarse con Dodd. En las cataratas de Bridalveil.

—Mierda. Wallace podría derrumbarse. ¿Puedes ocuparte de ello? —dijo Sorenson.

—Claro. Se ha puesto el doble de complicado. El precio se dobla también.

—No.

—Es tu elección, yo preferiría estar en casa. —El hombre esperó mientras Sorenson consideraba la oferta.

—De acuerdo —dijo Sorenson con tono cansado—. Queme primero la casa.

El hombre colgó el teléfono. Rompió la ventana de la puerta de cocina, vertió líquido inflamable por toda la cocina, las cortinas y la puerta del despacho, encendió

una cerilla, y la tiró al suelo. Corrió de vuelta al bosquecillo y subió a la motocicleta. Tardó menos de tres minutos.

El hombre tomó el mismo camino que el coche de Kendrick. No tenía que darse prisa en alcanzarlos, sabía dónde iban y era un bonito día para conducir por la montaña.

Dodd conducía un espacioso Lincoln Navigator negro. La distribución de los asientos fue difícil. Obviamente, nadie de a los que Groote había intentado matar quería sentarse junto a él. Al final, Nathan se sentó delante y Groote detrás con Celeste. Dodd le dio a Groote un trozo de funda de almohada de la habitación del motel para cortar la hemorragia de los cortes que le había hecho Celeste.

Ella estaba agazapada en su asiento. Suponía que Miles había hecho un trato con Dodd. ¿Significaba eso que había encontrado el Frost? Si su intención era intercambiarla a ella y a Nathan por el fármaco, le hubiera dicho que siguiera huyendo. Celeste creía que Dodd quería que todos ellos guardaran un silencio permanente sobre este asunto.

El espectacular paisaje que vio mientras recorrían el estrecho y sinuoso camino que llegaba hasta las cataratas de Bridalveil la puso enferma. A la izquierda se amontonaban decenas de rocas sobre un valle, a su derecha se elevaba una montaña moteada de árboles perennes. La magnitud del cielo azul y la amplitud del espacio abierto le resultaban casi abrumadoras. Dios podía verla. Brian podía verla. Cerró los ojos, intentó calmarse. Había llegado más lejos de lo que jamás hubiera pensado posible. Podía soportarlo. Debía hacerlo.

—Apuesto a que hace una semana no te lo hubieras creído si te hubieran dicho que ibas a visitar California, Celeste —dijo Nathan. Estaba excitado, rebosante de confianza, pero algo fallaba. Su estado era frenético.

—No, Nathan, jamás lo hubiera pensado.

—Las montañas, los valles. Todo formado a partir de rocas desmoronadas y empujadas por los elementos a lo largo de los años, por fuerzas inimaginables. Belleza salida de la presión. Igual que nosotros.

—Como nosotros no —dijo Celeste.

—Si necesita pruebas de que el Frost funciona, mire a Celeste —dijo Nathan—. El Yosemite debería ser la pesadilla de un agorafóbico, y ella lo lleva bien.

—No eres quien yo creía que eras —dijo Celeste.

—Infravaloras a Nathan —intercedió Dodd—. Es un héroe.

—Es lo que quiere ser, y usted se está aprovechando de ello —dijo Celeste.

—Cállate —dijo Nathan—. El Frost va a ayudar a todos los soldados que vuelvan de la guerra en los próximos años. No más suicidios. No más matrimonios rotos ni más incapacidad para volver a encajar. Nada de aquello por lo que yo tuve que pasar. El país entero quedará agradecido.

—Lo sé, Nathan. —Celeste mantuvo la calma en la voz—. Pero secuestrar y amenazar con matar a la hija de Groote no es heroico, Nathan, ¿o sí?

Nathan tragó saliva trabajosamente.

—Este hombre te ha salvado la vida, así que ahora cállate.

—Nunca uso la palabra matar, señorita Brent. No soy un monstruo, no me gusta

lo que implica. No tengo intención de hacerle daño a usted ni a Amanda Groote.

—Cuando consiga el Frost, ¿qué pasará con nosotros?

—Puede entrar en un programa de pruebas. Uno legítimo que podamos hacer público cuando el fármaco funcione. Puedo arreglarlo para que reaparezca en la vida pública después de su desaparición de Santa Fe. No será difícil. Diremos que se internó voluntariamente en una clínica tras la muerte de Allison. Siempre y cuando mantenga la boca cerrada.

—Y si no, me mata.

—Era mucho más diplomática en la tele —opinó Dodd, divertido—. ¿Va a revelar cómo se creó el Frost y arruinar la posibilidad de una cura para millones de personas? Celeste lo ignoró.

—Groote. —Le dio golpecitos en la pierna hasta que este la miró—. ¿Qué le pasa a su hija? ¿Por qué necesita el Frost?

—Como si le importara.

—Puede que me importe —dijo Celeste—. Ella no es usted.

Groote devolvió la mirada a las elevaciones montañosas, con las últimas cimas nevadas todavía a la vista. Celeste no podía sentir pena por él, no exactamente, pero con esa nariz rota, la cara magullada y llena de cortes y su aspecto ansioso, Groote tenía aspecto de haber ido a luchar cientos de batallas por su hijita y haberlas perdido todas. Un hombre así no se detenía. No se rendiría. Se temía que Groote tuviera mucha pelea dentro aún. O quizás necesitaba el Frost para sí mismo, pensó con un estremecimiento. Dodd podía haber conducido a Groote por los subsuelos de la cordura por los que ella vagó tras la muerte de Brian, perdida, sola, sin ningún mapa que la guiara a casa.

Groote ignoró las preguntas de Celeste Brent, no iba a discutir nada de su niña con estos tarados. *Dodd no lo sabe. No sabe que Allison tenía tanto la investigación como la lista de compradores. Él cree que solo robó la investigación. No sabe nada de la segunda subasta que mencionó Sorenson. No han juntado todas las piezas de lo que está haciendo ese bastardo de Sorenson*, pensó Groote. *Los dos locos no parecen saberlo tampoco, o no les importa.*

Le quedaba una baza valiosa para canjearla por Amanda, y sabía que tenía que esperar al momento adecuado para usarla. Se estaba gestando un trato que no le favorecía entre Miles y Dodd, y esa era exactamente la información que podría cambiar los términos a su favor, al de Amanda. Dodd no era más que un mero burócrata que creía estar manejando el cotarro. Estaba muy equivocado. Groote lo sabía, ahora tenía que mantener la calma.

Se prometió a sí mismo que traería a Amanda a este paraíso montañoso algún día, cuando estuviera sana y entera. El aire fresco le haría mucho bien, si es que no la asustaban estas carreteras sinuosas.

Miles conducía por el increíble paisaje del Yosemite sin apreciar su belleza. Montañas altas y sobrecogedoras, un cielo claro, pinos picudos. Espectacular, pero no estaba de humor. Wallace iba sentado a su lado.

—Hábleme de ella —le pidió Miles.

—Era... dura.

—No esperaba que dijera eso.

—Es lo que se me viene a la cabeza —dijo Wallace.

Miles se hizo a un lado para dejar paso a una motocicleta. Un joven con una pesada mochila a la espalda se les quedó mirando al pasar junto a ellos.

—Tuvo una infancia marcada por la pobreza. Fue a la universidad con una beca completa, las facultades de Medicina se peleaban por ella. Era brillante hasta decir basta. Era muy buena leyendo a la gente, diciéndoles lo que querían oír...

—No ha dicho nada sobre cómo ayudaba a la gente.

—¿Le ayudó a usted?

—Sí. Durante un tiempo pensé que ella sería la única que podría hacerlo.

—Claro, se le daba bien hacerle creer a la gente que ella era su cura —dijo Wallace, con la mirada perdida en la ventanilla.

—¿No era así?

—Ningún doctor es una panacea —dijo Wallace—. A los pacientes les gusta creer eso de sus médicos, y ellos permiten que se engendre esa fantasía. Le gustaba sentirse necesitada.

En un cartel se anunciaba que Bridalveil estaba en el siguiente giro a la izquierda. Miles dejó el coche en el aparcamiento.

—No se aparte de mi lado —dijo Miles.

—Creía que no se fiaba de mí.

—No me fío. Sin embargo, la idea es que alcancemos un acuerdo y todos nos vayamos a casa sin problemas. Usted incluido.

Salieron del coche y comenzaron a caminar por las cataratas. El sendero hasta Bridalveil ascendía por una serie de escalones. El agua blanca caía furiosa en cascada por un arroyo cuya superficie estaba repleta de espuma. El rugido de Bridalveil se acrecentaba a medida que se aproximaban a ellas. La nieve derretida caía como un torrente debido a los efectos del sol de mayo. Miles pudo distinguir al fin la cúspide de las cataratas, el agua que descendía en ingentes chorros, el vapor que producía el impacto del líquido en el arroyo y ascendía de nuevo, el agua que casi danzaba al ritmo del viento que azotaba el valle.

Tomaron el camino de la derecha, en dirección a las cataratas, cruzando junto al enrabiado arroyo de nieve derretida. No había demasiada gente, era el comienzo de la temporada. Miles vio a un trío de turistas japoneses, una pareja mayor de paso vacilante que se apoyaban el uno en el otro, sonriendo, y una joven pareja que miraba fijamente el torrente de agua en mitad de su embelesamiento extático.

Vio a Nathan, sonriente, brincando excitado. Luego a Celeste, con la nariz y los labios magullados y el rostro pálido.

Se le encogió el pecho.

Groote estaba junto a ella. Su cara era un desastre, los turistas que pasaban le miraban y apartaban los ojos hacia las cataratas cuando él los miraba a ellos. Un hombre de más edad acompañaba al grupo. Era alto y delgado, con una incipiente calvicie y un rostro enjuto e inteligente. Iba ataviado con unos vaqueros, un abrigo negro y unas botas.

Esperaron en un ensanche del sendero, un punto intermedio donde los visitantes podían observar tanto las cataratas como el caudaloso riachuelo que pasaba bajo ellas. El rugido del agua era ahora ensordecedor, Miles sentía su beso en la cara y las manos. Si se quedaba diez minutos allí acabaría empapado.

—Hola, Miles, es un placer conocerle —dijo el hombre—. Edward.

—Dodd —dijo Miles—. No tengo el Frost. Le he dicho la verdad.

—Hay un claro donde la humedad no es tan grande. Me gustaría fumarme un cigarrillo. Habrá alguna roca para sentarse, será como un salón de juntas en plena naturaleza. —Dodd echó a andar, como si supiera que todos iban a seguirle, y así fue.

—¿Estás bien? —le murmuró Miles a Celeste. Ella asintió y le apretó el brazo. Miró a Nathan, que clavaba sus ojos en la nuca de Dodd como si mirara a una divinidad. Lo siguieron por un empapado sendero de rocas retirado de las cataratas, con Nathan a la zaga. Miles miró a Groote, que cruzó la mirada con él sin hacer gesto alguno o mostrar reacción de algún tipo, como si Miles no estuviera allí.

Dodd los condujo a través de un puente que cruzaba el arroyo de nieve derretida. Un área llana cubierta de grandes pedruscos estaba a su derecha, y Dodd se apropió de uno que tenía la altura aproximada de una silla. Ningún otro turista estaba lo bastante cerca como para oírles, de todos modos, el rugido de las cataratas aplacaba el sonido de sus conversaciones y las dejaba a salvo de cualquier oído curioso.

—Un lugar precioso para reunirse, Miles —dijo Dodd—. La naturaleza es muy relajante.

Miles pensó que hablaba como si tuviera todas las cartas boca arriba.

—¿Por qué está aquí Groote?

—Ya no trabaja para Quantrill, ahora trabaja para mí.

—Ha secuestrado a su hija —dijo Celeste—. Lo ha chantajeado para que cambie de bando.

—Celeste lo está dramatizando demasiado —dijo Dodd—. Le hice una oferta de trabajo y él la aceptó.

—Entonces tiene un plan —dijo Miles.

—Groote volverá junto a Quantrill y le robará el Frost. Les buscaré un lugar a usted, sus amigos y el doctor Wallace para que no llamen la atención. Cuando Groote se apropie del Frost, entonces su hija, al igual que usted, Nathan y Celeste, podrán entrar en un programa legal para probar el Frost y conseguir la ayuda que necesitan.

—Dodd sonrió.

—¿Sin compromiso? —preguntó Miles.

—Unos pocos. Preferiría que no contactara con otras... autoridades federales. Y cuando se encuentre recuperado, Miles, quizás pueda ofrecerle una vida mejor de la que jamás podría darle el programa de protección de testigos. Tiene recursos para arreglárselas en situaciones difíciles. Podría venir a trabajar conmigo.

—¿Qué pasa con Celeste? Su rostro y su nombre son conocidos. Está en la primera plana de todos los periódicos de hoy.

—La ayudaré a volver a salir a la superficie. Montaremos una historia paralela. El interés por ella se apagará en una semana. Sin ánimo de ofender, Celeste.

—Dejamos un cadáver en su casa.

—Hurley está enterrado —dijo de repente Groote—. Lo encontré y me ocupé de él. —Miraba a Miles de manera extraña, el calor llenaba sus ojos.

—Eh, Groote —dijo Miles. Era la primera vez que hablaba con aquel hombre cara a cara. Groote lo miró a los ojos—. Dodd cree que mataste a su agente, a Sorenson.

Groote negó con la cabeza.

—Lo hubiera hecho si hubiera podido. Ya ves lo que hizo conmigo.

—No me importa Sorenson —dijo Dodd.

—Debería. Si Wallace no tiene el Frost, estoy seguro de que Sorenson sí. Puso una bomba en la consulta de Allison. Hizo una llamada telefónica en la que mencionó su nombre, Dodd. —Miles se cruzó de brazos.

—Sorenson no me ha informado, y siempre manda sus informes puntualmente. No me traicionaría, sabe que acabaría matándolo.

—Me asusta la idea de que ande suelto. Si es así, es porque tiene el Frost y no quiere salir a la luz. Se está escondiendo. Está planeando revendérselo a usted o a Quantrill —dijo Miles.

—Eso son suposiciones —dijo Dodd.

—Lo robó por una razón —dijo Miles—. ¿Qué está haciendo con el Frost si no se lo ha entregado a usted ya?

—Si le preocupa tanto que Sorenson esté vivo y coleando y queriendo hacernos daño —dijo Dodd—, vaya a por él. Yo me quedo con el Frost, no me importa.

—No percibo en usted ese poder de persuasión que convenció a Nathan para que nos traicionara.

—Yo no he traicionado a nadie —surgió temblorosa la voz de Nathan.

—Cállate, Nathan. Pudiste ser honesto con nosotros en cualquier momento. No lo fuiste. Nos entregaste a este tipo.

—Era el único modo de que consiguiéramos llegar al Frost, que hubiera una investigación legal y siguiéramos adelante con nuestras vidas.

Miles negó con la cabeza.

—¿Estás realmente traumatizado o has estado fingiendo todo el rato?

—Tanto lo que pasó en Irak como lo de después es cierto —intercedió Dodd—. Nathan se prestó voluntario. Quería tener la oportunidad de ayudar a sus compañeros soldados.

—No te atrevas a juzgarme —dijo Nathan—. No soy ningún criminal.

—Estoy de acuerdo —dijo Dodd—. Celeste, usted mató a un hombre, aunque fuera en defensa propia, y huyó de la escena del crimen. No quiero pensar en la cantidad de leyes que ha roto para ir tras el Frost. Ayúdeme y me aseguraré de que ninguno de esos crímenes la afecte en el futuro.

—O nos matará. Quantrill no es un idiota, esconderá el Frost en un lugar donde nunca podamos encontrarlo. —Miles estaba tan cerca de Dodd que podía oler el tufo a cigarrillos en su aliento—. La pregunta que está intentando evitar es: ¿qué hará Sorenson con el Frost cuando lo consiga? Guardarlo, tomárselo él mismo, revendérselo a usted o a Quantrill, o...

—Tiene razón —dijo Groote—. Esa es la pregunta que queda en el aire.

—Respóndala. —Miles dio otro paso hacia Dodd.

—Miles, atrás —dijo Nathan.

—¿Ahora eres su guardaespaldas? —dijo Miles—. Eras un crío demasiado asustado para saber qué hacer en la casa de Allison, llorabas atado a la cama en el hospital, tenías miedo de los espejos, de ser honesto conmigo y Celeste. Así que cierra la puta boca, Nathan. —Decidió poner a prueba a Dodd—. Sorenson quería muerto a Nathan porque temía que lo reconociera. Siento curiosidad, ¿fue Sorenson tras Nathan por orden de usted, para hacer la limpieza necesaria después de que su operación se viniera abajo?

La única respuesta fue el continuo rugido de las cataratas; el único sonido, el de un senderista que resoplaba con deleite ante la vista que tenía delante.

Dodd negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Vine a ayudar a Nathan. Y a ofrecerle a usted un acuerdo. Así que ustedes dos pueden ayudarme o puedo efectuar una llamada y hacer que usted y Celeste sean arrestados y pasen en la cárcel una temporada por determinar.

—No si decimos todo lo que sabemos.

—Hablo de una cárcel de otro país. Chamán era algo clasificado al más alto nivel. Conocen el contenido de archivos de alto secreto del gobierno. Si estuvieran en posesión del Frost, estarían cometiendo algo que se llama traición, hijo. Puedo mandar sus culos a Marruecos o Pakistán y ahí se acaba todo. No creo que esa sea la clase de muros que quiere que la rodeen, Celeste. —Se encogió de hombros y dibujó en su rostro la sonrisa de un hábil negociante—. Escuche, no quiero sacar la artillería pesada. O cooperan o no cooperan. La elección es suya.

Miles miró la roca frente a él y vio a Andy sentándose en ella junto a Allison, como si hubieran estado haciendo senderismo por el camino y necesitaran descansar.

—Eso de la elección es una situación interesante. Le da a uno ocasión de crear una teoría —dijo Miles—. Me pregunto por qué Wallace tomó la decisión de

quedarse y esperar su llegada. Digamos que consiguió los archivos del Frost cuando Allison los guardó en el servidor y luego limpió las pruebas y ahora miente respecto a su presunta destrucción. No tenía motivos para quedarse y llevarse el rapapolvo. Pudo huir, desaparecer. Poseía algo valorado en millones.

—Los hombres inocentes no huyen —dijo Wallace.

—Le di la orden de quedarse —dijo Dodd.

—Sí, y de dispararme. Se caga de miedo al pensar en usted. No obstante, creo que alguien más le dio la orden de quedarse para, de esa forma, hacerlo venir. Wallace recibe órdenes de otra persona.

Dodd se volvió hacia Wallace. Miles vio primero la sangre brotar del pecho de Dodd, repentina, del color rojo oscuro que tiene en el corazón. Luego surgió de la garganta de Wallace, frente a Groote y Celeste, al tiempo que el estallido sonó por encima del escándalo de las cataratas. Otro estallido y una tercera bala atravesó el pecho de Wallace causando una explosión de sangre y carne.

Miles derribó a Celeste y los dos acabaron agazapados tras una roca, al tiempo que otras dos balas silbaban en el aire a pocos centímetros de su cabeza. Nathan se quedó helado por la sorpresa. Miles se abalanzó sobre él y lo condujo detrás de una roca.

Otros ocho disparos. Groote estaba tendido boca abajo entre dos rocas. Intentó levantar la cabeza y una bala rebotó en una de las rocas. Los turistas y los senderistas se sumieron en un pánico ciego al no saber de dónde procedían los disparos. Una mujer gritaba, un hombre se aferró a su hija pequeña y se escondió tras un cúmulo de rocas al otro lado del puentecillo.

Luego nada. Miles contó hasta cincuenta, oyó el jaleo de gente corriendo. Su propio corazón palpitaba lo bastante fuerte como para romperle el pecho. Tiró del cuerpo de Wallace y alzó la cabeza de este.

El disparo no se la había arrancado por poco. Soltó a Wallace en el suelo.

Dodd yacía moribundo con los ojos abiertos y el pecho perforado por dos disparos.

Miles agarró a Celeste.

—Vamos.

—Tenemos que irnos... —dijo Nathan.

—Quédate con tu jefe —espetó Miles.

—No, Miles, por favor... no me dejes. —Nathan señaló a Groote, que se arriesgó a dar una carrera hasta el cuerpo de Dodd—. Me matará...

—Vamos, Nathan, está bien —dijo Celeste. Miles observó cómo Groote se detenía para registrar el cuerpo de Dodd.

Una pistola. Dodd debía de tener un arma encima.

No obstante, lo que Groote sacó del bolsillo de Dodd fue un teléfono móvil.

—Groote —comenzó a decir Celeste.

—Sabe dónde está mi niña, llamó a alguien para que la cambiara de lugar. Tengo

que ver la llamada. ¡Tengo que encontrarla! —gritó Groote. Metió de nuevo la mano en la chaqueta de Dodd.

Busca la pistola, pensó Miles. Lo noqueó de un puñetazo en la nariz, su punto débil, y Groote aulló de dolor. Miles le quitó el arma y echó a correr con Celeste y Nathan, estaba seguro de que otra bala procedente del francotirador les pasaría cerca. No fue así. El francotirador ya no seguía en su puesto. O simplemente los estaba esperando en el aparcamiento.

—¡Mi niña! ¿Dónde está mi niña? ¡Nathan! ¿Dónde está mi niña? —rugió Groote detrás de ellos.

Corrieron a toda prisa hacia el aparcamiento por el ahora vacío sendero, pasando junto a los senderistas agachados a los lados. Uno de ellos le gritaba inútilmente a un teléfono móvil inservible en estos confines del valle. Las recientes lluvias no se habían drenado bien en el aparcamiento, y para llegar al coche de Blaine tuvieron que correr por charcos que a veces les cubrían hasta los tobillos.

Miles arrancó el coche, lo sacó del aparcamiento y buscó la carretera.

—Vosotros agachaos —ordenó a sus acompañantes, que estaban en el asiento de atrás. Una vez en la carretera giró para tomar dirección sur, el camino por el que habían venido.

Trató de pensar. Los disparos vinieron del otro lado de la carretera, de un punto cerca del río, donde había un mirador donde detenerse y admirar la grandeza de la roca escarpada conocida como El Capitán. Eso significaba que el francotirador había cruzado la carretera, había encontrado un puesto cubierto junto al camino, había disparado a matar y luego había huido.

Sorenson. Hizo que Wallace convenciese a Dodd para que viniera a Fish Camp, probablemente con la intención de eliminarlos a los dos. Y entonces Miles y compañía, además de Groote, fueron arrastrados también a la trampa.

En ese momento, una motocicleta los alcanzó por detrás y el cristal de atrás explotó de un disparo.

A la izquierda de Miles se alzaba una montaña, a la derecha el terreno descendía formando un valle. Las opciones eran caer por un precipicio o rodar por una pradera hasta el río Merced. La carretera tenía dos carriles, uno para cada sentido. Los coches que venían en dirección contraria tenían que apartarse porque Miles daba volantazos para quitarse de encima al motorista. No había ningún coche delante del suyo. Miles pisó a fondo el acelerador. El pistolero de la moto seguía cerca.

Miles vio el rostro de su enemigo en el espejo retrovisor. No era Sorenson, no era nadie que reconociera. El hombre alzó de nuevo la pesada pistola.

—¡Agachaos! —les gritó a Celeste y Nathan.

No tenía adónde ir. Montaña a un lado, aire al otro. No podía librarse de este tipo.

Entonces vio un Lincoln Navigator negro avanzando rápidamente por detrás de la motocicleta. Groote estaba al volante.

El motorista disparó de nuevo y Miles oyó la bala impactar en el asiento del pasajero. Entonces vio a través del retrovisor al Navigator embestir duramente al motorista. El hombre luchó por mantener el equilibrio, giró el brazo para apuntar a Groote y disparó al Navigator. Falló. Groote no se retiró.

Miles tomó una curva a la par que Groote volvía a embestir al motorista con el Lincoln. El piloto salió volando por los aires y aterrizó en el capó de Miles. Luchó por agarrarse con una sola mano, deslizándose hacia el marco del cristal trasero.

La moto se empotró contra un quitamiedos, dio una vuelta de campana y el aire se la tragó. El Navigator rozó el quitamiedos, saltaron chispas por todas partes mientras Groote intentaba recuperar el control del vehículo.

Miles giró bruscamente a la izquierda para deshacerse del pasajero indeseado. Se metió en el otro carril en un furioso derrape y volvió a girar a la derecha justo a tiempo de no chocar con una camioneta que se abalanzaba hacia ellos tocando desafortadamente la bocina. Miró de nuevo por el retrovisor. El motorista se había asido con la mano enguantada a un lado del destrozado cristal trasero. Nathan golpeó con el puño la mano del hombre y Miles comprobó que el motorista trataba de apuntar su pistola. No a Nathan o a Celeste, sino a él. Así acabaría pronto la persecución.

Groote irrumpió con fuerza tras ellos.

El motero disparó. La ventana del parabrisas se hizo pedazos. Vio a través del espejo retrovisor a Nathan luchando con el motorista por el control del arma. Celeste le enredó su manta en la cabeza al pistolero con la intención de que perdiera el equilibrio.

Entonces sonaron dos disparos en rápida sucesión y el motorista gritó. Una rueda reventó y Miles se esforzó por mantener el control del vehículo y evitar que acabara en el carril contrario o se empotrara contra el quitamiedos y cayera al vacío.

De repente, Miles vio una señal que indicaba que había un área de servicio a la

izquierda. Giró bruscamente cruzando el otro carril e internándose en una zona de aparcamientos. El Navigator de Groote lo siguió.

Nathan arrastró al motorista dentro del coche y comenzó a darle una sucesión de puñetazos.

Celeste salió despedida del coche y cayó de espaldas en el pavimento. Las ruedas del Lincoln de Groote gimieron cerca de ella hasta detenerse. Miles cogió su pistola y apuntó a Groote.

—¡Tregua! —gritó Groote—. ¡Os he salvado la vida, tío! ¡Tregua! ¡No dispaes!
—Groote soltó su arma en el suelo.

Nathan sacó del coche al motorista y se sentó sobre él. Miles vio los dos disparos realizados por Groote, agujeros limpios en el lado derecho de la cadera y en la pierna del hombre.

—Os he salvado —repitió Groote.

—Después de intentar matarnos.

—Pensaba que teníais el Frost. Mi trabajo es recuperarlo. Yo no maté a Allison, sabes que Sorenson lo hizo, y Dodd tenía a mi hija. No sé cómo encontrarla sin él, sin gente que lo conociera y tuviera constancia de sus operaciones. Por favor, Miles. Por favor. Tengo que dar con Sorenson. Por favor, dime lo que sabes. Por favor. Mi niña, no me queda nada sin mi niña... —Y Groote se calló. Bajo los cortes de la cuchilla, la nariz rota y la cara magullada, Miles percibió un dolor real y palpable en los ojos del hombre—. Tengo cierta información que necesitarás para detener a Sorenson. La compartiré contigo si Nathan o este bastardo —dijo haciendo un gesto hacia el motorista— pueden decirme dónde está mi niña.

Miles no apartó la pistola de él. Se acercó al motorista. Celeste tiró del hombro de Nathan hacia atrás para que se quedara junto al coche.

—¡Déjale hablar con nosotros, Nathan!

—Nathan —dijo Miles—. Quiero honestidad total. ¿Sabes dónde mandó Dodd a la hija de Groote?

Negó con la cabeza.

—No. No lo sé.

—No puedes confiar en Groote —dijo Celeste.

Miles se arrodilló junto al motorista para quitarle el casco.

—Tú, ¿dónde está Sorenson? —El motorista cerró los ojos—. ¿Dónde podemos encontrar a Sorenson? ¿Dónde está el resto de la gente de Dodd?

—Dodd no tiene... no tiene más gente. No de... de campo. —El motorista tosió sangre—. ¿Por qué no... no tenía protección?

—Ya no puedes ayudar más a Sorenson. ¿Dónde se esconde? —dijo Groote. Cogió el arma y se la puso al hombre directamente en la frente. Comenzó la cuenta atrás—: Cinco, cuatro.

—Austin. Está en Austin, Texas.

—¿En Austin dónde?

—No lo sé... solo sé que en Austin.

—¿Será allí la subasta? —preguntó Groote.

—¿Subasta? —preguntó Miles—. ¿Qué subasta?

El motorista ignoró a Miles y le asintió a Groote.

—¿Sabes dónde está mi hija? —preguntó Groote.

—No.

—Tres —continuó Groote la cuenta atrás.

—No lo sé... no. Pero Sorenson puede que lo sepa... trabajaba para Dodd.

—Eso ya lo sabíamos.

—¿Está mi hija con él? —dijo Groote. El hombre parpadeó y Groote dijo—: Dos.

—No lo sé... Sorenson no me comentó nada de ella. —El motorista hablaba a toda prisa—. Llamaré a Sorenson, le diré que os he matado a todos, no hará nada en unos días si os escondéis...

—Y una mierda —dijo Nathan.

—Miles, tenemos que irnos —dijo Celeste.

—Tienes razón —convino Groote—. Uno. —Y disparó al motorista entre los ojos.

—¡Maldita sea! —gritó Miles—. Nos podía haber dicho mucho más. —Arrastró a Celeste y a Nathan de vuelta al coche.

Celeste se arrodilló para coger un teléfono móvil y una cartera de la chaqueta de cuero del motorista.

—No podía decirnos nada más porque no podemos quedarnos. La guardia forestal tomará todo este lado del parque en pocos minutos. Tenemos que irnos.

—¿Qué quiere decir eso de tenemos?

—Tregua —dijo Groote—. Ambos necesitamos a Sorenson. La única razón por la que iba detrás de vosotros es porque Quantrill creía que teníais el Frost. No es así. Sorenson lo tiene. Lo robó para revenderlo en una nueva subasta. Él sabe dónde está mi pequeña o, si no es así, puedo amenazar el desarrollo de esa subasta para obligarlo a darme información sobre cómo encontrarla. Voy a Austin. No quiero que la policía os arreste y reveléis ninguna información sobre mí. Puedo mataros a los tres ahora mismo o podemos ayudarnos entre nosotros. No mato a la gente por capricho o diversión.

—No podemos confiar en ti —dijo Miles.

—Solo soy mano de obra contratada. Tú ya sabes cómo funciona esto, ¿verdad, Miles?

Miles asintió.

—Tenemos un enemigo común: Sorenson. Os acabo de salvar, Miles, y tú me salvaste la vida en el hospital cuando le diste una paliza a Sorenson. Me hubiera matado después de matar a Nathan. Tu coche está hecho un desastre. Podemos ir en el Navigator. Tenéis que decidirlo, ahora mismo.

—Miles, de ninguna manera —dijo Nathan. Celeste lo tomó del brazo y lo apretó

con fuerza.

—Miles, una vez consigamos el Frost separaremos nuestros caminos, está claro que no como amigos, pero todos tendremos lo que queremos y Sorenson será eliminado. Ya ha tratado de matarnos a todos, lo intentará de nuevo. Pero yo no iba a permitir que este idiota lo llamara e informara de que estamos vivos.

Miles se decidió.

—Montaos en el coche de Groote.

—¡De eso nada! —gritó Nathan—. Ni hablar, tío, no. Me hizo daño, mucho daño...

—Nathan —dijo Groote—. Nunca quise matarte, Sorenson sí.

—No. Eres un puto enfermo, no iré con él a ninguna parte.

Miles cogió de la mano a Celeste, que evidenciaba sorpresa y confusión en el rostro.

—Celeste, si nos quedamos, nos harán preguntas y es probable que acabemos en la cárcel. Acabas de salir de una prisión, no quiero que acabes en otra.

—Trató de matarme...

—Tú trataste de rebanarme la cara en dos —dijo Groote en tono neutro—. Ahora sabemos la verdad, podemos discutir hasta que llegue la policía o podemos ayudarnos los unos a los otros. Te aseguro que mi niña me importa mucho más que haceros daño.

—Entrad en el coche —dijo Miles. Celeste respiró profundamente y obedeció. Nathan se apartó de la mano de Miles.

—Nathan, no permitiré que te haga daño.

—Chico —dijo Groote—. Pude haberte matado. Pude haberte hecho cosas mucho peores. Lo siento. No era nada personal.

—No permitiré que te haga daño —repitió Miles.

Nathan se sentó en el asiento trasero con la mandíbula temblándole de rabia.

—Si le haces algún daño —dijo Miles—, te mataré.

—Sé que lo harás —dijo Groote.

El Navigator, con Groote al volante, se reincorporó al tráfico. No venía apenas ningún coche de la zona de Bridalveil. Miles se preguntó si habían cerrado la carretera a causa del caos causado por el tiroteo. Groote se dirigió al sur, hacia la salida del parque.

Silencio.

—Todo lo que ha pasado... —dijo Groote—. Mis acciones no eran nada personal. Solo quería tener el Frost, para mi hija. Lo necesita de verdad. —Les contó un resumen del ataque a su familia, la supervivencia de Amanda, su lucha contra el síndrome de estrés postraumático. Dejó a un lado el hecho de que había asesinado a la mayoría de los Duarte.

Todos permanecieron en silencio varios minutos.

—Respecto a los cortes —apuntó Celeste—. El Frost hizo que mi necesidad de

cortarme desapareciera casi por completo. Quizás podría ayudarla a no causarse heridas.

—Por eso tenías la cuchilla. —Groote se tocó la sangre seca en los cortes superficiales de su rostro.

—Sí.

—¿Te ayudó de verdad? Por favor, no me mientas. Por favor.

—Me ayudó de verdad —dijo Celeste—. Pero me importa una mierda que te sientas mejor. Esto es una tregua, no el nacimiento de una amistad. Nadie ha olvidado lo que has hecho o lo que eres.

—Soy un montón de cosas, igual que tú —dijo Groote—. Pero ante todo soy un padre.

Celeste no le respondió.

—Busca los papeles —le dijo Groote a Miles—. Si los polis han puesto barreras, puede que tengamos que inventarnos algo para poder salir de aquí.

Tenía razón. Cerca del complejo de Wawona habían dispuesto un control, junto a la entrada sur de Yosemite. La policía del parque estaba parando a los coches que salían, comprobando identificaciones, hablando con la gente.

—Oh, Dios —dijo Nathan—. ¿Qué hacemos?

—Mantened la calma —dijo Miles.

Los coches se amontonaban en la cola. Pasaron diez minutos hasta que Groote se detuvo junto al oficial.

—Buenos días —dijo Groote.

—Señor, permiso de conducir y papeles, por favor.

—Claro —dijo Groote al tiempo que le tendía su permiso de conducir y los documentos del coche, que no estaban a nombre de Dodd, sino de una compañía llamada Inversiones Horizon, sita en California. Miles supuso que la empresa era una tapadera para las operaciones de Dodd. El oficial no hizo ningún comentario. Escribió el número de placa y comprobó cuidadosamente los papeles. *Todo depende, pensó Groote, de la descripción que dieran de nosotros, si es que saben que seguimos en este vehículo.*

—¿Qué le ha pasado en la cara, señor? —preguntó el oficial.

—Me caí ayer subiendo la montaña. ¿Me he destrozado, verdad? —dijo Groote—. ¿Ha habido algún problema en Bridalveil? Veníamos subiendo por la aldea de Yosemite y un montón de coches venían de allí como locos, uno de ellos me dio un golpetazo y salió huyendo.

—Un tiroteo —dijo el oficial.

—Dios bendito —dijo Groote—. ¿En el parque?

—Sí, señor. ¿Han visto ustedes algo?

—No —dijo Miles—. Pero creo que por esto es por lo que necesitamos leyes de control de armas increíblemente estrictas, porque la violencia está comenzando a irrumpir en todos los aspectos de nuestras vidas, ¿no cree, oficial? Y si no estamos a

salvo en nuestros parques nacionales, tampoco podemos estarlo en las ciudades y...

El oficial hizo un gesto con la mano para que continuaran.

—Gracias, amigos.

Groote siguió su camino haciendo un amigable gesto con la mano.

—¿Ahora qué? —dijo Nathan.

—Tengo que salir del valle, recuperar la cobertura del móvil —dijo Groote. Comprobó el teléfono con la mano libre—. No hay señal. Tengo que llamar al hospital de mi hija para ver si de verdad ya no está allí. —El pánico era perceptible en su voz.

—Si Dodd dice que se la llevó —dijo Nathan con calma desde el asiento trasero—, es la verdad.

Groote salió del parque nacional, acelerando por el camino sinuoso de vuelta a la autopista 41.

—Vamos a Fish Camp —dijo Miles.

—No deberíamos parar en el motel...

—No vamos a hacer tal cosa. Vamos a ver si hay una copia de la investigación sobre el Frost escondida en la casa de Wallace, pero no creo que la encontremos. Seguro que la ha destruido antes de permitir que la consiga Dodd. Recibía las órdenes de Sorenson —dijo Miles—. Con todo, me gustaría comprobarlo y no dejar pasar la oportunidad.

—Si Sorenson mató a Allison, ¿por qué iba a ayudarlo Wallace?

Miles pensó durante un momento. Las piezas estaban encajando, lenta y torpemente.

—Creo que Sorenson y Allison convencieron a Wallace de que analizara la investigación. No querían que Dodd supiera lo que estaban haciendo, por eso no usó el ordenador de su consulta para mandar los archivos, porque sabía que Dodd estaba monitorizando su sistema y su teléfono. Sin embargo, después de haber enviado los archivos y de que Wallace les hubiera suministrado un informe declarando que el Frost era de verdad una medicina eficiente, Allison dejó de serle útil a Sorenson.

—Él la mató —dijo Celeste—. Era su plan desde el principio, si la mató con la bomba no era algo improvisado.

—No cabe duda —asintió Miles—. Y quiso meterse a Wallace en el bolsillo, le aseguró que Quantrill o Dodd la habían matado. Es mucho más de lo que Wallace hubiera imaginado. Sorenson atrae a Dodd, Wallace está asustado, no puede dejar que Dodd sepa que ayudó a Sorenson. Si Wallace huye, Dodd sabrá que Wallace es culpable. Wallace no podía permitir que existieran pruebas de que los archivos hubieran estado nunca guardados en su servidor, entonces me mintió al respecto de que lo había borrado. Wallace arriesgó los archivos a costa de salvar su propio culo.

»Sin embargo, no sabía que nosotros habíamos descubierto el intercambio de archivos. Cuando Nathan llamó a Dodd y Dodd a su vez llamó a Wallace, Wallace debió de ponerse como loco. Avisó a Sorenson y este le dijo que se estuviera

quietecito, porque ahora él mismo era el cebo. Todo el mundo que iba detrás del Frost estaba de camino a Fish Camp, era una oportunidad de oro para Sorenson de eliminar al mismo tiempo a todos los que le suponían una amenaza.

Nathan palideció y negó con la cabeza.

—Yo no sabía que era una trampa. No me fui de la lengua.

—Te creo —dijo Groote—. No sueltas información fácilmente, me consta.

—Calla la puta boca —dijo Nathan.

—Sigo enfadado contigo, Nathan —dijo Miles—. No fuiste honesto con nosotros, casi haces que nos maten.

—Dodd dijo que nos protegería —se defendió Nathan.

—Miles. —Celeste le puso una mano en el hombro, él se agitó para que la apartara—. Nathan pensó que estaba haciendo lo correcto, Dodd me salvó la vida en el hotel. Déjalo pasar.

—Miles, Dodd acudió a mí, me ofreció la oportunidad de enmendar lo que pasó en Irak. No podía decirle que no —dijo Nathan.

—Si el bombardeo fue un accidente, ¿qué es lo que tenías que enmendar? —dijo Miles—. ¿Qué demonios tenías tú que arreglar?

Nathan volvió su mirada al paisaje del exterior de la ventanilla.

—Nathan. Nos podías haber dicho desde el principio que Dodd te introdujo en la clínica —dijo Miles. Le indicó a Groote que girara, ya estaban en la carretera que llevaba a la casa de Wallace.

Para tratarse de una carretera secundaria, soportaba mucho tráfico. El cielo estaba cubierto de humo.

—Mala señal —dijo Groote.

—Prometí... no decir nada. —Nathan se puso las palmas de las manos en los lados de la cabeza.

—¿Cómo se supone que debías informar a Dodd? ¿A través de Allison?

—No tenía ni idea de que Allison y Sorenson estuvieran trabajando para Dodd, ni idea. Yo tenía que limitarme a someterme al tratamiento y luego comunicarle los resultados. Eso era todo. Cuando me sacaste del hospital decidí mantener la boca cerrada. Tú no querías acudir a la policía, Miles, y mucho menos ibas a ir con la historia al Pentágono. Creí que os estaba protegiendo a los dos.

Llegaron a una curva del camino. En la distancia pudieron ver los camiones de bomberos aparcados junto a la acera. Las llamas crepitaban en la masa informe que fue una vez la casa de Wallace.

—Oh, mierda —dijo Miles.

—Sorenson no ha querido arriesgarse a dejar ninguna pista que lo conectara con los sucesos de hoy —afirmó Groote—. Maldita sea. —Llevó el coche de regreso a la autopista 41.

—No tenemos adónde ir —dijo Nathan.

—Te equivocas —dijo Celeste—. Vamos al condado de Orange.

—¿Qué? —preguntó Groote sorprendido. El condado de Orange era donde estaba internada antes Amanda, ¿cómo podía ella saberlo?

—Sé de un lugar al que podemos ir. Conduzca.

Groote comenzó a hacer llamadas en cuanto su móvil recuperó la cobertura.

Primero llamó al hospital de Amanda en Orange, pensando cuidadosamente lo que diría si de verdad Amanda no estaba allí. *Por favor, que esté allí, Dios, no la castigues por todos mis pecados, que esté allí*, pensó sudando.

La conversación duró cinco minutos. El doctor Warner no estaba disponible, pero la mujer de administración le comunicó en tono amable que la transferencia se había realizado sin problema alguno y que esperaba que Amanda disfrutara de su nuevo hospital en Phoenix.

—Dios mío, me dejé la tarjeta del hospital en el hotel. ¿Me puede dar el número? —dijo Groote.

Por supuesto que podía.

—Phoenix —dijo Nathan una vez Groote les contó lo que le había dicho la mujer—. Dodd me encontró un hospital en Phoenix.

Eso elevó las esperanzas de Groote, la mano le temblaba mientras marcaba. Miles le cogió el móvil y marcó por él antes de devolvérselo.

Tío, no seas bueno conmigo, será más difícil si al final tengo que matarte, pensó Groote. Convencerles para que se unieran a él había sido un movimiento inteligente, pero ahora que la excitación de la batalla había pasado no le gustaba el hecho de que le sobrepasaran en número y existiera la posibilidad de que pudiera perder el control del grupo.

El hospital de Phoenix no tenía constancia de ninguna Amanda Groote o de ninguna paciente de esa edad transferida allí en las últimas dos semanas.

—Por favor, compruébelo. Por favor. —Groote esperó a que la mujer lo volviera a comprobar.

—Lo siento, señor.

Colgó.

—No está allí. Dodd le mintió al hospital, falsificó los registros.

—Podría llamar a todos los hospitales psiquiátricos del país —dijo Celeste—. Podemos descargarnos una lista.

—¿Está dispuesta a ayudarme, señorita Brent? —dijo Groote.

—A usted no, a su hija.

—Si Dodd se agazapaba habitualmente entre las sombras del Pentágono —dijo Miles—, no tenía motivos para llevarla a un hospital público. Podría tener una clínica secreta o una casa segura donde esconder a Amanda. No tuvo necesariamente que ingresarla en otro hospital.

—No la ha ingresado en ninguno —dijo Nathan—. Dodd no se arriesgaría a llevarla a un hospital, la chica podría contarles detalles que los acusasen a otros pacientes.

—Veamos el teléfono de Dodd —dijo Miles—. Voy a mirar la lista de llamadas.

Podría ayudarnos a encontrar a alguien que trabajara para Dodd.

Groote le dio el teléfono.

Miles pulsó varios botones, comprobó las llamadas y soltó un juramento por lo bajo.

—No aparecen llamadas. El teléfono está programado para no guardar los números.

Groote dio un puñetazo al volante.

—Tranquilo —dijo Miles—. No le sirves a Amanda si estás demasiado perturbado para pensar. —Como si él sí pudiera, con la cabeza a punto de explotarle, rebosante de Andy y de Allison.

—Os llevaré a todos a Los Ángeles, como quiere la señorita Brent —dijo Groote—. Desde allí tomaré un vuelo a Austin. Quedamos en paz. Conseguiré el Frost, os llamaré cuando lo tenga. Para conseguirlo no necesito vuestra ayuda.

—En realidad puede que sí —dijo Celeste—. Conozco a alguien que puede ayudarnos a encontrar a Sorenson y Amanda. Un amigo mío. —Se echó a reír, una risa nerviosa y quebradiza—. Le dije que tenía demasiado miedo para ir al programa de Oprah con él, espera a que le diga lo que he estado haciendo en los últimos dos días.

—Trágico y sin embargo divertido —dijo Andy desde el asiento trasero—. No confiaste en mí lo bastante para contarme que estabas traicionándome al FBI, pero confías en un tipo que te ha disparado, te ha perseguido por el borde de un barranco, ha torturado a Nathan y ha intentado ahogar a Celeste.

Miles no respondió, pero si hubiera podido, le hubiera dicho que no confiaba en él, ni siquiera un poco, así que era mejor que se callara.

Miles esperó a que pasara el tiempo y Groote se calmara antes de preguntarle. El estrés de todo aquel calvario tenía agotado a Nathan, que se quedó dormido en el hombro de Celeste. Ella tenía la mirada fija en el techo del vehículo, completamente perdida en sus pensamientos. Groote encendió la radio por satélite, buscó un canal de noticias y esperó a que el tiroteo en el Yosemite saliera a los medios. La noticia principal era un incendio en una casa de vecinos que había matado a doce personas.

—Un hombre fue a Sangriaville preguntando por mí —dijo Miles—. Te oí decirlo cuando hablabas con Hurley.

—Cuidado con tus próximas palabras —dijo Andy—. Así me mataste a mí.

Miró a Groote buscando una reacción, un agarre más firme del volante, un gesto de la boca. Sin embargo, el rostro de Groote no traicionó ningún secreto.

—Apuesto a que su nombre era DeShawn Pitts.

—Sí, ese era el tipo —dijo Groote.

—¿Qué te dijo sobre mí?

—No era muy hablador. Me dijo que podrías aparecer por allí haciendo preguntas o buscando consulta. Me pidió que te retuviera y lo llamara si te presentabas.

—¿Eso es todo?

—No me contó que eras un testigo protegido. Eso me lo imaginé yo solito. Vi el número que marcó en su teléfono, lo marqué yo y me respondió la agencia de protección de testigos.

—El FBI ha sido muy cauteloso al buscarme. No han publicado mi historial ni mi rostro en las noticias. No será así por mucho tiempo, acabarán haciéndolo...

Dejó de hablar.

—¿Hacer qué?

—Acabarán haciéndolo... —repitió Miles.

—¿Estás bien? —le preguntó Groote.

—Lo harán... en cuanto... paremos la cinta —dijo. Se puso las manos en la cara.

—¿Qué cinta, Miles?

Miles se sumió en un tenso silencio. Respiró profundamente.

—Nada. Estoy bien. Lo siento.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó Groote—, ¿despierto a los otros?, ¿necesitas alguna medicación?

—Estoy bien. Acabo de recordar una cosa, nada más. —Se puso a mirar por la

ventanilla y no volvió a hablar.

Entonces hablaron del tiroteo en Yosemite en las noticias. Mencionaron dos muertes y la presencia de otro cuerpo encontrado a cierta distancia de las cataratas con un disparo a bocajarro, pero no sugirieron que se tuviera conocimiento de sospechosos, motivaciones o explicaciones.

Groote dejó que las noticias continuaran su corriente de historias y pensamientos. *Si el FBI te quiere, tío, Miles, te tendrán. Eres mi clavo ardiendo, una vez recupere a Amanda y ella y yo intentemos desaparecer. Te entregaré al FBI, haré saltar las alarmas sobre las operaciones de Dodd y se me perdonarán todos mis pecados.*

—El FBI no ha querido revelar tu identidad, eso significa que no desean perderte como testigo.

Miles se tomó su tiempo para responder. Fuera lo que fuera lo que había recordado al hablar del FBI, Groote notó que estaba afectándole.

—Los llevaremos a Los Ángeles para ponerlos a salvo —dijo en voz baja—, después tú y yo nos iremos sin ellos. No quiero que sigan corriendo peligro.

—¿No dirán nada... sobre lo que les hice?

—No, te lo garantizo.

Groote asintió. Eso haría su vida más fácil. Un enemigo era más fácil de manejar que tres. Esperaba que no comentaran nada en las noticias sobre un agente de protección de testigos desaparecido, la vida ya era lo bastante complicada.

El sábado por la noche llegaron a Tustin, en el condado de Orange.

Celeste notaba raro a Miles. Pensaba que estaba nervioso porque temía que Víctor Gamby llamara a las autoridades.

—Esto es una mala idea —le dijo a Celeste—. No conoces a ese tipo en persona.

—Confío en Víctor —sentenció.

—Lo conoces a través de correos electrónicos, por el amor de Dios.

—El blog de Víctor sobre el estrés postraumático ha hecho más por los que sufren esa enfermedad que cualquier persona de la que tenga conocimiento.

—Si llama a la policía, sería un gesto de cordura.

—Ninguno de nosotros está muy cuerdo —apuntó Celeste—. Esperad.

Se acercó a la puerta de la modesta casa situada en un suburbio de Tustin. Los árboles estaban cargados de sus frutos y la brisa desprendía de ellos pétalos morados que le caían sobre la cabeza mientras andaba.

—Tengo todavía una labor que hacer. He de proporcionarles el Frost a los soldados —dijo Nathan.

Miles le puso una mano en el hombro.

—Hagamos esto a mi manera, Nathan. Dodd te metió en un programa de pruebas médicas ilegales, se aprovechó de tu enfermedad y de tu culpa. Ahora está muerto, no le debes nada.

—Voy a encontrar ese medicamento —insistió Nathan. Su voz no era nada estable.

—Lo discutiremos luego, Nathan —concluyó Miles.

Un hombre de cuarenta y tantos años sentado en una silla de ruedas abrió la puerta. Celeste le dijo algo y el hombre abrió los brazos, uno de ellos protésico, y ella se agachó para darle un abrazo.

Hablaron durante diez minutos. Celeste estuvo todo el tiempo de rodillas junto a la silla. El hombre la escuchó con atención, no la interrumpió en ningún momento. Entonces hizo un gesto en dirección al coche. Era un gesto de bienvenida.

Miles y Nathan se acercaron. Groote se quedó donde estaba, cerca del Navigator.

—Miles, Nathan, este es Víctor Gamby —dijo Celeste—. Víctor, Nathan Ruiz, Miles Kendrick. El de ahí atrás es Dennis Groote, es... tímido.

El hombre les estrechó las manos a los dos.

—Entrad para que hablemos, chicos. —Giró en redondo la silla de ruedas. Miles notó que le faltaban también las piernas. Las perneras de los pantalones estaban cuidadosamente dobladas bajo los muñones. Lo siguieron dentro. Groote se unió a ellos, mirando a su alrededor como si temiera que la casa fuera una trampa.

—Gracias por su hospitalidad, señor Gamby —dijo Miles.

—De nada. Nathan, perdóname, Celeste me ha dicho que no te gustan los espejos.

—Sí, señor —dijo Nathan, que iba rezagado, cerca de Celeste.

—¡Freddy! ¡Tenemos compañía! —dijo Víctor.

Un joven de treinta y pocos años surgió de la parte trasera de la casa. Llevaba unas grandes gafas de sol y caminaba con la ayuda de un bastón. Era ciego. Una cicatriz le asomaba por los lados de las gafas.

—Luchaste en Irak, ¿verdad, Nathan? —dijo Víctor.

—Sí.

—Igual que Freddy. Un cóctel molotov lo dejó ciego en los alrededores de Tikrit. Freddy le dio un apretón de manos.

—Freddy, a Nathan no le agradan los espejos, algo que no tiene sentido teniendo en cuenta que es diez veces más guapo que yo. ¿Te importaría dar una vuelta y colgar sábanas de aquellos con los que Nathan podría toparse?

—Está bien —dijo Nathan—. Puedo controlarme.

—No hay razón para avergonzarse.

—Si hubiera sabido eso, no hubiera usado el destornillador, maldita sea... —susurró Groote.

—Calla la puta boca —dijo Nathan sin perder la calma—, y mantente alejado de mí.

Miles se colocó entre ellos.

—Cuando acabes con los espejos, Freddy, ¿podrías preparar unos sándwiches para nuestros invitados?

—Claro, pero solo queda pan de centeno. —Freddy tenía el acento de un típico chico surfero de California.

—Estoy seguro de que eso servirá. Muchas gracias. —Víctor esperó a que Freddy dejara la habitación y miró a Miles sin el menor temor en sus ojos—. Celeste me ha contado los detalles básicos sobre el problema en el que estáis metidos.

—Le agradezco su voluntad de ayudarnos —dijo Miles—. Tengo entendido que se encarga de una importante página web dedicada a las personas afectadas por el síndrome de estrés postraumático.

—Y quiere saber si puede confiarme sus secretos.

—Bueno...

—Está bien, Miles. Tengo esa página desde hace ya dos años. Recibe un millón de visitas al mes. Además hago consultoría de base de datos para el gobierno. Soy un contratista independiente, no te preocupes, no soy un federal. No voy a llamar a la policía, Celeste me ha dicho que vais tras un fármaco que podría ayudar a todos los pacientes traumatizados del mundo, incluyéndome a mí, incluyendo a Freddy.

—¿Es su... su novio? —preguntó Nathan.

Víctor negó con la cabeza.

—No, es solo una oveja perdida del rebaño. Le dejo quedarse hasta que pueda tenerse en pie solo. Sufre el síndrome, igual que tú y que yo. Me volaron las piernas y el brazo en los atentados del once de septiembre.

—Víctor estaba aquel día en el Pentágono —dijo Celeste con naturalidad.

—Antes que a Freddy, tuve aquí a una joven que había visto a su hermano y su prometido abatidos a tiros en una pelea de bandas en Compton. Antes de eso, a otro soldado de Irak. Antes, a un joven padre que perdió a sus propios padres y a sus hijos, se ahogaron ante sus ojos en el huracán Katrina. Si hay algo que no escasea en este mundo es el dolor. Les ayudo a levantarse lo mejor que puedo y luego los envió a que ayuden a otra alma perdida.

—Para ayudarnos a nosotros ha de tener los ojos bien abiertos. Celeste mató a un hombre en defensa propia, pero no hemos informado sobre ello a las autoridades. Yo me escondo del programa de protección de testigos. Groote nos ayudó a huir de la escena de un crimen múltiple en el parque Yosemite. —Víctor le dedicó a Groote una breve mirada escrutadora y Miles se preguntó qué le había contado exactamente Celeste a Gamby sobre Dennis Groote—. Hay gente que nos quiere muertos. Y el gobierno, al menos una parte de él que nadie conoce, está involucrado en el encubrimiento de una investigación médica.

Víctor Gamby se señaló los ojos.

—Bien abiertos. Empieza a hablar.

Miles le contó la historia completa, desde su encuentro aquella mañana con Allison y Sorenson hasta que llegaron a la puerta de Víctor. Víctor no lo interrumpió. Freddy reapareció en la habitación y dispuso ruidosamente varios sándwiches y una ensalada en la cocina. Celeste se levantó para ir a ayudar al soldado ciego, pero Víctor la agarró del brazo.

—Freddy tiene que arreglárselas solo. Déjalo estar. Es lo mejor que se puede hacer por él. —Celeste volvió a sentarse y Miles terminó su relato.

Víctor frunció el ceño.

—He de comentar algo primero respecto a esa medicina, el Frost. Sabrán que hay otras investigaciones sobre el tema de minimizar el impacto del síndrome de estrés postraumático.

—No sé mucho sobre el tema.

—Estoy al tanto de todos los ángulos desde los que se ha investigado el síndrome. La mayoría de los psiquiatras no tienen recursos para lidiar con el recuerdo traumático. Nos dan antidepresivos y rezan para que funcionen. El síndrome es muy difícil de tratar, tiene demasiados síntomas y un comienzo que varía mucho tras el trauma inicial. Se rumorea que el gobierno chino experimentó en prisioneros políticos con bloqueadores beta y disminución de memoria a principios de los noventa y no llegaron a ninguna parte. Hay equipos muy valorados haciendo investigaciones legítimas en Harvard y en la Universidad de California, en Irvine. No obstante, si el Frost puede empequeñecer el recuerdo traumático mucho después de que tenga lugar el suceso, ha llegado mucho más lejos que nadie.

—El primero del mercado —dijo Miles.

—Eso se traduce en millones para Quantrill —dijo Groote—, si miramos solo el frío asunto del dinero.

Víctor asintió.

—Los beneficios se estimarían en cientos de miles de millones, si la investigación está al completo.

—Entonces los compradores de esta subasta que está montando Sorenson irán en serio —dijo Celeste.

—La gente arriesgaría mucho por unos beneficios tan altos. Es bonito que quieran ayudarnos con lo nuestro, ¿verdad? —Víctor rio baja y suavemente.

—Si Sorenson es un antiguo trabajador del Pentágono —dijo Miles—, ¿podrían sus contactos darnos alguna información sobre él o sobre el lugar donde podría haber escondido Dodd a la hija de Groote?

—Entenderán que si en las noticias están pregonando que el tiroteo de Bridalveil es obra de un antiguo soldado perturbado, que perdió la cabeza, nadie del gobierno va a reconocer a vuestro amigo muerto. —Víctor se aclaró la garganta.

—Entonces ya hay alguien encubriendo a Dodd y al Pentágono.

Víctor se encogió de hombros.

—Veré lo que puedo averiguar, pero no prometo nada. No soy un pirata informático. No voy a hacer nada ilegal para ayudaros. Puedo usar mis contactos, intercambiar favores, ya que así funciona Washington, pero es probable que me den con todas las puertas en las narices. La base de mi poder radica en mis conexiones como contratista y mi fama en la defensa de los pacientes del síndrome. Puede que no llegue a ninguna parte.

—Mi hija...

—Haré todo lo que pueda —dijo Víctor—. No obstante, debo decirte, Dennis, que si yo fuera Dodd hubiera sacado del país a Amanda en un avión del gobierno. A una casa segura en México o el Caribe. Nada de suelo americano. Encontrarla no será fácil.

—Entendido —dijo Miles—. Gracias, Víctor.

—No tenemos una campanilla para llamar a la cena, pero ese silencio me dice que Freddy ya lo tiene todo listo. Comamos. Después comenzaré a usar el teléfono y los ordenadores para ver si nos toca la lotería.

—Deberíamos descansar —dijo Celeste.

—Tienes razón. —El cansancio minaba todo el cuerpo de Miles. Víctor se había disculpado antes de entrar en su despacho y prohibió las interrupciones. Groote se sentaba en la tranquilidad del porche trasero, bajo la luz de la luna que se colaba entre las nubes. Miles lo observó durante un minuto. Era la primera vez que lo dejaba solo. Siguió a Celeste al dormitorio de invitados que ella había pedido y vio las dos camas.

—Nathan compartirá cuarto con Freddy. Pueden hablar sobre la guerra. Groote puede dormir arriba, suponiendo que sea humano y duerma. No te importa que yo esté aquí, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Miles se echó en una cama y ella se echó en la otra. Los dos estaban cara a cara, separados por el espacio entre las dos camas y una mesita de noche con una lámpara sobre ella.

—Confiar en Groote es un gran riesgo —dijo ella.

—Confiar es una palabra muy fuerte. Nos está usando, pero nosotros a él también, así que es una situación aceptable.

—Te mira de una forma que no me gusta —dijo Celeste.

—¿Me pone ojos tiernos?

—No bromees. Actúa como si siguiera teniendo cuentas que saldar.

—Es un asesino a sueldo —dijo Miles—, pero ahora ya no está desempeñando ese trabajo. Ahora es personal, como dicen en los tráileres de las películas. Mientras crea que podemos ayudarlo a recuperar a su hija, trabajará con nosotros. Sé cómo mantenerlo bajo control.

—No paro de imaginarme a Víctor que viene a decirnos que ha encontrado a Amanda, y entonces Groote nos mata a todos y se va tan feliz.

—No dejaré que eso pase. —Miles se agitó en la cama, intentando buscar una postura cómoda.

—Recordaste algo.

—No.

—Miles, supongo que no te conozco tan bien, pero lo noté. ¿Qué ocurrió? Se abrazó a su chaqueta, como si tuviera frío.

—Hace calor aquí. Podrías quitarte la chaqueta.

—No. Estoy bien.

—Me he dado cuenta de que no te gusta mucho quitártela.

—Me entra frío.

—No mientas.

—Tengo algo que iba destinado a Allison guardado en mi chaqueta.

—¿El qué?

Se percató de que no tenía nada que perder, dejaría pronto a Celeste,

probablemente nunca volvería a verla. La verdad era un buen regalo de despedida.

—Mi confesión. La de haber asesinado a mi mejor amigo.

La expresión de su rostro no cambió.

—Tu mejor amigo.

—Sí, desde los tres años.

—Defensa propia. No tienes nada que confesar. —Miles cerró los ojos—. No es culpa tuya, Miles.

—Sí, lo es.

—¿En serio? ¿De verdad lo dices, desde tu cabeza, tus tripas, tu corazón? —preguntó.

Andy estaba de pie en la pared de enfrente, con los brazos cruzados, sangre en los hombros, en la garganta. Tres heridas de bala resplandecían bajo la luz de la lámpara.

—No es culpa tuya —repitió ella—. No es culpa tuya.

—Me dijo que lo maté con una palabra. Entonces lo recordé, mientras iba en el coche hablando con Groote sobre el FBI. Recordé cómo lo maté.

—¿Está Andy aquí ahora? —preguntó ella.

—Sí.

—Pregúntale qué quiere —dijo—. ¿Por qué se ha quedado?

—No es un fantasma buscando venganza —dijo Miles—. Es un invento de mi cabeza.

—Entonces tu cabeza está tratando de decirte algo que debes saber.

—¿Qué quieres, Andy? —dijo Miles. No se sintió avergonzado ni estúpido por hablarle con Celeste en la misma habitación.

Andy colocó las manos sobre dos de las heridas.

—Quiero que sepas lo que hiciste, Miles. Quiero que sepas lo que no hiciste.

Miles le repitió las palabras a Celeste. Ella arrugó la cara.

—Enséñame la confesión.

—No.

—¿Por qué?

—Es una carga que debo llevar solo.

—No me estoy ofreciendo a cargar con Andy. Solo déjame ver lo que recuerdas.

—¿Y qué pasará cuando la leas, me respetarás? —A esto siguieron treinta segundos de silencio—. Maté a mi mejor amigo. ¿Qué clase de persona soy?

—Yo no salvé a mi marido. Me encerré en una casa durante un año. ¿Qué clase de persona soy, Miles? —Se incorporó en la cama, estiró la mano—. Dame la confesión. Puedo soportarlo.

Él también se incorporó, sacó el papel de la chaqueta, se lo tendió. Ella lo desdobló y comenzó a leer:

Allison:

Maté a mi mejor amigo. Yo trabajaba con mi padre en Miami. Era dueño

de una empresa de investigación. Papá murió de cáncer y mi amigo Andy era contable de lo que yo creía era una compañía de seguros, sin embargo, era una tapadera financiera de la familia Barrada. Mi padre perdió trescientos mil dólares en el juego y le debía ese dinero a un corredor de la familia. Cuando murió, yo heredé la deuda. Los Barrada amenazaron con quedarse con la empresa de mi padre, lo único que me dejó, pero Andy me consiguió un trato. Me dijo que podría pagarla desempeñando un trabajo clandestino para los Barrada. Andy quería información financiera y logística de otros círculos criminales: cuentas, pagos, redes de traficantes, información sobre los envíos que hacían por todo el país.

No era un pistolero ni un matón. Era su espía particular, y Andy me dijo amablemente que si me negaba a trabajar con ellos, me matarían y él no podría hacer nada para evitarlo. Lloró cuando me lo dijo, yo le creí. Los Barrada me hicieron desempeñar once trabajos encubiertos contra sus rivales, y el resultado fue exitoso en todos los casos. Creí que la deuda ya estaría saldada, pero me dejaron claro que no podía irme.

Hablé con el FBI de Miami. Les dije que testificaría acerca de lo que había averiguado espionando a los demás círculos criminales para los Barrada si me proporcionaban inmunidad... a mí y a Andy. Me salvó el culo, así que yo quería salvar el suyo. Andy no podía saberlo, eso me dijeron, su lealtad hacia los Barrada era muy profunda. Estaba comprometido con una prima de la familia, de los dueños de la compañía de seguros que servía de tapadera. Tenía que conseguir información sobre Andy, hacer que se estuviera quieto y no volviera corriendo junto a los Barrada, no podía darle otra opción que no fuera la de cooperar. Tenía que eliminar la lealtad como opción.

Preparé un encuentro con Andy en un almacén de los Barrada. El FBI me dio datos falsos que yo aseguré haber robado de los Duarte, un grupo de Los Ángeles que quería expandirse y hacer alianzas en el sur de Florida. Ya había destapado algunos detalles menores sobre ellos, pero esta información estaba diseñada para hacer que a Andy se le hiciera la boca agua: los nombres de los traficantes que controlaban, números de cuentas bancarias, gente a sueldo... Sin embargo, tenía que llevar a dos agentes encubiertos del FBI conmigo. Ellos tenían planeado grabar lo que Andy dijera sobre la operación de espionaje para luego, inmediatamente, plantearle la oferta de inmunidad. No podía hacerlo solo, así que le dije al FBI que no me entregaría sin Andy. Puede que él no lo creyera así, pero yo estaba seguro de que los Barrada lo matarían, lo culparían de mi traición al ser él quien me metió en el círculo y los vendió a los federales.

Era el único modo de salvar a Andy.

Del almacén lo único que recuerdo es que les presenté a Andy a los tipos del FBI, hablamos, le mostramos los datos, le dije que podría conseguir más,

pero que eso requeriría una operación importante, el golpe que tenía pensado darles, que no podía hacerlo solo, que necesitaba a estos dos tíos. Andy cantó de lo lindo respecto a los datos que necesitaba de los Duarte, y todo se grabó en las cintas que el FBI precisaba para meterle presión. Me preguntó qué más necesitaba y cuándo podía empezar, entonces...

Todo queda oscuro.

Le veo sacar un arma de su camisa. La apunta a la cabeza de uno de los federales y yo saco mi arma, aunque no acostumbro a usarla mucho, y le disparo porque no puedo permitir que le pegue un tiro a un hombre en la cabeza.

Mi bala le da en el hombro, al mismo tiempo que él dispara otra que me alcanza en el pecho, y los dos gritamos y caemos al suelo, y yo vuelvo a apuntar mi pistola.

De nuevo la oscuridad.

El siguiente momento del que tengo constancia es que estoy en una cama de hospital en Jacksonville y me están ofreciendo que entre en el programa de protección de testigos. Mi mejor amigo, un hermano por todo lo que representaba, está muerto y yo no sé qué ha ido mal.

Celeste dobló el papel.

—¿Recordaste algo más?

—Sí, el primer punto negro de mi memoria, cuando Andy me preguntó si podía empezar ya con el trabajo. —Dejó de hablar—. Groote y yo estábamos conversando sobre el FBI, discutíamos cuándo revelarían mi nombre... y entonces lo recordé, claro como una mañana de verano. Pero...

—No te reprimas, dime —lo animó ella.

—Me preguntó cuándo íbamos a ponernos a trabajar en ello los otros tipos y yo, y le dije que en cuanto apagáramos la grabadora.

—Le hiciste saber que se estaba grabando todo.

—Lo hice precisamente por eso, a modo de broma, para suavizar el golpe. Todos nos reímos. Incluso Andy. Pero entonces me miró a los ojos y le entró el pánico, se dio cuenta de que era una trampa y sacó el arma, la apuntó a la cabeza del agente encubierto y... si hubiera tenido la boca cerrada o se lo hubiera dicho de otra manera...

Celeste tomó las manos de Miles entre las suyas.

—No había ninguna buena manera de decírselo, ¿o sí?

Miles negó con la cabeza. Ella se aferró con fuerza a sus manos.

—Andy sacó el arma, eligió luchar. Salvaste una vida, dos, la tuya también. Tanto tú como yo hemos salvado vidas, ¡vaya, estamos en un club especial! —Se le quebró la voz y comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos—. Si Dios tiene una balanza, ¿no crees que la nuestra está equilibrada?

—Le disparé para... para herirlo, no para matarlo. Todavía no recuerdo los detalles.

—Él te disparó en el pecho, ¿acaso te mostró la misma consideración?

Miles abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar.

—Lo hice mal. Le entró el pánico.

—¿Esperaba que trabajaras para siempre en la mafia después de haber sido chantajeado para entrar a su servicio? No me importa si lo conocías desde que ambos andabais en pañales, era un amigo horrible.

Miles se liberó las manos y se lavó la cara en el lavabo.

—¿Entonces qué quiere decirme Andy, que lo siente? Nunca se disculpa. Lo que hice, lo que no hice, ¿qué demonios significa eso?

—¿Escuchaste alguna vez la cinta que el FBI grabó de ese encuentro?

—Me dijeron que la cinta falló. Andy murió para nada. —Volvió a sentarse—. Dios, debes de pensar que soy una persona horrible.

Celeste dobló las piernas bajo el cuerpo.

—Como te dije, mi marido salió a buscar huevos y café. Dejé entrar en mi casa a un hombre que creía que era un buen amigo, pero en realidad me estaba acosando. Me ató y esperó a que Brian llegara a casa. Me puso un cuchillo en la garganta. No una mordaza. Dijo que iba a hacerme daño porque no lo quería, porque no lo apreciaba lo suficiente y toda esa mierda de los acosadores, pero que no iba a hacerle daño a Brian. Yo me lo creí. Estaba petrificada por el miedo, no podía pensar dos segundos más allá de aquel momento. —Se tocó con el dedo la sien—. El mismo cerebro que le ganó cinco millones de dólares a otras nueve personas inteligentes se me quedó helado. Oí a Brian llamarme cuando entró por la puerta, si le hubiera gritado que corriera hubiera tenido una oportunidad. Pudo haber huido, salvarse. En lugar de eso, por culpa del cuchillo en mi garganta, yo no le advertí y mi marido entró y el fan perturbado lo torturó hasta la muerte. Delante de mí. Para que presenciara cada aullido de dolor, cada mueca, cada ápice de agonía. Un vecino oyó los gritos de mi Brian, llamó a la policía y cuando irrumpieron en la casa lo mataron a tiros, tres minutos después de que Brian muriera. El fan estaba fumándose un cigarrillo antes de empezar conmigo, y yo estaba allí quieta, mirando los ojos extintos de mi marido, esperando la muerte, preguntándome por qué no grité y le advertí. ¿Por qué?

—Porque estabas asustada. Porque querías creer que no le haría daño a Brian.

—Bueno, pues fui una estúpida.

—Yo quería creer que a Andy le haría feliz que ambos saliéramos de la mafia. Tú quisiste creer que lo seguro era seguir sus órdenes. ¿Crees que Brian te culpó por ello ni siquiera un segundo?

Ella no respondió.

—Si hubieras gritado, ¿crees que Brian hubiera salido huyendo? Claro que no. Hubiera corrido hacia ti. Hubiera luchado para salvarte.

La verdad de lo que acababa de decir la afectó.

—Y todo porque me empeñé en entrar en un estúpido programa de la tele. — Enterró el rostro entre sus manos—. ¿Por qué no podemos superar toda esta pena?

—Porque queríamos a esa gente. No se puede desprender uno de ellos como de un trapo viejo.

—¿Crees que si sigo tomando el Frost olvidaré lo que le pasó a Brian? —Se le quebró la voz—. Si olvido el terror por el que pasamos, ¿no sería una persona horrible?

—Seguro que Brian no querría que cargases con esa pena para siempre ni que te hicieras cortes toda tu vida.

Se secó los ojos.

—Gracias por enseñarme la confesión.

—Gracias a ti por decirme lo que te pasó.

El silencio entre ellos se tornó extraño, casi como si hubieran intimado físicamente y no supieran qué decir, cómo separarse, cómo dar un paso adelante.

Ella fue a su cama y se acurrucó entre sus brazos. Se echaron, tensos, sin tocarse apenas, y ella lo cogió de la mano y comenzó a relajarse. Roce con roce. Se había duchado después de comer, Víctor le había dado ropa cómoda para que se la pusiera. Su pelo olía a mandarina y Miles se dio cuenta de que había olvidado la perfección de sostener a una mujer, la tersura de su piel, el ciclo de la respiración.

Mañana mismo podría acabar muerto o en prisión si seguía en busca del Frost. Este podría ser su último pedazo de felicidad, la traca final de su vida.

Cerró los ojos y se durmió.

Una mano lo tocó en el hombro. Miles se despertó. La silla de Víctor estaba junto a la cama.

—Malas noticias —le dijo sin emitir ni un sonido—. Hablemos.

En el despacho de Víctor había ordenadores de todos los tipos: dos de gran capacidad con sistema operativo Linux, un reluciente Apple Macintosh y otros cuatro pecés de caja beis.

En un monitor se veía una foto de Quantrill, en otro una de Sorenson y en un tercero, la de Allison.

Groote estaba de pie delante de la de Sorenson, mirando fijamente el rostro del hombre.

—No he encontrado a tu hija, Dennis, y me estoy topando con muchos muros al preguntar por casas seguras del gobierno. Esos lugares son secretos muy bien guardados. Voy a tener que aproximarme a esto de un modo menos directo, y eso llevará tiempo.

—Si la matan porque Dodd esté muerto...

—Lo dudo. La muerte de Dodd los paralizará, tendrán que reagruparse. Tienes que mantener la esperanza —dijo Víctor.

Groote se sentó y escondió su cara destrozada entre las manos, luego volvió a levantarse.

—¿Eso qué me supone? ¿Un día, dos? Incluso si consigo recuperar el Frost no tengo ni idea de cómo contactar con la persona para la que trabajaba Dodd, sea quien sea.

—Caballeros, os he recargado las pistolas. Usad esta información para tener claro que no hay forma de seguir adelante, o bien optad por pasar desapercibidos y acudir enseguida a la policía.

—No —dijo Miles y Groote negó con la cabeza.

Víctor hizo un gesto hacia la cabeza de Sorenson en la pantalla.

—Erik Sorenson. Antes de que estuviera en el Pentágono, sirvió en el servicio extranjero, en Pekín. Antes de eso, en el ejército. Ahora ya no trabaja para el gobierno, al menos no con una nómina que se admita en público, no encuentro nada sobre él, ni familia, ni pasado académico, nada de nada, esos archivos están sellados. Es un nómada burocrático. Normalmente, un funcionario del gobierno se afianza en un puesto y se aferra a él.

—O es una patata caliente que va de un lado a otro porque causa problemas —dijo Miles.

—Tengo contactos en los archivos del ejército y en Defensa intentando averiguar más, pero de momento nada, solo el comentario de un amigo del Pentágono, que me ha dicho literalmente que Sorenson era un bala perdida, un loco difícil de tratar. Lo siento, no tengo contactos en Asuntos Exteriores, no puedo entrar por ahí.

—De acuerdo. Quantrill.

—Puedo decirte que es un espía corporativo —dijo Groote.

—Más que eso —dijo Víctor—. Un millonario que consiguió su fortuna en

Internet y la movió antes de que explotara la burbuja. Es propietario de una consultoría que fue acusada una vez de espionaje corporativo, pero los cargos fueron retirados. Huele a compensación. Está además relacionado con varias compañías dueñas de otras que a su vez poseen hospitales especializados, tanto aquí como en el extranjero. Por si fuera poco, tiene contactos con la administración de veteranos.

—Si está experimentando ilegalmente con fármacos en un hospital, ¿podría estar haciéndolo en otros? —preguntó Groote—. Quizás Dodd y él hicieron un trato para arrebatarle el Frost a Sorenson y Amanda está en uno de esos hospitales.

—Puedo comprobarlo, pero no creo que Dodd y Quantrill llegaran a entenderse antes de que Dodd muriera —dijo Víctor—. Respecto a los experimentos, estoy casi seguro de que si ha probado el Frost en un hospital puede haberlo hecho también en otros. Su único escándalo sanitario se produjo en un hospital de veteranos de Mineápolis, se le acusó de probar medicinas contra el cáncer no aprobadas. Dos médicos y un funcionario fueron acusados. Otro médico se libró por falta de pruebas. Ese doctor dimitió del hospital de veteranos y se fue a trabajar a un hospital de la compañía en Florida. Aparte de eso, Quantrill se mantiene en la sombra.

—Como Sorenson.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que Sorenson va en tu busca con tanto empeño como tú en la suya? Ya sabrá que su estratagema en Yosemite ha fallado. Le beneficia el hecho de que el gobierno está dispuesto a mentir para encubrir la implicación de Dodd. Si te coge la policía, sales en las noticias. Es más difícil eliminar a alguien que tiene la atención del público.

—A no ser que pueda llegar hasta Amanda y ella termine muerta si nosotros hablamos —dijo Groote.

—Incluso así. Si hacemos esto público, el gobierno nos acallará o nos desacreditará. También es posible que al hablar mandemos el Frost al purgatorio farmacéutico —dijo Miles—. Toda esta movida acabaría con la aceptación pública de la investigación, la retrasaría años. No, tengo que conseguir la fórmula y dársela a una compañía que la desarrolle de manera responsable. —Miles miraba fijamente la foto de Sorenson en la pantalla del ordenador. Algo le rondaba la cabeza. Los hechos no acababan de encajarle bien, lo cual era lógico, pero no podía saber a ciencia cierta qué lo perturbaba.

—Has hecho mucho, tío, gracias —dijo Groote. Se puso en pie.

Víctor rodó hacia Groote.

—¿Podrías disculparnos, Dennis? Me gustaría hablar en privado con Miles. Gracias.

Groote salió de la habitación sin mediar palabra.

Víctor esperó hasta que oyó a Groote volver al patio de atrás y cerrar la puerta de cristales.

—No puedes confiar en él.

—Lo sé, pero lo necesito. No puedo pelear solo contra Sorenson.

—Groote es un exagente del FBI. Tiene una empresa de seguridad privada. Ya sabes que no le interesa demasiado cumplir las leyes.

—A pesar de sus aristas cortantes sigue teniendo ese aire de federal. Es la única cosa que nos otorga esperanza de que al final obre con decencia.

—Puede que necesite el Frost más que tú y que yo —dijo Víctor—. Otro asunto... sé que estás enfadado con Nathan por no haberte dicho la verdad sobre Dodd. Pero has de saber la verdadera historia de Nathan. Un poco de peloteo y la promesa de diez horas gratis de trabajo de base de datos me han llevado a conseguir sus archivos del Departamento de Defensa.

Miles alzó una mano.

—No me lo digas, no me importa.

Víctor se incorporó hacia delante y le dio unos golpecitos en la rodilla con su brazo protésico.

—Me pediste que te ayudara, con los ojos bien abiertos. Yo te pido que escuches, con las orejas bien abiertas.

—Dime.

—Cleopatra —le dijo Víctor a uno de los ordenadores—, reproduce el archivo de vídeo de Ruiz.

Activado por el *software* de reconocimiento de voz, el ordenador comenzó a reproducir un vídeo. Nathan aparecía en primer plano delante de la cámara, nervioso, limpio, con el pelo húmedo, la nariz rota y el rostro magullado y vendado.

La cinta comenzaba con el entrevistado identificándose, dando la fecha y su localización en una base militar en Kuwait.

—Sargento Ruiz, quiero hablarle sobre los sucesos del dos de abril.

—Sí, señor. —Nathan se pasó un dedo por el labio inferior, se recompuso un poco y se sentó derecho—. Sí, señor.

El entrevistador resumió la aproximación realizada por la unidad de artillería de Nathan junto con el resto de las fuerzas americanas que avanzaban hacia Bagdad. Nathan confirmó cada punto.

—Y luego, después de haber disparado sus misiles, esperó a recibir nuevas instrucciones.

—Sí, señor.

—Y ejecutó una comprobación operativa para ver si todos los sistemas estaban funcionando adecuadamente.

Nathan asintió.

—Sí, señor, como siempre.

—¿Y los resultados?

—Todo iba bien. —Nathan tragó saliva.

—¿Funcionaba la baliza infrarroja que les identificaba como tropas americanas? —dijo el entrevistador.

Nathan asintió.

—Necesito una respuesta verbal, por favor.

—Señor, sí, señor, las luciérnagas, la baliza infrarroja, funcionaba. —La voz se le quebró al final.

—Entonces se apartó de su puesto.

—Señor, sí, señor, pero solo unos metros.

—Y en su ausencia la baliza falló.

—Sí, señor —dijo Nathan manteniendo esta vez la calma—. Eso supongo. El repuesto también falló.

—¿Y cuánto tiempo estuvo alejado del equipo?

—Solo unos minutos, señor, luego regresé.

—No notó que las luciérnagas no funcionaban.

Silencio.

—¿Ha oído la pregunta, sargento?

—Señor, sí, señor, la he oído. No me di cuenta de que la baliza fallaba.

—¿Solo le presta atención al equipo durante las comprobaciones operativas, sargento Ruiz?

—Señor, no, señor.

—Pero usted no se dio cuenta de que la baliza fallaba y la alarma apropiada también.

Cuatro segundos de silencio. Entonces la impasible rectitud militar de Nathan se convirtió en puro dolor. Luchó con todas sus fuerzas para recuperar la expresión calmada de su rostro.

—Señor, sí, señor, pero...

—¿Pero qué?

—En el campo de batalla, señor, pasan cosas inesperadas. No sé por qué falló el sistema. Simplemente ocurrió.

—Aun así, seguía usted siendo el responsable de su reparación.

—Eso es cierto... señor. —Nathan tragó saliva, el sudor se le acumuló en su frente magullada y golpeada.

—¿Cuántos minutos pasaron antes de que les alcanzara el fuego amigo?

—Nueve minutos desde el lanzamiento de nuestro último misil, señor.

—Nueve minutos en los que no advirtió que la baliza no funcionaba.

—Señor, sí, señor.

—Nueve minutos que tuvo para salvar a su compañía. —Un horrible y espeso silencio. Nathan parpadeó varias veces a la cámara. El interrogador invisible continuó—. De acuerdo con el capitán Cariotis, durante estos nueve minutos estuvo hablando y riendo con sus amigos, disfrutando del éxito de la misión. Pensó que su trabajo de esa noche había terminado después de lanzar todos los misiles satisfactoriamente.

—Señor, sí, señor. —Nathan cerró los ojos y respiró profundamente—. Señor, sí, señor. —Se le formaron lágrimas en los ojos—. Sin embargo el control de fuego podría haberle confirmado al piloto, señor, que éramos tropas americanas... no

entiendo cómo solamente yo...

—Usted estaba allí mismo, en la escena del suceso, con una baliza rota. Podría haberse dado cuenta. Podría haberlo arreglado. Pudo alertar a control de fuego de que había un problema.

—Joder —dijo Miles—, le culparon de todo ese accidente. —Se le secó la boca al pensar en la pesadilla que tuvo Nathan en casa de Blaine, allá en Santa Fe, en la que gritaba que lo había arreglado, que lo había arreglado.

—Cleopatra, pausa el vídeo —le dijo Víctor al ordenador, y la cara de Nathan se congeló en la pantalla—. Sin el dispositivo infrarrojo, un piloto americano pensó que la compañía de Nathan pertenecía a las fuerzas republicanas. Si un piloto recibe una confirmación negativa de control de fuego después de ver misiles despegando en la oscuridad, dispara. Y entonces es cuando los cuerpos de los soldados americanos acaban esparcidos por el desierto. Fuego amigo.

—Oh, vaya —dijo Miles—. Pobres muchachos.

—Sí —dijo Nathan detrás de él, de pie en la puerta abierta—. Esos pobres muchachos que yo maté.

Miles se puso en pie.

—Nathan, tú eres tan víctima como ellos. Lo siento mucho, tío.

—No me juzgues —dijo Nathan—. Quiero servir. Quiero proteger. No soy un torturador como Groote. No soy un tarado como tú, Miles.

—Fue un accidente —dijo Víctor—. Suceden a menudo en tiempos de guerra.

—Pensé que erais mis amigos, estúpido de mí —dijo Nathan. Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Me voy de este puto sitio.

—Nathan, no tienes nada de lo que avergonzarte, entendemos lo que debes de haber pasado, por qué ayudaste a Dodd. Quédate con nosotros.

—¡Quita ese vídeo! —Nathan lanzó una pierna hacia el monitor—. Seguro que eres un espía, Miles, uno mucho mejor que yo. Ningún secreto está a salvo contigo. —Se alejó ruidosamente del despacho, cruzó la casa, salió por la puerta principal. Miles lo persiguió y lo agarró del brazo cuando estaba en el límite del césped del jardín y pisando la acera.

—Puedes ayudarnos a encontrar a Sorenson...

Una pistola presionó la cabeza de Miles.

—Suéltame, Miles, deja que me vaya.

—No lo haré. Vas a tener que dispararme.

—¡Por favor, Miles! ¡Por favor!

—No vas a escapar. Deja que te ayudemos.

—Estás lleno de mierda. Me soltaste el discurso de que teníamos que permanecer juntos. Nos quieres dejar aquí a mí y a Celeste para irte con Groote, un puto animal que... me torturó.

—Nathan...

—Cállate. Calla esa maldita boca de hipócrita, Miles. Me hizo daño, joder, pero

no le dije tu puto nombre durante horas porque pensé que era lo correcto. Quería hacer el bien. Ser fuerte de nuevo. —Comenzó a llorar.

—Nathan, por Dios, lo siento.

—Perdí a todos los amigos que tenía en el ejército. A todos. Pensé que lo entenderías, ya que tú perdiste a tu amigo de Florida. Pensé... no importa lo que pensé. —Apartó a Miles, le apuntó de nuevo con la pistola—. Solo quieres que me quede porque temes que llame a la policía y les diga dónde estáis tú y Celeste. Que me haga el héroe otra vez. No te preocupes. Te trataré mejor de lo que me has tratado a mí. —Caminó de espaldas por el tranquilo vecindario.

—Esto es una locura, no tienes dinero, no tienes coche.

—Mantendré la boca cerrada respecto a ti y a Celeste. A no ser que me sigas. Entonces hablaré hasta que me duela la garganta, ¿lo pillas? —Nathan bajó el arma y se alejó.

Miles salió a la calle para seguirle y Nathan volvió a levantar el arma.

Miles lo siguió con la mirada hasta que se perdió en la oscuridad y volvió a la casa.

—Lo siento, Miles —dijo Víctor.

—Volverá en diez minutos o en diez horas, cuando se calme —dijo Miles—. Y ni siquiera estoy seguro de si esa arma que lleva está cargada. Piensa que lo odio. No es así, pero no comprende bien en qué consiste la confianza.

—¿Crees que conocía tus planes?

—Supongo que sospechaba que yo quería que él y Celeste se quedaran aquí contigo. Pudo oír mi conversación con Groote en el coche, pensamos que estaba dormido.

—¿Irás a la policía?

—No lo sé.

—Bueno, la única ley que he roto es la de acoger fugitivos y si no he puesto la tele, no podía saber que erais fugitivos.

—Lo siento.

—Tú y Groote tenéis que iros. Para estar seguros.

—¿Se puede quedar Celeste? No puedo someterla a más peligros. Ya ha pasado demasiado con esto.

—Será mejor que te vayas mientras duerme, si no, va a luchar con uñas y dientes.

Los rostros conectados al Frost seguían congelados en las pantallas de los ordenadores, salvo en el ordenador más a la izquierda, donde estaba puesta la página web de Víctor. Tenía colgada en ella una encuesta sobre una pregunta puramente hipotética: «Si pudieras olvidar el peor momento de tu vida, ¿lo harías?».

El noventa y cuatro por ciento daba una respuesta afirmativa. Ese era el poder del Frost, su promesa.

Entonces, si consigo el Frost, ¿podré encontrar a Nathan y ayudarlo?

Miles observó a Celeste durmiendo, perdida en la pesadez de sus propios sueños.

Extrajo la confesión del bolsillo, la dejó abierta junto a la lámpara. Se agachó y le dio un beso en la cabeza.

—Vamos —dijo Miles. Groote se levantó de su silla en el patio. Pensó que era mejor no mencionar que Nathan se había ido, Groote querría cazarle.

—Quizás podamos conseguir un vuelo tardío para Austin.

—En realidad tengo otra idea —dijo Groote—. Allison robó la lista de compradores de Quantrill. Disponer de ella sería una fuente de información muy valiosa.

Miles entendió a lo que se refería.

—Si le sonsacamos detalles sobre la subasta a un comprador, podríamos acercarnos mucho a Sorenson sin que se diera cuenta.

—Y podemos obtener esa lista hoy mismo —dijo Groote—. No le tienes miedo a las alarmas ni a los hombres con pistolas, ¿verdad, señor espía?

Nathan disponía de un dólar cincuenta en monedas de veinticinco centavos que había robado de la habitación del soldado ciego. Echó unas cuantas en la cabina telefónica de la gasolinera. Robarle a un ciego, Dios santo, sí que tenía clase. Se limpió las lágrimas y los mocos de la cara con la manga. Le dolían las piernas y la espalda de las palizas que le había dado Groote en Santa Fe. No quería estar solo, pero tendría que estarlo hasta que terminara su labor.

Su madre respondió al tercer tono.

—¿Mamá? He salido del hospital. Me han arreglado.

—¿Cielo? Oh, gracias a Dios —dijo antes de soltar un aluvión de palabras en su español natal. Esperó a que acabara e intentó echarse a reír para que ella pensara que era feliz.

—Necesito un favor, mamá. No estoy en Santa Fe. Me han cambiado a otro hospital cerca de Los Ángeles para finalizar el tratamiento.

—No entiendo... —Y comenzó a hacer preguntas como una ametralladora, ratatá, y él cerró los ojos.

—Mamá —la interrumpió—. Necesito dinero para comer y llegar a casa. —Pero no iba a casa. Antes tenía que convertirse en un héroe.

Miles forzó la puerta con un añadido especial que traía el señor Destornillador de Groote, sin querer pensar que esa fue el arma con la que torturó brutalmente a Nathan.

El pestillo dio un chasquido y Miles empujó la puerta muy débilmente. Groote estaba detrás de él, con la pistola preparada. Esperaban oír el zumbido de una alarma. No fue así.

Quantrill no había activado el sistema, eso significaba que no se había ido a la cama aún. Probablemente estaría arriba en su despacho tratando de convencer a los compradores de que no acudieran a la subasta de Sorenson, asegurándoles que todo iba bien, que él tenía el único y verdadero Frost.

Miles se guardó el destornillador en el bolsillo trasero y siguió a Groote dentro de la casa. Oyeron el ruido distante de un disparo, luego el ensordecedor estallido de la artillería, el rumor de un avión, una orquesta *in crescendo* y la música acompañando a la batalla, todo ello procedente de la puerta entreabierta de la sala de estar.

—Guardias —le dijo Groote a Miles sin emitir palabra—. Están viendo una película. —Le hizo un gesto a Miles señalando las escaleras—. Despacho. —Le hizo otro gesto para que subiera.

Miles ascendió por las escaleras. Groote esperó, con la pistola lista. Si los guardias se estaban quietos delante de la peli, no había de qué preocuparse, no hacía falta matarlos.

Quantrill estaba con la cabeza echada hacia atrás, sentado en una silla frente a su escritorio vacío. Un punto rojo adornaba su frente, tenía los ojos entreabiertos.

Miles le tocó la garganta al cadáver. Estaba aún caliente.

Su ordenador no estaba en el escritorio. Miles fue al baño anexo al despacho, cogió una toalla pequeña y la usó para abrir los cajones y registrar el armario que hacía las veces de archivo suplementario. No había ordenadores portátiles o PDA que pudieran albergar una copia de la investigación sobre el Frost o la lista de compradores. Ningún cedé o deuvédé o disco de ningún tipo. Todo limpio.

Sorenson estaba dejándolo todo limpio, cristalino, eliminando toda posible interferencia. No habían coincidido por poco con él o sus asesinos contratados.

Bajó al hombre de la silla para registrarle los bolsillos. La cartera estaba llena de dinero en efectivo y el móvil cerrado e intacto. Se guardó el móvil en el bolsillo.

Miles bajó las escaleras y se encontró a Groote en la posición donde lo dejó, con la pistola preparada. Los guardias seguían viendo la película. Miles entró en la sala de estar. Los dos guardaespaldas estaban espatarrados en el sofá con un gran bol de palomitas con mantequilla entre ellos y tres agujeros de bala en la cara.

—Bueno —dijo Groote—, supongo que Quantrill no me va a dar el cheque.

—Nos lo hemos perdido por poco, esto ha pasado hace apenas quince minutos. Sorenson les ha arrebatado a los compradores la posibilidad de ser fieles a Quantrill,

ahora él es la única opción.

Groote se agachó a coger un puñado de palomitas. Miles trató de no vomitar al ver al hombre masticarlas despreocupadamente.

—Supongo que contactó con los posibles compradores, trató de disuadirles para que no participaran en la subasta y compraran algo de un ladrón. O puede que incluso los amenazara con sacarlo todo a la luz si compraban.

Miles le mostró el teléfono.

—Podríamos llamar a uno de los compradores. Teniendo un número de móvil puedo encontrar a cualquiera.

—Solo necesitamos a uno —dijo Groote con la boca llena de palomitas.

Cerca del muelle de Santa Mónica dieron con una cafetería que ofrecía acceso a Internet y Miles comenzó a trabajar. Averiguó que Quantrill pasó los últimos momentos de su vida llamando a un restaurante chino, a sus jardineros y a dos móviles que Miles creía pertenecían a los devoradores de palomitas. Al final, dio en el clavo con el quinto número. Pertenecía a James Bradley. Una búsqueda en Google de ese nombre junto con la palabra «farmacéutica» le reveló que vivía en Boston y trabajaba para la consultoría que asesoraba a Aldis-Tate, una de las mayores compañías farmacéuticas sitas en los Estados Unidos.

—Este es nuestro chico —aseguró Groote—. Sorenson me aseguró que trabajaba para Aldis-Tate cuando vino al hospital.

El listado de llamadas indicaba que esta fue larga, duró alrededor de media hora.

—Una conversación larga —dijo Miles—. Eso sugiere que discutieron los detalles, y eso significa que Quantrill pudo resultar persuasivo a la hora de boicotear la segunda subasta.

Groote frunció el ceño.

—¿Entonces piensas que Bradley se cagó?

—Averigüémoslo. Dame un segundo. —Llamó al número de Bradley y esperó.

—No lo jodas todo —dijo Groote en voz baja.

—¿Hola?

—¿Señor Bradley?

—¿Sí?

—Hola, señor, soy Corey, de la compañía de seguridad de tarjetas de crédito Ironlock. Estoy comprobando un cargo cancelado que ha activado la alarma en nuestros sistemas. ¿Ha cancelado un vuelo recientemente, señor?

—Oh, sí. Hoy.

—¿Un vuelo a Austin, señor?

—Bueno, sí... —Se sucedió un largo e incomodo silencio—. ¿Me repite quién es usted?

Miles habló con una eficiencia hiperactiva.

—Señor, comprobamos cualquier cancelación que active alguna alarma, ya que aseguramos a las compañías de las tarjetas de crédito y les pagamos el seguro de cancelación del cargo. Estamos investigando a un par de aerolíneas que hicieron cargos falsos para luego cancelarlos inmediatamente, de tal modo que nosotros nos vimos obligados a pagar. Si en este caso es una cancelación correcta, no hay problema, le agradezco su tiempo. —Colgó—. Creo que este canceló. Se quedó helado cuando le mencioné Austin.

—Eres un gran mentiroso. ¿Existen esa clase de seguros?

—No tengo ni idea. —Miles llamó a los números siguientes en el listado.

Tuvo suerte a la tercera. Quantrill había llamado a ese número tres veces seguidas, la primera vez durante cuarenta segundos; las otras dos, la comunicación duró apenas diez.

—O bien se trata de una novia enfadada —dijo Groote— o era alguien que no quería hablar con Quantrill. —Alzó una ceja—. Eres bueno en esto.

El nombre del tipo era David Singhal y era un antiguo vicepresidente de investigación en una compañía farmacéutica suiza que ahora llevaba una consultoría de investigación ubicada en Los Ángeles. Miles buscó su nombre en el buscador de imágenes de Google y encontró una foto de Singhal perteneciente a una entrevista en un diario de negocios europeo. Era un hombre de cincuenta y tantos, aspecto culto, ojos inteligentes y una perilla grisácea. Miles marcó el número.

—Hola, ¿señor Singhal?

—¿Sí? —Tenía un cerrado acento británico.

—Hola, soy James de la empresa de seguridad de tarjetas de crédito Excelsior, trabajamos con VISA y con American Express, y tenemos una pregunta sobre su cuenta, ¿ha cancelado recientemente una reserva de vuelo a Austin?

Singhal era más cauteloso que Bradley.

—Disculpe, ¿para quién trabaja?

Miles lo repitió.

—Trabajamos para las compañías de tarjetas de crédito, intentamos hallar una solución a la corrupción de una base de datos. La discrepancia surge en una versión de la base de datos de la tarjeta, que dice que ha realizado un cargo en un vuelo entre Los Ángeles y Austin, mientras que la otra base de datos reconstruida afirma que ha cancelado ese cargo.

—Voy a tener que llamar a mi compañía aérea —dijo Singhal—. No voy a darle el número de mi tarjeta de crédito por teléfono.

—Oh, claro, señor, eso es muy inteligente por su parte, nunca haga tal cosa. —Lo intentó—: Puedo arreglar el error en la base de datos para que no exista confusión sobre el estado de su billete. ¿Era su vuelo de la compañía Southwest?

Singhal colgó.

—Muy bien —dijo Miles—. Ahora llamaré a la compañía aérea y le dirán que todo va bien.

—Dame el teléfono. —Miles se lo tendió y Groote marcó un número, habló con tranquilidad, marcó otro número, dio un código. Colgó, rellenó las tazas de nuevo y se sentó. Sonó su teléfono y escuchó lo que su interlocutor le dijo antes de volver a colgar.

—David Singhal está en el vuelo de la TransWest de mañana por la mañana a Austin. Me volverán a llamar si cancela su reserva.

—¿Cómo has averiguado eso?

—Un contacto en el FBI.

—El gobierno controla las listas de pasajeros de las compañías aéreas.

—Supongo que no es una sorpresa.

—Bien —dijo Miles—. ¿Ahora qué?

—Ahora a dormir —dijo Groote.

Se detuvieron en un hipermercado abierto veinticuatro horas para comprar ropa y otras necesidades. Groote sacó dinero de un cajero. Cogieron una habitación con dos camas en un hotel cerca del aeropuerto.

Groote le dio las buenas noches y apagó la luz. Miles no podía dormir, tenía miedo de cerrar los ojos y que Andy volviera en mitad de sus sueños.

—¿Groote?

—¿Sí?

—Cuando estábamos conduciendo... no me llegaste a decir quién exactamente atacó a tu mujer y tu hija.

El silencio fue más largo en esta ocasión.

—Unos macarras, a los que el FBI había amenazado con investigar, pensaron que yo tenía algo que ver en la desmembración de las operaciones de su círculo. Una venganza errónea.

Quería preguntarle a qué círculo se refería. Si era alguno de los círculos que los Barrada le encargaron espiar... pero el único círculo del sur de California del que se ocupó eran los Duarte... y ahora todos estaban muertos.

—¿Quiénes eran los matones? ¿Traficantes de drogas?

—No importa.

—Entonces, ¿por qué dejaste el FBI?

—Ya no podía cumplir mis metas profesionales.

—¿Qué metas eran esas?

—Venganza —dijo Groote—. No quiero hablar más, Miles. Buenas noches.

A la mañana siguiente, el segundo vuelo desde Los Ángeles a Austin cruzó el cielo azul. Miles vio en la fila de al lado a un hombre mayor hojear un periódico dominical cuya portada decía: «Agente federal desaparecido». Debajo aparecía una foto de DeShawn Pitts.

No podía leer el artículo desde donde estaba sentado y el caballero leía lentamente, regodeándose en cada palabra y sin dejar atrás ningún párrafo. Groote cabeceaba en el asiento contiguo. Cinco filas por delante estaba David Singhal, vestido de traje, leyendo el *Wall Street Journal*.

Al fin, el hombre dobló el periódico y lo metió en el bolsillo del asiento.

—¿Señor? —le susurró Miles acercándose a él—. Disculpe. ¿Me presta su periódico si ya ha terminado con él?

—Claro. —El caballero se lo entregó.

Miles leyó el artículo con el vello de punta. DeShawn Pitts, un agente federal (no se mencionaba que trabajaba para protección de testigos) había desaparecido hacía dos días durante un servicio sin especificar. El FBI le pedía a cualquiera que tuviera información sobre aquel hombre que se pusiera en contacto con ellos.

Hurley murió el jueves. DeShawn estuvo en el hospital ese mismo día (Miles lo oyó durante la llamada que Groote le hizo a Hurley) y desapareció el viernes. Un día después de haber hablado con Groote.

Quizás DeShawn nunca llegó a rendirse, había seguido preguntando y buscando a Miles. Si protección de testigos aceptó el argumento de DeShawn de que Miles no era capaz de tomar decisiones debido a su incapacidad, seguramente volvió a toparse con Groote. Al fin y al cabo ambos iban tras Miles. Pudieron encontrarse en un mal momento.

Miles ojeó el resto del artículo. No mencionaban nada sobre él, la agencia no iba a comprometer su nombre todavía. Al final se hacía alusión a que era una época difícil para la policía de Santa Fe; una mujer había muerto al explotar su despacho (Allison), una celebridad había desaparecido de su casa (Celeste), cuatro chicos de instituto habían resultado heridos críticos en un accidente de coche en las afueras de la ciudad y un médico y un turista también habían desaparecido. El hospital había denunciado la desaparición de Hurley. Ese hecho, o su propia insistencia, pudo hacer a DeShawn volver a Sangriaville para averiguar la conexión entre toda esa gente.

De repente, Miles sintió una necesidad imperiosa de bajarse de aquel avión.

Dobló el periódico, se lo devolvió a su dueño y le dio las gracias. Fue al baño, se echó agua en la cara, trató de aclararse las ideas y sopesó las deducciones que le rondaban la cabeza. Regresó a su asiento. Groote estaba despierto.

—¿Mareado? —le preguntó Groote en voz baja—. Estás pálido.

—No —dijo Miles—. Estoy bien.

—No te vuelvas loco —dijo Groote.

—He dicho que estoy bien.

—Bien, porque lo más difícil ha pasado.

Si mataste a DeShawn te mataré yo a ti, pensó Miles.

—Sí. Eso espero.

Miles estaba sentado en el bar del Four Seasons de Austin. Allison, Andy y ahora también DeShawn se sentaban frente a él. Su propio séquito de acusadores, las personas que habían muerto a causa de sus errores.

No podía perder los nervios ahora. La presencia intermitente de Andy le hacía pensar que su cordura era algo fluctuante. Las nuevas incorporaciones de Allison y DeShawn eran síntoma inequívoco de que estaba a punto de venirse abajo, se estaba partiendo en tantos pedazos que sería imposible volverlos a pegar.

No podía permitir que se le notara. Groote lo mataría si se le iba la cabeza y se convertía en una carga innecesaria.

Al mirar por la ventana observó la calma que emanaba del lago Town en su recorrido hacia el centro de la ciudad. *Piensa en tus cosas favoritas, como esa retahíla de cosas agradables que Julie Andrews decía en aquella vieja canción.* Rememoró sus buenos recuerdos en Austin. Miles había estado en esta ciudad rebosante de creatividad en una ocasión para acudir a un festival de música con Andy, que era un gran admirador de Oasis. Miles adoraba a los Black Crowes, así que vinieron a verlos, a beber cerveza y bailar al ritmo de la música. Andy consiguió pases para bastidores, donde flirteó con una chica preciosa que era novia del batería de un grupo muy famoso. Los echaron de la carpa VIP y no pararon de reírse en todo el camino de vuelta al Four Seasons.

—Buenos tiempos —dijo Andy.

—Sí —respondió Miles por lo bajo—. Ahora calla. —El sudor le bajaba por la espalda.

—¿Qué vas a hacer si Groote me ha matado, Miles? —dijo DeShawn—. Tengo derecho a saber si puedo contar contigo.

—No le habléis en público —dijo Allison desde la otra silla—. Acabará con el culo en un hospital, le atiborrarán de antipsicóticos y quizás ya no nos escuche más.

—No creerás que una pastilla va a hacer que me vaya, ¿verdad? —dijo Andy—. Te sería más fácil intercambiar una vaca por un puñado de habichuelas mágicas, Miles. Sabes que tú y yo seremos siempre un equipo. Una extraña pareja permanente. Yo soy la fractura original de tu cabeza, estos tipos nuevos son unos ocupas.

—Voy a matarte otra vez —susurró Miles—, y esta vez será en defensa propia.

—No lo fue la primera vez, de verdad que no —dijo Andy—. En el fondo de tu cerebro está la verdad.

—Muriéndose por salir —dijo Allison.

—Callaos, callaos —murmuró Miles. Se alisó la camisa con las manos. Se podía andar con malas pintas por el Four Seasons y aun así no llamar atenciones indeseadas. Austin era una ciudad de cine y música, la forma de vestir no siempre equivalía a la riqueza. Su vestimenta no era amenazadora, llevaba unos vaqueros limpios y una camiseta de un oscuro grupo de música; en Austin podía pasar por un

tío guay vestido así.

Once minutos después vio a un hombre cruzar el vestíbulo portando un maletín, camino de los ascensores. Se trataba de David Singhal, de vuelta tras haber cogido un taxi justo al llegar al hotel. Groote lo había seguido en otro y llamó a Miles para informarle de que el tipo había ido simplemente a almorzar a un restaurante.

Groote no había regresado aún, así que Miles siguió a Singhal por el vestíbulo. Entró en el ascensor y se colocó al lado del hombre con las manos en la espalda. Singhal ya había apretado el botón.

—Si va hoy a la subasta del Frost —le dijo Miles con total naturalidad—, va a acabar muerto.

—Hoy... —repitió Singhal sorprendido, con los ojos muy abiertos. La puerta se abrió en su planta—. No tengo ni idea de lo que quiere...

—No llevo un micro. Y no actúe como si no supiera de qué le estoy hablando. Está metido en un gran problema, señor Singhal, y solo yo puedo sacarle de él.

—Está cometiendo un error... —dijo Singhal pasando a su lado—. Déjeme en paz o llamaré a los de seguridad del hotel.

—Adelante. Luego yo llamaré a Sanidad. —Miles lo siguió hasta una suite al final del pasillo—. Iba a comprarle el Frost a Oliver Quantrill. Ahora va a comprárselo a otra persona dispuesta a llevarse unos beneficios más pequeños.

Singhal mantuvo su cara de póquer.

—Se equivoca de nuevo.

Miles sacó el arma escondida en la parte trasera de sus pantalones, bajo la camisa suelta, y apuntó al estómago de Singhal.

—Entonces hablemos en privado y podrá sacarme de dudas. Adentro.

Con las manos temblorosas, Singhal abrió la puerta de la suite y Miles lo siguió al interior. Le ordenó sentarse en la cama, llamó a Groote y le dijo que subiera a la suite 409.

—Tenemos dos minutos. Va a decirme enseguida dónde tendrá lugar la subasta del Frost, entonces me aseguraré de que su cliente tenga la oportunidad de desarrollar el fármaco gratis. Le cederé la investigación, lo único que me importa es que la gente enferma consiga su cura. Pero tengo que saber dónde está Sorenson.

Singhal se mordió el labio.

—Por favor, acepte mi oferta. Si cree que yo doy miedo, espere a conocer a mi... amigo. Su hija ha sido secuestrada por la gente que ha montado la subasta. —No era completamente cierto, pero causó el efecto que buscaba. Singhal tragó saliva—. Necesito saber dónde será.

—Es un viejo manicomio privado, al este de la ciudad. Está abandonado, pero la gente de Sorenson lo compró hace un mes o así.

—¿Cuándo?

—A las seis de la tarde. —Quedaban seis horas.

—¿Tiene un pase, alguna manera especial de conseguir acceso a esa subasta?

—No.

—Yo soy el buen tipo. El hombre sin escrúpulos, el malo, es el que viene de camino. Por favor, reconsidere su respuesta.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo Singhal—. Si sé con quién estoy hablando... podemos llegar a un acuerdo.

—Aquí está su trato. —Groote agarró al hombre del cuello y lo lanzó contra la pared. Entonces comenzó a empujar a Singhal, dándole precisos golpes con los dedos extendidos. Era similar al ritmo de un metrónomo. Se los daba en el riñón, en el espacio entre las costillas y sobre el corazón. Miles pensó que eso no debería doler mucho, pero de repente Singhal se puso púrpura y dijo:

—Mi cartera. Dios, pare. Por favor.

Miles sacó la cartera de Singhal de su chaqueta y encontró en ella un trozo de papel. Una dirección al este de Austin y un código de acceso: 12XCD.

—Hay una valla rodeando la propiedad. Ese es el código electrónico necesario para abrir el candado de la verja.

—De acuerdo.

—¿Qué tipo de seguridad prometió Sorenson?

—Nos... dijo que estaríamos seguros.

—¿Cuántos compradores van?

—No tengo ni idea... por favor. Tengo familia.

—Yo también, gilipollas —dijo Groote.

—Groote. No lo mates.

—Hábleme de la seguridad.

—Solo me prometieron... que todo sería seguro... no lo sé, es la verdad.

Groote negó con la cabeza al mismo tiempo que miraba a Miles.

—Puede que llame a Sorenson para advertirle.

—No lo mates —repitió Miles.

—Sí.

—No.

—Maldita sea, ¿quieres acabar en una emboscada? Mejor él que nosotros. —Groote escupió al decir esas palabras.

Miles le dio un fuerte puñetazo a Singhal. Se le pusieron los ojos en blanco y se derrumbó.

—Buena idea —dijo Groote—. Pero puede ponerse a gritar, tenemos que discutir su futuro o la falta de él.

Miles se había hecho daño en la mano con el golpe, se la sacudió para aliviarse.

—Si lo matas y nos cogen, nunca volverás a ver a Amanda. El tipo del Yosemite, vale, al matarlo salvaste vidas y todos nosotros juraríamos eso en un juicio. Esto sería un asesinato a sangre fría, estoy seguro de que ese no es tu rollo. Nunca compensa.

Groote negó con la cabeza.

—Puede advertir a Sorenson.

—Entonces ayúdame. —Miles ató a Singhal con la cuerda de la cortina y lo amordazó con una funda de almohada arrugada antes de meterlo en el armario. Telefoneó a recepción, haciéndose pasar por Singhal, y le dijo al recepcionista que estaba enfermo, con gripe, y que, por favor, se aseguraran de que nadie le molestaba en todo el día. Nada de limpieza, y, por favor, que no le pasaran llamadas.

—No me gusta esto —dijo Groote.

—Nos quedan seis horas antes de que lleguen los compradores —dijo Miles—. Vamos.

Se montaron en su coche alquilado y emprendieron la marcha por la I-35.

No vieron el coche que salió después que ellos. Estaba medio kilómetro por detrás, pero no los perdió de vista.

Groote tomó la salida, giró tres veces a la izquierda y condujo a lo largo de una calle de casas modestas, la mayoría inmaculadas, otras pocas cayéndose a pedazos e irreparables. Al final de la calle, un edificio alto, gótico, de granito gris, se cernía amenazador sobre el vecindario. En una señal de piedra, gastada por el tiempo y maltratada por los grafitis, se leía «Hospital Yarbrough, fundado en 1893». Sobre ella, en los postes de madera, un cartel anunciaba un acto benéfico de Halloween en lo que llamaban «el hospital de las pesadillas», y estaba a su vez cubierto por otro anuncio más pequeño que decía «Propiedades Horizon, no pasar».

—Horizon —dijo Groote—, igual que la compañía falsa a nombre de la que estaba el coche de Dodd.

—Primero Sorenson mata a Dodd, luego se apropia de sus recursos —dijo Miles.

—Bien hecho, eficaz —dijo Groote—. ¿Tienes la cabeza fría, Miles?

—Sí.

—Coge esto. —Groote le dio una pequeña pistola y una funda para ponérsela en el tobillo. En cuanto llegaron a Austin, se había hecho con un pequeño arsenal tras hacer solo una llamada—. Es bueno tenerla, por si las cosas se ponen feas y estás tirado en el suelo o has vaciado el cargador.

—Gracias. —Miles se puso la funda en su lugar y la cubrió con el pantalón, sorprendido por el regalo—. ¿Groote?

—¿Sí? —Groote apagó el motor del coche.

—Cuando esto acabe... cada uno por su lado. No hay motivo para hacernos daño el uno al otro, ¿verdad?

—No se me ocurre ninguno, Miles.

—¿Qué harás?

—Llevar a mi hija a un lugar donde no puedan volver a hacerle daño.

—Entonces probablemente deberías abandonar tu guerra contra los Duarte. —Groote lo miró—. Los que le hicieron daño a Amanda y mataron a tu esposa fueron los Duarte, ¿verdad? Tú sabes que fueron ellos, aunque el FBI no está seguro.

—¿Por qué crees tal cosa?

—No tenemos tiempo para sutilezas, Dennis. No quiero que me metas una bala en la espalda en cuanto recuperemos el Frost.

—¿Por qué iba a ser tan grosero, Miles?

—Allá, en Los Ángeles, te pregunté por el círculo criminal al que culpabas de la muerte de tu familia. Evitaste darme una respuesta, y eso me escama porque no hay ninguna razón para que no me lo digas. A no ser que fueran los Duarte, debido a mi conexión con ellos. Sabes de mi labor para los Barrada, el espionaje que realicé de sus círculos rivales, incluyendo a los Duarte. Eras del FBI, por supuesto que lo sabes.

Groote lo miró de soslayo.

Miles no apartó sus ojos de Groote.

—Siento mucho tu pérdida, pero nunca le he hecho daño a tu familia. Robé información financiera de los Duarte y el FBI me proporcionó documentos falsos sobre ellos para dar un golpe contra los Barrada. Nunca llegué a hacer el bastante daño a los Duarte como para precipitar su caída. No sé qué les hizo poner su punto de mira en tu familia, pero no fui yo. Para entonces ya eran un claro objetivo para el FBI. No tienes razones para culparme, así que olvida tus ansias de venganza.

La boca de Groote se torció en una sonrisa que murió pasado un momento.

—Voy a volver a protección de testigos, si me aceptan. Todavía tengo que testificar contra los Barrada, contra lo que queda de ellos. Y luego quieren que testifique contra otros círculos del crimen. Eso hará que los negocios de un montón de basura terminen. Es más fácil y rápido que matarlos a todos uno a uno. —Groote miró al frente—. Tengo que llamar a un amigo en protección de testigos. Dijiste que lo habías conocido, DeShawn Pitts.

—Sí —dijo Groote en un tono neutro.

Miles le escrutó buscando algún tipo de reacción.

—Le diré a DeShawn dónde está Amanda, si es que Sorenson lo sabe. Es un buen tipo. Así podremos tenerla protegida inmediatamente, llevarla enseguida a un lugar seguro.

—Eso es muy amable por tu parte, Miles —dijo Groote.

—Les hiciste daño a mis amigos. Heriste a Nathan, casi matas a Celeste. No lo olvidaré. Sin embargo, sé que estabas tratando de salvar a tu hija.

Groote se tosió en el puño.

—Estoy ayudando a tu hija, Dennis, eso nivela la venganza que planeas contra mí. ¿Está claro?

—Cristalino —dijo Groote.

—¿Hay algo que quieras decirme? ¿Alguna razón que pueda tener para estar enfadado contigo?

Por ejemplo, ¿mataste a DeShawn?

—No se me ocurre ninguna, no.

El silencio entre ellos era tan denso que se podía cortar con un cuchillo.

Groote fue el primero en hablar.

—El plan será simple. Si Sorenson está ahí dentro, hacemos un trato con él y nos llevamos el Frost. Si no está, cogemos el Frost si lo encontramos o nos escondemos hasta que Sorenson aparezca y entonces nos hacemos con el control.

—Simple.

—La mayoría de las cosas lo son.

—Vamos —dijo Miles—. Acabemos con esto.

Miles introdujo en el teclado el código que Singhal llevaba en su cartera. La cerradura que bloqueaba la vetusta puerta de hierro dio un pitido, se liberó, y Miles levantó las barras metálicas para poder entrar.

Cruzaron a toda prisa el crecido césped hasta llegar a la puerta delantera.

—Tú primero —dijo Groote—, fue idea tuya.

La puerta estaba cerrada. Miles se arrodilló, usó el señor Destornillador de Groote y consiguió abrirla. Acto seguido, se adentraron en el silencio del hospital abandonado.

Groote cerró la puerta. Los dos hombres sostenían sus pistolas delante de ellos, apuntando en dirección a la tenue luz. El vestíbulo estaba sucio, lleno de basura: máscaras de monstruos de papel maché usadas, octavillas de color naranja brillante que promocionaban el evento de la casa encantada y conciertos en clubes, vasos de papel, latas de cerveza y una bandera arrugada partida por la mitad en la que ponía «A la cámara de los ho».

Se pararon a escuchar durante un minuto. El silencio le provocaba a Miles dolor de oídos.

—¿Ho? —vocalizó Groote señalando el cartel roto.

Horrores, pensó Miles. La cámara de los horrores.

Groote se palpó las orejas, dándole a entender que escuchara. En mitad del silencio se oía el suave zumbido de un ordenador al final del pasillo.

Miles vio a Andy incitándole a seguir adelante por el pasillo. El sudor le bajaba por las costillas, la garganta y el pelo, no había estado tan asustado en toda su vida. Le asustaba lo que pudiese pasar, le asustaba el psicópata que estaba a su lado. Le asustaba en lo que se estaba convirtiendo.

Groote hizo un gesto con su arma señalando al pasillo. Dejaron atrás varias consultas desiertas, telas andrajosas, restos de la fiesta de Halloween que colgaban de ellas y habitaciones vacías. En la última había un portátil sobre una mesa plegable. Miles se acercó para leer la pantalla.

Aparecía una presentación en PowerPoint llamada «Opciones de investigación del recuerdo y el trauma desde una aproximación con bloqueadores beta».

Miles acercó la boca a la oreja de Groote.

—No estamos solos, Sorenson no se dejaría esto atrás —le susurró.

—Quiere atraparnos en el pasillo —vocalizó Groote. Hizo un gesto al pasillo. Miles asintió y lo siguió.

Un ladrillo mantenía abierta una puerta al final del corredor. Tras ella se cernía una gran sala que quizás fue una vez la cafetería o un lugar para socializar. Ahora, unas falsas paredes formaban una especie de laberinto marcado por la presencia de

una serie de horripilantes pinturas, en las que predominaban los tonos negros, y de varios espejos dispuestos para confundir y asustar al que lo recorriera. Eran restos dejados por el organizador del evento benéfico de Halloween, probablemente con la idea de reutilizarlos al año siguiente, si Dodd no hubiera comprado la propiedad.

Miles olía en el ambiente el aroma que solía impregnar los espacios cerrados abandonados durante mucho tiempo. Aquel día en Miami pendía en el aire como un perfume. El pánico le cortó la respiración en el pecho. Ahora no podía ponerse a recordar, por Dios, no podía perder el control, se dijo, no podía dejar que su cerebro lo traicionara.

Groote asintió y Miles cruzó la puerta el primero, con la pistola en ristre, temeroso de respirar, de pensar, de ver. *Que no se asomen ni Andy ni Allison ni DeShawn, por favor.* Groote lo siguió. Esta otra gran sala también estaba decorada como una casa encantada. Los rostros de los monstruos le sonreían burlescamente desde las paredes negras de chapa: fantasmas aullando, zombis renqueantes, vampiras de grandes pechos, todo lo habitual en el mercado del miedo.

Miles tocó a Groote en el hombro. No habían discutido el plan a seguir si hacía falta registrar el hospital. Groote agitó la cabeza hacia la derecha, señaló a Miles y la sacudió a la izquierda. Miles asintió. Él a la izquierda, Groote a la derecha.

Miles caminó por un pasaje intrincado. Colgaban jirones de tela negra para enmascarar los misterios de la casa encantada. De nuevo silencio.

Andy estaba al final del pasaje, le asustó más que cualquier monstruo prefabricado.

—No puedes hacer nada. Sorenson va a matarte, lo sabes de sobra, no vas a plantarte aquí y dispararle a nadie, ¿verdad?

Miles miró fugazmente por encima del hombro. Allison estaba allí, esperando acontecimientos. Se giró de nuevo hacia Andy, pero ya no estaba. Miró otra vez detrás; Allison había desaparecido. La cortina se había movido y no había aire ni brisa que pudieran haber provocado tal cosa.

Sintió el movimiento detrás de él y se volvió al tiempo que Sorenson irrumpía desde los andrajos de tela negra donde un momento antes estaba Andy, alzaba un arma y le disparaba.

Las balas penetraron en la carne y los músculos del brazo y la pierna. Miles gritó de dolor y cayó encima de una de las cortinas, en el pasaje, al tiempo que trataba de resguardarse de los disparos de Sorenson. Otras dos balas silbaron sobre él y agujerearon la tela negra. Se tendió en el suelo y escuchó dos mortíferos disparos mientras se arrastraba a un lugar donde la pared de chapa confluía con un pilar de madera.

Estaba atrapado. No tenía manera de desplazarse lateralmente o hacia delante.

Miles se arrastró de vuelta al pasaje con las balas silbando sobre él e intentó ponerse en pie. Vio a Groote recibir dos balazos, uno en el pecho y otro en el hombro. Groote renqueó hacia atrás y se precipitó fuertemente contra el suelo. Se mordía el

labio y tenía los ojos muy abiertos por el dolor y la sorpresa.

Miles se dio la vuelta.

Sorenson caminaba hacia él apuntándole a la cabeza con el arma.

Miles cayó sobre una tela y un panel con Drácula pintado se le vino encima. Groote tosía y jadeaba detrás de él, gritándole que sacara la pistola y le disparara a ese cabrón.

Miles se libró del monstruo de pega a la vez que Sorenson cargaba contra él. Miles trató de dispararle, pero tenía herido el brazo de la pistola y falló. Sorenson le soltó una patada que le fracturó la muñeca y envió el arma por los aires. Fue a parar junto a las cortinas. Sorenson le atizó en la cara con la suya.

—Te dije en la consulta de Allison que acabaría con tu dolor —dijo Sorenson—. Siempre cumplo mis promesas.

Dejó a Miles a su espalda y dirigió el arma hacia su otro contrincante, que trataba de gatear lejos de él. Sorenson le disparó de nuevo en la pierna y luego en la mano cuando alzó su arma, antes de que le diera tiempo a apretar el gatillo.

Groote gritó.

—Miles —preguntó Sorenson—. ¿Quién más sabe lo de hoy?

—Nadie. Déjalo en paz.

—No es más que un pedazo de mierda. ¿Dónde está el resto del plantel de locos?

—Después de lo del Yosemite se escondieron. Solo quedamos Groote y yo.

—¿Quieres decir que ese imbécil al que envié detrás de vosotros de verdad consiguió asustaros? Vaya. Tendré que enviar flores a su tumba.

—Sabías que era un testigo. Querías usar mi muerte como una excusa para matar a Allison. Me tocaba morir junto a ella. La gente del programa de protección de testigos, todo el mundo, me culparía a mí, especialmente desde el momento en el que encontraran mi historia en el ordenador de Allison. Nos tendiste una trampa...

—Tienes que aprovechar las oportunidades cuando se presentan, Miles.

Groote miró a Sorenson, mientras luchaba por mantener la conciencia. Sangraba por la boca, la nariz y la mano.

—Amanda, Amanda, Dios, por favor, ayuda a mi niña. ¿Dónde está? No te ha hecho ningún daño. Por favor.

Sorenson caminó hacia Groote.

Miles se vio a sí mismo tendido en el suelo, el olor a sangre y cemento era denso como el humo en su nariz y Andy estaba tendido en el suelo, sangrando.

Los pasos dejaron atrás a Miles, se acercaron a Andy.

Andy llamaba a Miles, llamaba a su madre... pero Miles le había disparado en la garganta.

No. No hizo tal cosa. No sucedió así.

Parpadeó.

Sorenson estaba delante de Groote, que gemía, suplicaba. Pero Miles no le oía, solo tenía oídos para Andy, que gritaba su nombre, le suplicaba que no permitiera que le hicieran daño. Andy se ponía la mano en el hombro donde le había disparado

Miles.

Sorenson sonrió a Miles. Apuntó a Groote.

El federal miró a Miles. Apuntó a Andy.

Otra vez no.

—Amanda... —llamaba Groote a su hija ausente, implorándole a la nada.

—¡Miles, ayúdame...! —gritó Andy—. Por favor.

Miles se puso en pie, caminó renqueante hacia los dos hombres chorreando sangre por la pierna, ignorando su agonía.

Otra vez no. No.

Sorenson le disparó dos veces a Groote. El pelo de la cabeza se le revolvió, agitó una pierna y se quedó quieto.

El federal disparó dos veces a la garganta de Andy. Miles gritó. El federal mató a Andy. Intentó sonreír. Bajó el arma.

—Iba a matarnos a todos. Es tu culpa, Miles, dijiste lo que no debías y mira lo que has provocado. Es tu puta culpa. Debiste haberte callado.

Miles se cayó al suelo.

Sorenson le apuntó.

—Miles, vas a hablar... —Su voz había recuperado la calma, como si estuvieran de vuelta en las sillas de cuero de la consulta de Allison—. ¿Quién más sabe que estás aquí? No tengo por qué matarte. Solo quiero que me digas lo que sabes. Me aseguraré de que consigas el Frost. Voy a ofrecerte la posibilidad de tratarte con el fármaco a cambio de que me digas quién viene detrás de nosotros. Puedo arreglarlo, sin problemas de ningún tipo. No podía dejar que el cabrón de Groote viviera, pero contigo puedo llegar a un acuerdo.

—Por favor... se lo diré. —Levantó la rodilla hasta casi la altura de la mandíbula y buscó la pequeña pistola escondida en el tobillo al tiempo que hacía una mueca como si no pudiera aguantar más el dolor. Se había olvidado de él a causa de lo sorpresivo de los disparos, de la huida, de la muerte de Groote—. Se lo diré...

Se aferró a su pierna herida y siguió tanteando en la pernera del pantalón como si se estuviera retorciendo de dolor. Cerró la mano alrededor de la pequeña pistola.

Sorenson se incorporó hacia delante y Miles alzó el arma, disparó, la vació, pintó agujeros limpios en el pecho del hombre, en su cabeza, en sus mejillas, en uno de sus ojos.

Sorenson cayó muerto.

Le dolían las heridas. Comenzó a gatear hacia Groote, lenta, dolorosamente, consciente de la sangre que le salía de las heridas en la pierna y el brazo.

Le buscó el pulso en la garganta. No lo encontró. Buscó en sus bolsillos un móvil para pedir ayuda.

Lo abrió, trató de marcar el número con el pulgar.

Oyó pasos que se aproximaban detrás de él. Sorenson tenía refuerzos. Miles podía darse por muerto, no había nada que hacer. Sería su fin, su paz. Gateó, esperando la

inevitable bala que iba a perforarle la columna o volarle la cabeza.

Algo pesado le golpeó en la nuca una, dos veces, y no supo nada más.

La piedra era fría y dura bajo su cuerpo. Abrió lentamente los ojos y se incorporó. Tenía la cara cubierta de sangre seca. Solo llevaba puesta la camiseta y los calzoncillos. Unos toscos vendajes elaborados con la tela de su camisa cubrían sus heridas en el brazo y la pierna. Sentía un dolor palpitante bajo las vendas, como si unos dedos hubieran hurgado descuidadamente en sus heridas para parchearle de cualquier manera. La boca le sabía a metal. La sala era estrecha, el aire era denso, como si el miedo viviera y creciera en los oscuros rincones y su esencia se hubiera derramado durante muchos años en la piedra.

Estaba todavía en el manicomio abandonado.

Trató de hablar.

—¿Hola? —Su voz sonaba quebrada. Se aclaró la garganta—. ¿Hola?

Pasaron varios segundos. Oyó choque de candados, de más de uno, y la puerta se abrió. Una persona apareció en la tenue luz de la sala desde el fulgor del pasillo. Miles parpadeó y su voz murió en su garganta.

—Hola, Miles. —Allison Vance iba vestida de traje. Llevaba el pelo de un color más claro y con un peinado más asentado, al estilo de las fotos que había en la casa de Edward Wallace. Estaba a diez pasos de distancia.

Al principio creía que era un producto de su mente enferma, era imposible. Ahora sabía que no había matado a Andy. No lo había matado. Pero entonces Allison habló de nuevo:

—Hola, Miles —repitió, y su voz tranquila provocó un ligero eco en la piedra. Entonces alzó una pistola, la que Groote le había dado a él, con la que había matado a Sorenson, y le apuntó.

—¿Allison? —se las arregló para decir—. Allison.

—Me llamo Renee Wallace —dijo.

—Tu... nombre es Allison Vance. Estás... muerta.

—No, tú estás muerto. A no ser que hagas exactamente lo que te digo.

—Tú... me pediste ayuda y luego me tendiste una trampa.

—Miles. —Giró la cabeza y le dedicó la misma sonrisa que cuando lo saludaba al llegar a su consulta, antes de que se sentaran y comenzara a revolver en su cabeza para sacarle los recuerdos de su pasado. Esta vez no hubo entendimiento ni amabilidad en su rostro, su preocupación era solo una falsa máscara pintada sobre él—. El problema no soy yo, eres tú.

—Sorenson me... me dijo en Santa Fe que él no... no te mató. Pensé que me estaba mintiendo. —Tosió—. La subasta...

—Miles, no hay subasta alguna. Ya tengo al comprador.

Lo había vuelto a engañar.

—Singhal.

—Sí. Haremos un trato, Miles. Vas a decirme lo que quiero saber y te daré el

Frost. Te curaré. Eres un asesino, es la mejor oferta que nadie va a hacerte.

—No soy un asesino. Ahora lo recuerdo. No maté a Andy.

—Sí, lo hiciste. He visto tu archivo del gobierno, dos agentes federales aseguran que le disparaste...

—No, el FBI lo hizo... incluso me dijeron que la cinta se jodió... ellos lo hicieron y me culparon a mí...

Ella negó con la cabeza.

—Tú lo mataste. Mataste a Groote, a Sorenson y a Hurley. Apuesto a que incluso mataste a DeShawn Pitts.

—Eso es mentira. Tú... tú me pediste ayuda...

—Miles, lo único que tengo que decir para salir limpia es que te hablé del programa del Frost, que querías entrar, pero Hurley no lo permitió. Era algo pensado para víctimas inocentes de la violencia, gente como Celeste, como Nathan, no para alguien que asesinó a su mejor amigo a sangre fría.

Miles negó con la cabeza.

—No.

—Así que se te fue la cabeza. Mataste a todo el mundo que se interpuso en tu camino. Así lo verán las autoridades, Miles, un hombre mentalmente roto al que se le negó la ayuda que pedía.

—No.

—Fuiste tras el Frost por tu cuenta. Primero quisiste deshacerte de mí, apuesto a que los fragmentos del explosivo que encontraron en mi consulta son muy similares a los que usaban los Barrada en el pasado, pudiste aprender en su día a utilizarlos, Miles, no sería una coincidencia descabellada.

—No puedes explicar tu desaparición... haberte evaporado... después de la explosión.

—Estaba en un viaje de negocios, Miles, no oí nada sobre la explosión, y ya sabes que me dejé el móvil en Santa Fe. Supongo que la mujer que murió quería alquilar una de las nuevas oficinas. Volveré a ser Allison Vance antes de que se acabe la historia, luego abandonaré la ciudad y a nadie le importará lo que pase conmigo.

Recordó entonces la voz de la mujer, la oyó antes de que forzara la puerta de la consulta de Allison. Era una mujer de Denver que preguntaba por oficinas en alquiler. En el periódico del día anterior se hablaba de una turista desaparecida en Santa Fe. Joder.

—Solo quiero saber lo que sabes tú. —Le mostró una pastilla blanca, perfecta como una perla—. La respuesta a tus plegarias, la cura a tu patética locura. Lo único que tienes que hacer es decirme quién más sabe sobre mí y el Frost, y dónde puedo encontrarlos.

Celeste y Nathan. Para que la compañía de Singhal los hiciera callar. Nadie más podría ser una amenaza para ella, nadie quedaría vivo para hacerle daño.

—No... no puedo.

La terrible falsa sonrisa desapareció, sustituida por la furia de una fría determinación.

—No voy a matarte, Miles. Voy a destrozarte. La compañía de Singhal va a comprar Sangriaville con la herencia de Quantrill. Te engancharé a una de las máquinas de Hurley, reproduciré en tu cabeza todas las horribles pesadillas y traumas que tengan. Te destrozaré la mente de tal modo que será imposible arreglarla. Estarás encerrado en un hospital para siempre. Nadie te buscará jamás. Los federales te darán por desaparecido o muerto. A ti y a la cría de Groote. Usaré tu cabeza como campo de pruebas. A no ser que me ayudes. Ayúdame y volveremos a ser amigos. Te curaré.

La hija de Groote está aquí también, encerrada en otra zona de este decadente manicomio.

—No. Yo no maté a Andy. No lo hice, no necesito lo que vendes.

—No eres un héroe, Miles, eres un mafiosillo inútil con la cabeza perdida. Nunca te curarás sin esto... —Y volvió a enseñarle el Frost, el óvalo puro como una perla—. Celeste, Nathan, dime dónde están. Ahora.

—¿No vas a hacerles daño? —Se aferró a los vendajes de su pierna como si estuviera rabiando de dolor y azotado por la duda.

—Ellos también quieren el Frost, quieren estar sanos y enteros. Estoy segura de que puedo llegar con ellos al mismo acuerdo que te ofrezco a ti.

Haría que los mataran, y también a Víctor, Miles lo sabía. Lo mataría a él en cuanto se deshiciera de los otros, ya no le valdría de nada. Estaba jugando con su desesperación, creía que no pensaba con claridad.

—Te entiendo bastante mejor de lo que crees —dijo Miles.

—¿Qué?

—Eso me dijiste en una ocasión... Te creí muerta. Tienes razón. Funciona en los dos sentidos. Quiero recibir ayuda, no quiero seguir así más tiempo.

—Entonces cuéntame —lo animó, bajando el tono de voz.

—Celeste... sufrió un ataque de nervios. Después del tiroteo en el Yosemite. Ella y Nathan, los dos. Su agente de la tele le mandó dinero, alquilaron una casa en Fish Camp para una semana. Siguen allí, por lo que sé. —Se apoyó contra la pared de piedra—. Para nosotros es duro... estar ahí fuera en el mundo real. No pudo superarlo. No pudo. —*Deja que piense que tanto él como los otros eran inútiles, eso le hará bajar la guardia.*

—La dirección.

Dudó. Ella conocía las calles de Fish Camp, él no. No podía inventarse una dirección. A través de su dolor la única esperanza que encontró fue pensando que Fish Camp era un lugar remoto. A la persona a la que enviara a eliminar a Celeste y a Nathan le llevaría horas llegar, y para entonces ya estaría muerto o libre.

—No la sé exactamente. Había un montón de casas de alquiler... detrás de un supermercado. Están en una.

Sacó un teléfono. Habló suavemente al auricular repitiendo lo que acababa de

decirle Miles. Le dio un nombre al que llamar. Cerró el teléfono.

—Será mejor que no me estés mintiendo. He hecho llamar a alguien de la oficina de alquileres para comprobarlo.

Error. Con el dolor no pensó en ello, esta opción quedaría descartada con un par de llamadas.

Era posible que dispusiera de apenas un par de minutos antes de que la volvieran a llamar y le confirmaran que mentía. No había margen de error.

—No miento. Me estaban retrasando. —Se aflojó el vendaje de la pierna.

—Deja eso, vas a sangrar y te quiero consciente.

—Duele. —Se liberó completamente del vendaje y puso una mueca al ver el agujero de bala en su pierna, como si estuviera en la página de un libro y no en su carne. Salía sangre de la herida. Sostuvo el trozo de tela entre las manos.

—He dicho que te estés quieto.

—No debiste haber matado a Groote. —Tenía que seguirle el juego, hacer que se le acercara, que pensara que existía otra amenaza para ella que solo él podía solucionar. Se derrumbó en el suelo, como si se hubiera quedado sin energías.

—Le hice un favor al mundo. Bueno, ¿a quién le habló Groote del Frost?

—Al FBI... a sus viejos compañeros —mintió Miles—. Nos ayudaron a dar con tu amigo Singhal. Lo rastrearon hasta aquí. —Una buena mentira le haría ganar algo de tiempo.

El miedo ensombreció fugazmente el rostro de la mujer.

—Necesito nombres.

Entrecerró los ojos, masculló algo. *Acércate*, pensó. *Más cerca. Solo me queda una oportunidad.*

Dio dos pasos antes de detenerse. Puede que no le creyera, pero estaba haciéndola dudar.

—Miles, los nombres.

Solo tres pasos más.

Entonces oyó un bum, un temblor, como si un tanque se hubiera empotrado contra el frontal del edificio.

Ella se dio la vuelta y él se lanzó contra su pistola. Se disparó, la bala le pasó junto a la cabeza y rebotó en la pared de piedra. Allison le propinó una fuerte patada en la herida de la pierna, se giró y huyó de la habitación. Miles salió corriendo como pudo detrás de ella. La doctora se detuvo en lo alto de las escaleras. Miles advirtió que estaban en la planta superior, no se podía subir más arriba desde allí.

La mujer bajó corriendo.

—¡Allison! ¡Allison! —gritó.

Y entonces oyó algo sobre el ruido de los pasos de ella por los escalones.

—¿Miles?

Nathan.

—Nathan, vete de aquí, llama a la policía, Allison tiene un arma...

El terrible sonido del impacto de tres balas perforó el aire. Miles bajó corriendo las escaleras, medio cayéndose, medio corriendo, agonizando a causa del dolor en la pierna, pero preocupado por Nathan.

En el vestíbulo, encontró el destrozado frontal del sedán que se había empotrado en la puerta delantera. Restos y polvo coronaban el capó y el parabrisas roto. La puerta del conductor estaba abierta, el coche vacío.

Allison llegó corriendo al vestíbulo, con el portátil que vieron antes Groote y él en la consulta, y apuntando a Miles con la pistola.

—¡Allison!

Se detuvo.

—No puedes salir corriendo. No puedes simplemente... salir huyendo. No funciona de esa manera.

—Cállate.

—Correr no te servirá de nada. —Saboreó la sangre en la boca—. Nunca saldrás de esta mierda, nunca escaparás. Jamás. Si no te encuentro yo, lo hará Nathan, o Celeste, o cualquiera de nuestros amigos, de los seguidores de Dodd. Esto nunca terminará para ti. Jamás.

Su rostro se descompuso por la rabia y el miedo. Apretó el gatillo y Miles se lanzó dentro del coche.

Disparó su pequeña pistola otras cuatro veces al tiempo que se acercaba al coche. Contó cada disparo que hizo. Él le había metido cuatro balas en el cuerpo a Sorenson. Allison se colocó junto a la puerta del coche, apuntó y Miles le lanzó una patada a través de la ventanilla abierta, alcanzándole en el pecho al tiempo que ella disparaba el cargador vacío. Trastabilló hacia atrás, perdió el equilibrio, se golpeó la cabeza en los ladrillos rotos y se quedó inmóvil.

Oyó que gritaban su nombre.

—¡Miles! ¡Miles!

Nathan.

—¡Aquí! —Miles llegó como pudo junto a Allison y le quitó la pistola de sus dedos mustios.

La cara de Nathan apareció en el agujero que fue una vez la puerta principal.

—Nathan, Dios santo...

—No soy un tarado —dijo Nathan. Ayudó a Miles a apoyarse contra el coche—. Os seguí a Groote y a ti desde el hotel... no sabía qué hacer... así que esperé... hasta reunir fuerzas. Cuando no saliste... no podía pasar de largo. Así que empotré mi coche alquilado en las puertas. —Señaló con un gesto hacia los destrozos que había provocado—. ¿Qué demonios estaba pensando?

—No te preocupes, lo hiciste increíblemente bien, Nathan. —Le agarró de los hombros, lo abrazó y le dio golpecitos en la espalda.

—No lo hice por ti, Miles —dijo Nathan. Su tono era frío—. Sigo enfadado contigo. Lo hice por mis amigos.

—Lo sé. Pero estoy contento de que lo hicieras. Gracias. —No sabía qué decir, las palabras le salían solas, motivadas por el recuerdo de la pesadilla de Nathan—. Lo has arreglado, tío.

Nathan le sonrió levemente. El espejo lateral colgaba roto del coche, así que lo tiró al suelo.

—¿Está el Frost cerca?

—Si no está aquí, ella nos dirá dónde —dijo Miles—. Hemos ganado, Nathan.

—Cuando me disparó salí corriendo... a una casa al final de la calle... han llamado a la policía. El tipo era un veterano. Como yo.

—Tenemos que llamar a Víctor y Celeste lo antes posible. Quédate aquí. No permitas que Allison se escape.

Nathan se sentó en la espalda de Allison. Ella no se inmutó.

Miles ascendió por las escaleras llamando a Amanda. Oyó una débil respuesta en la segunda planta.

La puerta estaba cerrada con un cerrojo. Al abrirlo encontró dentro a una chica vestida con una bata de hospital temblando en un rincón, mortalmente pálida.

—¿Amanda?

—¿Quién eres tú? —Tembló al ver su rostro sanguinolento, la herida abierta en la pierna.

—Un amigo de tu padre.

—Quiero irme a casa. Los sonidos. Las voces. Este lugar está lleno de fantasmas.

—No —dijo Miles—. Los fantasmas se han ido. Ahora todo está bien. No hay nada que temer.

—¿Funciona? —preguntó Miles.

—Sí —dijo Amanda. Estaba sentada en el porche del hospital dejando que el viento besara su rostro—. Funciona. La magia reside en los bloqueadores beta, se cargan los malos recuerdos. Y en la terapia, claro.

—¿Crees que debería tomar la pastilla?

—Sí, pero no me gusta la parte de la terapia —dijo—. Se habla demasiado. La tranquilidad es mejor. Cuando nadie habla, oigo las voces de mi madre y de mi padre.

—Te querían mucho —dijo Miles.

—Eso ya lo sé. —Se rascó una cicatriz con forma de estrella que tenía en una esquina de la boca y Miles se preguntó cómo se la habría hecho—. ¿Vas a tomarte la medicina, Miles?

—No lo sé —dijo—. A veces el dolor nos hace más fuertes. Otras más débiles. No tengo claro de qué tipo es mi dolor.

—Deberías tomar la medicina —dijo—. Tanto sufrir hace que tu vida sea una auténtica mierda. —Se puso en pie—. Voy a ayudar a Nathan.

—¿Con qué?

Le anunció su proyecto con la ironía propia de su edad.

—Es una cursilada. Voy a pintarle un espejo.

—No te esfuerces mucho con eso.

—No. Es un espejo para cuando esté listo para mirarse en uno. Voy a pintar todos los escudos de los equipos de la NFL a los lados. Él sabe perfectamente que si lo rompe, lo mato. Creo que pronto podría estar preparado para enfrentarse a los espejos de verdad, así que será mejor que lo termine —anunció, y entonces se fue a seguir trabajando en ello.

Miles observó una nueva llegada desde el porche. El gobierno se apropió de Sangre de Cristo como parte de la investigación tanto de Quantrill como de Dodd. Víctor y su ejército de abogados negociaron un contrato, tras muchos brazos torcidos y persuasiones sutiles, para llevar a cabo un programa de comprobación del Frost en colaboración con una respetada compañía farmacéutica. Víctor y Celeste comenzaron a ponerse en contacto con gente activa en el mundillo de las páginas web sobre síndrome de estrés postraumático. Exsoldados de todo el mundo, supervivientes de abusos, de violaciones, de actos terroristas y de desastres naturales que no podían desembarazarse del trauma causado por sus devastadores recuerdos. Dos o tres veces al día llegaba alguien nuevo en un taxi, un coche de alquiler o, en algunos casos, en coche familiar. Entraban en Sangre de Cristo como si fuera la última esperanza. Víctor les llevaba café, hablaba con ellos, les explicaba la teoría, el potencial y los riesgos del Frost y, casi inevitablemente, todos se prestaban a formar parte de las pruebas. El gobierno, ansioso por comprar el trabajo de Dodd y Quantrill para promover un fármaco legal, buscaba una forma de lograr una rápida aprobación.

Allison estaba en la celda de una prisión federal esperando a ser juzgada.

Miles encontró a Celeste caminando junto a un estanque artificial en la parte trasera de la propiedad. Estaba tirando guijarros al agua, de pie delante del estanque, lejos de los muros. Alzó el rostro para dejarse acariciar por el viento, por el sol.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

—Recordaba. No pensaba... solo recordaba. Tengo dos regalos para ti.

—No es mi cumpleaños.

—¡Sorpresa! Sí, lo es. Es un nuevo comienzo. Una nueva vida. —Sacó del bolsillo el papel que él le había dejado junto a la cama aquel día. Llevaban de vuelta en Santa Fe tres semanas. Ella no había mencionado la confesión, él no se la había pedido—. Esto es tuyo.

—Supongo que ese es mi carbón. —Miles miraba fijamente a sus propios zapatos.

—No pone la verdad. Sabes que no lo mataste.

—La cagué de todos modos. Si no le hubiera infundido ese pánico...

—No lo mataste, Miles, y el FBI se encargará del hombre que lo hizo. —Le obligó a coger el papel—. Ya no es una confesión, es el último capítulo de tu antigua vida. Yo me centraría en la nueva.

Partió la confesión en lentos y elaborados pedacitos, lentamente, y los tiró en las calmadas aguas.

—Me hablaste de dos regalos —dijo cuando terminó.

—Voy a tomar el nuevo Frost a partir de hoy.

Miles no dijo nada.

—No soporto los recuerdos de la muerte de Brian. Necesito el Frost para seguir adelante... —Le puso la mano en la mejilla, sin llegar a decir «nosotros»—. Para que podamos seguir adelante.

«¿Olvidarías el peor momento de tu vida?» Sabía que no había matado a Andy. El peor recuerdo de su vida no era ser un asesino, sino su incapacidad para salvar a Andy. No quería volver a sentirse incapaz. Ni tampoco solo.

Miró a la otra orilla. Andy estaba allí, negando con la cabeza, arrugando la cara.

—No, no lo hagas, Miles, no hagas que me vaya. Quiero quedarme. Siempre.

—¿Está allí? —preguntó ella.

—Sí, y está enfadado conmigo.

Celeste abrió la mano. Tenía una pastilla blanca en la palma, blanca como los pedacitos de folio flotando como confeti en el agua.

Miles cogió la pastilla de su mano. Se la puso en la boca, en la lengua. Celeste cerró sus dedos entre los suyos.

Miles se la tragó y abrió los ojos.

—Vayamos a cenar —dijo Celeste. Miles asintió, y ambos se apartaron del estanque, sin mirar atrás, porque, eso esperaba, no había nada que ver.

Agradecimientos

Las deudas que he contraído para escribir *Miedo* son numerosas. Un enorme agradecimiento y mi aprecio para Mitch Hoffman, Brian Tart, Lisa Johnson, Kara Welsh, Kristen Weber, Erika Kahn y todo el mundo de Dutton y NAL; David Shelley, Jenny Fry, Sheena-Margot Lavelle, Nathalie Morse, a todo el mundo en Little Brown UK, y a Peter Ginsberg, Shirley Stewart, Holly Frederick y Dave Barbor por sus siempre sabios consejos.

Le debo un agradecimiento a Gerald Shur, el fundador del programa de protección de testigos (también conocido como WITSEC). El señor Shur respondió con aplomo a todas mis preguntas. Su libro *WITSEC. Dentro del programa federal de protección de testigos*, con Pete Earley como coautor y publicado por Bantam, es un magnífico relato del funcionamiento del programa y su evolución a la hora de proteger a testigos federales.

Gracias también a James L. McGaugh, director del Centro de Neurobiología del Aprendizaje y la Memoria, y profesor de Neurobiología y Comportamiento de la Universidad de California en Irvine; y al doctor en Medicina Roger K. Pitman del Hospital General de Massachusetts y profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Harvard. El doctor McGaugh y el doctor Pitman son líderes en la investigación del recuerdo y la emoción, y compartieron generosamente su visión de cómo se podría tratar o minimizar el síndrome de estrés postraumático. Si bien no existe ninguna droga como el Frost, prometedoras investigaciones en el uso de bloqueadores beta aumentan las esperanzas de que algún día se puedan erradicar esos horribles recuerdos y evitar la aflicción que causa en muchas personas el síndrome de estrés postraumático. Para aquellos interesados, el libro del doctor McGaugh, *Recuerdo y emoción: cómo se crean los recuerdos duraderos*, editado por Columbia University Press, es un fascinante y accesible tratamiento de este tema tan complejo.

Otra ronda de agradecimientos para esa gente maravillosa que me dedicó su tiempo y su sabiduría: el doctor en Medicina Lawrence Hauser compartió amablemente su visión del síndrome a partir de sus muchos años practicando la psiquiatría. William E. Thompson me transmitió las experiencias de su estancia en Irak como reservista del ejército y fotógrafo. Heidi Mack, que lleva la página jeffabbott.com como una maquinaria bien engrasada. Jerry Saperstein, experto en informática forense (www.civildiscovery.com) y fan de los libros de misterio, respondió a mis preguntas técnicas. Betty Osborne, Ellen Ray, Pam Kohler y Mark Kohler me suministraron información y me abrieron amablemente muchas puertas durante mi visita a Santa Fe. Marsha Jackson fue una adorable y generosa guía en Santa Fe y me respondió más preguntas de las que podía formular. Chris McLarry, de Bellas Artes McLarry; Victoria Price, de la galería Price-Dewey; y David Loren Bass, de la galería Bass-Thompson, compartieron conmigo su experiencia respecto a los pormenores de las operaciones galerísticas de Santa Fe. David Bailey, jefe de

investigaciones de incendios provocados del Departamento de Bomberos de Austin, y mi amigo y bombero L. J. Saul discutieron conmigo sobre cuestiones como la explosión y el incendio. Paige Johnson, del hospital Seton Shoal Creek, respondió a mis preguntas sobre admisiones psiquiátricas y seguridad. María Lima, Sandi Wilson, Joy Cocke, Cinco Cocke y Jill Grimes, doctora en Medicina, ostentan todos ellos estrellas doradas por su ayuda y apoyo. Cualquier error o cambio efectuado con el fin de dramatizar las situaciones es responsabilidad mía, no suya.

Muchas gracias a mi viejo amigo David Schmid por explorar Yosemite conmigo y no pensar que estaba loco por planear un tiroteo y una persecución en coche en el lugar más maravilloso del planeta, y a su mujer Jennifer y sus hijos Daniel, William y Andrew por su hospitalidad durante mi estancia en California. Y finalmente, mi más profundo agradecimiento a mi mujer, Leslie, mis hijos, Charles y William, mi madre Elizabeth y mi padrastro, Dub, por su increíble apoyo y ánimo.